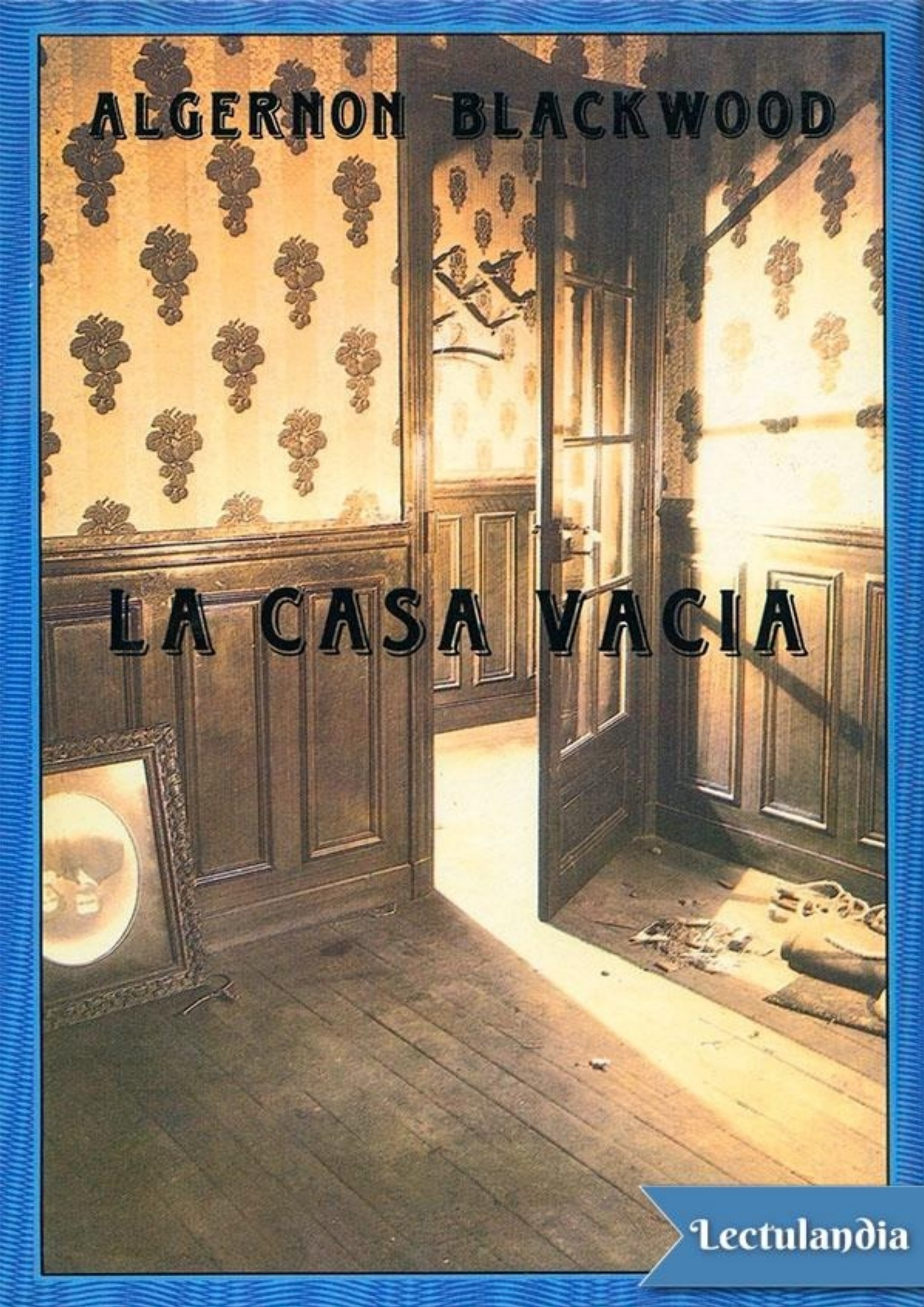


The illustration depicts a dimly lit, empty room. The walls are covered in yellow wallpaper with a repeating pattern of dark brown grapevines. The lower half of the walls is clad in dark wood paneling. A dark wooden door with glass panes is open, revealing a bright, sunlit area outside. On the floor, which is made of dark wooden planks, there is a pile of debris and a pair of white sneakers near the doorway. In the bottom left corner, a framed picture of a landscape is leaning against the wall.

ALGERNON BLACKWOOD

LA CASA VACIA

Lectulandia

La mayoría de estos relatos son inquietantes o propiamente terroríficos, pero nunca macabros; en todos ellos palpita una visión numinosa y arquetípica del cosmos que imparte al lector una experiencia con las fuerzas naturales y los invisibles poderes elementales que gravitan alrededor nuestro. La presente antología recoge catorce relatos, fechados entre 1906 y 1927, en los que se pone de manifiesto la original aportación de Blackwood al moderno cuento de terror.

Lectulandia

Algernon Blackwood

La casa vacía

El ojo sin párpado - 24

ePub r1.0

Titivillus 27.01.15

Título original: *The Empty House*
Algernon Blackwood, 1906
Traducción: Francisco Torres Oliver
Cubierta: Fotografía de Roger Parry, 1929

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1938^[1]

EL cuerpo, nos aseguran, cambia sus átomos cada siete años, siendo a los veintiocho totalmente distinto de como era a los veintiuno; pero la ciencia no se compromete respecto a los cambios mentales, dado que éstos son imposibles de medir. De todas formas, la petición del señor Martin Secker de que le escriba una introducción a esta colección me plantea una interrogante: ¿soy el que escribió estos cuentos hace treinta años, o soy otro? Se trata de un largo período de tiempo; pero, puesto que no puedo retroceder a la plataforma desde la que veía el mundo en 1906, la pregunta carece de respuesta. Ni el *Serial Universe* de Dunne, ni el tiempo ultradimensional de Ouspensky, ni siquiera un libro como *Unele Stephen*, de Forrest Reid, pueden ayudar, mientras que la reciente exposición de la *Aventura de Versalles* sugiere brutalmente que treinta o cien años son exactamente lo que dicen que son, ni más ni menos. Además, dado que la cortés petición de un editor inteligente es una especie de *force majeure*, sino un decreto divino, la introducción ha de ser escrita, sea quien sea el que la escriba.

Sin embargo, es una tarea engorrosa, puesto que no he leído estos relatos desde que los escribí: física, mental y espiritualmente, debo de haber cambiado más veces de las que quiero recordar: me presentan a alguien a quien ahora conozco superficialmente tan sólo, de manera que es casi como leer la obra de otro. Cualquier deseo de cortar, alterar o recomponer es, por supuesto, inadmisibile; remendar es peor que inútil: es peligroso; así que los cuentos siguen estando tal como fueron escritos al principio. Lejos de disculparme por ellos, debo admitir que la mayoría me han estremecido. «Me habría gustado conocer al tipo que veía las cosas de ese modo y las contaba así», es la clase de comentario que sugieren a mi mentalidad del siglo XX; porque detrás del cuento en sí adivino atisbos de una filosofía aventurera. «¡Me pregunto si su mente observadora, inquisitiva, rara, llegó más lejos!» Pero lo que honradamente pienso hoy de estos relatos no sería capaz de arrancármelo ni el propio Torquemada.

Es, por supuesto, enormemente interesante contemplar los años transcurridos de manera inquisitiva, asombrada, objetiva, sin desapego; aunque ver de manera «objetiva» no supone necesariamente ver con veracidad. Debe suponer ver con el yo eliminado; aunque el yo se obstina en inmiscuirse siempre, sea el yo de hoy o el de 1906. Recuerdo, de todos modos, que estos cuentos me salieron espontáneamente, como si abriese un grifo, y desde entonces he pensado a menudo que muchos de ellos procedieron de impresiones sepultadas, no resueltas..., impresiones producidas por alguna emoción; y con «no resueltas» quiero decir, naturalmente, no expresadas. Dichas «impresiones» le sobrevinieron a un joven de veinte años sumamente ignorante que se había visto empujado a la vida de periodista en Nueva York tras una

desastrosa experiencia ganadera y otra hotelera en Canadá; vida que incluía la extrema pobreza y el hambre. Dado que he contado ya algo de esto en *Adventures Before Thirty*, no lo voy a repetir; pero tiene el siguiente interés psicológico para mí hoy: que las experiencias de Nueva York en un mundo de crímenes y de vicio maltrataron y apalearon a una naturaleza sensible que se tragaba los horrores sin poderlos digerir, y que las semillas así sembradas, inactivas y no resueltas en el subconsciente, germinaron posiblemente después... y, puesto que el subconsciente dramatiza siempre, germinaron en forma de relato.

Otros relatos son, por supuesto, de los llamados «de fantasmas», porque la clasificación de relatos de fantasmas se me ha vuelto más inseparable que un hermano, y cuando la B. B. C. me pide un relato tiene que ser, preferentemente, del tipo «espeluznante». Sin embargo, mi supuesto interés por los fantasmas lo definiría yo más exactamente como un interés por la prolongación de las facultades humanas. Ser conocido como el «hombre de los fantasmas» es una forma de encasillar casi despectiva; y aquí, quizá, puedo rechazarla al fin. Mi interés por las cuestiones metapsíquicas ha sido siempre un interés por todo lo referente a la prolongación o expansión de la conciencia. Si veo un espectro, me interesa menos qué es que lo que veo. ¿Poseemos facultades que, bajo estímulos excepcionales, registran impresiones que están fuera de la gama normal de la vista, el oído, el tacto? Lo que a mí me ha interesado siempre es que tales facultades puedan existir en el ser humano y manifestarse ocasionalmente. Esos estímulos excepcionales pueden ser patógenos (como los reproducidos en la Salpêtrière y otros sanatorios psiquiátricos), o debidos a alguna súbita impresión de terror o de belleza que asalta al hombre de la calle; pero que existen es algo que está por encima de los actuales desmentidos del escéptico mezquino. Si es eso más cierto para mí hoy de lo que lo era cuando escribí estos cuentos hace una generación, significa meramente que desde entonces he seguido estudiando pruebas cada vez más abundantes. Así, en la mayoría de estos relatos suele aparecer un hombre medio que, debido a una súbita impresión de terror o de belleza, recibe estímulos de naturaleza extrasensorial. Puede que haya una gran distancia entre la mente vulgar que se vuelve clarividente por un destello de terror en *La casa vacía*, y el hombre de la calle de *The Centaur*, cuyo sentido de la belleza resplandece en una comprensión de los cuerpos planetarios como entidades sobrehumanas; pero el principio es el mismo: ambos experimentan una expansión de la conciencia normal. Y esto, sugiero, va un poco más allá de la confección de un «relato de fantasmas» convencional.

Estos relatos juveniles, aunque no me daba cuenta entonces, me parecen ahora prácticas de vuelo para exploraciones más audaces, o para —como dijo Eveleigh Nash, mi primer editor— «trabajar en un lienzo más grande». El trabajar en «un lienzo más grande» me desolló a la edad de treinta y seis años, pero el ver mi primer libro en letra impresa, recuerdo, me lastimó aún más. Es una experiencia que sin duda acentúa cualquier atisbo de complejo de inferioridad que haya oculto.

Recuerdo muy bien mi tremendo alivio al ver que La casa vacía, mi primer libro, tuvo, si puede decirse así, una modesta, insignificante acogida en la prensa, hasta que el Spectator de entonces, medio para mi zozobra, medio para mi alegría, lo eligió como versículo para un sermón especial, y más tarde, un artículo erudito del Morning Post, al analizar el «relato de fantasmas» como género típicamente anglosajón, basó sus comentarios en este libro particular, haciéndolo así localizable para Hilaire Belloc, a cuyo posterior aliento debo mucho.

Lo que yo calificaría de elogios ambiguos, en todo caso, comenzaron a lloverme por encima de una barrera de «crítica fidedigna»; y recuerdo que, aunque consideraba merecida la censura, acogí encantado los elogios, decidiendo probar otra vez..., y a su debido tiempo apareció El que escucha. Y —así son los caprichos de la memoria— aún puedo ver la grave expresión de las caras de Eveleigh Nash y su inteligente «lector de manuscritos», Maude Foulkes, mientras deliberábamos sobre si se podía imprimir en la cubierta una gran oreja (aún no se estilaban las sobrecubiertas ilustradas), y si no sería demasiado morboso, quizá, el relato que daba nombre al volumen para incluirlo; mi voto, a propósito, era decididamente en contra, a pesar del origen personal de ese cuento espantoso.

Es cierto, de todos modos, que a esa persuasiva sugerencia de «trabajar en un lienzo más grande» debo Centaur, Julius Le Vallon, The Human Chord, The Education of Unele Paul, y muchos otros. Así pues, bendigo y maldigo a la vez a Eveleigh Nash por ese estimulante consejo que, si bien sus consecuencias han afectado a otros, alivió a un autor que se descubrió a sí mismo más cargado de material de lo que su talento estaba capacitado para expresar de manera adecuada.

Puede que el origen de estos relatos sea de interés para algún que otro lector; esto no sólo parece egoísta, sino que lo es: me interesa a mí, cuando miro hacia atrás para revivir viejos recuerdos... el de un viaje por el Danubio en una canoa canadiense, durante el cual acampamos mi amigo y yo en una de las innumerables islas solitarias, más abajo de Pressburg (Bratislava), donde los sauces parecían sofocarnos a pesar del viento huracanado, y cómo un año o dos más tarde, al hacer el mismo viaje en una barcaza, descubrimos un cadáver enganchado en una raíz, con el cuerpo descompuesto balanceándose contra la orilla arenosa de la misma isla que describe mi relato. ¡Fue una coincidencia, por supuesto! El de aquella casa encantada y sin muebles de una plaza de Brighton, donde permanecí en vela para ver un fantasma, con una mujer a mi lado cuyo rostro arrugado se estiró de repente como la cara de un niño, asustándome más que el espectro que nunca llegué a ver en realidad; el de un colegio moravo de la Selva Negra (Königsfeld) donde pasé de niño dos encantados años, y el cual volví a visitar más tarde para descubrir un compensador culto al diablo en pleno apogeo, al que llamé «Culto secreto»; el de la isla del Báltico cuya leyenda del hombre-lobo se materializó como «El campamento del perro», de la que, sin embargo, nuestro feliz grupo de seis campistas permaneció ignorante hasta que leyó mi cuento; el de esa vieja ciudad francesa, sobre todo, de

«Antiguas brujerías», cuyos esquivos habitantes se comportaban como se comportan los gatos, caminando de lado por la acera, enderezando sus lustrosas orejas y sus colas sinuosas, con los ojos centelleantes, todos alerta y concentrados en una vida oculta, secreta, mientras fingían atender a turistas como nosotros..., como nosotros, que volvíamos de subir los Dolomitas y encontramos el tren de Basle a Boulogne tan abarrotado que nos apeamos en Laon y pasamos dos días en esa atmósfera infestada de brujas. La posada se llamaba «Auberge de la Hure», y no se trataba de Angulema como algunos han pensado, ni de Coutances, como creyó John Gibbons (I wanted to Travel), ni de las distintas ciudades que le han atribuido, sino de Laon, vieja ciudad encantada cuyas torres de la catedral se recortan contra el crepúsculo como las orejas de un gato, con las zarpas alargadas en forma de calles oscuras y el cuerpo felino agazapado justo bajo la colina. Sin embargo, ¿quién imaginaría que hay tanta magia a un kilómetro de su deprimente y desolada estación de ferrocarril, o que me iba a quedar luego arrobado junto a la pequeña ventana de mi dormitorio, contemplando los tejados y las torres a la luz de la luna, anotando en el reverso de los sobres una experiencia que me tuvo desvelado hasta el amanecer? Luego viene el del terrible «Wendigo» irrumpiendo entre una montaña de recuerdos, nombre que yo recordaba vívidamente de Hiawatha («Wendigos y gigantes», dice el verso), aunque no volví a pensar en él hasta que un amigo que acababa de regresar de Labrador me contó honestas historias sobre una familia entera que tuvo que abandonar un valle solitario porque «el Wendigo había entrado impetuoso» y «los había asustado mortalmente»; el de la «Isla encantada», una isla en la que viví un mes solo, durante el otoño, en los lagos Muskoka, al norte de Toronto, donde los indios Rojos vagan de un lado para otro una vez que los visitantes del verano se han marchado; y el de una casa espantosa (en el centro de Nueva York) en la que viví una vez, en la cual eran cosa corriente los inexplicables ruidos, voces y arrastrar de pasos que sonaban durante la noche, y que parecía el escenario adecuado para la «Indiscreta» reconstrucción de un horrendo asesinato cometido veinte años antes...

A decir verdad, los recuerdos de los que nacieron estos relatos son más claros para mí hoy que la línea y pormenores de las tramas mismas; pero más clara aún es la memoria vivida de que cada caso me produjo una emoción de carácter sumamente posesivo. Para escribir un relato de fantasmas debo sentirme antes «espectral», estado que no puede suscitarse artificialmente; y la verdad es que sentí que se me erizaba un poco la espalda cuando vi a mi «Wendigo» en una posada de montaña, más arriba de Chambéry, y oí rugir los vientos nocturnos de noviembre entre los bosques de pinos, al otro lado de la ventana; y se me encogió la espina dorsal, también, cuando el horror de esa isla de los «Sauces» me invadió solapado la imaginación. Creo, efectivamente, que la mayoría de estos cuentos nacieron acompañados de lo que podríamos llamar un delicioso escalofrío. El verdadero relato «ultramundano» debe brotar de ese núcleo de superstición que subyace en cada uno de nosotros, y aún estamos lo bastante cerca de los tiempos primitivos, con

su terror a la oscuridad, para que la razón abdique sin una violenta oposición.

Sin embargo, ha habido un cambio sorprendente en el saber desde la época en que fueron escritos estos relatos: la materia ha sido borrada de la existencia. Los átomos ya no son diminutas bolas de billar sino cargas de electricidad positiva o negativa; y aun estas cargas, según Eddington, Jeans y Whitehead, no son sino símbolos. La ciencia confiesa que no sabe qué representan esos «símbolos» en última instancia. La física guarda silencio. Jeans habla de un «mundo de sombras». «Los fenómenos —nos recuerda el profesor Joad— pueden ser meramente símbolos de una realidad que subyace en ellos. La realidad, en contra de lo que todos sabemos, puede ser de un orden enteramente distinto de los acontecimientos que la simbolizan. Puede incluso ser de carácter mental o espiritual.» Así pues, el universo parece ser una mera apariencia, nuestro viejo amigo «maya», o ilusión, de los hindúes. Por tanto, quizá la razón encuentre hoy menos necesidad de abdicar que hace treinta años, y el rapprochement entre la moderna física y los supuestos fenómenos psíquicos y místicos parezcan sugestivos a cualquier mente reflexiva. Todos llevan a cabo sus investigaciones en un «mundo de sombras», entre meros símbolos de una realidad que puede ser concebiblemente «mental o espiritual», pero que es, en todo caso, desconocida, si no incognoscible.

Permítaseme dejar que los relatos hablen por sí mismos. Están impresos aquí por orden cronológico, según fueron escritos entre 1906 y 1910.

A. B.

Savile Club, 1938

LA CASA VACÍA

TRANSICIÓN^[2]

JOHN Mudbury regresaba de sus compras con los brazos llenos de regalos navideños. Eran las siete pasadas y las calles estaban atestadas de gente. Era un hombre corriente, vivía en un piso corriente de las afueras, con una mujer corriente y unos hijos corrientes. *Él* no los consideraba corrientes, aunque sí los demás. Traía un regalo corriente a cada uno: una agenda barata para su mujer, una pistola de aire comprimido para el chico, y así sucesivamente. Tenía más de cincuenta años, era calvo, oficinista, honesto de hábitos y manera de pensar, de opiniones inseguras, ideas políticas inseguras, e ideas religiosas inseguras. Sin embargo, se tenía a sí mismo por un caballero firme y decidido, sin percatarse de que la prensa matinal determinaba sus opiniones del día. Y vivía... al día. Físicamente estaba bastante sano, salvo el corazón, que lo tenía débil (cosa que nunca le preocupó); y pasaba las vacaciones de verano jugando mal al golf, mientras sus hijos se bañaban y su mujer leía a Garvice tumbada en la arena. Como la mayoría de los hombres, soñaba ociosamente con el pasado, se le escapaba embarulladamente el presente, e intuía vagamente —tras alguna que otra lectura imaginativa— el futuro.

—Me gustaría sobreexistir —decía— si la otra vida fuera mejor que ésta —mirando a su mujer y sus hijos, y pensando en el trabajo diario—. ¡Si no...! —y se encogía de hombros como hace todo hombre valeroso.

Acudía a la iglesia con regularidad. Pero nada en la iglesia le convencía de que iba a subsistir en la otra vida, ni le inclinaba a esperar tal cosa. Por otra parte, nada en la vida le convencía de que no fuera o no pudiera ser así. «Soy evolucionista», le encantaba decir a sus pensativos amigos (delante de una copa), ignorando que se hubiera puesto en duda jamás el darwinismo.

Así, pues, volvía a casa contento y feliz, con su montón de regalos navideños «para la mujer y los chicos», y recreándose con la idea de la alegría y animación de su familia. La noche anterior había llevado a «su señora» a ver *Magia* en un selecto teatro de Londres frecuentado por intelectuales... y se había entusiasmado lo indecible. Había ido indeciso, aunque esperando algo fuera de lo corriente. «No es un espectáculo musical —advirtió a su mujer—; ni tampoco una comedia o una farsa, en realidad», y en respuesta a la pregunta de ella sobre qué decían las críticas, se encogió, suspiró, y enderezó cuatro veces su chillona corbata en rápida sucesión. Porque no podía esperarse que un «hombre de la calle» con una pizca de dignidad entendiese lo que decían los críticos, aunque entendiese la Obra. Y John había contestado con toda sinceridad: «Bueno, dicen cosas. Pero el teatro está siempre lleno... y eso es lo que cuenta».

Y ahora, al cruzar Piccadilly Circus entre el gentío para coger el autobús, quiso el azar que (al ver un anuncio) le absorbiese el cerebro dicha Obra particular, o más bien

el efecto que le causara en su momento. Porque le había cautivado lo indecible: con las maravillosas posibilidades que insinuaba, su tremenda osadía, su belleza alerta y espiritual... El pensamiento de John se lanzó en pos de algo: en pos de esa sugerencia curiosa de un universo más grande, en pos de esa sugerencia cuasi divertida de que el hombre no es el único... Y aquí chocó con una frase que la memoria le puso delante de las narices: «La ciencia *no* agota el Universo», ¡al tiempo chocaba con otra clase de fuerza destructora...!

No supo exactamente cómo ocurrió. Vio un Monstruo feroz que le miraba con ojos de fuego. ¡Era horrible! Se abalanzó sobre él. Lo esquivó... y otro Monstruo salió de una esquina a su encuentro. Corrieron los dos a un tiempo hacia él. Se hizo a un lado otra vez, con un salto que podía haber salvado fácilmente una valla, pero fue demasiado tarde. Le cogieron entre los dos sin piedad, y el corazón se le subió literalmente a la boca. Le crujieron los huesos... Tuvo una sensación dulce, un frío intenso y un calor como de fuego. Oyó un rugir de bocinas y voces. Vio arietes; y un testudo de hierro... Luego surgió una luz cegadora... «¡Siempre *de cara* al tráfico!», recordó con un grito frenético; y merced a una suerte extraordinaria, ganó milagrosamente la acera opuesta.

No había duda al respecto. Se había librado por los pelos de una muerte desagradable. Primero, comprobó a tientas los regalos: los tenía todos. Luego, en vez de alegrarse y tomar aliento, emprendió apresuradamente el regreso —¡a pie, lo que probaba que se le había descontrolado un poco la cabeza!—, pensando sólo en lo desilusionados que se habrían quedado su mujer y sus hijos si... bueno, si hubiese ocurrido algo. Otra cosa de la que se dio cuenta, extrañamente, fue de que ya no amaba a su mujer en realidad, y que sólo sentía por ella un gran afecto. Sabe Dios por qué se le ocurrió tal cosa; el caso es que lo *pensó*. Era un hombre honesto, sin fingimientos. La idea le vino como un descubrimiento. Se volvió un instante, vio la multitud arremolinada alrededor del barullo de taxis, cascos de policías centelleando con las luces de los escaparates... y avivó el paso otra vez, con la cabeza llena de pensamientos alegres sobre los regalos que iba a repartir... los niños acudiendo a la carrera... y su mujer —¡un alma bendita!— contemplando embobada los paquetes misteriosos...

Y, aunque no lograba explicarse cómo, al poco rato estaba ante la puerta del edificio carcelario donde tenía su piso, lo que significaba que había hecho a pie las tres millas. Iba tan ocupado y absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de la larga caminata. «Además —reflexionó, pensando cómo se había salvado por los pelos—, ha sido un susto tremendo. Una mald... experiencia, a decir verdad.» Todavía se notaba algo aturdido y tembloroso. A la vez, no obstante, se sentía contento y eufórico.

Contó los regalos... saboreó con antelación la alegría que iban a producir... y abrió rápidamente con la llave. «Llego tarde —comprendió—; pero cuando ella vea los paquetes de papel marrón, se le olvidará decir nada. Dios bendiga a esa alma

fiel.» Hizo girar suavemente la llave una segunda vez, y entró de puntillas en el piso... Tenía el espíritu henchido del sentimiento dominante de esta tarde: la felicidad que los regalos navideños iban a proporcionar a su mujer y sus hijos.

Oyó ruido. Colgó el sombrero y el abrigo en el diminuto vestíbulo (nunca lo llamaban «recibimiento»), y se dirigió sigilosamente a la puerta del salón con los paquetes escondidos detrás. Sólo pensaba en ellos, no en sí mismo... O sea, en su familia, no en los paquetes. Abrió la puerta a medias, y se asomó discretamente. Para estupefacción suya, la habitación estaba llena de gente. Retrocedió con rapidez, preguntándose qué podía significar. ¿Una fiesta? ¿Sin saberlo él? ¡Qué raro...! Experimentó un profundo desencanto. Pero al retroceder, se dio cuenta de que en el vestíbulo había gente también.

Estaba enormemente sorprendido; aunque, por otra parte, no lo estaba en absoluto. Le estaban felicitando. Había una verdadera muchedumbre. Además, los conocía a todos; al menos, sus caras le sonaban más o menos. Y todos le conocían a él.

—¿No es gracioso? —rió alguien, dándole una palmadita en la espalda—. ¡Ellos no tienen ni la menor idea...!

El que hablaba —el viejo John Palmer, el contable de la oficina— recalcó la palabra «ellos».

—Ni la menor idea —contestó él con una sonrisa, diciendo algo que no entendía, aunque sabía que era cierto.

Su rostro, al parecer, reflejaba la absoluta perplejidad que sentía. El impacto del golpe recibido había sido mayor de lo que él había creído, evidentemente... Su cabeza desvariaba... ¡al parecer! Pero lo raro era que en la vida se había sentido tan despejado. Había mil cosas que de repente se le habían vuelto de lo más sencillas. Pero cómo se apretujaba esta gente, y con cuánta... ¡familiaridad!

—Mis paquetes —dijo, abriéndose paso a empujones, alegremente, entre la multitud—. Son regalos de Navidad que les he comprado —señaló con la cabeza hacia la habitación—. He estado ahorrando durante semanas, sin fumar un cigarro ni acercarme a un billar, y privándome de otras cosas, para comprarlos.

—¡Buen muchacho! —dijo Palmer con una risotada—. El corazón es lo que cuenta.

Mudbury le miró. Palmer había dicho una verdad como un templo; aunque, probablemente, la gente no le entendería ni le creería.

—¿Eh? —preguntó, sintiéndose torpe y estúpido, confundido entre dos significados, uno de los cuales era bonito y el otro indeciblemente idiota.

—Por *favor*, señor Mudbury, pase. Le están esperando —dijo amable y pomposamente una voz. Y al volverse, se encontró con los ojos benévulos y estúpidos de sir James Epiphany, el director del banco donde trabajaba.

El efecto de la voz fue instantáneo debido al prolongado hábito.

—Desde luego —sonrió de corazón, y avanzó como movido por una costumbre

inveterada. ¡Ah, qué feliz y contento se sentía! Su afecto por su mujer era real. El amor, desde luego, se había desvanecido; pero la necesitaba... y ella le necesitaba a él. Y a sus hijos —Milly, Bill y Jean— los quería profundamente. ¡Valía la pena vivir!

En la habitación había bastante gente... pero reinaba un asombroso silencio. John Mudbury miró en torno suyo. Dio unos pasos hacia su mujer, que estaba sentada en la butaca del rincón con Milly sobre sus rodillas. Algunos hablaban y andaban de un lado para otro. El número de personas aumentaba por momentos. Se colocó frente a ellas: frente a Milly y su mujer. Y les dirigió la palabra, tendiéndoles los paquetes. «Es Nochebuena —susurró tímidamente—; y os he... os he traído algo... a cada uno. ¡Mirad!» Les puso los paquetes delante.

—Por supuesto, por supuesto —dijo una voz detrás de él—; pero aunque se pasase usted un siglo entero así, presentándoselos, daría igual: ¡no los verán *jamás*!

—Creo... —susurró Milly, mirando a su alrededor.

—¿Qué es lo que crees? —preguntó vivamente su madre—. Siempre estás pensando cosas extrañas.

—Creo —prosiguió la niña, ensoñadora— que Papá está ya aquí —calló; luego añadió con la insoportable convicción de los niños—: estoy segura. *Siento* su presencia.

Sonó una carcajada extraordinaria. Era sir James Epiphany el que reía. Los demás —toda la multitud— volvieron la cabeza y sonrieron también. Pero la madre, apartando de sí a la criatura, se levantó súbitamente con un gesto violento. Se le había vuelto blanca la cara. Extendió los brazos... al aire que tenía ante ella. Aspiró con dificultad, se estremeció. Había angustia en sus ojos.

—¡Mirad! —repitió John—. Os he traído los regalos.

Pero su voz, por lo visto, no produjo el menor sonido. Y con una punzada de frío dolor, recordó que Palmer y sir James habían muerto hacía años.

—Es magia —exclamó—. Pero... yo te quiero, Jinny; te quiero... y... y siempre te he sido fiel; fiel como el acero. Nos necesitamos el uno al otro... ¿acaso no te das cuenta? Seguiremos juntos, tú y yo, por los siglos de los siglos...

—*Piense* —le interrumpió una voz exquisitamente tierna—; ¡no grite! Ellos no pueden *oírle*... ahora —y al volverse, John Mudbury se encontró con los ojos de Everard Minturn, su presidente del año anterior. Minturn se había ahogado en el hundimiento del *Titanic*.

Aquí se le cayeron los paquetes. El corazón le dio un enorme brinco de alegría.

Vio que su cara —la de su mujer— miraba a través de él.

Pero la niña le miraba directamente a los ojos. Le veía.

Lo que su conciencia registró a continuación fue el tintinear de algo... lejos, muy lejos. Sonaba a millas debajo de él... dentro de él... era él mismo quien sonaba —absolutamente desconcertado— como una campanilla. *Era* una campanilla.

Milly se inclinó y recogió los paquetes. Su cara irradiaba felicidad y alegría...

Pero a continuación entró un hombre, un hombre de cara solemne y ridícula, con un lápiz y un cuaderno. Llevaba un casco azul marino. Detrás de él venía una fila de hombres. Traían algo... algo..., Mudbury no podía ver con claridad qué era. Pero cuando se abrió paso entre la alegre muchedumbre para mirar, distinguió vagamente dos ojos, una nariz, una barbilla, una mancha de color rojo oscuro, y un par de manos cruzadas sobre un abrigo. Una figura de mujer cayó entonces sobre ellas, y oyó a sus hijos sollozar extrañamente... luego otros sonidos... como de voces familiares riendo... riendo de alegría.

—Dentro de poco se reunirán con nosotros. El tiempo es como un relámpago.

Y, al volverse rebosante de dicha, vio que era sir James quien había hablado, al tiempo que cogía a Palmer del brazo, como en un gesto natural, aunque inesperado, de afectuosa y amable amistad.

—Vamos —dijo Palmer sonriendo, como el que acepta un don en la comunidad universal—, ayudémosles. No lo comprenderán... Pero siempre podemos intentarlo.

La multitud entera, riente y gozosa, se elevó. Fue, por fin, un instante de vida auténtica y cordial. La Paz y la Alegría y el Júbilo reinaban en todas partes.

Entonces comprendió John Mudbury la verdad: que estaba muerto.

LA CASA VACÍA^[3]

CIERTAS casas, al igual que ciertas personas, se las arreglan para revelar en seguida su carácter maligno. En el caso de las segundas, no hace falta que las delate ningún rasgo especial: pueden mostrar un rostro franco y una sonrisa ingenua; y no obstante, unos momentos en su compañía le dejan a uno la firme convicción de que hay algo radicalmente malo en ellas: de que son malas. Sin querer o no, parecen difundir una atmósfera de secretos y malignos pensamientos que hace que los de su entorno inmediato se retraigan como ante un enfermo.

Este mismo principio es válido, quizá, para las casas; y el aroma de las malas acciones perpetradas bajo un determinado techo —mucho después de haber desaparecido quienes las cometieron— pone la carne de gallina y los pelos de punta. Algo de la pasión original del malhechor, y del horror experimentado por su víctima, llega al corazón del desprevenido visitante, que nota de pronto un hormigueo en los nervios, y que se le eriza el pelo y se le hiela la sangre. Se sobrecoge sin una causa aparente.

Nada había en el aspecto exterior de esta casa particular que apoyase los rumores sobre el horror que imperaba dentro. No era solitaria ni destartalada. Se hallaba arrinconada en un ángulo de la plaza, y era exactamente igual que sus vecinas: con el mismo número de ventanas, idéntico balcón dominando los jardines, e idéntica escalinata blanca hasta la oscura y pesada puerta de la entrada; en la parte de atrás tenía el mismo cuadro de césped con bordes de boj, que iba de la tapia de separación de una de las casas adyacentes a la de la otra. Por supuesto, su tejado tenía también el mismo número de chimeneas, y la misma anchura y ángulo de aleros; incluso las sucias verjas eran igual de altas que las demás.

Sin embargo, esta casa de la plaza, igual en apariencia a los cincuenta feos edificios que tenía a su alrededor, era en realidad muy distinta, espantosamente distinta.

Es imposible decir dónde residía esta acusada e invisible diferencia. No puede atribuirse enteramente a la imaginación; porque las personas que, ignorantes de lo ocurrido, visitaron unos momentos su interior habían declarado después que algunas de sus habitaciones eran tan desagradables que preferían morir a volver a entrar en ellas, y que el ambiente del edificio les producía auténtico pavor; entretanto, los sucesivos inquilinos que habían intentado habitarla y tuvieron que abandonarla a toda prisa provocaron poco menos que un escándalo en el pueblo.

Cuando Shorthouse llegó para pasar el fin de semana con su tía Julia —en la casita que ésta tenía junto al mar al otro extremo del pueblo—, la encontró rebosante de misterio y excitación. Shorthouse había recibido su telegrama esa misma mañana, y había emprendido el viaje convencido de que iba a ser un aburrimiento; pero en el

instante en que le cogió la mano y besó su mejilla de manzana arrugada percibió el primer indicio de su estado electrizado. Su impresión aumentó al saber que no tenía más visitas, y que le había teleografiado por un motivo muy especial.

Había algo en el aire; «algo» que sin duda iba a dar fruto. Porque esta vieja solterona, con su afición a las investigaciones metapsíquicas, tenía talento y fuerza de voluntad, y, de una manera o de otra, se las arreglaba normalmente para llevar a término sus propósitos. Hizo su revelación poco después del té, mientras caminaba despacio junto a él, por el paseo marítimo, en el crepúsculo.

—Tengo las llaves —anunció con voz embargada aunque medio sobrecogida—. ¡Me las han dejado hasta el lunes!

—¿Las de la caseta de baño, o...? —preguntó él con candor, desviando la mirada del mar al pueblo. Nada la hacía ir más deprisa al grano que aparentar estupidez.

—No —susurró—. Son las de la casa de la plaza... Voy a ir allí esta noche.

Shorthouse sintió que le recorría la espalda un levísimo temblor. Abandonó su tonillo burlón. Algo en la voz y actitud de su tía le produjo un estremecimiento. Hablaba en serio.

—Pero no puedes ir sola... —empezó.

—Por eso te he teleografiado —dijo con decisión.

Se volvió a mirarla. Su rostro, feo, arrugado, enigmático, rebosaba de excitación. El rubor del sincero entusiasmo producía una especie de halo a su alrededor. Le brillaban los ojos. Notó en ella otra oleada de emoción acompañada de un segundo estremecimiento, esta vez más acusado.

—Gracias, tía Julia —dijo cortésmente—. Te lo agradezco muchísimo.

—No sería capaz de ir sola —prosiguió, alzando la voz—; pero contigo disfrutaré lo indecible. Tú no te asustas de nada, lo sé.

—Muchas gracias, de verdad —repitió él—. ¿Es que... es que puede pasar algo?

—*Ha* pasado, y mucho —susurró ella—; aunque han sabido silenciarlo con mucha habilidad. En los últimos meses ha habido tres que la han querido alquilar y se han tenido que ir; y dicen que no podrán ocuparla nunca más.

A pesar de sí mismo, Shorthouse se sintió interesado. Su tía hablaba muy seria.

—La casa es muy vieja, desde luego —continuó ella—; y la historia, de lo más desagradable, data de hace mucho tiempo. Se trata de un asesinato que cometió por celos un mozo de cuadra que tenía un lío con una criada de la casa. Una noche se escondió en la bodega, y cuando estaban todos dormidos, subió sigilosamente a los aposentos de la servidumbre, sacó a la muchacha al rellano y, antes de que nadie pudiese ayudarla, la arrojó por encima de la barandilla, al recibimiento.

—¿Y el mozo...?

—Le detuvieron, creo, y le ahorcaron por asesino; pero todo eso ocurrió hace un siglo, y no he podido saber más detalles del suceso.

A Shorthouse se le había despertado del todo el interés. Pero, aunque no se inquietaba especialmente por lo que a él se refería, vacilaba un poco por su tía.

—Con una condición —dijo por fin.

—Nada me va a impedir que vaya —dijo ella con firmeza—; pero no tengo inconveniente en escuchar tu condición.

—Que me garantices que podrías conservar la serenidad, si ocurriese algo realmente horrible. O sea... que me asegures que no te vas a asustar demasiado.

—Jim —dijo ella con desdén—, sabes que no soy joven, ni lo son mis nervios; ¡pero *contigo* no le tendría miedo a nada en el mundo!

Esto, como es natural, zanjó la cuestión, porque Shorthouse no tenía otras aspiraciones que las de ser un joven normal y corriente; y cuando apelaban a su vanidad no era capaz de resistirse. Accedió a ir.

Instintivamente, a modo de preparación subconsciente, mantuvo en forma sus fuerzas y a sí mismo toda la tarde, obligándose a hacer acopio de autocontrol mediante un indefinible proceso interior por el que fue vaciando gradualmente todas sus emociones abriendo el grifo de cada una... proceso difícil de describir, pero asombrosamente eficaz, como sabe todo el que ha sufrido las rigurosas pruebas del hombre encerrado en sí mismo. Más tarde, le fue de mucha utilidad.

Pero hasta las diez y media, en que se detuvieron en el recibimiento a la luz de las lámparas acogedoras y envueltos aún por los tranquilizadores influjos humanos, no necesitó echar mano de esta reserva de fuerzas acumuladas. Porque, una vez que cerraron la puerta, y vio la calle desierta y silenciosa que se extendía ante ellos, blanca a la luz de la luna, se dio cuenta claramente de que la verdadera prueba de esta noche sería hacer frente a *dos miedos* en vez de uno. Tendría que soportar el miedo de su tía y el suyo. Y al observar su semblante de esfinge, y comprender que no tendría una expresión agradable en un acceso de verdadero terror, pensó que sólo una cosa le consolaba en toda esta aventura: su confianza en que su propia voluntad y fuerza resistirían cualquier sobresalto.

Recorrieron lentamente las calles vacías del pueblo; la luna brillante del otoño plateaba los tejados, proyectando densas sombras; no se movía el más leve soplo de brisa, y los árboles del parque solemne del paseo marítimo les observaron en silencio al pasar. Shorthouse no contestaba a los comentarios que su tía hacía de vez en cuando: se daba cuenta de que la anciana se estaba rodeando simplemente de parachoques mentales: hablaba de cosas ordinarias para evitar pensar en cosas extraordinarias. Veían alguna ventana con luz, y de alguna que otra chimenea salía humo o chispas. Shorthouse había empezado ya a fijarse en todo, incluso en los más pequeños detalles. Poco después se detuvieron en la esquina y miraron el nombre de la calle en el lado donde daba la luna; y de común acuerdo, pero sin decir nada, entraron en la plaza en dirección a la parte que quedaba en la sombra.

—La casa es el trece —oyó Shorthouse; ni uno ni otro hicieron el menor comentario sobre las evidentes connotaciones: cruzaron la ancha franja de luz lunar y echaron a andar por el enlosado en silencio.

A mitad de la plaza notó Shorthouse que un brazo se deslizaba discreta pero

significativamente por debajo del suyo; comprendió entonces que la aventura había empezado de verdad, y que su compañera estaba ya cediendo terreno, de manera imperceptible, a los influjos contrarios. Necesitaba apoyo.

Minutos después se detuvieron ante una casa alta y estrecha que se alzaba ante ellos en la oscuridad, fea de forma y pintada de un blanco sucio. Unas ventanas sin postigo ni persiana les miraron desde arriba, brillando aquí y allá con el reflejo de la luna. La lluvia y el tiempo habían dejado rayas y grietas en la pared y la pintura, y el balcón sobresalía un poco anormalmente del primer piso. Pero salvo este aspecto general de abandono, propio de una casa deshabitada, nada había a primera vista que delatase el carácter maligno que esta mansión había adquirido.

Tras mirar por encima del hombro para cerciorarse de que nadie les había seguido, subieron la escalinata y se detuvieron ante la enorme puerta negra que les cerraba el paso, imponente. Pero ahora les invadió la primera oleada de nerviosismo, y Shorthouse hurgó largo rato con la llave antes de conseguir meterla en la cerradura. Por un instante, a decir verdad, los dos abrigaron la esperanza de que no se abriese, presa ambos de diversas emociones desagradables, allí de pie, en el umbral de su espectral aventura. Shorthouse, que manipulaba la llave estorbado por el peso firme sobre su brazo, se daba cuenta de la solemnidad del momento. Era como si el mundo entero —porque en ese instante parecía como si toda la experiencia se concentrase en su propia conciencia— escuchara el arañar de esta llave. Un extraviado soplo de aire bajó por la calle desierta, despertando un rumor efímero en los árboles, detrás de ellos; por lo demás, el ruido de la llave era lo único que se oía; y finalmente giró en la cerradura, se abrió pesadamente la puerta, y reveló el abismo de tinieblas del interior.

Tras una última mirada a la plaza iluminada por la luna, entraron deprisa, y la puerta se cerró tras ellos con un golpe que resonó prodigiosamente en los pasillos y habitaciones vacías. Pero con los ecos se hizo audible otro ruido, y tía Julia se agarró súbitamente a él con tal fuerza que tuvo que dar un paso atrás para no caerse.

Un hombre había tosido a su lado; tan cerca que parecía que había sido junto a él, en la oscuridad.

Pensando que podía tratarse de alguna broma, Shorthouse hizo girar su pesado bastón en dirección al ruido; pero no tropezó con nada más sólido que el aire. Oyó a su tía proferir una pequeña exclamación.

—Aquí hay alguien —susurró—; le he oído.

—Tranquilízate —dijo él con resolución—. Sólo ha sido el ruido de la puerta de la calle.

—¡Oh!, enciende una luz... pronto —añadió ella, mientras su sobrino, manipulando la caja de cerillas, la abría del revés, y se le caían todas en el piso de piedra con leve repiqueteo.

El ruido, sin embargo, no se repitió; ni hubo indicio de pasos retirándose. Un minuto después tenían una vela encendida, utilizando una boquilla de cigarro vacía como palmatoria; cuando disminuyó la llama inicial, Shorthouse alzó la improvisada

lámpara e inspeccionó su entorno. Y lo encontró bastante lúgubre, a decir verdad; porque no hay morada humana más desolada que la que está vacía de muebles, oscura, muda, abandonada, y ocupada no obstante por un rumor sobre sucesos malvados y violentos.

Se encontraban en un amplio vestíbulo; a la izquierda había una puerta abierta que daba a un espacioso comedor; enfrente, el recibimiento se prolongaba, estrechándose, en un pasillo largo y oscuro que conducía, al parecer, a la escalera que bajaba a la cocina. Una ancha escalera desnuda ascendía ante ellos describiendo una curva; estaba toda en sombras salvo un único rodal, en mitad, donde daba la luna que se filtraba por una ventana, creando una mancha luminosa sobre la madera. Este haz de luz difundía una tenue luminiscencia arriba y abajo, dotando a los objetos cercanos de una silueta brumosa infinitamente más sugerente y espectral que la completa oscuridad. La luz filtrada de la luna parece pintar siempre rostros en la penumbra que la rodea; y al asomarse Shorthouse al pozo de tinieblas y pensar en las innumerables habitaciones vacías y pasillos de la parte superior del viejo edificio, sintió deseos de encontrarse otra vez en la plaza, o en el confortable cuartito de estar que habían dejado hacía una hora. Comprendiendo que estos pensamientos eran peligrosos, los rechazó otra vez e hizo acopio de toda su energía para concentrarse en el momento presente.

—Tía Julia —dijo en voz alta, con gravedad—; vamos a recorrer la casa de punta a cabo, y a hacer una inspección exhaustiva.

Los ecos de su voz se apagaron lentamente en todo el edificio; y en el intenso silencio que siguió, se volvió a mirarla. A la luz de la vela, notó que tenía ya el rostro mortalmente pálido; pero ella se soltó de su brazo un momento, y dijo en un susurro, colocándose frente a él:

—De acuerdo. Tenemos que asegurarnos de que no hay nadie escondido. Eso es lo primero.

Habló con evidente esfuerzo; su sobrino le dirigió una mirada de admiración.

—¿Estás completamente decidida? Aún no es demasiado tarde...

—Sí —susurró ella, desviando los ojos nerviosamente hacia las sombras de atrás—. Completamente decidida; sólo una cosa...

—¿Qué?

—No tienes que dejarme sola ni un instante.

—Pero ten presente que debemos investigar en seguida cualquier ruido o aparición; porque dudar significaría aceptar el miedo. Sería fatal.

—De acuerdo —dijo ella, algo temblorosa, tras un momento de vacilación—. Procuraré...

Cogidos del brazo, Shorthouse con la vela goteante y el bastón, y su tía con la capa sobre los hombros, perfectos personajes de comedia para cualquiera menos para ellos, iniciaron una inspección sistemática.

Con sigilo, andando de puntillas y cubriendo la vela para no delatar su presencia a

través de las ventanas sin postigo, entraron primero en el comedor. No vieron un solo mueble. Unas paredes desnudas, unas chimeneas feas y vacías les miraron. Todas las cosas parecieron ofenderse ante esta intrusión, y les observaron con ojos velados, por así decir; les seguían ciertos susurros; las sombras revoloteaban en silencio a derecha e izquierda; parecía que tenían siempre a alguien detrás, vigilando, esperando la ocasión para atacarles. Tenían la irreprimible sensación de que habían quedado momentáneamente en suspenso, hasta que volvieran a irse, actividades que habían estado desarrollándose en la habitación vacía. Todo el oscuro interior del viejo edificio pareció convertirse en una Presencia maligna que se alzaba para advertirles que desistieran y no se metiesen donde nadie les llamaba; la tensión de los nervios aumentaba por momentos.

Salieron del oscuro comedor por dos grandes puertas plegables y pasaron a una especie de biblioteca o salón de fumar, igualmente envuelto en silencio, polvo y oscuridad; de él regresaron al vestíbulo, cerca del remate de la escalera de atrás.

Aquí se abrió ante ellos un túnel de negrura que conducía a las regiones inferiores, y —hay que confesarlo— vacilaron. Pero fue sólo un momento. Dado que lo peor de la noche estaba por venir, era esencial no retroceder ante nada. Tía Julia tropezó en el peldaño que iniciaba el oscuro descenso, mal iluminado por la vela parpadeante, y al propio Shorthouse casi le dieron ganas de salir corriendo.

—¡Vamos! —dijo en tono perentorio; y su voz se propagó y se perdió en los espacios vacíos y oscuros de abajo.

—Ya voy —balbuceó ella, agarrándose a su, brazo con fuerza innecesaria.

Bajaron un poco inseguros por la escalera de piedra; un aire húmedo, frío, estancado y maloliente les dio en la cara. La cocina, a la que conducía la escalera a través de un estrecho pasillo, era amplia, de techo alto. Tenía varias puertas: unas eran de alacenas con jarras vacías todavía en los estantes, otras daban acceso a dependencias horribles y espectrales, todas ellas más frías y menos acogedoras que la propia cocina. Las cucarachas se escabulleron por el suelo; una de las veces, al tropezar con una mesa de madera que había en un rincón, algo del tamaño de un gato saltó al suelo, cruzó veloz el piso de piedra, y desapareció en la oscuridad. Todos los lugares producían la sensación de haber sido ocupados recientemente, una impresión de tristeza y melancolía.

Abandonaron la cocina, y se dirigieron a la trascocina. La puerta estaba entornada, la empujaron y la abrieron del todo. Tía Julia profirió un grito penetrante, que en seguida intentó sofocar llevándose la mano a la boca. Durante un segundo, Shorthouse se quedó petrificado, con el aliento contenido. Notó como si le vaciasen de pronto la espina dorsal y se la llenasen de hielo picado.

Ante ellos, entre las jambas de la puerta, se alzaba la figura de una mujer. Tenía el pelo desgreñado, la mirada fija y demente, y un rostro aterrado y mortalmente pálido.

Estuvo allí, inmóvil, por espacio de un segundo. Luego parpadeó la vela, y la mujer desapareció —absolutamente—, y la puerta no enmarcó otra cosa que una

oscuridad vacía.

—Sólo ha sido esta condenada llama saltarina —dijo él con rapidez, con una voz que sonó como de otra persona, y dominada sólo a medias—. Vamos, tía. Ahí no hay nada.

Tiró de ella. Con gran ruido de pisadas y aparente ademán de decisión, siguieron adelante; pero a Shorthouse le picaba el cuerpo como si lo tuviese cubierto de hormigas, y se daba cuenta, por el peso que notaba en el brazo, de que hacía fuerza para andar por los dos. La trascocina estaba fría, desnuda, vacía: parecía más una gran celda de prisión que otra cosa. Dieron media vuelta; intentaron abrir la puerta que daba al patio y las ventanas, pero estaba todo firmemente cerrado. Su tía caminaba a su lado como sonámbula. Iba con los ojos cerrados, y parecía limitarse a seguir la presión del brazo de él. Shorthouse estaba asombrado de su valor. Al mismo tiempo, observó que su cara había experimentado un cambio especial que, de algún modo, escapaba a su poder de análisis.

—Aquí no hay nada, tía —repitió en voz alta, con viveza—. Subamos a echar una mirada al resto de la casa. Luego escogeremos una habitación donde esperar.

Tía Julia le siguió obediente, pegada a su lado, y cerraron tras ellos la puerta de la cocina. Fue un alivio subir otra vez. En el recibimiento había más luz que antes, ya que la luna había bajado un poco en la escalera. Cautelosamente, empezaron a subir hacia la bóveda oscura del edificio, con el enmaderado crujiendo bajo su peso.

En el primer piso descubrieron el gran salón doble, cuya inspección no reveló nada: tampoco aquí encontraron signo alguno de mobiliario o de reciente ocupación; no había más que polvo, abandono y sombras. Abrieron las grandes puertas plegables entre el salón de delante y el de atrás, salieron otra vez al rellano, y continuaron subiendo.

No habrían subido más de una docena de peldaños cuando se detuvieron los dos a la vez a escuchar, mirándose a los ojos con un nuevo temor por encima de la llama temblona de la vela. De la habitación que acababan de dejar hacía apenas diez segundos les llegó un ruido apagado de puertas al cerrarse. No cabía ninguna duda: habían oído la resonancia que producen unas puertas pesadas al cerrarse, seguida del golpecito seco al encajar el pestillo.

—Debemos volver, a ver qué ha sido —dijo Shorthouse con brevedad, en voz baja, dando media vuelta para bajar otra vez.

De algún modo, su tía se las arregló para seguirle, con el rostro lívido, pisándose el vestido.

Cuando entraron en el salón delantero comprobaron que se habían cerrado las puertas plegables... medio minuto antes. Sin la menor vacilación, fue Shorthouse y las abrió. Casi esperaba descubrir a alguien ante él, en la habitación de detrás; pero sólo se enfrentó con la oscuridad y el aire frío. Recorrieron las dos habitaciones, pero no descubrieron nada de particular. Probaron a hacer que las puertas se cerrasen solas, pero no había corrientes de aire ni siquiera para que oscilase la llama de la vela. Las

puertas no se movían a menos que alguien las empujase con fuerza. Todo estaba en silencio como una tumba. Era innegable que las habitaciones se hallaban totalmente vacías, y la casa entera en absoluta quietud.

—Ya empieza —susurró una voz junto a su codo que apenas reconoció como la de su tía.

Shorthouse asintió con la cabeza, sacando su reloj para comprobar la hora. Eran las doce menos cuarto; anotó en su cuaderno exactamente lo ocurrido hasta aquí, dejando antes la vela en el suelo. Tardó unos momentos en colocarla de pie, apoyándola contra la pared. Tía Julia ha dicho siempre que en ese momento no miraba, ya que había vuelto la cabeza hacia la habitación, donde creía haber oído moverse algo; en cualquier caso, los dos coinciden en que sonaron pasos precipitados, fuertes y muy rápidos... ¡y al instante siguiente se apagó la vela!

Pero para Shorthouse hubo más cosas; y siempre ha dado gracias a su buena estrella de que le acontecieran a él solo, y no a su tía también. Porque, al incorporarse tras dejar la vela, y antes de que se apagara, surgió un rostro y se acercó tanto al suyo que casi podía haberlo rozado con los labios. Era un rostro dominado por la pasión: un rostro de hombre, moreno, de facciones torpes y ojos furiosos y salvajes. Pertenecía a un hombre ordinario, y tenía una expresión vulgar; pero al verlo encendido de intensa, agresiva emoción, le pareció un semblante malvado y terrible.

No hubo el más leve movimiento de aire; nada, aparte del rumor precipitado de pies... enfundados en calcetines, o en algo que amortiguaba las pisadas; de la aparición de ese rostro; y del casi simultáneo apagón de la vela.

A pesar de sí mismo, Shorthouse profirió un grito breve, y estuvo a punto de perder el equilibrio al colgarse su tía de él con todo su peso, en un instante de auténtico, incontrolable terror. Ella no dijo nada, aunque se agarró a su sobrino con todas sus fuerzas. Por fortuna no había visto nada: sólo había oído el ruido de pasos. Recobró el dominio de sí casi en seguida, y él se pudo soltar y encender una cerilla.

Las sombras huyeron en todas direcciones ante la llamada, y su tía se inclinó y recogió la boquilla con la preciosa vela. Descubrieron que no había sido apagada de un *soplo*: habían *aplastado* el pabito. Lo habían hundido en la cera, que estaba aplanada como por un instrumento liso y pesado.

Shorthouse no comprende cómo su compañera logró sobreponerse tan pronto a su terror; pero así fue, y la admiración que le inspiraba su autodomínio se multiplicó por diez, al tiempo que avivó la llama agonizante de su ánimo... por lo que se sintió agradecido. Igualmente inexplicable para él fue la demostración de fuerza física que acababan de comprobar. Reprimió al punto el recuerdo de las historias que había oído sobre los médiums y sus peligrosas experiencias; porque si eran ciertas, y su tía o él eran médiums sin saberlo, significaba que estaban contribuyendo a que se concentrasen las fuerzas de la casa encantada, cargada ya hasta los topes. Era como andar con lámparas sin protección entre barriles de pólvora destapados.

Así que, pensando lo menos posible, volvió a encender la vela y subieron al

siguiente piso. Es cierto que el brazo que agarraba el suyo estaba temblando, y que sus propios pasos eran a menudo vacilantes; pero prosiguieron con minuciosidad, y tras una inspección infructuosa subieron el último tramo de escalera, hasta el ático.

Aquí descubrieron un verdadero panal de habitacioncitas pertenecientes a la servidumbre, con muebles rotos, sillas de mimbre sucias, cómodas, espejos rajados, y armazones de cama desvencijados. Las habitaciones tenían el techo inclinado, con telarañas aquí y allá, ventanas pequeñas, y paredes mal enyesadas: una región lúgubre y deprimente que se alegraron de poder dejar atrás.

Daban las doce cuando entraron en un cuartito del tercer piso, casi al final de la escalera, y se acomodaron en él como pudieron para esperar el resto de la aventura. Estaba totalmente vacío, y se decía que era la habitación —utilizada como ropero en aquel entonces— donde el enfurecido mozo acorraló a su víctima y la atrapó finalmente. Fuera, al otro lado del pasillo, empezaba el tramo de escalera que subía a las dependencias de la servidumbre que acababan de inspeccionar.

A pesar del frío de la noche, algo en el ambiente de esta habitación pedía a gritos que abriesen una ventana. Pero había algo más. Shorthouse sólo puede describirlo diciendo que aquí se sentía menos dueño de sí que en ninguna otra parte del edificio. Era algo que influía directamente en los nervios, algo que mermaba la resolución y enervaba la voluntad. Tuvo conciencia de este efecto antes de que hubieran transcurrido cinco minutos: en el corto espacio de tiempo que llevaban allí, le había anulado todas las fuerzas vitales, lo que para él constituyó lo más horrible de toda la experiencia.

Dejaron la vela en el suelo, y entornaron un poco la puerta, de manera que el resplandor no les deslumbrase, ni proyectase sombras en las paredes o el techo. A continuación extendieron la capa en el suelo y se sentaron encima, con la espalda pegada a la pared.

Shorthouse estaba a dos pies de la puerta que daba al rellano; desde su posición dominaba buena parte de la escalera principal que descendía a la oscuridad, así como de la que subía a las habitaciones de los criados; a su lado, al alcance de la mano, tenía el grueso bastón.

La luna se hallaba ahora sobre la casa. A través de la ventana abierta podían ver las estrellas alentadoras como ojos amables que observaban desde el cielo. Uno tras otro, los relojes del pueblo fueron dando las doce; y cuando se apagaron los tañidos, descendió otra vez sobre todas las cosas el profundo silencio de la noche sin brisas. Sólo el oleaje del mar, lúgubre y lejano, llenaba el aire de murmullos cavernosos.

Dentro de la casa, el silencio se hizo tremendo; tremendo, pensó él, porque en cualquier instante podía quebrarlo algún ruido ominoso. La tensión de la espera se iba apoderando cada vez más de sus nervios. Cuando hablaban lo hacían en susurros, ya que sus voces sonaban extrañas y anormales. Un frío no totalmente atribuible al aire de la noche invadió la habitación, y les hizo estremecerse. Los influjos adversos, cualesquiera que fuesen, les minaban la confianza en sí mismos y la capacidad para

una acción decidida; sus fuerzas estaban cada vez más debilitadas, y la posibilidad de un miedo real adquirió un nuevo y terrible significado. Shorthouse empezó a temer por la anciana que tenía a su lado, cuyo valor no podría mantenerla a salvo más allá de ciertos límites.

Oía latir su sangre en las venas. A veces le parecía que lo hacía tan fuerte que le impedía escuchar con claridad otros ruidos que empezaban a hacerse vagamente audibles en las profundidades de la casa. Cuando trataba de concentrar la atención en esos ruidos, cesaban instantáneamente. Desde luego, no se acercaban. Sin embargo, no podía por menos de pensar que había movimiento en alguna de las regiones inferiores de la casa. El piso donde estaba el salón, cuyas puertas se habían cerrado misteriosamente, parecía demasiado cercano; los ruidos provenían de más lejos. Pensó en la gran cocina, con las negras cucarachas escabullándose, y en la pequeña y lóbrega trascocina; aunque, en cierto modo, parecían no surgir de parte alguna. ¡Lo que sí era cierto es que no provenían de *fuera* de la casa!

Y entonces, de repente, comprendió la verdad, y durante un minuto le pareció como si hubiese dejado de circularle la sangre y se le hubiese convertido en hielo.

Los ruidos no venían de abajo ni mucho menos, sino de *arriba*, de alguno de aquellos horrorosos cuartitos de los criados, de muebles destrozados, techos inclinados y estrechas ventanas, donde había sido sorprendida la víctima, y de donde salió para morir.

Y desde el instante en que descubrió de dónde procedían, comenzó a oírlos más claramente. Era un rumor de pasos que avanzaban furtivos por el pasillo de arriba, entraban y salían de las habitaciones, y pasaban entre los muebles.

Se volvió vivamente hacia la figura inmóvil que tenía a su lado para ver si compartía su descubrimiento. La débil luz de la vela que entraba por la rendija de la puerta convertía el rostro fuertemente recortado de su tía en acusado relieve sobre el blanco de la pared. Pero fue otra cosa lo que le hizo aspirar profundamente y volverla a mirar. Algo extraordinario había asomado a su rostro, y parecía cubrirlo como una máscara; suavizaba sus profundas arrugas y le estiraba la piel hasta hacer desaparecer sus pliegues; daba a su semblante —con la sola excepción de sus ojos avejentados— un aspecto juvenil, casi infantil.

Se quedó mirándola con mudo asombro... con un asombro peligrosamente cercano al horror. Era, desde luego, el rostro de su tía. Pero era un rostro de hacía cuarenta años, el rostro inocente y vacío de una niña. Shorthouse había oído contar historias sobre el extraño efecto del terror, que podía borrar de un semblante humano toda otra emoción, eliminando las expresiones anteriores; pero jamás se le había ocurrido que pudiera ser literalmente cierto, o que pudiese significar algo tan sencillamente horrible como lo que ahora veía. Porque era el sello espantoso del miedo irreprimible lo que reflejaba la total ausencia de este rostro infantil que tenía al lado; y cuando, al notar su mirada atenta, se volvió a mirarle, cerró los ojos con fuerza para conjurar la visión.

Sin embargo, al volverse, un minuto después, con los nervios a flor de piel, descubrió, para su inmenso alivio, otra expresión: su tía sonreía; y aunque tenía la cara mortalmente pálida, se había disipado el velo espantoso, y le estaba volviendo su aspecto normal.

—¿Ocurre algo? —fue todo lo que se le ocurrió decir en ese momento. Y la respuesta fue elocuente, viniendo de esta mujer:

—Tengo frío... y estoy un poco asustada —susurró.

Shorthouse propuso cerrar la ventana, pero ella le contuvo, y le pidió que no se apartase de su lado ni un instante.

—Es arriba, lo sé —susurró, medio riendo extrañamente—; pero no me siento capaz de subir.

Pero Shorthouse opinaba de otro modo: sabía que la mejor manera de conservar el dominio de sí estaba en la acción.

Sacó un frasco de coñac y sirvió un vaso de licor lo bastante abundante como para resucitar a un muerto. Ella se lo tragó con un ligero estremecimiento. Ahora lo importante era salir de la casa antes de que su tía se derrumbase irremediablemente; pero no dejaba de ser arriesgado dar media vuelta y huir del enemigo. Ya no era posible permanecer inactivo: cada minuto que pasaba era menos dueño de sí, y se hacía imperioso adoptar, sin demora, desesperadas, enérgicas medidas. Además, debían dirigir la acción *hacia* el enemigo, y no huir de él; el momento crítico, si se revelaba inevitable y fatal, había que afrontarlo con valor. Y eso podía hacerlo ahora; dentro de diez minutos, quizá no le quedasen fuerzas para actuar por sí mismo, ¡y mucho menos por los dos!

Arriba, entretanto, los ruidos sonaban más fuertes y cercanos, acompañados de algún que otro crujido del entarimado. Alguien andaba con sigilo, tropezando de vez en cuando contra los muebles.

Tras esperar unos instantes a que hiciese efecto la tremenda dosis de licor, y consciente de que duraría sólo unos momentos, Shorthouse se puso de pie en silencio, y dijo con voz decidida:

—Ahora, tía Julia, vamos a subir a averiguar qué es todo ese ruido. Tienes que venir también. Es lo acordado.

Cogió el bastón y fue al ropero por la vela. Una figura endeble, tambaleante, con la respiración agitada, se levantó a su lado; oyó que decía débilmente algo sobre que «estaba dispuesta». Le admiraba el ánimo de la anciana: era mucho más grande que el suyo; y mientras avanzaban, en alto la vela goteante, iba emanando de esta mujer temblorosa y de cara pálida que marchaba a su lado una fuerza sutil que era verdadera fuente de inspiración para él: tenía algo grande que le avergonzaba y le prestaba un apoyo sin el cual no se habría sentido en absoluto a la altura de las circunstancias.

Cruzaron el oscuro rellano, evitando mirar el espacio negro que se abría sobre la barandilla. A continuación empezaron a subir por la estrecha escalera, dispuestos a enfrentarse a los ruidos que se hacían más audibles y cercanos por momentos. A

mitad de camino tropezó tía Julia, y Shorthouse se volvió para cogerla del brazo; y justo en ese instante se oyó un chasquido terrible en el corredor de los criados. Le siguió un intenso chillido agónico que fue grito de terror y grito de auxilio mezclados en uno solo.

Antes de que pudiesen apartarse, o retroceder siquiera un peldaño, alguien irrumpió en el pasillo, arriba, y echó a correr espantosamente con todas sus fuerzas, salvando los peldaños de tres en tres, hasta donde ellos se habían detenido. Las pisadas eran leves y vacilantes, pero tras ellas sonaron otras más pesadas que hacían estremecer la escalera.

Apenas habían tenido tiempo Shorthouse y su compañera de pegarse contra la pared, cuando oyeron junto a ellos el tumulto de pisadas, y dos personas, sin apenas distancia entre ambas, cruzaron a toda velocidad. Fue un completo torbellino de crujidos en medio del silencio nocturno del edificio vacío.

Habían cruzado ante ellos los dos corredores, perseguido y perseguidor, saltando con un golpe sordo, primero el uno y luego el otro, al rellano de abajo. Sin embargo, ellos no habían visto nada: ni mano, ni brazo, ni cara, ni siquiera un jirón revoloteante de ropa.

Sobrevino una breve pausa. Luego, la primera persona, la más ligera de las dos — la perseguida evidentemente—, echó a correr con pasos inseguros hacia la pequeña habitación de la que Shorthouse y su tía acababan de salir. Le siguieron los pasos más pesados. Hubo ruido de pelea, jadeos y gritos desgarradores; poco después, salieron unos pasos al rellano... los de alguien que *caminaba cargado*.

Hubo un silencio mortal que duró el espacio de medio minuto, y luego se oyó el ruido de algo que se precipitaba en el aire. Le siguió un golpe sordo, tremendo, abajo en las profundidades de la casa, en el enlosado del recibimiento.

A continuación reinó un silencio total. Nada se movía. La llama de la vela se alzaba imperturbable. Así había permanecido todo este tiempo: ningún movimiento había agitado el aire. Paralizada de terror, tía Julia, sin esperar a su compañero, comenzó a bajar a tientas, llorando débilmente como para sus adentros; y cuando su sobrino la rodeó con el brazo y casi la llevó en volandas, notó que temblaba como una hoja. Shorthouse entró en el cuartito, recogió la capa del suelo y, cogidos del brazo, empezaron a bajar muy despacio, sin pronunciar una sola palabra ni volverse a mirar hacia atrás, los tres tramos de escalera, hasta el recibimiento.

No vieron nada; aunque, mientras bajaban, tenían la sensación de que alguien les seguía paso a paso: cuando iban deprisa, se quedaba atrás; cuando tenían que ir despacio, les alcanzaba. Pero ni una sola vez se volvieron para mirar; y a cada vuelta, bajaban los ojos por temor al horror que podían sorprender en el tramo superior.

Shorthouse abrió la puerta de la calle con manos temblorosas; salieron a la luz de la luna, y aspiraron profundamente el aire fresco de la noche que venía del mar.

CUMPLIÓ SU PROMESA^[4]

ERAN las once de la noche, y el joven Marriott se hallaba encerrado en su habitación empollando a más y mejor. Era «Alumno de Ultimo Año» de la universidad de Edimburgo y le habían suspendido tantas veces en este examen particular que sus padres le habían dicho claramente que no podían mandarle ya más dinero para que siguiese allí.

Tenía un alojamiento sucio y barato, pero los honorarios de las clases se llevaban casi toda su asignación. Así que Marriott se había hecho el ánimo, había decidido aprobar de una vez o morir en el intento, y llevaba unas semanas estudiando con todo el ahínco de que es capaz un mortal. Intentaba recuperar el tiempo y dinero perdidos de una forma que demostraba a las claras que no tenía idea del valor del uno y el otro. Porque ningún hombre normal y corriente —y Marriott lo era en todos los sentidos— puede permitirse forzar el cerebro como él estaba forzando el suyo estos últimos días, sin pagar su precio tarde o temprano.

Tenía entre los estudiantes unos cuantos amigos y conocidos, y éstos habían prometido no molestarle por las noches, sabedores de que al fin se había puesto a estudiar en serio. Así que esta noche tuvo una reacción mucho más fuerte que la de mera sorpresa cuando oyó la campanilla de la puerta, al adivinar que se trataba de una visita. Otro habría envuelto la campanilla con un trapo para amortiguar su sonido y habría seguido estudiando en silencio. Pero Marriott no era de éstos. Era un joven nervioso. Se habría pasado la noche torturándose y dándole vueltas sobre quién habría intentado visitarle y qué querría. Lo único que podía hacer, por tanto, era dejarle entrar —y salir— lo más deprisa posible.

La patrona se había acostado puntualmente a las diez, tras lo cual no había nada que la hiciera reconocer que había oído la campanilla; así que se levantó Marriott de los libros con una exclamación que auguraba mala acogida para su visitante, y se dispuso a abrirle en persona.

Las calles de Edimburgo estaban silenciosas a esta hora tardía —era tarde para Edimburgo—, y en la vecindad de la calle F..., donde Marriott vivía en un tercer piso, no sonaba el menor ruido que quebrara ese silencio. Cuando cruzaba la habitación, volvió a sonar la campanilla por segunda vez con estrépito innecesario; abrió la puerta de su habitación y salió al pequeño vestíbulo, bastante irritado y molesto ante la insolencia de esta doble interrupción.

«Todos los muchachos saben que estoy preparando este examen. ¿Por qué demonios vendrán a molestarme a una hora tan intempestiva?»

Los moradores del edificio, incluido él mismo, eran estudiantes de Medicina, estudiantes de otras carreras, malos «Redactores del Sello Real», y otros de vocación quizá no tan clara. La escalera de piedra —mal iluminada en cada piso por una llama

de gas que no subía más allá de cierta intensidad— bajaba hasta el nivel de la calle sin ostentación de alfombras o pasamanos. En unos pisos estaba más limpia que en otros. Dependía de la patrona de cada piso particular.

Las propiedades acústicas de una escalera de caracol son muy peculiares. Marriott, de pie junto a la puerta abierta, con el libro en la mano, pensó que el dueño de las pisadas iba a aparecer de un instante a otro. El ruido de botas era tan cercano y sonoro que parecía preceder desproporcionadamente a la causa que lo producía. Intrigado por ver quién era, se dispuso a brindar toda suerte de saludos furibundos al que osaba turbar de este modo su trabajo. Pero el individuo seguía sin aparecer. Sus pasos sonaban casi debajo de sus narices; sin embargo, no veía a nadie.

Le invadió una súbita sensación de temor y de flojedad; y un escalofrío le recorrió la espalda. No obstante, se le fue casi con tanta rapidez como le había venido; y estaba decidiendo si llamar en voz alta al invisible visitante o cerrar de un portazo y volver a sus libros cuando, muy lentamente, dio la vuelta a la esquina el causante de esta molestia, e hizo su aparición.

Era un desconocido. Vio la figura de un hombre joven, bajo y muy ancho. Su cara era del color de la pared; y los ojos, muy brillantes, tenían profundas arrugas debajo. Aunque el mentón y las mejillas estaban sin afeitar y el aspecto general era desaliñado, se notaba que era un caballero, ya que iba bien vestido y su ademán no carecía de distinción. Pero lo más extraño de todo era que no llevaba sombrero, ni lo tenía en la mano; y aunque había estado lloviendo toda la tarde sin parar, parecía no traer impermeable ni paraguas.

A Marriott le vinieron a la cabeza y se le agolparon en los labios mil preguntas, las más importantes de las cuales podrían ser, más o menos: «¿Quién diablos es usted?», y «¿Por qué viene a mí, si puede saberse?» Pero ninguna de ellas tuvo tiempo de traducirse en palabras; porque casi en seguida volvió el visitante un poco la cabeza, de manera que la luz de gas iluminó sus facciones desde otro ángulo. Y entonces, instantáneamente, Marriott le reconoció.

—¡Field! ¡Muchacho! ¿Eres tú? —exclamó con sorpresa.

No le faltaba intuición al «Alumno de Último Año», al punto adivinó que tenía aquí un caso que debía manejar con tacto. Comprendió, sin proceso de razonamiento alguno, que por fin había ocurrido la catástrofe tantas veces vaticinada, y que el padre de este joven había echado a su hijo de casa. Habían ido juntos a un colegio privado años antes; y aunque apenas se habían visto desde entonces, no habían dejado de llegarle a Marriott noticias suyas de vez en cuando, con abundancia de detalles, dado que sus familias eran vecinas, y había gran amistad entre algunas de sus hermanas. El joven Field se había descarnado más tarde, había oído contar: la bebida, una mujer, el opio, o algo por el estilo; no recordaba exactamente la causa.

—Pasa —dijo en seguida, al tiempo que se le disipaba la irritación—. Ha ocurrido algo, por lo que veo. Pasa y cuéntamelo todo; quizá pueda ayudarte... —no sabía qué decir; y además, se había puesto a tartamudear. El lado oscuro de la vida y sus

horrores pertenecían a un mundo que se hallaba lejos de su pequeño y selecto ambiente de libros y sueños. De todos modos, tenía un corazón humano.

Le condujo a través del vestíbulo después de cerrar la puerta de la calle cuidadosamente tras él; y observó al hacerlo que el otro, aunque sobrio, vacilaba sobre sus piernas y daba evidentes muestras de estar muy cansado. Quizá no aprobara Marriott los exámenes; pero al menos, supo reconocer los síntomas del hambre —del hambre prolongada, o mucho se equivocaba— al mirarle a la cara.

—Ven —dijo alegremente, y en un tono de sincera simpatía—. Me alegro de verte. Iba a tomar algo, y has llegado a tiempo de acompañarme.

El otro no dio ninguna respuesta audible, y echó a andar con tal flojedad de pies que Marriott le cogió del brazo para sostenerle. Por primera vez notó que las ropas le estaban lamentablemente holgadas. Su cuerpo abultaba literalmente poco más que su propia osamenta. Estaba flaco como un esqueleto. Y al tocarlo, le volvió a invadir la misma sensación de desmayo y temor que antes. Sólo le duró un segundo; se le pasó, y la atribuyó, no sin cierta lógica, a la pena de ver a su antiguo amigo en tan miserable estado.

—Será mejor que te guíe yo. Este vestíbulo está condenadamente oscuro. Siempre ando quejándome —dijo con animación, mientras comprobaba por el peso de su brazo que era mejor sostenerle—; pero esa vieja arpía sólo sabe hacer promesas.

Le llevó al sofá, sin parar de preguntarse entretanto de dónde vendría y cómo habría dado con su dirección. Habían pasado lo menos siete años desde los tiempos del colegio, en que fueron grandes amigos.

—Bueno; si me perdonas un segundo —dijo—, prepararé algo de cenar... lo que haya. Y no digas nada. Acomódate en el sofá. Veo que estás mortalmente cansado. Luego me lo contarás todo, y haremos planes.

El otro se sentó en el borde del sofá y se quedó mirando en silencio, mientras Marriott sacaba pan moreno, tortas de avena, y uno de esos enormes tarros de mermelada que los estudiantes de Edimburgo guardan siempre en sus alacenas. Por el brillo de sus ojos parecía que se drogaba, pensó Marriott, lanzándole una mirada desde el otro lado de la puerta de la alacena. Prefería no encararse con él. El pobre muchacho se encontraba en un mal paso, y quedarse mirándole en espera de una explicación habría sido como someterle a un examen. Además, se le veía casi demasiado agotado para hablar. Así que, por delicadeza —y por otra razón, también, que no lograba formularse a sí mismo—, dejó que su visitante descansara a solas, mientras él se ocupaba de la cena. Encendió el infiernillo de alcohol para preparar cacao, y cuando el agua estuvo hirviendo acercó la mesa con las cosas de comer al sofá, a fin de que Field no tuviese necesidad de cambiarse a una silla.

—Bien, vamos a atracarnos —dijo—. Luego fumaremos una pipa y charlaremos un rato. Estoy preparando un examen, y siempre tomo un bocado a estas horas. Es estupendo tener a alguien que me acompañe.

Alzó la mirada y vio los ojos de su compañero fijos en él. Un estremecimiento

involuntario le sacudió de pies a cabeza. El rostro de enfrente estaba mortalmente pálido, y tenía una expresión de dolor y de sufrimiento mental.

—¡Vaya por Dios! —dijo, levantándose de un salto—. Se me había olvidado por completo. Ahí tengo whisky. Qué pedazo de asno soy. Nunca lo pruebo cuando tengo mucho que estudiar.

Fue a la alacena y sirvió un buen vaso, que el otro se bebió de un tirón y sin agua. Marriott le observó mientras bebía, al tiempo que reparaba en otra cosa también: la chaqueta de Field estaba llena de polvo, y tenía un resto de telaraña en un hombro. Se la veía completamente seca; había llegado esta noche en que llovía a cántaros, sin sombrero ni impermeable, y no obstante estaba totalmente seco, incluso polvoriento. Así que había estado a cubierto. ¿Qué significaba todo esto? ¿Había estado oculto en el edificio...?

Era muy extraño. Sin embargo, no le pidió ninguna explicación; además, había decidido ya no hacerle preguntas hasta que hubiese comido y dormido. Porque, evidentemente, lo primero que necesitaba el pobre muchacho era comer y dormir —Marriott se sentía satisfecho de su rápido diagnóstico—, y no estaba bien importunarle hasta que se hubiese recobrado un poco.

Se pusieron a cenar los dos, mientras el anfitrión llevaba todo el peso de la conversación, en particular sobre sí mismo y sus exámenes y la «vieja arpía» de la patrona, de manera que el invitado no tenía necesidad de decir una palabra a menos que se le antojase hacerlo... ¡cosa que evidentemente no ocurrió! Pero mientras Marriott toqueteaba su comida sin ganas, el otro la engullía con verdadera voracidad. Ver al muchacho hambriento devorar tortas de avena, ya rancias, y rebanadas de pan cargadas de mermelada, era todo un espectáculo para este estudiante inexperto que no sabía lo que era pasar un día sin tres comidas al menos. Le miraba a pesar de sí mismo, maravillado de que no se atragantara.

Pero Field parecía tener tanto sueño como hambre. Más de una vez inclinó la cabeza y dejó de masticar lo que tenía en la boca. Marriott tuvo que sacudirle con energía para que siguiese comiendo. La necesidad más fuerte se impone a la más débil, pero esta lucha entre el aguijón del hambre y el mágico sedante del sueño insuperable era una escena singular para el estudiante, que la observaba con una mezcla de asombro y alarma. Había oído hablar del placer que suponía dar de comer a un hambriento y verle comer; pero jamás lo había presenciado realmente, y no había imaginado que fuera así. Field comía como un animal: engullía, devoraba, se atiborraba. Marriott se olvidó del estudio, y empezó a sentir algo así como un nudo en la garganta.

—Me temo que tenía muy poco para ofrecerte, muchacho —consiguió decir de repente, cuando finalmente desapareció la última torta y concluyó la rápida comida de su invitado. Field seguía sin decir nada, ya que estaba casi dormido en su asiento. Se limitó a alzar la mirada con expresión cansada y agradecida.

—Ahora debes dormir un poco —prosiguió él—, o te caerás a pedazos. Yo voy a

pasarme la noche preparando ese condenado examen. Así que te dejo gustosamente mi cama. Mañana podremos desayunar tarde y... y ver qué podemos hacer; y hacer planes: a mí se me da muy bien hacer planes... —añadió, tratando de mostrarse animado.

Field mantuvo su silencio «mortalmente soñoliento», aunque pareció aprobar la sugerencia, y el otro le llevó al dormitorio, disculpándose ante este famélico hijo de baronet —cuyo hogar era casi un palacio— por el tamaño de la habitación. El exhausto invitado, sin embargo, no expresó cortesía ni agradecimiento. Se limitó a apoyarse en el brazo de su amigo al cruzar vacilante la habitación; luego, sin quitarse la ropa, dejó caer su cuerpo agotado sobre la cama. Poco después se hallaba profundamente dormido, según todas las apariencias.

Marriott permaneció en la puerta varios minutos observándole, rezando fervientemente por que no se encontrase él jamás en un trance así; luego se puso a pensar qué haría por la mañana con este huésped inesperado. Pero no se entretuvo demasiado en esto, porque la llamada de los libros era perentoria, y pasara lo que pasase, debía hacer lo posible por aprobar el examen.

Tras cerrar otra vez la puerta que daba al pequeño vestíbulo, se sentó ante los libros y retomó sus apuntes de *materia medica* donde los había dejado al sonar la campanilla. Pero durante un rato, le costó concentrar su atención en el tema. Sus pensamientos seguían girando en torno a la imagen de este camarada de cara pálida y ojos extraños, sucio y hambriento, que ahora estaba echado en la cama con la ropa y las botas puestas. Recordó los tiempos del colegio, en que andaban siempre juntos, antes de tirar cada uno por su lado, cómo se juraron eterna amistad... y todo lo demás. ¿Y ahora? ¡Qué situación más horrible! ¿Cómo podía un hombre dejar que su afición a la vida disipada le hundiese de este modo?

Pero, al parecer, Marriott había olvidado por completo una promesa que se habían hecho. Ahora, en todo caso, se hallaba demasiado profundamente enterrada en su memoria para evocarla.

A través de la puerta entornada —el dormitorio daba al gabinete y no tenía otra puerta— le llegaba el sonido profundo, continuo, regular, de la respiración de un hombre cansado, tan cansado que sólo con oírlo le entraban ganas a Marriott de dormir.

«Lo necesitaba —pensó el estudiante—; ¡y quizá ha venido justo a tiempo!»

Quizá sí; porque en el exterior, el viento penetrante que soplaba desde el otro lado del Estuario aullaba cruelmente arrojando rociadas de fría lluvia contra los cristales de las ventanas y las calles desiertas. Mucho antes de volver a sumirse del todo en su estudio, Marriott oyó a lo lejos, a través de las frases del libro por así decir, la pesada, profunda respiración del durmiente del otro cuarto.

Un par de horas después, al cambiar de libro con un bostezo, volvió a oír la respiración, y se acercó sigilosamente a la puerta para echar una mirada.

Al principio debió de engañarle la oscuridad de la habitación, o tal vez sus ojos

seguían deslumbrados por la luz de la lámpara que tenía sobre la mesa. Pero durante un minuto o dos, no fue capaz de distinguir otra cosa que los bultos oscuros de los muebles, la silueta de la cómoda junto a la pared, y la mancha blanca de la bañera en el centro del piso.

Luego surgió poco a poco la cama. Y sobre ella vio adquirir gradualmente forma la silueta del cuerpo dormido, y cómo se iba volviendo más oscura, hasta que destacó en pronunciado relieve como una figura negra y larga sobre la colcha blanca.

No pudo por menos de sonreír. Field no se había movido ni una pulgada siquiera. Le observó un segundo o dos, y luego volvió a sus libros. Las voces cantoras del viento y la lluvia llenaban la noche. No había ruido de tráfico: ni un coche *hansom* repiqueteaba en los adoquines, y era demasiado temprano aún para que pasaran los carros de la leche. Marriott estudiaba con tesón, a conciencia, deteniéndose sólo de vez en cuando para cambiar de libro o tomar un sorbito de la perniciosa sustancia que mantenía activo y despierto su cerebro; y en esos momentos se le hacía claramente audible la respiración de Field en la alcoba. Fuera seguía aullando la tormenta, pero dentro de la casa todo era silencio. La pantalla de la lámpara concentraba la luz sobre la mesa llena de papeles, dejando el otro extremo de la habitación en relativa oscuridad. La puerta de la alcoba quedaba exactamente enfrente de él, según estaba sentado. Nada turbaba al estudioso; nada, salvo alguna que otra ráfaga de viento contra los cristales, y un ligero dolor en el brazo.

Este dolor, que no lograba explicarse, se le hizo muy intenso una o dos veces. Le preocupó; y trató de recordar, sin conseguirlo, cómo y cuándo se había dado un golpe tan fuerte.

Por último, se volvió gris la página amarilla que tenía delante, y comenzó a oírse ruido de ruedas abajo en la calle. Eran las cuatro. Marriott se echó hacia atrás y bostezó prodigiosamente. A continuación describió las cortinas. La tormenta había cedido, y vio la Roca del Castillo envuelta en la niebla. Tras otro bostezo, se apartó del lúgubre panorama y se dispuso a dormir en el sofá las cuatro horas restantes, hasta el desayuno. Field seguía respirando profundamente en la habitación contigua, así que antes fue de puntillas a echarle otra ojeada.

Se asomó por la puerta entreabierta, y lo primero que vio fue la cama, perfectamente discernible a la luz grisácea de la madrugada. La observó con atención. Después se frotó los ojos. Luego se los volvió a frotar, y asomó aún más la cabeza por la abertura de la puerta. Siguió mirando, y mirando, con los ojos clavados en ella.

Pero nada. Lo que veía era una habitación desierta.

De súbito, le volvió la sensación de temor que había experimentado al principio, cuando Field apareció por la puerta, aunque con mucha más intensidad. Se dio cuenta, también, de que le latía violentamente el brazo izquierdo, y que le dolía muchísimo. Se quedó allí, perplejo, mirando, tratando de poner en orden sus pensamientos. Temblaba de pies a cabeza.

Con un gran esfuerzo de voluntad, dejó de apoyarse en la puerta y entró

valerosamente en la habitación.

Sobre la cama descubrió la huella de un cuerpo, donde Field había estado acostado, y había dormido. Vio la señal de la cabeza en la almohada; y en los pies, donde las botas habían descansado sobre la colcha, había un ligero hundimiento. Y allí, más claramente aún —porque se había acercado más—, ¡sonaba *la respiración!*

Marriott trató de hacer acopio de valor. Con gran esfuerzo, logró pronunciar en voz alta el nombre de su amigo.

—¡Field! ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

No hubo respuesta; sin embargo, seguía, ininterrumpida, la respiración que procedía de la cama. Le había salido una voz tan rara que no quiso repetir las preguntas, sino que se arrodilló e inspeccionó la cama por encima y por debajo, quitando finalmente el colchón, y separando una a una las mantas y las sábanas. Y aunque el rumor de la respiración continuaba, no descubrió el menor rastro de Field, ni había espacio donde pudiera ocultarse un ser humano por pequeño que fuese. Apartó la cama de la pared, pero la respiración *siguió en el mismo lugar*. No se desplazó con la cama.

Marriott, a quien le costaba un poco mantener la sangre fría debido a su cansancio, se puso a inspeccionar inmediatamente la habitación. Registró la alacena, la cómoda, el armario donde colgaba sus ropas... todo. Pero no había el menor rastro de persona alguna. El ventanuco que había cerca del techo estaba cerrado; y además, no era bastante grande ni para que pasase un gato. La puerta del gabinete estaba cerrada por dentro; no podía haber salido por allí. Extraños pensamientos comenzaron a turbar el cerebro de Marriott, acompañados de un séquito de impresiones inquietantes. Cada vez se sentía más nervioso; volvió a registrar la cama, hasta que dejó la alcoba como el escenario de una batalla de almohadas; inspeccionó las dos habitaciones sabiendo que era inútil... y a continuación las volvió a registrar. Un sudor frío le corría por el cuerpo; y entretanto, no cesaba el rumor de la respiración en el rincón donde Field se había echado a dormir.

Entonces intentó otra cosa. Empujó la cama a su sitio primitivo... y se tumbó encima, exactamente donde había estado su invitado. Pero volvió a incorporarse de un salto. ¡La respiración había sonado cerquísima, casi sobre su mejilla, entre él y la pared! Ni un niño de pecho habría cabido en ese espacio.

Regresó al cuarto de estar, abrió las ventanas para que entrase la mayor cantidad posible de aire y de luz, y trató de pensar en todo este asunto con calma y con claridad. Sabía que la gente que estudia demasiado y duerme poco sufre a veces alucinaciones muy vividas. Repasó otra vez todos los incidentes de la noche; sus sensaciones intensas; los nítidos detalles; las emociones que se agitaron en él; la tremenda comilona: ninguna alucinación podía combinar todos estos elementos y abarcar un espacio de tiempo tan prolongado. Menos serenamente, pensó en la flojedad que le había invadido en determinados momentos, en la extraña sensación de horror que le había dominado una o dos veces; y por último, en el intenso dolor en el

brazo. Todas estas cosas eran inexplicables.

Además, ahora que analizaba y examinaba los detalles, otro le vino al pensamiento como una súbita revelación. *¡Durante todo ese tiempo, Field no había pronunciado una sola palabra!* Sin embargo, como una burla a sus reflexiones, le llegaba del cuarto interior el sonido de su respiración, larga, profunda, regular. La situación era increíble. Absurda.

Asustado por la idea de que pudiesen ser visiones de la locura o debidas a una encefalitis, Marriott se puso la gorra y el impermeable y salió a la calle. El aire matinal de la Silla de Arturo, la fragancia del brezo y, sobre todo, la vista del mar, disiparían las telarañas de su cerebro. Estuvo vagando un par de horas por las laderas mojadas de Holyrood, y no regresó hasta que el ejercicio físico no le hubo eliminado un poco el horror de los huesos, y le hubo despertado un apetito voraz.

Al entrar descubrió que había otra persona en la habitación, de pie junto a la ventana, de espaldas a la luz. Reconoció a su compañero Greene, que preparaba el mismo examen.

—Me he pasado toda la noche estudiando, Marriott —dijo—, y he venido a comparar apuntes y a desayunar un poco. ¿Has salido temprano? —añadió, a modo de pregunta. Marriott dijo que le dolía la cabeza y que el paseo le había despejado; Greene asintió y dijo—: ¡Ah! —y cuando la criada dejó las gachas humeantes en la mesa y se marchó, prosiguió en tono forzado—: ¿Sabes que tienes amigos que beben, Marriott?

Evidentemente, era una pregunta de tanteo, y Marriott replicó con sorna que no lo sabía.

—Parece como si hubiese alguien ahí, durmiendo a pierna suelta, ¿no? —insistió el otro, señalando con un gesto de cabeza hacia la alcoba, y observando con curiosidad a su amigo. Se miraron los dos fijamente durante unos segundos; luego Marriott dijo con seriedad:

—¡Así que tú también lo oyes, gracias a Dios!

—Naturalmente que lo oigo. La puerta está abierta. Lo siento, si no querías.

—¡Ah, no se trata de eso! —dijo Marriott, bajando la voz—. Pero es un alivio tremendo para mí. Deja que te explique. Por supuesto, si lo oyes tú también, entonces todo va bien; pero la verdad es que me he asustado lo indecible. Pensé que iba a sufrir una encefalitis o algo así, y ya sabes lo que me juego en este examen. Siempre empieza con ruidos, o visiones, o con alguna alucinación repugnante; y yo...

—¡Tonterías! —exclamó el otro con impaciencia—. ¿De *qué* estás hablando?

—Bueno, escucha, Greene —dijo Marriott, lo más bajo que podía, ya que aún era claramente audible la respiración—, y te lo contaré todo; pero no me interrumpas —y a continuación le relató puntualmente lo sucedido durante la noche, sin omitir ningún detalle; incluso el dolor en el brazo. Cuando hubo terminado, se levantó de la mesa y cruzó la habitación.

—Tú le oyes respirar ahora, ¿no? —dijo. Greene asintió—. Bien, pues ven

conmigo, y registraremos juntos la habitación —el otro, sin embargo, no se movió de su silla.

—Ya he estado ahí dentro —dijo tímidamente—; he oído esa respiración y pensé que eras tú. La puerta estaba entornada... así que entré.

Marriott no dijo nada, pero empujó la puerta cuanto podía. A medida que la abría, la respiración se iba haciendo más clara.

—Ahí dentro tiene que haber *alguien* —dijo Greene en voz baja.

—Tiene que haber *alguien*, pero ¿*dónde*? —dijo Marriott. Pidió nuevamente a su amigo que entrase con él. Pero Greene se negó en redondo; dijo que ya había entrado una vez y había registrado la habitación y que no había nadie. No volvería a entrar por nada del mundo.

Cerraron la habitación y se retiraron a hablar del asunto entre pipa y pipa. Greene interrogó a su amigo pormenorizadamente, pero sin resultados esclarecedores, dado que las preguntas no podían alterar los hechos.

—Lo único que debe de tener una explicación lógica y normal es el dolor del brazo —dijo Marriott, frotándose al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Es tan fuerte que me sube hasta arriba. Aunque no recuerdo haberme dado ningún golpe.

—Deja que te lo vea —dijo Greene—. Entiendo bastante de huesos, aunque los examinadores opinen lo contrario —era un alivio bromear un poco, y Marriott se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

—¡Por todos los santos, estoy sangrando! —exclamó—. ¡Mira! ¿Qué demonios es esto?

En el antebrazo, muy cerca de la muñeca, tenía una raya roja, delgada. En ella había una gotita de sangre fresca. Greene se acercó y la examinó con atención unos minutos. Luego se recostó en su silla, y miró a su amigo a la cara con curiosidad.

—Te has arañado sin darte cuenta —dijo luego—. No hay señal de herida. Debe de ser otra cosa lo que te produce dolor.

Marriott estaba inmóvil, mirándose el brazo en silencio, como si tuviese escrita en la piel la solución de todo el misterio.

—¿Qué pasa? No veo que tenga nada de extraño un arañazo —dijo Greene en tono poco convencido—. Probablemente ha sido con el gemelo. Anoche, en tu excitación...

Pero Marriott, con los labios blancos, estaba intentando hablar. Tenía la frente cubierta de gruesas gotas de sudor. Por último, acercó la cabeza al rostro de su amigo.

—Mira —dijo, en voz tan baja que se estremeció un poco—. ¿Ves esta señal roja? Me refiero a *debajo* de lo que dices que es el arañazo.

Greene admitió reconocer algo; Marriott se limpió esa zona con el pañuelo, y le dijo que la mirase bien.

—Sí, la veo —respondió el otro, alzando la cabeza tras examinarle detenidamente un momento—. Parece una antigua cicatriz.

—Es una antigua cicatriz —susurró Marriott con labios temblorosos—. *Ahora me*

viene todo a la memoria.

—¿Todo el qué? —Greene se removió en su silla. Trató de reír, pero sin éxito. Su amigo parecía a punto de desmayarse.

—¡Chist! Calla, y... te lo contaré —dijo—. *Fue Field quien me hizo esa cicatriz.*

Los dos jóvenes se miraron, en silencio, durante un minuto entero.

—¡Fue Field quien me hizo esta cicatriz! —repitió Marriott finalmente, alzando la voz.

—¿Field? ¿Quieres decir, anoche?

—No, anoche no. Hace años... en el colegio, con su cortaplumas. Y yo le hice otro corte con el mío —Marriott hablaba deprisa ahora—. Intercambiamos una gota de sangre de nuestra herida. Él puso una suya en la mía, y yo puse una mía en la de él.

—¡Válgame Dios! ¿Y por qué?

—Fue un pacto entre chicos. Hicimos una promesa solemne: un trato. Ahora lo recuerdo perfectamente. Habíamos estado leyendo un libro horrible y juramos aparecemos el uno al otro... o sea, el que muriese primero juraba aparecerse al otro. Y sellamos el pacto con la sangre de uno en el otro. Lo recuerdo muy bien: fue una tarde calurosa de verano, en el recreo, hace siete años; uno de los profesores nos sorprendió y nos confiscó los cortaplumas; después, no he vuelto a pensar en ello, hasta ahora...

—¿Y quieres decir...? —tartamudeó Greene.

Pero Marriott no contestó. Se levantó, cruzó la habitación y se tumbó cansado en el sofá, cubriéndose la cara con las manos.

El propio Greene estaba un poco perplejo. Dejó tranquilo a su amigo unos momentos, y se puso a repasar otra vez todo el asunto. De repente, se le ocurrió una idea. Se acercó a Marriott, que seguía tumbado en el sofá, y le despertó. En cualquier caso, hubiera explicación o no, era mejor enfrentarse a la realidad. Darse por vencido era siempre una solución estúpida.

—Escucha, Marriott —empezó, mientras el otro volvía su rostro blanco hacia él—. No sirve de nada ponerse nervioso. Quiero decir que, si se trata de una alucinación, sabemos qué hacer. Y si no lo es... bueno, sabemos qué pensar, ¿no?

—Supongo que sí. Pero el caso es que me da un miedo terrible, por alguna razón —replicó su amigo con voz apagada—. Y el pobre infeliz...

—Pero, bueno, si es verdad lo peor, y... y el muchacho *ha* cumplido su promesa... Porque la ha cumplido, ¿no?

Marriott asintió.

—Sólo se me ocurre una pregunta —prosiguió Greene—, y es ésta: ¿estás seguro de que... de que comió como tú dices: o sea, que comió *en realidad*? —terminó, expresando así todo lo que pensaba.

Marriott se le quedó mirando unos momentos, y luego dijo que podía comprobarlo fácilmente. Habló con sosiego. Tras la conmoción principal, ninguna

sorpresa menor podía afectarle.

—Yo mismo retiré la mesa cuando terminamos —dijo—. Está todo en el tercer estante de esa alacena. Nadie ha tocado nada desde anoche.

Hizo una seña sin levantarse; Greene recogió la insinuación y fue a mirar.

—Justo —dijo, tras una breve inspección—, es exactamente lo que yo pensaba. En parte, ha sido una alucinación. Las cosas de la cena están intactas. Ven a comprobarlo tú mismo.

Examinaron el estante juntos. Allí estaba la hogaza de pan moreno, y el plato de tortas de avena rancias, incluso el vaso de whisky que Marriott había servido estaba aún con todo su contenido.

—No diste de comer a nadie —dijo Greene—. Field no comió ni bebió nada. ¡No ha estado aquí!

—Pero ¿y la respiración? —recordó el otro en voz baja con una expresión de estupor en su semblante.

Greene no respondió. Fue hasta la alcoba, mientras Marriott le seguía con la mirada. Abrió la puerta, y prestó atención. No hicieron falta palabras. El sonido de una respiración profunda, regular, llegaba flotando a través del aire. En esto, al menos, no había alucinación. Marriott podía oírla desde donde estaba, en el otro extremo del gabinete.

Greene cerró la puerta y regresó. «Sólo hay una cosa que podemos hacer —declaró con decisión—: escribir a casa pidiendo noticias de él; entretanto, vente a mi apartamento a terminar de preparar el examen. Tengo una cama de más.»

—De acuerdo —replicó el «Alumno de Ultimo Año»—: el examen no es ninguna alucinación; tengo que aprobarlo como sea.

Y eso es lo que hicieron.

Una semana después recibió Marriott contestación de su hermana. Parte de ella se la leyó a Greene.

«Es curioso —decía— que me preguntes por Field en tu última carta. Por lo visto ha sido algo terrible, pero hace poco se le agotó la paciencia a sir John y le echó de casa, dicen que sin un penique. Bueno, pues ¿sabes qué hizo? Se suicidó. Al menos, parece un suicidio. En vez de abandonar la casa, bajó al sótano y se dejó morir de hambre... Han tratado de ocultarlo, como es natural, pero yo lo he sabido por mi doncella, que se enteró por un criado de ellos... Descubrieron su cuerpo el catorce, y el doctor dijo que llevaba muerto unas doce horas... estaba horriblemente delgado...»

—Entonces, murió el trece —dijo Greene.

Marriott asintió con la cabeza.

—O sea, la misma noche que vino a visitarte.

Marriott asintió otra vez.

PUEDE TELEFONEAR DESDE AQUÍ^[5]

A las diez y media mandó a la criada a la cama, y permaneció levantada ella sola en el piso. «Abriré yo a mi prima —se dijo—; puede que venga tarde.» Leyó, hizo punto, empezó una carta, atizó el fuego, y miró las fotografías de su marido que tenía sobre la chimenea; pero no paraba de mirar en torno suyo, nerviosa, yendo unas veces a la puerta a escuchar, levantando otras un canto de la persiana para asomarse sobre las farolas de North Kensington, que contendían con la oscuridad. La niebla era más espesa que nunca. Un rumor de tráfico se elevaba flotando hasta ella desde abajo.

Pero al fin sonó furioso el timbre de la puerta, y corrió a abrir a su prima, la cual había prometido pasar con ella las dos noches de ausencia de su marido, que había salido para París. Se besaron. Se pusieron a hablar las dos a la vez.

—Creí que no ibas a llegar *nunca*, Sybil...

—La función ha terminado tarde... y hay una niebla horrible. Envié mis cosas esta tarde por eso.

—Han llegado puntualmente; y tienes la habitación preparada. Espero que puedas arreglártelas sin doncella. ¡Me alegro *muchísimo* de que hayas venido!

—¡Mi tímida avecilla campestre!

—Oh, no es eso; aunque confieso que Londres me aterra por la noche; pero tú sabes que es la primera vez que él no está... y supongo...

—Lo sé, querida; lo comprendo perfectamente —la prima era animada y alegre—. Te sientes sola, claro —se besaron otra vez—. Ayúdame a desabrocharme, ¿quieres? —añadió—; voy a ponerme la bata, y luego nos sentaremos confortablemente junto al fuego.

—Le he despedido en la estación Victoria a las nueve menos cuarto —dijo la mujercita una vez terminada la operación.

—¿Va por Newhaven y Dieppe?

—Sí. Llegará a París a las siete de la mañana. Ha prometido telefonarme lo primero de todo.

—¡Ah, eres un diablillo caro!

—¿Por qué?

—Cuestan diez chelines los tres minutos o algo así; y tienes que ir a Correos o al Ayuntamiento o a un sitio de éstos, creo.

—Pero yo creía que era como una conferencia interurbana normal, directa aquí al piso. Él no me ha dicho eso.

—¡Probablemente no le diste ocasión!

Se echaron a reír y siguieron charlando con los pies en la pantalla de la chimenea y las faldas arremangadas. La prima encendió su segundo cigarrillo. Eran las doce

pasadas.

—Me temo que no tengo nada de sueño —dijo la esposa, disculpándose.

—Yo tampoco; por una vez, me ha entusiasmado la obra de teatro —se puso a contarla animadamente. A mitad del relato sonó el teléfono en el recibimiento. Tintineó débilmente; no fueron los timbrazos acostumbrados.

La otra se sobresaltó.

—¡Otra vez! No para de hacer eso... desde que Harry lo instaló, la semana pasada. A mí no me acaba de gustar —habló con voz contenida.

Su prima la miró con curiosidad:

—Oh, no debes inquietarte por eso —rió tranquilizadora—; suele hacer esas cosas cuando no funciona la línea. Aún no estás acostumbrada a las triquiñuelas del teléfono. Tienes que llamar a la central y quejarte. Hay que quejarse continuamente en este mundo, si quieres que...

—Ya empieza de nuevo —la interrumpió su amiga, nerviosa—. ¡Oh, quisiera que parase de una vez! Es como si hubiese alguien ahí en el recibimiento, intentando hablar...

La prima se levantó de un salto. Fueron juntas al recibimiento, y la entendida llamó enérgicamente a la central y preguntó si alguien estaba intentando «comunicar». Con delicada indignación, se quejó de que en el piso nadie podía pegar ojo a causa de ese ruido. Tras una breve conversación, se volvió, receptor en mano, a su compañera.

—El telefonista dice que lo siente mucho, pero que tu línea anda mal esta noche por alguna razón. Tiene interferencias o algo así. No sabe. Te aconseja que dejes descolgado el teléfono hasta mañana por la mañana. ¡Así no habrá posibilidad de que suene!

Dejaron colgando el receptor, y regresaron junto a la chimenea.

—Siento parecer una tonta —dijo la esposa, riendo un poco—, pero aún no estoy acostumbrada. En la granja no había teléfono —se volvió con un súbito sobresalto, como si hubiese oído el timbre otra vez—. Y esta noche —añadió en voz baja, aunque con un esfuerzo visible para dominarse—, no sé por qué, me noto desasosegada... nerviosa, rara, creo.

—¿Cómo? ¿Rara?

—Bueno, no sé exactamente; casi como si hubiese alguien en el piso... además de nosotras y la criada, quiero decir.

La prima se levantó bruscamente. Encendió las luces eléctricas de la pared, junto a ella.

—Sí, pero eso es sólo cosa de la imaginación, *en realidad* —dijo con decisión—. Es natural. Se debe a la niebla, y a lo extraño que te resulta Londres después de tu vida aislada en la granja, y al hecho de estar ausente tu marido, y... a todas esas cosas. En cuanto te pones a analizar esas raras sensaciones, desaparecen.

—¡Escucha! —exclamó la esposa en voz baja—. ¿No ha sido una pisada en el

pasillo? —se enderezó en su asiento, con la cara pálida y los ojos muy brillantes. Escucharon un momento. La noche estaba absolutamente en silencio alrededor de ellas.

—¡Tonterías! —exclamó la prima en voz alta—. He sido yo, que he dado con el pie en la pantalla; así... ¡mira! —repitió enérgicamente el ruido.

—Te creo —dijo la otra, convencida sólo a medias—. Pero es raro. Noto como si hubiese entrado alguien en el piso... hace poco; estando *tú* aquí ya, quiero decir: justo antes de que empezaran los ruidos del teléfono, en realidad.

—Vamos, vamos —rió la prima—; conseguirás que nos asustemos las dos. A la una de la madrugada es fácil imaginar cualquier cosa. ¡Acabarás oyendo elefantes en la escalera! —echó una atenta mirada a su alrededor—. Vamos a tomarnos un chocolate y a meternos en la cama —añadió—. Dormiremos como troncos.

—¡La una ya! Entonces a estas horas Harry se encuentra a mitad de viaje —dijo la esposa, sonriendo ante la expresión de su amiga—. Pero me alegro *muchísimo*, *muchísimo*, de que estés aquí —añadió—; y creo que es un detalle maravilloso por tu parte el haber dejado una casa grande y comodísima... —se volvieron a besar, y se echaron a reír. Poco después, tras escaldarse la garganta con el chocolate ardiendo, se metieron en la cama.

—¡Desde luego, ahora *no puede* sonar! —comentó la prima, triunfal, al pasar junto al receptor que colgaba en el aire.

—Es un alivio —dijo su amiga—. Me siento menos nerviosa. La verdad es que siento vergüenza por cualquier cosa.

—La niebla está aclarando, también —añadió Sybil, mirando un momento por la estrecha ventana que había junto a la puerta principal.

Una hora después, el pisito estaba silencioso como una tumba. No se oía rumor alguno de tráfico. Incluso el incidente del teléfono parecía haber sucedido veinticuatro horas atrás, cuando de repente... comenzó de nuevo: primero con una serie de ruiditos vacilantes, muy débiles, atropellados, casi inaudibles, sofocados en el interior de la caja; luego, éstos se fueron haciendo más fuertes, con brascas sacudidas; por último, se convirtieron en un repiqueteo desafiante, alarmante. La esposa, que había dejado abierta la puerta de su dormitorio sin pretensiones de dormir, lo oyó desde el principio. En un instante se encontró en el pasillo; Sybil, despertada por su grito, la siguió. Encendieron las luces y se quedaron mirándose la una a la otra. El recibimiento olía como sólo huelen las cosas de noche: a frío, a humedad...

—¿Qué pasa? Me has asustado. Te he oído gritar...

—El teléfono estaba sonando otra vez, con furia —susurró la esposa, pálida hasta los labios—. ¿No lo has oído? Esta vez hay alguien ahí... *¡de verdad!*

La prima se quedó mirándola. Se le ahogó la risa en la garganta.

—Yo no oigo nada —dijo desafiante, aunque sin confianza en su voz—. Además, el aparato sigue descolgado. *No puede* sonar: ¡Mira! —señaló el receptor que colgaba

inmóvil junto a la pared—. Pero estás blanca como un fantasma —añadió, avanzando con presteza. Su amiga echó a correr de repente hacia el aparato y lo cogió.

—Es alguien que me llama —dijo, con ojos aterrados—. ¡Alguien que quiere hablar conmigo! ¡Oh, escucha! ¡Escucha cómo suena! —le temblaba la voz. Se llevó el pequeño disco al oído y esperó, mientras su amiga, de pie, la miraba con asombro sin saber qué hacer. ¡Ella no había oído nada!

—¡Harry! —susurró la esposa al micrófono, con breves intervalos de silencio para escuchar las respuestas—. ¿Eres tú? Pero ¿cómo es posible, tan pronto?... Sí, te oigo, pero muy débilmente. Tu voz suena a millas y millas de distancia... ¿Cómo? ¿Un viaje maravilloso? ¡Y más rápido de lo que yo me esperaba! ¿No estás en París? ¿Dónde, entonces? ¡Oh, mi vida...! No, no te oigo bien; no sé... no comprendo... ¿Las molestias del mar no son nada... no son *qué*? ¿Que no te has enterado de *qué*...?

La prima se acercó con determinación. Le cogió el brazo.

—¡Pero niña, no hay nadie al otro lado, por favor! Estás soñando... tienes fiebre, o algo...

—¡Chist! ¡Por el amor de Dios, calla! —alzó una mano. En su rostro había una expresión indescriptible: de miedo, de asombro. Su cuerpo vaciló un poco, se apoyó contra la pared—. ¡Chist! Todavía le oigo; pero a millas y millas de distancia... Dice... que lleva horas intentando ponerse en contacto conmigo. Primero directamente, a través de mi cerebro; luego... luego... ¡Oh! Dice que no puede volver conmigo otra vez, pero que no lo comprende, que no se explica por qué: el frío, un frío espantoso, impide que sus labios... ¡Oh!

Profirió un grito, soltó el receptor, y se escurrió al suelo como un fardo.

—No lo entiendo... ¡Es la muerte, la muerte...!

La colisión ocurrida en el Canal esa noche, como supieron más tarde, tuvo lugar unos minutos después de la una; entretanto Harry, que estuvo inconsciente varias horas tras recogerle el bote, sólo recordaba que lo último que sintió al cogerle el golpe de mar fue un intenso deseo de comunicarse con su mujer y decirle lo que había ocurrido... De lo único que tenía conciencia, a continuación, era de que abrió los ojos en un hotel de Dieppe.

El otro detalle singular lo facilitó el técnico que fue a reparar el teléfono al día siguiente. En la central, declaró, desde las doce de la noche hasta cerca de las tres de la madrugada, el cable había estado despidiendo chispas y llamaradas que nadie pudo explicar de forma natural.

—¡Qué extraño! —se dijo el hombre, tras hurgar y examinar el aparato unos diez minutos—; a *esta* conexión no le pasa nada. Es al abonado, lo más probable. ¡Normalmente suele ser así!

LA CITA^[6]

AL bajar del tren en la pequeña estación recordó la conversación como si hubiese sido ayer en vez de hacía quince años; y el corazón comenzó a golpearle contra las costillas con tal fuerza que casi lo oía. Nuevamente le invadió la antigua emoción con todo su infinito anhelo. Le llegó como le había llegado *entonces*: no con ese trágico debilitamiento que el tiempo transcurrido inflige a cada repetición de su recuerdo. Aquí, en el escenario familiar de su nacimiento, comprobó —con una mezcla de dolor y asombro— que los años pasados no la habían hecho desaparecer: la habían empañado tan sólo. Volvió a inflamarse su apagado éxtasis con toda la furiosa belleza de su génesis; su deseo se puso al rojo vivo. Y el impacto de este súbito descubrimiento hizo pedazos el intervalo transcurrido. Los quince años se convirtieron en un momento insignificante; las experiencias acumuladas en ese tiempo no parecían sino un sueño. La escena de la despedida —la conversación en la cubierta del barco— se volvió tan clara como si hubiese ocurrido ayer. Vio la mano de ella sujetando el enorme sombrero que el viento le agitaba; vio las flores de su vestido al abrírsele un instante el abrigo; recordó la cara del apresurado camarero de a bordo que tropezó con ellos; incluso oyó las voces: la suya y la de ella.

—Sí —dijo ella simplemente—: lo prometo. Te doy mi palabra. Esperaré...

—Hasta que vuelva —la interrumpió él.

Y ella repitió con firmeza sus mismas palabras; y añadió:

—Aquí; o sea, en casa.

—Yo acudiré a la puerta de tu jardín, como de costumbre —dijo él, tratando de sonreír—. Llamaré. Tú me abrirás la puerta, como de costumbre, y saldrás a recibirme.

Ella trató de repetir esto mismo, también; pero le falló la voz, y se le llenaron los ojos de lágrimas; lo miró a la cara, y sonrió. Fue entonces precisamente cuando la vio levantar su pequeña mano para sujetarse el sombrero: aún tenía ante sí ese gesto. Recordaba que le habían dado unas ganas terribles de romper el billete allí mismo, desembarcar con ella, quedarse en Inglaterra, hacer frente a toda oposición, cuando la sirena rugió espantosa su tercer aviso... y zarpó el barco.

Quince años, llenos de incidencias, habían pasado separados desde ese momento. La vida de él había ido en ascenso, había caído, se había estrellado, y se había vuelto a levantar. Al fin había vuelto, tras hacer fortuna —gracias a un golpe de suerte—, a los treinta y cinco años; había regresado a buscarla, sobre todo, para mantener su palabra. Una vez cada tres meses habían intercambiado una breve carta como habían acordado: «Estoy bien; espero; soy feliz; no me he casado. Tuyo (o tuya)...» Porque, con juvenil prudencia, él había insistido en que ningún «hombre» tenía derecho a «hacer esperar» demasiado a «una mujer»; y ella, juzgando esta carta valiente y

espléndida, había insistido así mismo en que se sintiese libre él también... si alguna vez llamaba a su puerta la libertad. Se habían reído de esta última frase en el momento de acordar dicho pacto. Pusieron en cinco años el límite máximo de su separación. Para entonces él habría triunfado, y los tercios padres no tendrían ya nada que oponer.

Pero al finalizar los cinco años se encontraba en un pueblecito minero del oeste «con tenebrosas perspectivas»; y cuando iban a cumplirse los diez, estas perspectivas, aunque mejores, eran al parecer poco más que un túnel. Fue entonces cuando se hizo evidente el cambio que le había ido llegando solapadamente. Lo comprendió, de repente, con un sentimiento de vergüenza y horror. Lo descubrió de manera maquinal: se le reveló por sí mismo. Estaba de peón en un finca de frutales en California, y se hallaba leyendo la carta de ella. «Es extraño que no se haya casado... ¡con otro!», se oyó decir a sí mismo. Las palabras le habían salido antes de darse cuenta, y desde luego antes de poder reprimirlas. Se le escaparon, y le sobresaltó su veracidad; y en ese instante supo que un oculto deseo había engendrado tal idea en él... Había envejecido. Había vivido. Lo que él amaba era un mero recuerdo.

Despreciándose a sí mismo de manera contradictoria —de una manera vaga y feroz a la vez—, siguió fiel a su promesa de joven. Dejó de escribir para liberarla de su compromiso, como sabía que se hacía en las novelas, decidido a mantener su palabra. Tenía un carácter estúpida, egoístamente testarudo. En todo caso, ella interpretaría que quería ser libre. «Además, yo la... la quiero aún tremendamente», se confesó. Y era verdad; sólo que el amor, al parecer, había seguido su camino. No es que lo dedicara a otra mujer: continuaba siendo fiel, firme como el acero. El amor, al parecer, se había desvanecido por sí solo: la imagen de ella se había vuelto borrosa; sus cartas dejaron de emocionarle; después, dejaron de interesarle.

Una reflexión subsiguiente hizo que se percatara de otros detalles sobre sí mismo. En todo este tiempo había soportado penalidades; había conocido la inseguridad de la vida, cuya continuidad depende de un poco de alimento —aunque a menudo ese poco resulta difícil de obtener—, y había visto sucumbir a tantos otros que ahora le daba menos valor que en otro tiempo. Además, se había apoderado de él una inclinación errabunda que le fue matando poco a poco el instinto doméstico: perdió el deseo de establecer un hogar, de tener hijos, incluso de casarse. Había perdido otras cosas también —se recordó a sí mismo con una sonrisa—: las facciones juveniles de su rostro a las que *ella* estaba acostumbrada y con las que pensaba en él, dos dedos de una mano, ¡y el pelo! Además, usaba gafas. Los caballeros aventureros ganaban cicatrices en las regiones salvajes donde él vivía. Se veía como un ejemplar bastante maltrecho y entrado en años.

Sin embargo, su corazón y su cerebro estaban confusos: una complicada pugna de emociones le hacía difícil saber qué sentía exactamente. La clave permanecía oculta. Sus sentimientos fluctuaban. No veía una causa clara y simple. Era un hombre honesto. «No lo entiendo —se dijo—. ¿Qué es lo que siento, en realidad? ¿Y por

qué?» Sus motivos parecían oscuros. Mantener viva la llama durante diez largos y baqueteados años no era hazaña pequeña; hombres mejores que él habían sucumbido en la mitad de tiempo. Sin embargo, había algo en su interior que permanecía firmemente ligado a la muchacha —como una cadena de hierro— y se *negaba* a soltarla del todo. De vez en cuando sufría dolorosos accesos retrospectivos en los que le ahogaban la nostalgia, la añoranza, la esperanza; en los que la amaba otra vez, y recordaba apasionadamente cada detalle de sus lejanos días de noviazgo en el prohibido jardín de la rectoría, al otro lado de la pequeña puerta blanca. ¿O era sólo la imagen y el recuerdo lo que amaba «otra vez»? No lo sabía. Ese «otra vez» le desconcertaba. Sin duda era una expresión inadecuada... No obstante, siguió enviando la carta como había prometido; era fácil: sus breves frases no podían delatar los fuegos agonizantes o extinguidos. Además, un día regresaría a reclamarla. Estaba dispuesto a mantener su palabra.

Y la había mantenido. Aquí estaba, esta tarde apacible de septiembre, a tres millas del pueblo donde la besó por vez primera, donde habían experimentado los dos la maravilla del primer amor; tres breves millas mediaban entre él y la pequeña puerta blanca del jardín en el que estaba ella pensando intensamente en este momento, y tras la cual estaría dentro de cincuenta minutos, esperándole...

Adrede, se había apeado del tren en la estación anterior: haría andando las tres millas mientras anochecía; subiría la escalinata familiar, llamaría como antes a la puerta blanca de la tapia, pronunciaría las palabras prometidas: «He vuelto para buscarte»; entraría, y... cumpliría su palabra. Le había escrito desde México una semana antes de embarcar; había hecho cálculos precisos, incluso meticulosos: «Llegaré el dieciséis de septiembre al anochecer, y llamaré a la puerta», añadió a las frases habituales. El anuncio de su llegada, por tanto, le había precedido en siete días. Poco antes de zarpar, además, había recibido carta de ella..., aunque no en respuesta a la suya, como es natural. Estaba bien; era feliz; no se había casado: esperaba.

Y ahora, merced a algún proceso mágico de reversión —posible sólo, quizá, para los corazones profundos, aunque completamente inexplicable incluso para ellos—, había vuelto a encenderse en él la llama del primer amor: iluminaba su corazón con toda su radiante belleza, ardía inextinguible en su alma, e inflamaba su cuerpo y su cerebro. Los años lo habían velado tan sólo. Irrumpió en él, le invadió, le embargó súbitamente como un sueño. Abandonó la estación. Fue a su encuentro. Y el amor le hizo prisionero. Los árboles y setos familiares, el paisaje igual, el «olor a campo de la infancia», todas estas cosas, junto con alguna otra calidad sutil, hicieron que la pasión de su juventud volviera a inundarle como un torrente. Ya no se sentía ligado por lo que consideraba, quizá, un honroso acto de deber: era el amor lo que le empujaba, como le había empujado quince años atrás. Y lo hacía con la pasión acumulada por el deseo largamente reprimido; casi como si, movido por una imaginada idea de fidelidad a la muchacha, hubiese dicho deliberada y, no obstante, inconscientemente «No» a ese amor; como si no se hubiese difuminado *ella*, sino que hubiese decidido

él: «Debo olvidarla». La frase: «¿Por qué no se ha casado con otro?» no había delatado cambio alguno en su interior. Otro motivo le asaltó por sorpresa: «No es justo... ¡para con ella!»

Su cerebro trabajaba con singular rapidez, aunque dentro de un círculo solamente. Era extraordinaria la intensidad de la súbita emoción. Le venían a la memoria mil cosas; de todas ellas, sin embargo, las más importantes eran las ocasionales reversiones en que había sentido que «la amaba otra vez». ¿No se había engañado a sí mismo, en definitiva? ¿Acaso se había «desvanecido» ella alguna vez? ¿No había comprendido él que debía dejar que se desvaneciese... que siguiese ese camino? ¿Y el cambio operado en él —esa frase proferida en la finca de frutales californiana—, qué significaba? ¿Qué había sido más leal, el desvanecimiento o el amor?

Era desesperada la confusión de su cerebro; pero, en realidad, no pensaba en absoluto: sentía solamente. El impulso, además, era irresistible; y ante este impulso de dulce renovación no se detuvo a analizar el extraño resultado. Sabía algunas cosas —no le interesaba nada más—: que le daba saltos el corazón, que la sangre le corría con el ardor de los veinte años, que la alegría había vuelto a adueñarse de él, que tenía que verla, oírla, tocarla, tenerla en sus brazos... y casarse con ella. Porque los quince años de separación habían quedado reducidos a una minúscula partícula, y a los treinta y cinco se sentía como de veinte: embriagada, deliciosamente enamorado.

Bajó impaciente por la calleja hasta la posada, sintiendo solamente: sin pensar. La súbita irrupción de sus antiguas emociones hacía imposible cualquier clase de reflexión. Ningún pensamiento dedicó a los largos años pasados «allá», durante los cuales el nombre de ella, sus cartas, su misma imagen recordada, si no le dejaban «frío», tampoco fueron capaces de despertar en su interior una emocionada respuesta. Todo quedó olvidado como si no hubiese ocurrido. Lo perseverante en él —este sólido mantenimiento de una promesa que jamás se había marchitado— eliminó el recuerdo del desvanecimiento y consunción que, fuera cual fuese la causa, había existido con toda certeza. Y ahora predominaba esta perseverancia. Esta cualidad perseverante de su carácter le guiaba. Sólo cuando estaba terminando de beberse el té a toda prisa le vino la extraña sensación —vaga, desde luego, pero innegablemente clara— de que *era* conducido.

Sin embargo, aunque consciente de esto, no se detuvo a pensar o reflexionar. El desplazamiento emocional que acababa de experimentar, naturalmente, había sido más que considerable: le había producido un trastorno, un cambio cuya brusquedad era incluso desquiciante, fundamental en un sentido que no alcanzaba a precisar: una conmoción. Sin embargo, nada contaba excepto su deseo imperioso de estar junto a ella lo antes posible, llamar a la pequeña puerta blanca del jardín, oír que le contestaba su voz, ver abrirse la puerta de madera... y abrazarla. Sentía alegría y gozo en el corazón, y un dulce y tierno deleite. En este mismo instante, ella le estaba esperando. Y él... había venido.

Detrás de todas estas emociones positivas, sin embargo, acechaban ocultas otras

de carácter negativo. Conscientemente no se daba cuenta de ellas, pero allí estaban: revelaban su presencia mediante diversos pequeños detalles que le desconcertaban. Las percibía distraídamente, por así decir; no las analizaba ni las examinaba. Porque en medio de la confusión de sus facultades, surgió también cierto atisbo de inseguridad que se manifestó en una leve vacilación o equivocación en uno o dos detalles sin importancia. Había, además, una sombra de melancolía, como una sensación de pérdida de algo. Quizá se debía a esa especie de tristeza que acompaña al crepúsculo de los días otoñales, en que una belleza suave y melancólica emborrona otra más grande que ha pasado. Cierta astucia de la memoria la relacionó con una escena de su niñez en la que, habiéndose propuesto ver salir el sol, se le pegaron las sábanas y, por media hora, se le hizo tarde. La notó meramente, luego se olvidó de ella; no la comprendió: tenía prisa, esta premura de tiempo era la única señal que *registraba* su mente. «Tengo que darme prisa», fue el mensaje que se abrió paso entre sus emociones claramente positivas.

Y debido a esta prisa, quizá, cometió pequeñas equivocaciones. Eran insignificantes. Llamó para pedir azúcar, aunque tenía el azucarero delante de los ojos; sin embargo, cuando acudió la camarera, había olvidado por completo para qué la había llamado, y le pidió el horario de los últimos trenes de regreso a Londres. Y cuando tuvo ante sí el horario de los trenes, se quedó mirándolo sin comprender; luego alzó los ojos súbitamente hacia el rostro de la camarera y le hizo una pregunta sobre flores. ¿Podía comprar flores aquí, en el pueblo? ¿Qué clase de flores? «Bueno, un ramo o... —vaciló, buscando una palabra en su conciencia, aunque afloró otra que *él* no quería utilizar— o una corona o algo así», concluyó. Había empleado la que no quería. Esta vacilación, esta equivocación, se repitió en varias cosas que hizo y dijo; cosas triviales, pero con un significado inasible que le desagradaba. Las notaba cargadas de tristeza, de inseguridad. Y le mortificaban; aunque sólo percibía su existencia porque empañaban su alegría. Había el susurro de un «No» flotando en la oscuridad. Casi... sentía desasosiego. Terminó a toda prisa, cada vez más ansioso por reanudar su camino, su trecho final.

Cometió, además, otra extraña equivocación —o desajuste, quizá, para ser más exactos—. Aunque conocía sobradamente la posada desde sus tiempos de niñez, y la regentaba el mismo matrimonio, no les ofreció información sobre sí mismo, ni les hizo ninguna pregunta sobre el pueblo al que se dirigía. Ni siquiera quiso saber si vivía aún el rector —el padre de ella—; y al salir, ignoró el espejo con marco dorado de la repisa de la chimenea, con un polvoriento plumero de carrizo de las pampas a cada lado en jarrones sin agua: no le importaba, al parecer, si tenía buen aspecto o no, si iba bien o mal vestido. Olvidaba que, cuando se quitase la gorra, la pérdida de su antigua pelambre alteraría considerablemente su aspecto; y olvidaba también que le faltaban dos dedos de una mano, de la derecha: la que ella estrecharía dentro de poco. Tampoco se le ocurrió pensar que llevaba gafas, lo que cambiaba sin duda su fisionomía y añadía años a los que ya tenía. Ninguna de estas cosas evidentes y

naturales parecieron ocurrírsele. Tenía prisa por llegar. No pensaba. Pero, aunque su cerebro no registraba estas pequeñas traiciones en frases efectivas, su actitud, sin embargo, sí las expresaba. Su postura, al parecer, era ésta: «¿Qué pueden importarle a ella estos detalles *ahora*? ¿Y por qué tengo que dedicarles un solo pensamiento? Es a mí a quien ama y espera, no los aspectos aislados de mi imagen física y externa». Por otra parte, ella habría cambiado también... externamente. No se le ocurrió pensarlo ni una sola vez. Ésos eran detalles de hoy... Sólo sabía que estaba impaciente por reunirse cuanto antes con ella, en seguida, ya, si era posible. Se dio prisa.

Le invadió una euforia juvenil. Pagó el té, dejando como propina el doble de lo que había costado la consumición, y emprendió la marcha, alegre e impetuoso, por el camino serpenteante. Absorto en la imagen de una pequeña puerta blanca de jardín y el rostro amado detrás, adoptó un paso vivo, cantando «Nancy Lee» como solía hacer quince años atrás.

Y con la acción, desaparecieron las impresiones negativas, eclipsadas por las positivas. Sin embargo, las primeras se limitaron a permanecer ocultas: a la espera. Así es, quizá, cómo las emociones vitales que han sido reprimidas demasiado tiempo, impidiéndoseles incluso aflorar, acaban por vengarse. Los elementos reprimidos de su vida psíquica se hacían firmes, adoptando, como de manera natural, una forma dramática.

La noche caía deprisa, la niebla subía en flecos flotantes por los prados junto al río; a medida que avanzaba él, los nuevos detalles iban tirando de su ser. Luego, al pasarlos presuroso, le empujaban desde atrás: reconocía otros que se alzaban en el aire cada vez más denso; cabeceaban a modo de saludo, le observaban, y susurraban; a veces, casi cantaban. Y cada uno de ellos hacía crecer su alegría interior; cada uno aportaba una dulce y preciosa contribución, la incorporaba al cuadro reconstruido de su antiguo, olvidado arrobamiento. Era un trayecto fascinante y encantado el que recorría; encontraba en él algo indeciblemente venturoso, algo, además, que parecía de todo punto irresistible.

Porque el paisaje no había cambiado en todos estos años: allí seguían como siempre los detalles del campo; todo lo que veía estaba henchido de asociaciones preciosas y entrañables, y aumentaba la fuerza de atracción que le arrastraba. Allí estaba el paso de una cerca por cuyos rotos peldaños la ayudó ayer a cruzar, y aquí la pasarela resbaladiza en la que ella, mirándole por encima del hombro, le pidió que la sostuviese; vio el mismo arbusto —una zarza— donde ella se arañó la mano el día anterior... y, finalmente, el letrero deteriorado por la intemperie: «A la rectoría». Señalaba el sendero que atravesaba el peligroso prado donde el toro de Sparrow, el granjero, le proporcionó una dulce excusa para cogerla de la mano, guiarla... protegerla. Del paisaje entero se elevaba un vaho de recuerdos recientes en el que todos los pormenores estaban vivos, y todos los pequeños incidentes cargados de asociaciones entrañables.

Leyó el tosco y ennegrecido letrero, en lo alto del palo torcido —estaba bastante

borroso, pero se lo sabía demasiado de memoria para confundir siquiera una letra—, y apretó el paso por el sendero embarrado; miró en torno suyo, esperando ver el toro de Sparrow, el granjero; incluso buscó a tientas en el aire brumoso su mano pequeña para cogérsela, y llevarla a lugar seguro. La imagen de ella le hacía caminar con tan irresistible expectación que pareció como si el deseo acumulado en todos estos años desaparecidos e insatisfechos evocase el fantasma casi tangible de esa mano. La sintió realmente, suave y cálida, y que se cogía a la suya... que no notaba ya incompleta y mutilada.

Sin embargo, no era él quien conducía y guiaba ahora, sino, cada vez más, quien estaba siendo conducido. Tal impresión se había hecho presente por primera vez en la posada; ahora se manifestó con toda claridad: había cruzado la frontera para convertirse en una sensación real. Su desarrollo, que había ido rápidamente en aumento todo este tiempo, había alcanzado la plenitud. Comoquiera que fuese, había ignorado su origen y rápida evolución; ahora, sin embargo, reconocía claramente el resultado. Ella se estaba esperando, en efecto. Pero era más que una espera: le llamaba, le ordenaba que fuese. Los pensamientos y anhelos de ella le llegaban a lo largo de ese sendero viejo e invisible que el amor traza fácilmente entre los corazones sinceros y fieles. Y le llegaban, también, todas las fuerzas de su ser, su misma voz, a través del crepúsculo profundo y otoñal. No había notado la singular restauración física de su mano, pero era vívidamente consciente de este cambio más que mágico: que era *ella* la que le conducía y le guiaba, arrastrándole cada vez más deprisa hacia la pequeña puerta blanca donde le esperaba en este instante. Su dulce fuerza le apremiaba; y esa fuerza irresistible era lo nuevo en el viejo recorrido familiar, cuando en otro tiempo había sido sólo deliciosa aquiescencia, tímida, vacilante aceptación.

Sus pasos eran más precipitados cada vez; tan intensa era la atracción que sentía en su sangre que casi trotaba. Al llegar al camino estrecho, sinuoso, echó a correr. Conocía cada curva, cada esquina del seto de acebo, cada detalle de sus bordes, cada piedra. Podía haber corrido a ciegas con todas sus fuerzas. De golpe, le llegaron los perfumes familiares: las hojas caídas y la tierra musgosa y los helechos dejaron fluir hacia él las turbadoras corrientes de intensa emoción y le penetraron como una oleada. Y entonces vio la tapia ruinosa, los cedros que asomaban por detrás con sus ramas extendidas, las chimeneas de la rectoría. A su derecha se recortó la silueta de la iglesia vieja y gris; los tejos retorcidos y añosos, el conjunto de las lápidas que, verticales o torcidas, salpicaban el terreno como figuras escuchando. Pero no miró nada de esto. Porque, a poca distancia, vio ya los cinco peldaños de tosca piedra que subían del camino a la pequeña puerta blanca del jardín. Al fin destacaba la puerta ante él, erguida en el aire brumoso. Llegó frente a ella.

Se quedó en suspenso un momento. Su corazón, al parecer, se había detenido también; luego el pulso empezó a martillearle el cerebro con violencia. Un rugido atronaba su mente, aunque había un silencio prodigioso... justo detrás. Luego se desvaneció el rugido de la emoción. Se produjo una absoluta quietud. Y esta quietud,

este silencio, se extendieron por todo su ser. El mundo pareció entonces preternaturalmente callado.

Pero fue una pausa demasiado breve para medirla. Porque la oleada emocional había cedido sólo para volver con fuerza redoblada. Se volvió, subió impetuoso la escalinata de piedra, y se lanzó, sin aliento y sin fuerzas, hacia la insignificante barrera que se alzaba entre sus ojos y... los de ella. A causa de su impulsiva, casi violenta impaciencia, sin embargo, tropezó. Además, el rugido le confundía. Cayó de bruces, al parecer, porque el crepúsculo se había convertido en oscuridad, impidiéndole calcular bien los peldaños pese a conocer de sobra sus dimensiones. Durante unos momentos, se quedó tendido en el suelo irregular, al pie de la tapia: la escalinata le había puesto la zancadilla. Luego se levantó y llamó. Llamó con su mano derecha a la pequeña puerta blanca del jardín. Sintió el impacto en los dos dedos perdidos.

—Estoy aquí —exclamó, con una voz profunda que le salió de la garganta como si se ahogase al articular las palabras—. He regresado.

Esperó una fracción de segundo, mientras el mundo permanecía inmóvil y esperaba con él. Pero no hubo dilación. La respuesta le llegó inmediatamente:

—Estoy bien... Soy feliz... Espero.

Y la voz sonó entrañable y dulce como antes. Aunque las palabras eran extrañas, y le sugerían algo soñado, olvidado, perdido al parecer; no se fijó de manera especial en ellas. Sólo le extrañó que no abriera en seguida para que él pudiese verla. Ya hablarían después; ¡lo primero era verse! El pensamiento le vino como un relámpago de desencanto. ¡Ah, estaba prolongando el instante maravilloso, igual que había hecho montones y montones de veces! Le hacía esperar para impacientarle. Volvió a llamar; hizo fuerza contra la inmovible superficie. Porque había notado que era inmovible. Y había una gravedad en su tierna voz que no alcanzaba a comprender.

—¡Abre! —repitió, pero más alto que antes—. ¡He vuelto! —y al decirlo, sintió la niebla fría contra su rostro.

Pero la respuesta le heló la sangre.

—No puedo abrir.

Le invadió una súbita angustia de desesperación; su voz sonaba extraña, lejana a la vez que profunda. Como dotada de resonancia. Le dominó una especie de frenesí... una sensación de pánico.

—¡Abre, abre! ¡Sal! —intentó gritarle. Pero, extrañamente, le falló la voz: no tenía fuerzas. Algo espantoso le golpeó entre las cejas—. ¡Por el amor de Dios, abre! ¡Estoy aquí, esperando! ¡Abre, y sal a recibirme!

La respuesta llegó amortiguada por una distancia que parecía aumentar; notó un frío glacial en torno suyo, en el corazón.

—No puedo. Debes venir tú a mí.

No supo entonces qué sucedió exactamente; porque el frío se volvió espantoso, y la niebla helada se le agolpó en la garganta. No le salían las palabras. Se incorporó de

rodillas, y a continuación se puso de pie. Se inclinó. Volvió a llamar con todas sus fuerzas; ciego de desesperación, sacudió y golpeó la sólida barrera de la pequeña puerta blanca del jardín. Siguió aporreándola hasta que se le despellejaron los nudillos... de los dedos índice y el anular de su mano mutilada. Recuerda que se le despellejaron porque, aunque estaba oscuro, notó las manchas de sangre sobre la puerta que atestiguaban su violencia —sólo más tarde recordó otro detalle: que la mano había perdido esos dedos hacía muchos, muchos años—. Se había quedado sin fuerza en la voz. Llamó: no obtuvo respuesta. Trató de gritar, pero se le ahogó el grito en la garganta antes de salir; fue un grito de pesadilla. Como último recurso, se arrojó sobre la puerta insensible; con tal violencia, por cierto, que dio con la cara contra su superficie.

Al chocar en ella, entonces, con la mejilla, notó que su superficie no era lisa. Era una superficie fría y áspera... y no era de madera. Además, tenía algo escrito que no había visto antes. No sabe cómo pudo leer aquel texto en la oscuridad. Sus letras estaban profundamente talladas; quizá lo hizo palpando con los dedos; desde luego, había puesto su mano derecha sobre ellas. Descifró un nombre, una fecha, un trozo de versículo de la Biblia, y unas palabras extrañas: «*Je suis la première au rendez-vous. Je vous attends*». Las letras estaban talladas con aristas agudas, así que eran recientes. La fecha era de hacía una semana; el trozo de versículo decía: «Cuando se disipen las sombras...»; en cuanto a la pequeña puerta blanca del jardín, seguía inconnmovible porque... era de piedra.

En la posada, se descubrió a sí mismo con la mirada fija, ante una mesa de la que no habían retirado el servicio de té. Tenía un horario de trenes en las manos, y estaba con la cabeza inclinada sobre él: trataba de descifrar lo que ponía en el creciente crepúsculo. Junto a él, toqueteando aún un florín, seguía esperando la camarera; con la otra mano sostenía una bandeja marrón con un perro corriendo pintado en su superficie abollada. La bandeja oscilaba a un lado y al otro mientras ella hablaba, siguiendo evidentemente una conversación que su cliente había iniciado. Porque le estaba informando, con ese tono neutro y falto de interés que emplean estas personas:

—Todos fuimos a su funeral, señor... el pueblo entero fue. La tumba era de su padre: de la familia...

Luego, viendo que su cliente estaba demasiado abstraído en el horario de trenes para escuchar, calló, y empezó a colocar el servicio del té en la bandeja con ruidoso entrechocar de loza.

Diez minutos después, en la calle, se detuvo indeciso. En la estación, justo enfrente, estaba ya bajada la señal. Se estaba extendiendo la niebla. Miró hacia el camino sinuoso que se perdía a lo lejos; luego, lentamente, dio media vuelta, y llegó al andén en el momento en que entraba el tren en dirección a Londres. Se sentía viejo... demasiado viejo para hacer andando tres millas...

LOBO CORREDOR^[7]

NO debe sorprenderse el que disfruta de una aventura que se aparta de la experiencia general de los hombres si, al contarla a otros, le toman por tonto o embustero, como averiguó puntualmente Malcolm Hyde, conserje de hotel, unas vacaciones. Tampoco es «disfrutar» la palabra que define exactamente sus emociones; el término que probablemente eligió fue «sobrevivir».

Cuando vio el lago Medicine, lo primero que le sorprendió fue su belleza serena, centelleante, en medio de los bosques canadienses del interior; después, su extensa soledad, y por último —esto mucho más tarde—, su combinación de belleza, soledad y singular atmósfera, debido al hecho de que fue escenario de su aventura.

—Está repleto de peces grandes —le dijo Morton, del Club Deportivo de Montreal—. Ve a pasar allí tus vacaciones: está en dirección a Mattawa, unas quince millas al oeste de Stony Creek. Lo tendrás para ti solo, quitando a un viejo indio que tiene su cabaña allí. Acampa al lado este... si quieres mi consejo —a continuación estuvo hablando media hora de la magnífica pesca; por lo demás, no se mostró muy comunicativo, y no toleró de buen grado que le hiciese preguntas, observó Hyde. Tampoco había pasado Morton mucho tiempo allí. Si era un paraíso, como pretendía él, su descubridor y la caña más experta de la provincia, ¿por qué había estado sólo tres días?

—Me quedé sin víveres —fue la explicación que ofreció; pero a otro amigo le había mencionado brevemente las «moscas» y a un tercero, según se enteró Hyde después, le comentó como excusa que su mestizo «se puso enfermo» y necesitaba volver rápidamente a la civilización.

A Hyde, sin embargo, le importaban poco las explicaciones; su interés por ellas vino más tarde. La frase que le gustó fue «repleto de peces». Cogió el tren Canadian Pacific en dirección a Mattawa, se aprovisionó en Stony Creek, y de allí emprendió el viaje de quince millas en canoa sin una sola preocupación en el mundo.

Dado que iba con poca impedimenta, no se cuidó de llevar porteador; las aguas eran veloces y navegables, y los rápidos fáciles de franquear; todo se le daba de maravilla, como suele decirse. De vez en cuando veía grandes peces nadando hacia las pozas más hondas, y sentía verdaderas tentaciones de detenerse; pero resistía. Avanzaba en el mundo inmenso de un bosque interior que ocupaba centenares de millas, conocido por el ciervo, el oso, el alce y el lobo, pero donde era extraño todo eco de pisadas humanas; en una selva remota y primigenia. Era plácido el día otoñal, el agua susurraba y centelleaba, el cielo azul se extendía terso por encima, encendido de luz. Hacia el atardecer pasó un dique de castor, rodeó un pequeño promontorio, y vio surgir ante sí el lago Medicine. Alzó el canaleta goteante; la canoa siguió deslizándose silenciosa y entró en el agua quieta. Hyde profirió una exclamación de

delicia; porque el encanto le dejó sin respiración.

Aunque deportista ante todo, no era insensible a la belleza. El lago formaba una media luna, quizá de cuatro millas de longitud, y una anchura como de una milla a milla y media. Lo inundaba el oro sesgado del sol poniente. Ni un soplo de viento rizaba su superficie cristalina. Aquí había estado desde que lo hiciera el dios de las pieles rojas; aquí estaría hasta que lo volviera a secar. Los enormes abetos se apretujaban junto a la orilla; los cedros majestuosos se inclinaban como para beber, los zumaques carmesí formaban rodales llameantes, y los arces encendían sus increíbles rojos y naranjas. El aire era como el vino, con el silencio de un sueño.

Aquí era donde las pieles rojas «hacían medicina» antiguamente, con todo el ritual salvaje y ceremonias tribales de unos tiempos antiguos. Pero era en Morton en quien pensaba Hyde, no en los indios. Si este paraíso solitario y oculto estaba de verdad repleto de peces, tenía una gran deuda con Morton por su información. Le invadió la paz; pero debajo subyacía la excitación del pescador.

Miró a su alrededor con ojos vivos, expertos, buscando un sitio donde acampar antes de que el sol se ocultase tras el bosque y se echase encima el crepúsculo. Descubrió en seguida la cabaña del indio, a pleno sol, en la orilla este; pero los árboles que la rodeaban estaban demasiado espesos para que él pudiese instalarse con comodidad; y además, no quería estar tan cerca de su habitante. Enfrente, en cambio, había un claro ideal. Le daba ya la sombra: el enorme bosque lo oscurecía al atardecer; pero le atraía ese espacio abierto. Remó rápidamente hacia allí, y lo examinó. Descubrió que el suelo era duro y seco; a uno de los lados, un arroyuelo se precipitaba cantarín en el lago. Su desembocadura sería también buen sitio para pescar. Además, estaba resguardada. Unos cuantos sauces bajos señalaban la boca.

Un campista experimentado decide con presteza. El lugar era ideal, y algunos troncos carbonizados y restos de anteriores hogueras atestiguaban que no era el primero en pensar así. Hyde estaba encantado. Luego, de repente, una contrariedad vino a empañar su satisfacción. Había desembarcado el equipo y empezado a hacer los preparativos para instalar la tienda, cuando recordó un detalle que el entusiasmo había relegado al fondo de su conciencia: el consejo de Morton. Y no sólo de Morton; porque el almacenero de Stony Creek lo había corroborado. Aquel individuo corpulento, de bigote hirsuto y hombros caídos, en camisa y pantalón, le había dado un último consejo, junto con el tocino, la harina, la leche condensada y el azúcar. Había repetido las palabras medio olvidadas de Morton:

—Yo que usted montaría la tienda en la orilla este —le había dicho al despedirse.

Se acordaba de Morton también, al parecer. «Un tipo bajo, moreno como un indio y que olía bastante a bosque. Viajaba con Jake, el mestizo.» Ése era Morton, evidentemente. «Por cierto, que no estuvo mucho tiempo», añadió para sí, en tono pensativo.

—Qué, ¿se dirige al lago Windy? ¿O a Ten Mile Water, quizás? —le había preguntado antes a Hyde.

—No, al lago Medicine.

—¿De veras? —dijo el hombre, como si tuviese sus dudas por alguna razón oscura. Se tiró unos momentos de su bigote hirsuto—. ¿De veras? —repitió. Y, le siguieron corriente abajo, tras una pausa considerable, sus palabras finales: su consejo sobre la mejor orilla donde montar la tienda.

Todo esto le vino al pensamiento ahora a Hyde, con cierto desencanto y fastidio, porque cuando dos hombres con experiencia coincidían, no debía tomarse a la ligera su opinión. Le habría gustado preguntar al almacenero más detalles. Miró en torno suyo, meditó, dudó. Desde luego, su lugar ideal para acampar estaba en la orilla prohibida. Se preguntó cuál sería la pega.

Pero se estaba yendo la luz; debía optar rápidamente por una u otra cosa. Tras echar una mirada a los bultos sin deshacer, y a la tienda ya medio levantada, tomó una decisión, murmurando una frase que enviaba a Morton y al dueño del almacén a lugares menos placenteros. «*Alguna* razón tendrán —gruñó para sí—; los individuos de esa clase saben lo que se dicen. Creo que será mejor que me vaya al otro lado..., por esta noche al menos.»

Miró hacia la otra parte del lago antes de reembarcar sus cosas. No salía humo de la cabaña del indio. No había visto tampoco ningún rastro de canoa. El hombre, concluyó, estaba ausente. Así que, de mala gana, abandonó el terreno bueno para acampar, cruzó el lago, y media hora después había plantado la tienda, recogido leña y pescado dos pequeñas truchas para cenar. Pero sabía que los peces más grandes le esperaban al otro lado, junto a la desembocadura del arroyo; y por último se durmió en su lecho de ramas de abeto balsámico, molesto y decepcionado, aunque preguntándose cómo una mera frase había podido convencerle tan fácilmente en contra de lo que él pensaba que era mejor. Durmió como un tronco; el sol estaba ya bastante alto cuando se levantó.

Pero por la mañana su humor fue muy distinto. La luz espléndida, la paz, el aire embriagador, todo era demasiado tonificante para que su cerebro abrigara ideas ridículas; y le asombraba haber podido ser tan débil la noche anterior. Ahora no tenía ninguna duda. Desmontó el campamento inmediatamente después de desayunar, cruzó la franja de agua centelleante, y en poco tiempo se instaló en la orilla prohibida, como ahora la llamaba con desdeñosa sonrisa. Y cuanto más miraba el lugar, más le gustaba. Había bastante leña, agua corriente para beber, un lugar despejado para la tienda, y no había moscas. La pesca, además, era magnífica. La descripción de Morton estaba plenamente justificada: «repleto de peces grandes» no había resultado ser, en definitiva, una exageración.

Pasó las horas de espera del principio de la tarde dormitando al sol o deambulando por los matorrales que empezaban más allá del campamento. No descubrió signo alguno de nada fuera de lo normal. Se bañó en una poza de agua fresca; se deleitó en este paraíso pequeño y solitario. Porque era solitario de veras; aunque esta soledad formaba parte de su encanto: le embelesaba la quietud, la paz, el

aislamiento de este hermoso lago del bosque interior. El silencio era divino. Estaba completamente satisfecho.

Tras beberse una infusión de té, hacia el atardecer, anduvo por la orilla mirando a ver si subían peces. Una débil ondulación del agua, acompañada de sombras alargadas, señaló buen augurio. Hubo un *plop* seguido de otro *plop*, al subir algún gran ejemplar, atrapar su alimento y desaparecer en las profundidades. Regresó corriendo. Diez minutos después había cogido las cañas y se deslizaba sigiloso, en su canoa, por las aguas tranquilas.

Se le daba tan bien la pesca, y se amontonaban tan deprisa las grandes truchas en el fondo de la embarcación, que le costaba dejarlo a pesar de que se estaba haciendo tarde. «Una más —se dijo—, y me voy de verdad.» Sacó «una más»; y estaba quitándole el anzuelo cuando se turbó extrañamente el profundo silencio del atardecer. De repente tuvo conciencia de que le observaban. Un par de ojos, sin duda, le miraba fijamente desde algún punto de las sombras circundantes.

Así, al menos, interpretó él la singular turbación de su placidez; porque así fue como lo sintió. Le sobrevino esa sensación sin el más ligero aviso. No estaba solo. La enorme trucha se le escurrió de entre los dedos. Se quedó envarado, y miró a su alrededor.

Nada se movía; las ondulaciones del lago habían desaparecido; no había brisa; el bosque arrojaba una sombra uniforme y purpúrea; el cielo amarillo, que palidecía por momentos, proyectaba reflejos que molestaban a la vista y hacían dudosa la distancia. Pero no había ningún ruido, ningún movimiento. No se veía ser alguno por ninguna parte. Sin embargo, sabía que le vigilaban; y le invadió una oleada de terror irracional. La canoa tenía la proa pegada a la orilla. En un Segundo, y de manera instintiva, la apartó y remó hacia aguas profundas. El que le vigilaba, pensó también instintivamente, estaba muy cerca de él, en esa orilla. Pero ¿dónde? ¿Y quién? ¿Era el indio?

Se detuvo aquí, donde había más profundidad, a unas veinte yardas de la orilla, y aguzó la vista y el oído para descubrir alguna posible señal. Se sentía medio avergonzado, ahora que se le había pasado un poco la extraña impresión inicial. Pero seguía estando seguro. Aunque absurda, era una clara sensación de que alguien le vigilaba con ojos concentrados y atentos. Todas las fibras de su ser lo indicaban así; y aunque no lograba descubrir en la orilla ninguna figura, ninguna silueta, podía jurar en qué grupo de sauces se agazapaba y espiaba. Su atención parecía atraída hacia aquellos árboles en particular.

El agua goteaba lentamente del canaleta, ahora apoyado de través en los bordes de la canoa. No sonaba ningún otro ruido. La lona de su tienda brillaba vagamente. Habían salido una o dos estrellas. Esperó. No sucedió nada.

Luego, del mismo modo súbito en que le había venido esta sensación, se le pasó, y comprendió que la persona que le había estado observando atenta se había ido. Fue como si hubiesen cortado una corriente: volvió a fluir el mundo normal; el paisaje se

vació como si alguien hubiese salido de una habitación. Al mismo tiempo, le abandonó la desagradable sensación; así que volvió a enfilar inmediatamente la canoa hacia la orilla, saltó a tierra y, con el canaleta en la mano, fue a inspeccionar el grupo de sauces que había identificado como el escondite. Por supuesto, no había nadie allí, ni señales de que hubiese estado recientemente ningún ser humano. No había hojas o ramas apartadas, ni siquiera una simple ramita doblada; su atenta y experta mirada no descubrió el más leve rastro en el suelo. No obstante, a pesar de todo, seguía con la firme impresión de que alguien había estado oculto hacía poco entre estas mismas hojas, observándole. Estaba absolutamente seguro de ello. El desconocido, fuera un cazador indio, un leñador extraviado o un mestizo vagabundo, se había ido; era inútil ponerse a buscarlo; además, estaba oscureciendo. Regresó a su pequeño campamento, más preocupado quizá de lo que estaba dispuesto a reconocer. Se preparó la cena, colgó la pesca de una cuerda a fin de que ningún animal merodeador se la quitase durante la noche y se dispuso a ponerse cómodo hasta la hora de acostarse. Inconscientemente, encendió una hoguera más grande de lo habitual; y se dio cuenta de que escrutaba, por encima de su pipa, las densas sombras que empezaban más allá del resplandor de la hoguera, y de que aguzaba el oído para captar el más leve ruido. En general, permanecía alerta de una forma nueva para él.

En tales circunstancias, y en un lugar como éste, un hombre no tiene por qué inquietarse mientras no sienta la soledad como algo demasiado intensamente real. La soledad de un campamento en la inmensidad de un bosque produce solaz, deleite, y una sensación de beatitud, hasta que se vuelve demasiado próxima. Tiene que mantenerse como un ingrediente más; no ha de notarse directa, vívidamente. Sin embargo, una vez que se ha acercado, puede cruzar con facilidad la estrecha línea que separa la placidez de la intranquilidad, y la noche es el momento menos deseable para esa transición. Puede sobrevenir fácilmente un temor particular: el de que esa soledad se vea turbada de repente, y que el ser humano solitario se sienta expuesto a un ataque.

Ahora, para Hyde, había acontecido este cambio; su íntima sensación de soledad había dejado paso de repente al convencimiento de que ya no estaba solo. Era un momento difícil, y el conserje de hotel se daba cuenta exactamente de su situación. No acababa de gustarle. Sentado de espaldas a los troncos iluminados, su figura era muy visible, mientras que la oscuridad del bosque le cercaba como una muralla impenetrable. Una yarda más allá del pequeño círculo de su fuego de campamento no veía nada; el silencio, a su alrededor, era como un silencio de muerte. Ni un susurro de hojas, ni un rumor del agua; él mismo estaba inmóvil como un tronco.

Y entonces tuvo conciencia otra vez, súbitamente, de que había vuelto la persona que le espiaba, y de que le observaba desde su escondite con la misma mirada atenta y concentrada de antes. No había habido ninguna señal; no había oído pisadas furtivas o crujidos de ramas secas; sin embargo, el dueño de esa mirada fija estaba cerca de él, quizá a menos de doce pies. Era abrumadora esta sensación de

proximidad.

Es evidente que un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Esta vez, además, estaba seguro de que el individuo se hallaba apostado justo más allá del resplandor de la hoguera —distancia que podía calcular con relativa precisión—, directamente enfrente de él. Durante unos minutos permaneció sin mover un solo músculo, aunque con todos ellos preparados y alerta, forzando los ojos en vano para penetrar la oscuridad, aunque sin conseguir otra cosa que deslumbrarse con la luz reflejada. Luego, al cambiar de postura lenta, cautamente, para obtener otro ángulo de visión, el corazón le golpeó dos veces contra las costillas y le pareció que se le erizaba el cabello, con una sensación de frío que le puso la carne de gallina. En la oscuridad, de cara a él, vio dos pequeños círculos verdosos: un par de ojos, evidentemente, aunque no de cazador indio, ni de ser humano ninguno. Eran los ojos de un animal que le miraban fijamente desde la oscuridad de la noche. Y esta certeza produjo un efecto instantáneo y natural en él.

Porque, ante la amenaza de esos ojos, despertó en su interior el miedo de los millones de cazadores muertos desde el alba de la humanidad. Aunque era conserje de hotel, lo hereditario emergió en él como una oleada de instinto. Su mano buscó a tientas un arma. Sus dedos tropezaron con la pala de su pequeña hacha de campamento, e inmediatamente se recobró. Le volvió la confianza: le desapareció el miedo supersticioso. Era un oso o un lobo que había olfateado su pesca y venía a robársela. Sabía cómo tratar a esa clase de seres, aunque admitiendo, por ese mismo instinto, que su anterior miedo había sido de carácter totalmente diferente.

—¡Ahora mismo voy a averiguar qué demonios es! —exclamó, y cogiendo del fuego un tizón encendido, lo arrojó certero a los ojos de la bestia que tenía ante sí.

La tea cayó con una lluvia de chispas que iluminaron la yerba seca delante del animal, produjo una llamarada y volvió a apagarse en seguida. Pero Hyde, en ese instante de luz, distinguió claramente quién era su incómodo visitante. Fuera del resplandor, justo enfrente de él, había un gran lobo gris sentado sobre sus cuartos traseros que le miraba fijamente. Vio sus patas delanteras y sus hombros, vio su pelo, vio también iluminados los gruesos troncos de abeto detrás, y los grupos de sauces a cada lado. Fue un cuadro vivido, con detalles nítidamente recortados por la fugaz llamarada. Para su asombro, sin embargo, el lobo no dio media vuelta y huyó del tizón encendido, sino que se retiró sólo unas yardas, y volvió a sentarse en cuclillas, mirando, mirando como antes. ¡Dios mío, cómo miraba! Trató de ahuyentarlo, aunque sin resultado; no se movió. Hyde no quiso malgastar otro tronco encendido, ahora que le había desaparecido el miedo: un lobo gris era un lobo gris; que estuviese allí el tiempo que quisiese, con tal que no intentara quitarle la pesca. Ya no estaba alarmado. Sabía que los lobos eran inofensivos en verano y otoño; incluso en invierno, cuando iban «en manada», atacaban al hombre sólo cuando tenían un hambre desesperada. Así que observó al animal, le arrojó trozos de palo, le habló incluso, asombrado de que no se moviese. «Quédate ahí el tiempo que quieras —le

dijo, alzando la voz—; pero no podrás alcanzar la pesca; ¡en cuanto al resto de la comida, la voy a entrar en la tienda!»

El animal cerró sus ojos verdes un momento, pero no se movió. ¿Por qué, si se le había ido el miedo, no paraba Hyde de pensar cosas mientras daba vueltas en las gruesas mantas antes de dormirse? Era extraña la impasibilidad del animal; y más extraña aún su negativa a dar media vuelta y largarse. Jamás había visto un animal salvaje al que no le asustara el fuego. ¿Por qué seguía allí, y le miraba como con un propósito en sus ojos relucientes? ¿Cómo había notado él su presencia antes, de manera instantánea? Un lobo gris, sobre todo estando solo, era un ser tímido; aunque éste no temía al hombre ni al fuego. Ahora, mientras él yacía envuelto en sus mantas dentro de su tienda confortable, estaría sentado fuera, bajo las estrellas, junto a las ascuas medio apagadas, con el aire frío entre su pelo, y el suelo cada vez más frío bajo sus pezuñas, vigilándole, quizá hasta que amaneciese.

Era extraño; era insólito. Dado que carecía de imaginación y de tradición, no recurrió a ningún acervo de visiones raciales. Como hombre práctico, y conserje de hotel en vacaciones, se limitaba a estar allí, bajo las mantas, intrigado y perplejo. Un lobo gris era un lobo gris, nada más. Sin embargo, este lobo gris —la idea no se le iba de la cabeza— era diferente. En una palabra, la parte más profunda de su inquietud original seguía allí. Daba vueltas, se estremecía a veces en su sueño desasosegado; no se asomó a mirar, pero se despertó temprano y cansado.

Con el sol otra vez y el aire de la mañana, el incidente de la noche anterior quedó arrumbado; casi parecía irreal. Volvió a predominar su celo de pescador. Encontró deliciosos el té y el pescado, jamás le había sabido tan bien la pipa; la belleza de este lago solitario en medio del bosque primigenio se le subió un poco a la cabeza: ante Dios era pescador y nada más. Echó el anzuelo junto al borde del lago; y cuando estaba entusiasmado trabajando a un gran pez, supo de repente que *él*, el lobo, estaba allí. Se detuvo, caña en mano, exactamente como si le hubiese dado un aire. Miró a su alrededor; miró en una dirección concreta. El sol radiante volvía claros y nítidos los más pequeños detalles —las piedras de granito, los troncos quemados, los zumaques carmesí, los limpios guijarros de la orilla, los elementos aislados— sin revelar, no obstante, dónde se ocultaba el que le observaba. Luego, al seguir recorriendo la línea de tierra con la mirada, descubrió, entre la enmarañada maleza, la silueta familiar, casi esperada. El lobo estaba detrás de una roca de granito, de manera que asomaba sólo la cabeza, el hocico y los ojos. Se confundía con el fondo. De no haber sabido que era un lobo, no lo habría distinguido del paisaje. Sus ojos brillaban al sol.

Allí estaba apostado. Lo miró fijamente. De hecho, sus ojos se encontraron de lleno. «¡Caramba! —exclamó en voz alta—, ¡es como si mirase a un ser humano!»

A partir de ese momento, inconscientemente, estableció una singular relación personal con la bestia. Y lo que siguió a continuación confirmó esta desagradable impresión; porque, acto seguido, se levantó el animal y bajó despacio a la orilla, se

detuvo, y se quedó mirándole a su vez. Le miraba a los ojos como un gran perrazo salvaje, al extremo de que Hyde tuvo una nueva y casi increíble sensación: la de que buscaba amistad.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamó otra vez, hablándole en voz alta para aliviar sus sentimientos—, ¡esto rebasa cuanto había visto hasta aquí! ¿Qué es lo que quieres, vamos a ver?

Ahora lo observó más detenidamente. Jamás había visto un lobo tan grande; era una bestia tremenda, un sujeto difícil de atajar, pensó, si llegaba el caso. Allí estaba, atrevido y lleno de confianza. Como le daba el sol, lo veía con todo detalle: era un enorme, peludo lobo gris de ijares flacos; sus ojos malignos le miraban a la cara casi con una especie de determinación.

Vio, también, sus grandes quijadas, sus dientes; y su lengua colgante goteando saliva. Sin embargo, le sugería muy poco la idea de salvajismo, de ferocidad.

Estaba perplejo, asombrado por demás. Deseó que volviera el indio. No comprendía este extraño comportamiento en un animal. Sus ojos, la extraña expresión que tenían, le inspiraban un sentimiento insólito, raro, difícil. Casi pensaba que era cosa de sus nervios.

El animal seguía de pie junto a la orilla, mirándole. Por primera vez, Hyde echó de menos un rifle. Golpeó con todas sus fuerzas el agua con la pala del canalete, produciendo chasquidos que resonaron como pistoletazos: se oyeron de un extremo al otro del lago: el lobo ni se movió. Gritó, pero el animal siguió impassible. Le guiñó un ojo, hablándole como a un perro, como a un animal doméstico, como a un ser acostumbrado a convivir con el hombre. Y el animal respondió con un parpadeo.

Por último, se apartó algo más de la orilla y siguió pescando; y la emoción del maravilloso deporte absorbió su atención... su atención superficial, al menos. A veces, casi llegaba a olvidarse de la presencia del animal; aunque cada vez que levantaba la vista lo veía allí. Y algo peor: cuando emprendió el regreso, remando despacio, lo vio trotar a lo largo de la orilla, como acompañándole. Al cruzar una pequeña caleta, remó deprisa con la esperanza de llegar a la otra punta antes que su indeseable e indeseado acompañante. Inmediatamente, el animal emprendió ese paso largo, incansable, con el que —salvo cuando hay hielo— puede dar alcance a cualquier cuadrúpedo del bosque. Al llegar al otro extremo, el lobo le estaba esperando ya. Alzó el canalete del agua, y se detuvo un momento a pensar; porque desde luego no le hacía ninguna gracia permanecer en estrecha vigilancia: aún tenía que venir el atardecer, y la noche. El campamento estaba cerca; tenía que desembarcar; se sentía inquieto incluso habiendo sol, cuando, para su inmenso alivio, vio que el animal se detenía como a media milla de la tienda, y se sentaba en terreno despejado. Hyde esperó un momento, luego continuó remando. No le siguió. No hizo ningún intento de moverse; se limitó a observarle. Tras recorrer un centenar de yardas, se volvió a mirar. Aún estaba sentado donde lo había dejado. Y entonces tuvo la absurda aunque significativa impresión de que el animal había adivinado sus

pensamientos, su inquietud, su temor, y ahora le daba a entender, lo mejor que podía, que no abrigaba sentimientos hostiles ni pensaba atacarle.

Dirigió la canoa hacia la orilla; desembarcó; se preparó la cena mientras oscurecía; el animal no dio señal alguna. Estaba echado no lejos de allí, naturalmente, y observaba, pero no se acercaba. Y Hyde, que ahora veía la situación de otro modo, tuvo vivida conciencia de la extraña atmósfera a la que había venido a parar su personalidad vulgar: de repente se dio cuenta de que su relación con el animal, ya establecida, había alcanzado claramente un nuevo estadio. Esto le produjo un sobresalto, aunque sin la alarma que habría sentido veinticuatro horas antes. Se entendía con el lobo. Se daba cuenta de sus pensamientos amistosos hacia el animal. Incluso dejó unos cuantos peces donde lo había visto sentado la noche anterior. «Si viene —pensó—, que se los coma; yo tengo de sobra.» Ahora lo designaba mentalmente como «él».

Sin embargo, el lobo no apareció hasta que él no se metió en la tienda, bastante después. Faltaba poco para las diez, aunque su hora habitual de retirarse era las nueve, y ya lo consideraba tarde. De modo que, inconscientemente, le había estado esperando. Luego, al ir a cerrar la tienda, vio los ojos cerca de donde había dejado los peces. Aguardó oculto, esperando oír el mastigar de mandíbulas; pero todo siguió en silencio. Sólo el brillo fijo de los ojos destacaba del fondo de absoluta negrura. Cerró la tienda. No sentía el más ligero temor. A los diez minutos dormía profundamente.

No podía haber dormido mucho tiempo, porque al despertar vio el brillo de una débil luz a través de la lona: el fuego no se había apagado del todo. Se levantó y se asomó precavidamente. El aire era muy frío: veía su propio aliento. Y vio también al lobo, porque se había acercado, y estaba sentado junto a las ascuas mortecinas, a menos de dos yardas de donde estaba él agazapado tras la solapa de la tienda. Y esta vez, a tan escasa distancia, hubo algo en la actitud del gran animal que le llamó la atención, produciéndole una intensa sorpresa y un frío repentino que le dejaron petrificado. Lo miraba fijamente, incapaz de dar crédito a sus ojos; porque la actitud del lobo le sugería algo conocido que al principio no conseguía explicarse. Su postura le recordaba algo con lo que estaba enteramente familiarizado. ¿Qué era? ¿Le engañaban los sentidos? ¿Acaso dormía aún y estaba soñando?

Entonces, de súbito, con un respingo de reconocimiento, comprendió. Su actitud era la de un perro. Una vez descubierta la clave, su mente dio un salto tremendo. Porque, en definitiva, no era la forma de un perro lo que su ademán imitaba, sino algo más cercano a él mismo, y más familiar aún. ¡Dios mío! Estaba sentado en la postura, la actitud y el gesto relajado de un ser casi humano. Y entonces, con un segundo sobresalto de absoluto estupor, le vino la idea como una revelación. El lobo estaba sentado junto al fuego del campamento como habría estado un hombre.

Antes de poder sopesar tan extraordinario descubrimiento, antes de poder analizarlo detenidamente y en detalle, el animal, sentado en esta espantosa postura, pareció notar sus ojos fijos en él. Se volvió lentamente y le miró de frente; y Hyde,

por primera vez, sintió una oleada de miedo atávico, supersticioso, en todo su ser. Pareció paralizado por ese terror que dicen que invade a los seres humanos cuando se encaran de improviso con los muertos, y se quedan sin habla y sin movimiento. Ese instante de parálisis le sobrevino. Se le fue, no obstante, del mismo modo sorprendente con que le había acometido. Porque, casi inmediatamente, tuvo conciencia de algo que superaba ese remedo de actitud y postura humanas, de algo que recorrió sus nervios desacostumbrados y le llegó a lo más sensible; incluso, quizá, al corazón. La revulsión fue extraordinaria; su resultado, más extraordinario e inesperado aún. Sin embargo, así fue. Y otra cosa le llegó a la conciencia que tuvo el efecto de eliminar su terror nada más nacer. Fue una llamada, silenciosa, semiexpresada, aunque inmensamente patética. Vio en los ojos salvajes del animal una expresión suplicante, incluso tierna, que hizo que su miedo se transformase, como por arte de magia, en natural simpatía. La gran bestia gris, símbolo de cruel ferocidad, estaba sentada allí, junto al fuego medio apagado, suplicándole que la ayudase.

En ese instante pareció tenderse un puente sobre el abismo que separaba al hombre y al animal. Por supuesto, era increíble. Hyde, con el sueño posiblemente adherido todavía a su ser, y el alma medio poblada de sombras y presencias oníricas, reconoció, sin saber cómo, el hecho asombroso. Se descubrió a sí mismo haciendo un gesto como de asentimiento al animal; y al instante, sin más, se levantó como un espectro la figura flaca y gris; y se marchó veloz, con paso sigiloso, perdiéndose en el fondo de la noche.

Cuando Hyde se despertó por la mañana, su primera impresión fue que había debido de soñar todo el incidente. Volvió a imponerse el lado práctico de su carácter. Había una calidad penetrante en el aire fresco del otoño; el sol radiante no permitía medias luces en ninguna parte; sentía vigorosos el cuerpo y el cerebro. Tras analizar lo sucedido, llegó a la conclusión de que era inútil especular; no se le ocurría ninguna explicación al comportamiento de la bestia: se enfrentaba a algo que escapaba por completo a su experiencia. No obstante, se le había ido el miedo. Le quedaba el raro sentimiento de amistad. El animal tenía un propósito definido, y ese propósito le incluía a él. Persistía su simpatía.

Pero junto a la simpatía sentía también una enorme curiosidad. «Si vuelve a aparecer —se dijo a sí mismo—, me acercaré a ver qué quiere.» El pescado que le había dejado por la noche estaba intacto.

Debió de ser como una hora larga después de desayunar cuando volvió a ver al animal; estaba en la linde del claro, mirándole de esa manera que ahora le resultaba familiar. Hyde cogió inmediatamente el hacha y fue decidido hacia él, con los ojos fijos en los suyos. Estaba algo nervioso, pero se dominaba bien; nada lo delataba. Paso a paso, se fue acercando hasta que quedaron unas diez yardas entre los dos. El lobo no había movido aún un solo músculo. Tenía la boca abierta, y sus ojos le observaban con atención; dejó que se acercase sin dar la menor muestra de cuál podía

ser su talante. Luego, cuando quedaron esas diez yardas entre ellos, se volvió de repente y se alejó despacio, mirando antes por encima de un hombro, luego por encima del otro, exactamente como suelen hacer los perros, para ver si le seguía.

Fue una marcha singular la que emprendieron juntos el animal y el hombre. En seguida les cercaron los árboles; porque dejaron el lago detrás, y entraron en la espesura de matorrales. El animal, observó Hyde, escogía claramente el camino más fácil para él; porque evitaba con todo cuidado, y con una casi misteriosa habilidad, obstáculos que, aunque difíciles para el hombre, no significaban nada para un cuadrúpedo experto. Aunque mantenía fielmente la misma dirección. De vez en cuando se encontraban con troncos caídos que tenían que salvar; pero aunque el lobo los saltaba con soltura, esperaba siempre al otro lado a que el hombre los pasase dificultosamente. De esta singular manera se fueron adentrando cada vez más en las profundidades del bosque solitario, cortando el arco de la media luna que formaba el lago, según le pareció a Hyde; porque al cabo de dos millas o así, reconoció la gran punta rocosa que se alzaba sobre el agua en su extremo norte. Desde su campamento había visto este morro sobresaliente, uno de cuyos lados descendía vertical hasta el agua; probablemente, imaginó, era el lugar donde los indios ejecutaban sus ceremonias medicinales, dado que destacaba aislado, y su cima formaba una plataforma de acceso poco fácil. Y fue aquí, junto a un gran abeto al pie del promontorio, en el lado del bosque, donde se detuvo el lobo de repente y, por primera vez desde su aparición, expresó de forma audible sus sentimientos. Se sentó en cuclillas, alzó el hocico con las fauces abiertas y profirió un aullido manso, prolongado, más parecido al lamento de un perro que al grito feroz que se asocia con el lobo.

A todo esto, Hyde había perdido ya no sólo el miedo, sino también la cautela; y cosa extraña: tampoco este aullido de advertencia despertó la menor emoción desagradable en él. En esa extraña voz percibió el mismo mensaje que transmitían sus ojos: una llamada de ayuda. Se detuvo, no obstante, con cierto sobresalto, y mientras el lobo le esperaba sentado, echó una rápida ojeada a su alrededor. Había árboles jóvenes; evidentemente, esto había sido un pequeño claro en otro tiempo. El hacha y el fuego habían hecho su labor; pero para unos ojos expertos, había pruebas de que fueron indios y no hombres blancos los que trabajaron aquí. Sin duda tuvo lugar en este pequeño claro alguna parte de los ritos medicinales, pensó el hombre mientras reanudaba la marcha en dirección a su paciente guía. El final de esta singular excursión, presentía, estaba cerca.

No había dado dos pasos aún, cuando se levantó el animal y echó a andar, despacio, hacia unos arbustos bajos que formaban un macizo a poca distancia. Se internó en ellos, mirando antes hacia atrás para cerciorarse de que su compañero estaba observando. Lo ocultaron los arbustos; un momento después volvió a salir. Dos veces hizo esta pantomima; y las dos, al reaparecer, se quedó mirando al hombre con toda la clara expresión de súplica que un animal puede manifestar con los ojos,

quizá. Su excitación, entretanto, había aumentado de manera evidente, excitación que, con igual evidencia, había comunicado al hombre. Hyde tomó una rápida decisión. Agarró el hacha con fuerza, dispuesto a utilizarla a la primera señal de amenaza, y avanzó despacio hacia los arbustos, preguntándose con cierto temblor qué iba a ocurrir.

Si esperaba recibir una fuerte impresión, su esperanza se vio cumplida en el acto; pero fue el comportamiento de la bestia lo que le hizo dar un respingo: se puso a retozar claramente a su alrededor como un perro feliz. Brincaba de alegría. Su excitación era intensa, aunque no salía sonido alguno de su boca abierta. Entonces, de un salto súbito, se zambulló entre un grupo de arbustos, junto a los cuales estaba él, y comenzó a escarbar vigorosamente en el suelo. Hyde estaba de pie, mirando; el asombro y el interés desterraron todo su nerviosismo, aun cuando la bestia, en su violento escarbar, le rozaba el cuerpo con el suyo. Tenía la sensación, quizá, de que estaba viviendo un sueño, uno de esos sueños fantásticos en los que las cosas suceden sin ir acompañadas de la consiguiente sorpresa; porque, de otro modo, aquella manera de arañar y escarbar la tierra debía haberle parecido un fenómeno imposible. Ningún lobo, y por supuesto ningún perro, utilizaba sus pezuñas de la manera en que éstas trabajaban. Hyde tenía la grotesca, la angustiosa impresión de que eran manos, no pezuñas, lo que veía. Sin embargo, no experimentaba la lógica y natural sorpresa que debía haber sentido. No le parecía totalmente anormal aquella extraña actividad. Una corriente de simpatía y piedad se agitaba oculta en su corazón. Tenía conciencia del *pathos*.

El lobo detuvo su tarea y le miró. Hyde, entonces, actuó sin vacilación. Más tarde, no acababa de explicarse su conducta. Por lo visto, sabía qué había que hacer: adivinó lo que se le pedía, lo que se esperaba de él. Entre su mente y el mudo deseo que estremecía al animal salvaje hubo una comunicación inteligente e inteligible. Cortó una estaca y la afiló, ya que las piedras habrían embotado el filo de su hacha. Se metió en los arbustos a completar la excavación que su compañero había iniciado. Y mientras trabajaba, aunque no olvidaba la proximidad del lobo, dejó de prestarle atención; a menudo le volvía la espalda, al inclinarse sobre el trozo despejado de tierra dura; no abrigaba ya ninguna inquietud, ni tenía sensación alguna de peligro. El lobo estaba sentado fuera de los arbustos y observaba el trabajo. La atención concentrada, la paciencia, la intensa ansiedad, la mansedumbre y docilidad de este bruto gris, feroz y probablemente hambriento, y su evidente placer y satisfacción, también, por haber ganado al hombre para su misterioso propósito... constituían los colores del extraño cuadro que Hyde se representó más tarde, al volver a tratar con la gente, en el hotel. De momento, se daba cuenta sobre todo del *pathos* y del afecto. El caso entero era, naturalmente, imposible de creer; pero ese descubrimiento lo hizo más tarde, al contarlo a otros.

La excavación se prolongó durante media hora, antes de que su trabajo se viera recompensado con la exhumación de un objeto minúsculo y blancuzco... Lo sacó y lo

examinó: era el hueso de un dedo humano. Siguieron otros hallazgos, más rápidos y numerosos. Dejó vacío el *escondite*. Había recogido un esqueleto casi completo. El cráneo, sin embargo, lo encontró en último lugar; y podía no haberlo encontrado, de no ser por la indicación de su compañero que observaba atento. Estaba a unas yardas del hoyo central ahora vacío; el lobo se había puesto a hozar el suelo, hasta que Hyde comprendió que quería que cavase en ese punto. La estaca chocó con él entre las mismas pezuñas del animal. Lo limpió de tierra y lo examinó con atención. Estaba perfecto, salvo el hecho de que algún animal salvaje lo había mordido: aún era claramente visible la señal de los dientes. Muy cerca del cráneo apareció la pala herrumbrosa de un *tomahawk*. Esto y la pequeñez de los huesos le confirmaron en su apreciación de que se trataba del esqueleto no de un hombre blanco, sino de un indio.

Durante la excitación del descubrimiento de los huesos, uno tras otro, y finalmente del cráneo, y sobre todo durante los momentos de concentrado interés con que los examinó, Hyde prestó muy poca atención al lobo. Sabía que estaba sentado observándole, sin apartar los ojos un solo instante de su trabajo, aunque sin hacer gesto ni movimiento de ninguna clase. Sabía que estaba contento y satisfecho, sabía también que ahora había cumplido casi en su totalidad su objetivo. La idea que ahora se le ocurrió, derivada —estaba seguro— del mudo deseo de su compañero, fue, quizá, lo más esencial de toda la experiencia para él. Recogió los huesos en su cazadora, y los llevó, junto con el *tomahawk*, al pie del gran abeto donde el animal se había detenido antes. Rozó con la pierna el hocico del animal, al pasar. Éste volvió la cabeza para observarle, pero no le siguió, ni movió un solo músculo mientras él preparaba un armazón de ramas, sobre el cual depositó los pobres huesos gastados de un indio, muerto sin duda en un súbito ataque o emboscada, y a cuyos restos le había sido negada la última gracia del enterramiento propio de la tribu. Envolvió los huesos en un trozo de corteza; colocó el *tomahawk* junto a la calavera; encendió el fuego circular alrededor de la pira, y el humo se elevó azul hacia la clara luz de la mañana de otoño canadiense, perdiéndose muy arriba, entre los árboles inmensos.

En el instante de prender fuego a la pequeña pira se había dado la vuelta para ver qué hacía su compañero. Estaba sentado a unas cinco yardas, mirando atento, con una de las pezuñas delanteras un poco levantada. No hacía gestos de ninguna clase. Hyde acabó el trabajo y se concentró de tal manera en él que no tenía ojos sino para atender y vigilar su cuidada pira ceremonial. Sólo cuando se hundió el armazón de ramas, dejando caer blandamente su carga carbonizada sobre la tierra fragante entre suaves cenizas de leña, se volvió, como para mostrar al lobo lo que había hecho, y descubrir, quizá, alguna mirada de satisfacción en sus ojos expresivos. Pero el lugar estaba vacío. El lobo no estaba.

No lo volvió a ver; no dio señales de vida por ninguna parte; Hyde no se sintió ya observado. Pescó como antes, deambuló por los matorrales que había alrededor de su campamento, se quedó a fumar junto a su hoguera después de oscurecer, y durmió apaciblemente en su tienda pequeña y confortable. No fue molestado. Ni oyó ningún

aullido en el bosque, ni ningún crujir de ramas bajo una pisada furtiva; no vio ningún par de ojos. El lobo que se comportaba como un ser humano había desaparecido para siempre.

El día antes de marcharse, al ver elevarse humo de la cabaña del otro lado del lago, fue en su canoa a intercambiar una palabra o dos con el indio, que evidentemente había regresado. Al desembarcar, el piel roja bajó a su encuentro; pero pronto descubrió Hyde que hablaba muy poco inglés. Al principio emitió los gruñidos acostumbrados; luego, poco a poco, Hyde hizo que pusiera en práctica su limitado vocabulario. El resultado, empero, fue bastante exiguo, aunque desde luego directo:

—¿Tú acampar ahí? —preguntó el individuo, señalando la otra orilla.

—Sí.

—¿Lobo venir?

—Sí.

El indio le miró fijamente un momento, con una expresión de asombro en su cara grasienta y cobriza.

—¿Tú miedo de lobo? —preguntó, tras una breve pausa.

—No —replicó Hyde. Sabía que era inútil interrogarle, aunque estaba deseoso de saber cosas. El indio no le habría dicho nada. Era pura casualidad que hubiese hecho referencia al asunto, y Hyde comprendía que lo mejor que podía hacer era limitarse a contestar, y no hacer preguntas. Y entonces, de repente, el indio se volvió relativamente locuaz.

—Él no lobo. Él gran lobo medicina. Él lobo espíritu.

Después de lo cual se bebió el té que Hyde le había preparado, cerró fuertemente los labios, y no dijo nada más. Una hora más tarde, distinguía en la orilla su silueta, rígida, inmóvil, mientras se dirigía en su canoa a la esquina del lago, a tres millas, y desembarcaba para transportar su impedimenta hasta el primer rápido del río que le llevaría de regreso.

Fue Morton quien, tras hacerse rogar, le facilitó algún detalle más de lo que él llamaba la leyenda. Unos cien años antes, la tribu que habitaba el territorio del otro lado del lago comenzó sus anuales ceremonias de hacer medicina en el gran morro rocoso del extremo norte; pero no consiguieron hacer ninguna. Los espíritus, declaró el hombre medicina principal, no querían escuchar. Estaban ofendidos. Realizaron una investigación. Descubrieron que un valeroso joven había matado un lobo hacía poco, cosa que estaba rigurosamente prohibida, puesto que el lobo era el animal totémico de la tribu. Para empeorar las cosas, el culpable se llamaba Lobo Corredor. El delito era imperdonable; el joven fue execrado y expulsado de la tribu:

—Vete. Vaga solo por los bosques; y si te vemos, te mataremos. Y tus huesos serán esparcidos por el bosque, y no entrará tu espíritu en las Felices Tierras de Caza hasta que alguien de otra raza los encuentre y les dé sepultura.

—Lo que probablemente significa —explicó Morton, lacónicamente, haciendo su único comentario al relato— nunca.

EL VALLE DE LAS BESTIAS^[8]

I

CUANDO salieron súbitamente de la espesura, el indio hizo un alto; Grimwood, su patrón, se detuvo junto a él, y se quedó mirando el hermoso valle cubierto de bosque que se extendía a su pies, a la luz dorada de la puesta de sol. Los dos hombres se apoyaron en sus rifles, embelesados por el encanto de este panorama inesperado.

—Acampamos aquí —dijo Tooshalli de repente, tras una atenta inspección—. Mañana hacemos un plan.

Hablaba inglés bastante bien. En su voz se percibió una nota de decisión, casi de autoridad; pero Grimwood la atribuyó a la natural emoción del momento. Durante los dos últimos días habían estado siguiendo cada rastro que les salía al paso; y uno en particular les había traído directamente a este valle apartado y oculto, y la pieza prometía ser excepcional.

—Está bien —replicó Grimwood, en el tono del que da una orden—. Prepara el campamento en seguida —y se sentó en un abeto caído para quitarse los mocasines y darse grasa en los pies, doloridos por la fatigosa jornada que ahora concluía. Aunque en circunstancias normales habría seguido una hora o dos más, no tenía inconveniente en pasar la noche aquí, ya que durante el último trecho de accidentado recorrido le había vencido el agotamiento, le fallaban los músculos y la vista, y no estaba seguro de poder disparar con seguridad suficiente para hacer blanco, si se presentaba la ocasión. No quería errar el tiro por segunda vez.

Con su amigo canadiense Iredale, el mestizo de éste, y su propio indio, Tooshalli, el grupo había salido hacía tres semanas en busca del «alce prodigioso» que los indios decían que recorría la cuenca del río Snow. No tardaron en comprobar que era cierta la historia: las huellas eran abundantes; veían ejemplares espléndidos casi a diario, pero, aunque tenían buenas astas, los cazadores esperaban encontrar mejores piezas, y los dejaban ir. Siguieron río arriba hasta una cadena de pequeños lagos cercanos a su nacimiento, se separaron en dos grupos, cada uno en una canoa de nueve pies hecha de corteza; y, con provisiones para tres días, salieron en busca de animales aún más grandes que, según los indios, habitaban en los bosques profundos que había más allá. La excitación era inmensa; la expectación, mucho mayor. El día antes de separarse, Iredale había matado el alce más grande de su vida, y sus astas, las mayores que se habían visto en Alaska, cuelgan hoy en su casa. A Grimwood le ardía su sangre de cazador. Sangre de naturaleza fogosa, por no decir feroz. Casi parecía que le gustaba matar por matar.

Cuatro días después de dividirse el grupo tropezó con un rastro gigantesco, cuyo tamaño de huellas y longitud de paso le pusieron los nervios al máximo de tensión.

Tooshalli lo estudió con atención unos minutos. «Es el alce más grande del mundo», dijo con una expresión nueva en su inescrutable rostro cobrizo.

Lo siguieron todo ese día, aunque no pudieron avistar al enorme ejemplar, que parecía andar merodeando por una hondonada pantanosa de la zona, demasiado pequeña para considerarla valle, donde abundaban los sauces y la maleza. Aún no había olfateado a sus perseguidores. Reanudaron su persecución por la mañana. A la caída de la tarde del segundo día, Grimwood divisó al monstruo, de repente, en un espeso grupo de sauces; y la visión de su magnífica cabeza, que batía con mucho todos los récords, hizo que su corazón se pusiera a batir como un martillo. Apuntó y disparó. Pero el alce, en vez de caer abatido, huyó como un trueno entre los arbustos y desapareció, perdiéndose poco después el ruido de su galope. Grimwood había fallado, aunque lo había herido.

Acamparon, y durante todo el día siguiente continuaron en pos del enorme rastro, dejando atrás la canoa; pero aunque veían señales de sangre, no eran abundantes: evidentemente, el disparo sólo había rozado al animal. La marcha era de lo más ardua. Hacia el atardecer, totalmente exhaustos, la pista les había llevado a la cadena de cerros desde donde ahora contemplaban el valle encantador que se abría a sus pies. El gigantesco alce había bajado a él. Sin duda se consideraba a salvo allí. Grimwood estuvo de acuerdo con el indio. Acamparían en este lugar; al amanecer reanudarían la implacable persecución del «alce más grande del mundo».

Había terminado la cena, y se estaba consumiendo la pequeña hoguera que sirvió para prepararla, cuando se dio cuenta Grimwood de que el indio no se comportaba como de costumbre. No sabía bien qué detalle le había llamado la atención. Grimwood era un hombre lento, corpulento, sanguíneo, poco observador; las cosas tenían que estropearle su comodidad, su placer, para que él las viese. Sin embargo, cualquiera habría percibido hacía rato un cambio de humor en el piel roja. Tooshalli había preparado el fuego, había frito el tocino, había servido el té, y estaba arreglando las mantas, la suya y la de su patrón, cuando éste se dio cuenta de... su silencio. Tooshalli llevaba hora y media sin decir palabra: desde que había descubierto este nuevo valle, para ser exactos. Y su patrón reparó ahora en su inusitado silencio porque después de comer le gustaba que le hablasen del bosque y del deporte de la caza.

—Estás muerto de cansancio, ¿eh? —dijo el gran Grimwood, escrutando el rostro oscuro desde el otro lado del fuego. Le molestaba la falta de conversación, ahora que se daba cuenta. Él también estaba agotado: se sentía más irritable de lo habitual, aunque siempre estaba de mal humor.

—¿Acaso te has tragado la lengua? —prosiguió con un gruñido, al volver el indio un rostro grave, inexpresivo hacia él como respuesta a su mirada. Este semblante impenetrable le crispó un poco los nervios.

—¡Habla ya, de una vez! —exclamó con acritud—. ¿Qué pasa?

El inglés había comprendido al fin que había algo de que «hablar». Este descubrimiento, en su actual estado de ánimo, le puso de peor humor. Tooshalli le miró gravemente, pero no contestó. El silencio se prolongó casi unos minutos. Luego volvió la cabeza hacia un lado, como el que oye un ruido. El otro le miró con atención, más irritado cada vez.

Pero fue la manera de volver la cabeza el piel roja, con el cuerpo envarado, lo que sacudió los nervios a Grimwood, produciéndole la sensación de que jamás le había conocido: le puso «la carne de gallina», como se suele decir. Todo su organismo sonó como un montón de chatarra; sin embargo, al mismo tiempo, le hizo ponerse en guardia. No le gustó: esta mezcla de emociones le desconcertaba.

—Di algo, vamos —repitió en tono más áspero, alzando la voz. Se incorporó, acercando al fuego su corpachón enorme—. ¡Di algo, maldita sea!

Su voz se perdió entre los árboles de alrededor, haciendo más elocuente el silencio del bosque. Estaba absolutamente quieto el gran bosque que les rodeaba; no había la más leve brisa, el más ligero estremecimiento de hojas; sólo el crujido de alguna ramita, de cuando en cuando, al moverse a veces sin precaución algún animal nocturno que venía a espiar a los hombres sentados en torno a su pequeña hoguera. El aire de octubre tenía una calidad fría que les hacía estremecer.

El piel roja no contestó. No movió un solo músculo del cuello ni de su cuerpo rígido. Parecía todo oídos.

—Y bien —repitió el inglés, bajando instintivamente la voz esta vez—. ¿Qué estás escuchando, maldita sea? —su voz delató el extraño nerviosismo que aumentaba su irritación.

Lentamente, Tooshalli volvió la cabeza a su postura normal, con el cuerpo rígido como antes.

—No oír nada, señor Grimwood —dijo, mirando a su patrón a los ojos con serena dignidad.

Esto fue demasiado para el otro, hombre de temperamento irritable en sus mejores momentos. Era el tipo de inglés de opiniones firmes en cuanto a la manera conveniente de tratar a una raza inferior.

—Eso es mentira, Tooshalli, y no estoy dispuesto a consentir que me mientas. Vamos a ver, ¿qué es? ¡Dímelo ahora mismo!

—No oír nada —replicó el otro—. Sólo pensar.

—¿Y qué es lo que se te antoja pensar? —la impaciencia le imprimía una mueca desagradable alrededor de la boca.

—Yo no ir —fue la súbita respuesta, con una inalterable determinación en la voz.

Fue tan inesperada que Grimwood no supo qué decir al principio. Durante unos instantes, no entendió su significado; su cerebro, siempre lento, estaba confuso a causa de la impaciencia, y también por lo que consideraba una pequeña y estúpida discusión. Luego, de repente, comprendió; pero comprendió también la impasible

terquedad de la raza con la que tenía que tratar. Tooshalli le estaba anunciando que se negaba a entrar en el valle donde había desaparecido el enorme alce. Su asombro era tan grande que se quedó mirándolo. No le salían las palabras.

—Ser... —dijo el indio; pero utilizó una expresión nativa.

—¿Y eso qué significa? —Grimwood recobró la voz; pero su tono apagado sonó presagioso.

—Significar, señor Grimwood, el «Valle de las Bestias» —fue la respuesta, en un tono más apagado aún.

El inglés hizo un esfuerzo enorme, sincero, por dominarse. Estaba tratando con un supersticioso piel roja, se esforzó en recordar. Conocía la testarudez de esta gente. Si le dejaba ahora, le echaría a perder irremediablemente la cacería, ya que no podía continuar él solo en medio de esta espesura; y aunque consiguiese el codiciado trofeo, jamás, jamás podría salir de ella sin ayuda. Su egoísmo innato apoyó el esfuerzo por contenerse. La única carta que debía jugar, si lograba reprimir su creciente enojo, era la persuasión.

—El Valle de las Bestias —dijo, con una sonrisa en los labios más que en sus ojos sombríos—; pero si eso es justo lo que necesitamos. Precisamente vamos buscando animales, ¿no? —su voz tenía un falso tono alegre que no habría engañado a un niño—. Pero, en fin, ¿qué quiere decir eso del «Valle de las Bestias»? —preguntó en un penoso intento de manifestar simpatía.

—Pertenecer a Ishtot, señor Grimwood —el hombre le miró a la cara, sin pestañear.

—Mi... nuestro... gran alce está ahí —dijo el otro, que reconoció el nombre del dios de la caza. Y comprendiendo, se sintió seguro de poder convencer sin tardanza a su criado. Recordó también que Tooshalli era cristiano en teoría—. Lo seguiremos al amanecer; vamos a conseguir el trofeo más grande que se ha visto en el mundo. Te harás famoso —añadió, tras contener mejor su genio esta vez—. Tu tribu te rendirá honores. Y los cazadores blancos te pagarán mucho dinero.

—Él ha ido ahí para salvarse. Yo no ir.

Al otro se le reavivó la cólera de golpe, ante esta estúpida terquedad. Pese a ello, notó la especial elección de palabras. Empezó a darse cuenta ahora de que nada haría cambiar de decisión a su criado. Al mismo tiempo, comprendía también que una actitud violenta por su parte podía resultar peor que inútil. Sin embargo, la violencia era consustancial a su carácter dominante. «El bruto de Grimwood», así era como casi todo el mundo se refería a él.

—Recuerda que en el poblado eres cristiano —con su torpeza habitual, intentó otra táctica—. Y la desobediencia supone el fuego del infierno. ¡Lo sabes muy bien!

—Yo cristiano... en el puesto —fue la respuesta—; aquí ley del dios de los pieles rojas. Ishtot guardar el valle para él. Ningún indio cazar ahí —era como si hablase una roca de granito.

El genio violento del inglés, avivado por la larga y difícil contención, se encendió

de súbito con terrible llamarada. Se levantó, apartando las mantas de una patada. Cruzó la hoguera medio apagada. Tooshalli se levantó también. Se miraron el uno al otro, solos los dos en medio de la floresta, y observados por multitud de ojos invisibles.

Tooshalli se quedó inmóvil, como si esperase alguna violencia del estúpido, ignorante rostro pálido:

—Usted ir solo, señor Grimwood.

No mostraba el más mínimo temor.

La rabia ahogaba a Grimwood. Le salieron las palabras con dificultad, como si las rugiese en el silencio de la selva:

—¿Acaso no te pago? ¡Harás lo que yo te diga, no lo que dices tú! —su voz despertó los ecos.

El indio, con los brazos colgando a ambos lados, repitió su primera respuesta.

—Yo no ir —dijo con firmeza.

Esto provocó en el otro una furia incontenible.

Aquí le dominó la parte irracional:

—¡Ya lo has dicho demasiadas veces, Tooshalli! —y le pegó brutalmente en la cara. Cayó el indio, se incorporó sobre sus rodillas, y se desplomó de costado junto a la hoguera; luego se esforzó en volver a la postura sentada. No había apartado sus ojos un solo instante del rostro del hombre blanco.

Fuera de sí, Grimwood se plantó delante de él.

—Qué, ¿tienes bastante? ¿Me vas a obedecer, ahora? —gritó.

—Yo no ir —le brotó, pastosa, la respuesta, con la sangre manándole de la boca. Sus ojos no habían pestañeado—. Ishtot guardar este valle. Ishtot vernos ahora. *Él ver a usted* —las últimas palabras las pronunció con extraño, casi misterioso énfasis.

Con el brazo levantado y el puño apretado dispuesto a repetir su terrible agresión, Grimwood se contuvo de repente. Dejó caer el brazo. Jamás ha podido explicarse con exactitud qué le detuvo. En primer lugar, se asustó de su propia furia; temió que si se dejaba llevar, no pararía hasta matarlo... hasta asesinarlo. Se conocía de sobra a sí mismo, y tenía miedo de dar rienda suelta a su temperamento. Sin embargo, no era sólo eso. La serena firmeza del piel roja, su valentía pese al dolor, y algo que vio en sus ojos fijos y febriles, le contuvieron. ¿Fue, también, algo que había implícito en sus palabras: «Ishtot ver a usted», lo que le inclinó a una inusitada prudencia en mitad de su agresión?

No lo sabe. Sólo sabe que le dominó una momentánea sensación de pavor. De repente, desagradablemente, tuvo conciencia de la espesura que les rodeaba: callada, escuchando en una especie de impenetrable, implacable quietud. Este bosque solitario, que presenciaba en silencio lo que fácilmente podía acabar en homicidio, comunicó a su sangre enfurecida un débil e inexplicable escalofrío. Volvió a bajar la mano lentamente, y aflojó el puño; su respiración se volvió más regular.

—Escucha —dijo, adoptando sin darse cuenta el modo local de hablar—. Yo no

ser hombre malo, pero tu comportamiento acabar cansando. Te doy otra oportunidad —su voz era hosca; pero contenía una nota nueva que le sorprendió incluso a él mismo—. Voy a hacer una cosa: tienes la noche para pensar; ¿comprendes, Tooshalli? Consúltalo con tu...

No terminó la frase. De algún modo, el nombre del dios de las pieles rojas se negó a traspasar sus labios. Dio media vuelta, se envolvió en su manta, y menos de diez minutos después, agotado tanto por la ira como por la extenuante jornada de marcha, se quedó profundamente dormido.

El indio, encogido junto a la hoguera casi apagada, no había dicho nada.

La noche tomó posesión del bosque; el cielo estaba poblado de estrellas; la vida del bosque se desenvolvía calladamente, con esa prodigiosa habilidad que millones de años han perfeccionado. El piel roja, tan cerca de esa habilidad que la copiaba y utilizaba por instinto, permanecía mudo, alerta, consciente; su discreta figura, como la de sus maestros cuadrúpedos, parecía formar parte de la masa de arbustos de su alrededor.

Quizá se movía, pero ningún ser era capaz de percibirlo. Jamás le fallaba su sabiduría, aprendida de esa madre eterna y primordial que, debido a su infinita experiencia, no comete errores. Su paso leve no producía el menor ruido; su respiración, como su paso, era calculada. Le observaban las estrellas, pero no decían nada; el aire tenue sabía de sus movimientos, aunque sin delatarlo...

Al fin asomó entre los árboles el frío amanecer, iluminando las pálidas cenizas de la hoguera apagada, y una forma voluminosa y pronunciada bajo una manta. Dicha forma se removía con torpeza: el frío era penetrante.

Y ahora se agitó, porque había venido a turbarla un sueño. Una oscura figura se presentó sigilosa en su confuso campo de visión. La forma se levantó, aunque sin acabar de despertarse. Entonces habló la figura:

—Toma esto —susurró, tendiéndole un pequeño bastón curiosamente tallado—. Es el tótem del gran Ishtot. En el valle te abandonará toda memoria de los dioses blancos. Llama a Ishtot... Llámale, si te atreves; y la oscura figura se desvaneció del sueño y de todo recuerdo...

II

Lo primero que notó Grimwood al despertar fue que no estaba Tooshalli. No había fuego encendido, ni tenía preparado el té. Sintió un tremendo enojo. Miró a su alrededor, y se levantó a continuación, maldiciendo, a encender el fuego. Su mente estaba confusa y turbada. Al principio sólo vio clara una cosa: que su guía le había abandonado durante la noche.

Hacía mucho frío. Encendió la leña con dificultad, se hizo té, y poco a poco

volvió a él el mundo real. El piel roja se había ido; seguramente le había ahuyentado el puñetazo, o el terror supersticioso, o quizá las dos cosas. Estaba solo; eso era lo incuestionable. Todo lo que no fuera eso tenía muy poco interés para Grimwood. La especulación imaginativa estaba fuera de su alcance. Su naturaleza, al parecer, se hallaba próxima al reino de los brutos en la escala de la creación.

Al enrollar las mantas —cosa que hacía maquinalmente, sumido en un tremendo, sombrío mal humor—, sus dedos tropezaron con un trozo de palo; iba a arrojarlo lejos de sí, cuando de repente le llamó la atención su forma extraña. Entonces le vino a la memoria su sueño singular. Pero ¿había sido un sueño? Se trataba sin duda de un palo totémico. Lo examinó. Le prestó más atención de lo que pretendía y deseaba. Sí; era inequívocamente un palo totémico. Así que el sueño no había sido sueño. Tooshalli se había ido; pero, obedeciendo con fidelidad de piel roja algún código especial, le había dejado el medio de protegerse. Se echó a reír agriamente, pero se metió el palo en el cinturón. «Nunca se sabe», murmuró para sí.

Encaró la situación con objetividad. Estaba solo en la selva. Su guía, experto conocedor de los bosques, le había abandonado. La situación era grave. ¿Qué debía hacer? Un pusilánime habría vuelto sobre sus pasos, siguiendo el rastro que habían dejado, por temor a perderse en este inmenso territorio inexplorado. Pero Grimwood era de otra clase. Por alarmado que estuviese, no se iba a dar por vencido. Tenía las cualidades propias de sus defectos. La brutalidad de su naturaleza implicaba fuerza. Era decidido y deportista. Seguiría. Y diez minutos después de desayunar, tras esconder en un *cache* las provisiones que le quedaban, se puso en marcha ladera abajo hacia el valle misterioso: el Valle de las Bestias.

Le pareció fascinante bajo el sol matinal. Los árboles se iban cerrando detrás, pero él no se daba cuenta. El valle le animaba a continuar...

Seguía el rastro del alce gigantesco que quería abatir, y el sol suave y delicioso le ayudaba. El aire era como el vino; constantemente tenía ante sus ojos el rastro seductor del gran animal, con alguna que otra mancha de sangre en las hojas o en el suelo. Encontraba el valle —aunque no se le ocurrió esta palabra— seductor: cada vez reparaba más en la belleza, en la grandeza desolada de las piceas y los abetos, en el esplendor de las fallas de granito que descollaban aquí y allá por encima del bosque y recibían el sol... El valle era más profundo, más inmenso de lo que había imaginado. Se sentía seguro, a gusto en él; aunque tampoco se le ocurrieron estos términos... Podía retirarse aquí para siempre, y encontrar la paz... Percibía una calidad nueva en estas profundas soledades. Por primera vez en su vida le atraía el paisaje; y era extraña esta clase de atracción: se sentía a gusto.

Para un hombre de su talante, era singular todo esto; sin embargo, las nuevas sensaciones le penetraban tan sutilmente, y le llegaban de manera tan gradual, que al principio su conciencia las reconocía de manera indirecta. Antes de reparar en ellas se habían establecido en su interior; y esta acción indirecta hizo que la pasión por la caza diera paso a un interés por el valle mismo. El ansia de la caza, el deseo feroz de

descubrir y matar, el anhelo, en fin, de ver su presa a tiro, de apuntar, disparar, presenciar la lógica culminación de la larga jornada, todo esto había perdido interés; mientras que el efecto que el valle tenía en él se había vuelto más intenso. Percibía una atmósfera de bienvenida que no comprendía.

El cambio era singular; sin embargo, extrañamente, Grimwood no lo encontraba singular; aunque era lo normal, él no lo juzgaba así. Para una mentalidad tan poco observadora y dada a la reflexión como la suya, cualquier cambio tenía que ser señalado, y hasta dramático, para notarlo; tenía que ir acompañado de algo así como un impacto, para que él lo reconociese como tal. Y aquí no había habido impacto alguno. El rastro del gran alce era mucho más claro, ahora que había alcanzado al animal que lo dejaba: la sangre era más frecuente; había descubierto el sitio donde había descansado, dado que su enorme cuerpo había dejado una huella clara en el suelo blando; también era fácilmente reconocible dónde se había acercado a comer hojas de pimpollos, aquí y allá; sin duda lo tenía muy cerca, y de un momento a otro podía descubrir a tiro su gran silueta, lo que supondría un blanco fácil. Sin embargo, por alguna razón su ardor se había enfriado.

Se dio cuenta por primera vez del cambio operado en sí mismo al ocurrírsele de pronto que el animal se había vuelto menos precavido. Debía de olfatearle sin dificultad ahora; porque el alce, cuya vista es escasa, fía sobre todo en su sentido del olfato, excepcionalmente fino, para su seguridad, y el viento le soplab a él de espaldas. Esto le pareció decididamente insólito: el alce no hacía el menor caso de su proximidad. No tenía miedo.

Fue este inexplicable cambio del comportamiento del animal lo que le hizo darse cuenta, al fin, de su propio cambio. Llevaba siguiéndolo un par de horas, y había bajado unos ochocientos o mil pies; los árboles estaban más separados y dispersos; había lugares en forma de parques donde los abedules, los zumaques y los arces desparramaban sus colores brillantes; y un río cristalino, roto por multitud de cascadas, bajaba espumoso hacia el lecho del gran valle, otros mil pies más abajo. El alce se había detenido a beber en una charca tranquila, junto a unos peñascos enhiestos; y se había detenido morosamente, además. Al incorporarse Grimwood, tras estudiar con detenimiento la dirección que había tomado después de beber —las huellas de sus pezuñas eran recientes y muy claras—, alzó la vista y, de repente, se quedó mirando al animal a los ojos. Se hallaba a menos de veinte yardas, a pesar de que él llevaba allí lo menos diez minutos, cautivado por la maravilla y soledad del paraje. Así, pues, el alce había estado cerquísima de él todo este tiempo. Había estado bebiendo tranquilamente, sin alarmarse de su presencia, sin asustarse.

Entonces vino la sorpresa; la sorpresa que despertó su embotada naturaleza. Durante unos segundos, durante minutos probablemente, permaneció clavado en el suelo, inmóvil, sin respirar apenas. Como si viese visiones. El animal tenía la cabeza baja, pero un poco vuelta, de manera que sus ojos, a ambos lados de su enorme cabeza, podían verle perfectamente; su inmensa probóscide colgaba como disecada

en una pared inglesa; Grimwood se fijó en sus patas delanteras separadas, la cruz enorme de sus hombros curvada hacia los cuartos traseros, y sus flacos ijares. Era un macho magnífico. Los cuernos y la cabeza justificaban sus más exageradas expectativas: era soberbio, un ejemplar que superaba todos los récords; y de muy lejos, le llegó vagamente al cerebro una frase —¿dónde la había oído?—: «El alce más grande del mundo».

Lo extraordinario, sin embargo, fue que no disparó; ni sintió deseo alguno de hacerlo. Su instinto inveterado, tan fuerte en su sangre hasta ahora, no dio ninguna señal; le había abandonado el deseo de matar. Levantar el rifle, apuntar y disparar se había convertido de pronto en una absoluta imposibilidad.

No se movió. El animal y el hombre se estuvieron mirando a los ojos un espacio de tiempo cuya duración Grimwood no fue capaz de calcular. Luego sonó un ruido junto a él: se le había escurrido el rifle de las manos y había caído con un golpe sordo en la tierra musgosa, a sus pies. Entonces el alce, por primera vez, se movió. Con paso lento, tranquilo, produciendo un chapoteo —a causa de su enorme peso— al sacar las pezuñas del suelo empapado, se acercó a él; el bulto de los hombros oscilaba como un barco en alta mar. Llegó a su lado, casi le rozó con su magnífica cabeza inclinada, colocándole sus cuernos gigantescos bajo los ojos. Podía haberle dado unas palmaditas, haberlo acariciado. Vio, con cierto sentimiento de lástima, que le salía un hilo de sangre de una herida que tenía en el hombro izquierdo, manchándole el pelo. Olisqueó el rifle caído.

A continuación alzó otra vez la cabeza y los hombros, y olfateó el aire; esta vez con un ruido audible que disipó del cerebro de Grimwood la última posibilidad de que estuviese contemplando una visión o viviendo un sueño. Miró a Grimwood un momento a la cara, sin temor en sus ojos enormes, castaños, brillantes; luego se volvió de repente y se alejó, cada vez más deprisa, cruzando los espacios en forma de parque, hasta que se perdió finalmente entre la oscura maraña de matorrales. Los músculos del inglés se volvieron de papel, se le fue la parálisis, sus piernas se negaron a sostenerle, y se desplomó pesadamente en el suelo...

III

Se había dormido al parecer; profundamente. Se incorporó, se desperezó, bostezó y se restregó los ojos. El sol había cruzado el cielo, puesto que las sombras, según veía, se extendían de oeste a este, y eran largas. Evidentemente, había dormido varias horas, y estaba anocheciendo. Notó que tenía hambre. En los bolsillos llevaba tasajo, azúcar, cerillas, té, y la pequeña fiambrrera de la que nunca se separaba. Haría fuego, prepararía té y comería.

Pero no hizo nada por llevar a cabo su propósito; no le apetecía moverse; siguió

sentado, pensando, pensando... ¿En qué pensaba? No lo sabía; no habría podido decir exactamente en qué; era más como una serie de escenas fugaces que se sucedían en su mente. ¿Quién era él, y dónde estaba? Esto era el Valle de las Bestias; eso sí lo sabía. No estaba seguro de nada más. ¿Cuánto hacía que estaba aquí, y de dónde había venido, y por qué? Eran preguntas que no esperaban respuesta, casi como si su interés en formularlas fuese meramente maquinal. Se sentía en paz, confiado, feliz.

Miró a su alrededor, y el encanto de esta selva virgen se apoderó de él como un hechizo; sólo el ruido de las cascadas, el murmullo del viento suspirando entre innumerables ramas, rompía el silencio envolvente. Arriba, más allá de las copas de los árboles inmensos, iba palideciendo el cielo nítido del atardecer, adquiriendo una coloración anaranjada, opalescente, de madreperla. Vio cómo se elevaba perezosa una bandada de buitres. Un tangara rojo cruzó veloz. No tardarían en empezar los búhos con sus gritos, y en caer la oscuridad como un velo negro y suave, ocultando los detalles, al tiempo que surgirían las estrellas titilando a millares...

Un destello de algo brillante en el suelo atrajo su mirada; era un trozo de metal redondo, suave, pulido, metálico: su rifle. Se puso de pie instintivamente, aunque sin saber con exactitud qué pretendía. Al ver el arma, algo en su interior volvió de pronto a la vida; luego fue palideciendo, se apagó, y volvió a desaparecer.

—Soy... soy —empezó a murmurar para sí; pero no pudo terminar lo que iba a decir. Había olvidado por completo su nombre—. Estoy en el Valle de las Bestias —repitió, en vez de lo que trataba de encontrar en su memoria y no conseguía.

Este hecho —el de encontrarse en el Valle de las Bestias— parecía ser el único dato claro que tenía. En cuanto al nombre, conservaba algo conocido y familiar, aunque no encontraba el modo de acceder a ello. A continuación, no obstante, se levantó, dio unos pasos, se inclinó y recogió el objeto de metal brillante, su rifle. Lo examinó unos instantes; le subió por dentro un sentimiento de repugnancia y temor, una sensación casi de horror, que le hizo temblar; luego, con un movimiento convulsivo, fruto de una intensa reacción que no lograba entender, arrojó el objeto al torrente espumeante. Observó el chapuzón que produjo, y vio, en ese mismo instante, un enorme oso gris que nadaba pesadamente cerca de la orilla, a una docena de yardas de donde él estaba. El oso oyó también el golpe del rifle en el agua, ya que se sobresaltó: se volvió, se detuvo un segundo, cambió de dirección, y se dirigió hacia él. Se acercó. Su pelo le rozó el cuerpo. Le examinó despaciosamente, como había hecho el alce; le olisqueó, medio se incorporó sobre sus patas traseras, abrió la boca dejando a la vista su lengua roja y sus dientes brillantes, volvió a dejarse caer sobre sus cuatro patas con un profundo gruñido en el que, no obstante, no había cólera alguna, y regresó balanceándose a la orilla del torrente. Grimwood había sentido el aliento caliente del animal en su cara, pero no había tenido miedo. El monstruo se había mostrado perplejo, pero no hostil. Desapareció.

—No conocen al... —buscó la palabra «hombre», pero no la encontró—. Nunca han sido cazados.

Las palabras desfilaban por su cerebro, aunque no estaba seguro de su significado; surgían, por así decir, automáticamente: contenían ciertos sonidos familiares. Al mismo tiempo, despertaban en él sentimientos que eran igualmente — aunque en otro sentido— familiares y naturales; sentimientos que en otra época fueron íntimos, si bien hacía tiempo que los había desechado.

¿Cuáles eran? ¿Cuál era su origen? Parecían lejanos como las estrellas, aunque en realidad se hallaban en su cuerpo, en su sangre y sus nervios, formaban parte de su carne. Hacía mucho, mucho tiempo... ¡Oh, cuánto, cuánto hacía!

Era difícil pensar; con lo que más fácilmente se manejaba era con las sensaciones. No podía pensar mucho rato seguido; le inundaban los sentimientos, y ahogaban su esfuerzo rápidamente.

Aquel oso tremendo y horrible... Ni un nervio, ni un músculo le tembló cuando le llegó al olfato su olor acre, y su pelo le rozó las piernas. No obstante, intuía peligro en alguna parte, aunque no aquí. En alguna parte había hostilidad, agresión, planes perversos y calculados contra él... y contra este animal espléndido y errante que le había olfateado, le había examinado, y luego había seguido su camino satisfecho. Sí; había activa agresión, hostilidad y planes crueles y solapados contra su seguridad... Pero no aquí. Aquí estaba a salvo, seguro, en paz; aquí era feliz; aquí podía vagar a su antojo: ningún par de ojos miraba hacia la espesura con recelo, ningún par de orejas se enderezaba para captar ruidos no explicados, ningún hocico temblaba atento a ventear la amenaza. Intuía todo esto: no lo pensaba. Sintió hambre, y también sed.

Algo le movió ahora a actuar, al fin. La fiambarrera yacía a sus pies; y tenía las cerillas en la mano —guardadas en un estuche metálico con tapa de rosca para preservarlas de la humedad—. Recogió unas ramitas secas, y se inclinó para encenderlas; entonces retrocedió súbitamente, asaltado por el primer atisbo de miedo que le llegaba a la conciencia, hasta ahora.

¡Fuego! ¿Qué era el *fuego*? La idea le pareció repugnante, insoportable; tenía miedo del fuego. Lanzó el estuche metálico en la misma dirección que el rifle, lo vio centellear con los últimos rayos del sol poniente, y hundirse luego en el agua con una pequeña salpicadura. A continuación miró la fiambarrera, y comprendió que no podía utilizarla, ni las cosas secas y negras que había pretendido hervir en agua. No experimentaba repugnancia, ni por supuesto temor, en relación con estos objetos; sólo que no podía manejarlos, ni sentía necesidad de ellos; había olvidado —sí, «olvidado»— para qué servían exactamente. Esta extraña pérdida de memoria iba rápidamente en aumento, se hacía más completa a cada minuto. Sin embargo, debía satisfacer su sed.

Un momento después se descubrió a sí mismo en el borde del agua; se inclinó para llenar la fiambarrera; se detuvo, vaciló, observó correr el agua; subió bruscamente unos pasos corriente arriba, dejando tras de sí el recipiente metálico. Se le había vuelto extrañamente difícil manejarlo: sus movimientos eran torpes, incluso grotescos. Se echó de bruces, con un movimiento simple, ágil, de todo el cuerpo;

acercó la cara a un remanso de agua tranquila que había encontrado, y bebió largamente del fresco y vivificante elemento. Pero, aunque no se daba cuenta, no bebía de manera normal. Lo hacía a lengüetadas.

Luego, agachado como estaba, se comió el tasajo y el azúcar que llevaba en los bolsillos; bebió más agua, retrocedió un trecho hasta el suelo seco bajo los árboles, aunque esta vez sin incorporarse, curvó el cuerpo adoptando una postura cómoda, y cerró los ojos nuevamente para dormir... Ni una sola interrogante le formuló su cerebro esta vez. Sólo experimentaba placer, satisfacción.

Se removió, se estiró, abrió los ojos a medias y vio, como ya había notado mientras dormitaba, que no estaba solo. En el espacio en forma de parque que tenía delante, y en el lindero umbroso de los árboles de atrás, había ruido y movimiento: rumor de pies furtivos y agitación de innumerables cuerpos oscuros. Era un tumultuoso pisar y patear de animales, y agitar de lomos de bestias de pelo liso y velludo, en cantidades incontables. Sobre esta hueste caía la luz de una media luna que recorría el cielo sin nubes; el centelleo de las estrellas, que salpicaban como diamantes el aire transparente de la noche, reverberaba en centenares de ojos en constante movimiento, la mayoría a pocos pies del suelo. El valle entero estaba vivo.

Se puso en cuclillas, mirando, mirando; pero con asombro, no con temor. Aunque tenía tan cerca la vanguardia de esta hueste interminable que podía haberla tocado con extender el brazo. Era una multitud en constante agitación lo que contemplaba fascinado a la luz pálida de la luna y las estrellas que ahora se desvanecían, a medida que se acercaba el amanecer. La fragancia misma de la selva no era para él tan dulce, en este momento, como la mezcla de olores crudos, pungentes, acres de esta legión de hermosos animales que se movían como el mar, con un rumor extraño —como el mar también— de miles de patas y cuerpos, al desplazarse de un lado para otro. No era este centelleo de ojos luminosos, fosforescentes, menos gratamente amistoso que esas lámparas acogedoras que guían a los viajeros extraviados a lugar seguro y techo confortable. A través de este ejército salvaje, en fin, le llegó como una oleada el profundo bienestar del valle entero, un bienestar que tenía toda la dulzura amable y acogedora del retorno mágico.

Ningún pensamiento le venía; sólo le inundaba, como una marea, un sentimiento de asombro y de aceptación. Estaba en el lugar adecuado. Su naturaleza había regresado a casa. Tenía la vaga, oscura conciencia de que, tras errar largo tiempo inútilmente por otros lugares donde circunstancias poco gratas le habían obligado a mostrarse antinatural y por tanto terrible, había vuelto al fin a donde pertenecía. Aquí, en el Valle de las Bestias, había encontrado la paz, la seguridad, la dicha. Sería —y al fin lo era— él mismo.

Era una escena maravillosa, mágica incluso, la que observaba con los nervios tensos al máximo, aunque sereno, y los sentidos intensamente alerta, aunque sin inquietud alguna ante la información precisa y total que éstos le transmitían. Incontenible como una marea honda y creciente, pero confuso, como a través de un

tiempo y una distancia incalculables, le llegó el recuerdo largamente olvidado de un estado en el que fue feliz, en el que fue natural. Ante él se iluminaron fugazmente los contornos, por así decir, de inmensos escenarios primitivos; pero se desvanecieron antes de que los detalles adquiriesen forma.

Observó el gran ejército de animales; ahora le rodeaban por completo: sentado sobre sus talones, se hallaba en el centro de un círculo de vida salvaje en constante movimiento. Veía pasar de un lado para otro grandes lobos grises: cruzaban deprisa por delante de él con paso vivo y gracioso balanceo, con sus lenguas rojas colgando; los había a centenares. Detrás, mezclándose con ellos, marchaban los enormes osos grises, no pesadamente como sus torpes corpachones harían prever, sino rápidos, ligeros, ágiles, si bien sus posturas tendidas disimulaban su agilidad y rapidez. Brincaban, a veces se levantaban y permanecían medio incorporados, airoso pese a su volumen y fuerza; y pasaban tan cerca de él que habría podido tocarlos. Y con ellos marchaban infinidad de osos negros y pardos, pequeños unos, monstruosos otros, formando una espléndida multitud. Después, algo más atrás, donde los espacios en forma de parque permitían más libertad de movimientos, se alzaba un mar de cuernos y astas como un bosque en miniatura bajo la luz plateada de la luna.

La inmensa tribu de ciervos se reunía en interminables multitudes bajo el cielo estrellado. Vio alces, caribús, poderosos wapitis, y ciervos, más pequeños, apiñados a millares. Oía el entrechocar de los cuernos, el patear de innumerables pezuñas, las pisadas ocasionales de criaturas más voluminosas al evolucionar en busca de más espacio. Vio un lobo lamiéndole el hombro a un gran alce herido. Y la marea retrocedía y avanzaba y volvía a retroceder, subiendo y bajando como un mar vivo cuyas olas eran formas animales, habitantes del Valle de las Bestias.

Bajo la serena claridad de la luna, andaban de un lado para otro, delante de él. Sabía que le observaban, que le reconocían. Le daban la bienvenida.

Percibía, además, un mundo de vida más pequeña, el cual formaba como un mar inferior, por así decir, o más bien numerosas corrientes subacuáticas que iban y venían entre las grandes patas rectas de las criaturas más grandes. Y aunque no alcanzaba a distinguirlas con claridad, sabía que estas corrientes cubrían la tierra en número infinito, cruzando veloces de aquí para allá, ora ocultándose, ora reapareciendo, demasiado atentas a sus inquietos intereses para prestarle atención a él o a sus camaradas de mayor tamaño, aunque chocando de vez en cuando contra su espalda, cruzando disparadas por su lado, pasando entre sus piernas incluso, para desaparecer en seguida con un rumor de patitas menudas, y perderse entre la hueste de más allá. Y con este mundo pequeño se sentía a gusto también.

No sabía cuánto tiempo llevaba observando, dichoso por dentro, seguro, satisfecho, feliz, natural, en esta postura; aunque sí lo bastante como para sentir deseos de mezclarse con lo que veía, de tener un contacto más estrecho, de convertirse en uno más..., sí lo bastante como para que le dominara este deseo ciego y profundo. Y por fin, echó a andar hacia ellos; a andar como ellos incluso, no

erguido sobre sus pies.

La luna estaba baja ahora, a punto de ocultarse tras un cedro gigantesco cuya copa desflecada convertía su luz en una salpicadura argentina. Las estrellas habían palidecido también. Había aparecido una débil raya roja detrás de las cumbres, en el extremo oriental del valle.

Se detuvo en su lenta marcha, miró a su alrededor, consciente de que la hueste le había hecho sitio ya entre sus filas, y de que incluso el oso olfateaba la tierra delante como para mostrarle el camino más cómodo. De repente saltó un lince, por encima de él, a la rama más baja de un abeto, y alzó la cabeza para admirar su perfecta elegancia. Entonces vio que llegaban las aves, el ejército de las águilas, los halcones y los buitres, de las aves de presa: era el vuelo del despertar que precede al amanecer. Contempló cómo las bandadas, las extensas formaciones ocultaron un momento las pálidas estrellas al pasar con prodigioso batir de alas. Le llegó el canto de un búho posado en el árbol que tenía encima, donde el lince se hallaba tendido ahora, aunque no vigilante, a lo largo de la rama.

Reanudó la marcha. Se levantó a medias. No sabía por qué lo hacía; no sabía exactamente por qué echaba a andar. Pero en su intento por recobrar su nuevo y, según le pareció ahora, desacostumbrado equilibrio, bajó una mano junto a su costado, y tropezó con un objeto largo, duro, que sobresalía incómodamente de sus ropas. Se lo quitó de un tirón, y lo recorrió con los dedos. Era un palo. Se lo acercó a los ojos, lo examinó a la luz del amanecer, que ahora aumentaba rápidamente, y recordó, o medio recordó más bien, qué era: y se quedó paralizado.

—El palo totémico —murmuró para sí, aunque audiblemente, recobrando el uso de la palabra, y descubriendo otra cosa, en un destello de memoria, por primera vez desde que había entrado en el valle.

Le subió por todo el cuerpo una oleada como de fuego; se enderezó, consciente de que un momento antes había estado andando a cuatro patas; parecía que se había roto algo en su cerebro, que se había levantado un velo, que se había abierto una contraventana. Y la Memoria asomó espantosamente a través de la ancha abertura.

—Soy... soy Grimwood —dijo su voz, aunque muy bajo—. Tooshalli me ha abandonado. ¡Estoy solo...!

Percibió un súbito cambio en los animales de su alrededor. Un gran lobo gris estaba sentado a unos tres pies de él, observando su rostro; a su lado, un enorme oso gris se balanceaba de una pata a otra; detrás, como si mirase por encima del hombro del oso, descollaba un wapiti gigantesco, con sus cuernos inmersos en la sombra que proyectaban las ramas colgantes del cedro. Pero se aproximaba el amanecer del norte, el sol se encontraba ya cerca del horizonte. Ahora veía los detalles con nitidez. Se irguió el gran oso, balanceándose sobre sus imponentes patas traseras, y a continuación dio un paso hacia él, con las patas delanteras extendidas como si fuesen brazos. Estiró su cabeza maligna, al tiempo que un alce inmenso, bajando sus cuernos como para acometer, daba un par de pasos y se unía a él. Una súbita excitación

recorrió a la hueste entera; las filas lejanas iniciaron un nuevo e inquietante movimiento; se alzaron un millar de cabezas, se enderezaron las orejas, un bosque de feos hocicos apuntó al viento.

Y el inglés, súbitamente dominado por un terror supremo al ver que no tenía escapatoria, se quedó envarado, rígido. El horror de su situación le petrificó. Inmóvil, mudo, se encaró con el ejército de sus enemigos, mientras la blanca luz del amanecer añadía palidez al lugar que iba a ser escenario de su muerte en el Valle de las Bestias.

Encima de él se hallaba el lince agazapado, dispuesto a saltar en el instante en que intentara ponerse a salvo en el árbol. Sobre él, además, sabía que había un millar de garras afiladas, de feroces picos ganchudos, y una irritada agitación de alas prodigiosas.

Se tambaleó al tocarle el oso gris con su zarpa extendida; el lobo se había encogido, dispuesto a dar su salto mortal; estaban a punto de despedazarle, de devorarlo, cuando el terror, operando como siempre de manera natural, le aflojó los músculos de la garganta y la lengua. Gritó con lo que creía que iba a ser su último aliento en el mundo. Profirió una llamada frenética; una plegaria a los dioses que fueran, un alarido angustioso, pidiendo auxilio al cielo.

—¡Ishtot! ¡Gran Ishtot, ayúdame! —clamó su voz, mientras su mano apretaba aún el palo totémico.

Y el Cielo de los Piel Rojas le oyó.

En ese mismo instante, Grimwood tuvo conciencia de un ser que, de no haber sido por su terror a las bestias, le habría provocado un susto de muerte. Ante sí tenía a un piel roja gigantesco. Sin embargo, aunque estaba muy cerca, haciendo con su presencia que se calmaran las aves y se aquietaran las fieras, se erguía también a gran distancia, y parecía inundar el valle entero con su influjo, su poder, su pavorosa majestad. Y de una manera que él no lograba comprender, su inmensa figura incluía el valle entero, con sus árboles, sus riachuelos, sus claros y sus fallas rocosas. Todos estos elementos componían su silueta, por así decir: la silueta de una figura sobrehumana. Podía distinguir un arco tremendo, una aljaba provista de flechas enormes; y la figura de Piel Roja a la que pertenecían.

Sin embargo, su aspecto, su contorno, su rostro y su figura... *eran* el valle; y cuando hizo sonar su voz, fue el valle mismo el que profirió las tremendas palabras. Fue la voz de los árboles y el viento, y del agua que corría o caía, que despertaba ecos en el Valle de las Bestias mientras, al mismo tiempo, el sol coronaba la cumbre y bañaba el paisaje, el contorno de la figura majestuosa, con un torrente de luz cegadora.

—Has derramado sangre en éste mi valle... *¡No te salvaré...!*

La figura se disolvió en la selva iluminada por el sol, fundiéndose con el día recién nacido. Pero Grimwood vio junto a su cara los dientes brillantes, y notó en sus mejillas el aliento fétido y caliente; una fuerza le rodeó el cuerpo como si le aplastase una montaña. Cerró los ojos. Se desplomó. Un crujido penetrante le traspasó el

cerebro; pero, inconsciente ya, no lo oyó.

Sus ojos volvieron a abrirse, y lo primero que vieron fue... fuego. Retrocedió instintivamente.

—Tranquilízate, muchacho. Nosotros te llevaremos —vio el rostro de Iredale que le miraba de cerca. Detrás de Iredale, de pie, estaba Tooshalli. Tenía la cara hinchada. Grimwood recordó que le había pegado. El hombrón se echó a llorar.

—Aún te duele, ¿verdad? —dijo Iredale compasivamente—. Vamos, bebe un poco más de esto. Te pondrá bien en cuestión de minutos.

Grimwood se tomó de un trago el licor. Hizo un intenso esfuerzo por dominarse, pero no pudo contener las lágrimas. No sentía dolor. Era el corazón lo que le dolía, aunque no sabía cómo ni por qué.

—Estoy destrozado —murmuró avergonzado y, en cierto modo, sin estarlo—. Tengo los nervios deshechos. ¿Qué ha ocurrido? —no recordaba nada en absoluto.

—Has recibido el abrazo de un oso, muchacho. Pero no te ha roto ningún hueso. Te ha salvado Tooshalli. Disparó justo a tiempo: un tiro espléndido; porque podía haberte dado a ti, en vez de acertarle al animal.

—Al otro animal —susurró Grimwood, al tiempo que el whisky hacía efecto en él, y le volvía lentamente la memoria.

—¿Dónde estamos? —preguntó a continuación, mirando en torno suyo.

Vio el lago, canoas varadas en la orilla, dos tiendas, y figuras que andaban de un lado para otro. Iredale le explicó brevemente lo ocurrido; luego le dejó que durmiese un poco. Al parecer, Tooshalli, caminando sin parar, había llegado al campamento de Iredale veinticuatro horas después de dejar a su patrón. Lo encontró vacío; Iredale y su indio habían salido de caza. Cuando regresaron al anochecer, les había explicado su presencia con su laconismo nativo:

—Él pegarme y yo irme. Él cazar ahora solo en el Valle de las Bestias, de Ishtot. Ser hombre muerto, creo. Yo venir a decírtelo.

Iredale y su guía, precedidos por Tooshalli, se pusieron inmediatamente en marcha. Grimwood había cubierto una distancia considerable, aunque dejando un rastro fácil de seguir. Fueron sobre todo las huellas del alce y su sangre las que les guiaron. Le encontraron de repente... en las garras de un oso enorme.

Fue Tooshalli quien disparó.

El indio lleva ahora una vida cómoda, con todas las necesidades cubiertas, mientras que Grimwood, su benefactor —ya no su patrón—, ha abandonado la caza. Se ha vuelto un individuo callado, tranquilo, casi dócil; y la gente se pregunta por qué no se ha casado. «Es justo el tipo que haría un buen padre —es lo que dicen—: pacífico, amable y afectuoso.» Entre las pipas que guarda en una pequeña vitrina encima de la chimenea cuelga un palo totémico. Grimwood asegura que le salvó la vida; pero nunca ha explicado qué quiere decir con eso, en realidad.

EL QUE ESCUCHA^[9]

4 de sept.— He estado buscando por todo Londres un alojamiento acorde con mis ingresos —120 libras anuales— y al fin lo he encontrado. Dos habitaciones sin las comodidades modernas, es cierto, y situadas en un edificio viejo y destartado, pero a un tiro de piedra de P... Place y en una calle sumamente respetable. Son 25 libras al año de alquiler solamente. Había empezado a desesperar, cuando por fin lo he encontrado por casualidad. Una pura casualidad que no vale la pena consignar. He tenido que firmar el contrato de alquiler por un año, cosa que he hecho de buena gana. Los muebles de nuestra antigua casa de Hampshire, que tanto tiempo llevan almacenados, irán bien.

1 de oct.— Aquí estoy, en mis dos habitaciones, en el centro de Londres, y no lejos de las redacciones de los periódicos donde entrego de tiempo en tiempo un artículo o dos. El edificio se halla al final de un *cul-de-sac*. El callejón está adoquinado y limpio, y flanqueado en su mayor parte por las fachadas traseras de unos edificios de aspecto tranquilo e institucional. Hay una cuadra. La casa donde vivo ha sido dignificada con el título de «Residencia». Tengo la impresión de que cualquier día ese honor va a resultar demasiado para ella, se inflará de vanidad... y reventará. Es muy vieja. El suelo de mi cuarto de estar tiene montes y valles, y el canto superior de la puerta se inclina hacia abajo, alejándose del techo con gloriosa indiferencia por lo que es habitual. Debieron de regañar —hace cincuenta años— y se han ido separando desde entonces.

2 de oct.— Tengo una patrona vieja y flaca, con una cara descolorida y polvorienta. Es poco comunicativa. Parece que le cuestan trabajo las pocas palabras que dice. Seguramente tiene los pulmones medio atascados de polvo. Mantiene mi apartamento lo más libre que puede de dicha mercancía, y cuenta con la ayuda de una muchacha robusta que me sube el desayuno y me enciende la chimenea. Como digo, no es comunicativa. En respuesta a mis esfuerzos entusiastas, me ha informado escuetamente de que en la actualidad soy el único habitante del edificio. Las habitaciones que ocupó llevaban años sin alquilar. Había otros señores arriba, pero se han ido. Nunca me mira a la cara cuando me habla, sino que fija los ojos en el botón de en medio de mi chaleco, al extremo de ponerme nervioso y hacerme pensar que no lo tengo bien puesto, o que es distinto de los otros.

8 de oct.— Llevo las cuentas de la semana con toda puntualidad: leche y azúcar, 7 chelines; pan, 6 peniques; mantequilla, 8 peniques; mermelada, 6 peniques; lavandería, 2 chelines y 9 peniques; aceite, 6 peniques; servicio doméstico, 5 chelines; total, 12 chelines y 2 peniques.

La patrona tiene un hijo que, según me ha dicho, es «algo de autobús». De vez en cuando viene a visitarla. Creo que bebe, porque habla muy fuerte sin tener en cuenta la hora del día o de la noche, y tropieza con los muebles, abajo.

Me paso las mañanas en casa escribiendo: artículos; versos para revistas de humor; una novela en la que llevo trabajando tres años, en relación con la cual he tenido sueños; un libro para niños en el que doy rienda suelta a la imaginación; y otro libro que me va a durar tanto como yo mismo, ya que es una relación sincera de los avances y retrocesos de mi alma en la lucha de la vida. Además, llevo adelante un libro de poemas que me sirve de válvula de escape, y que no me suscita sueños de ninguna clase. Siempre estoy ocupado en uno u otro. Por las tardes procuro darme un paseo higiénico, generalmente hacia Regent's Park, Kensington Gardens o más hacia las afueras, hasta Hampstead Heath.

10 de oct.— Todo me ha salido mal hoy. Suelo tomar un par de huevos para desayunar. Esta mañana, uno de ellos estaba malo. Toqué la campanilla para llamar a Emily. Al entrar ella, me encontraba leyendo el periódico y, sin levantar la vista, le dije: «Hay un huevo malo». «¡Oh! ¿de veras, señor? —dice ella—. Voy a traerle otro»; cogió el huevo y se fue. Esperé a que volviera para seguir desayunando, y tardó cinco minutos. Depositó el nuevo huevo sobre la mesa y se marchó. Pero al ponerme otra vez, vi que se había llevado el huevo bueno y me había dejado el malo —verdoso y amarillento— en el plato. La llamé otra vez.

—Se ha llevado el huevo que no era —dice.

—¡Oh! —exclamó—; me ha parecido que el que me llevaba olía *muy* mal.

Al poco rato volvió con el huevo bueno, y seguí desayunando con el par de huevos, aunque sin apetito. Todo esto es una trivialidad, desde luego; pero resulta tan estúpido que me ha puesto de mal humor. La pinta de ese huevo ha influido en todo lo que he emprendido. He escrito un mal artículo, así que lo he tirado al cesto de los papeles y he salido a dar un paseo.

De regreso, he comido en una tasca; he llegado a casa a eso de las nueve.

Al entrar estaba empezando a llover y a levantarse viento. Presagiaba una noche desapacible. El callejón parecía lúgubre y triste; y en el recibimiento de la casa, al cruzarlo, he notado un frío sepulcral. Es la primera noche de tormenta que paso en mi nueva morada. Las ráfagas son tremendas. Se entrecruzan, chocan en medio de la habitación, y forman remolinos y frías y silenciosas corrientes que casi me ponen de punta los pelos de la cabeza. He taponado las rendijas de las ventanas con corbatas y calcetines viejos, y me he sentado junto al fuego humeante para calentarme. Primero he intentado escribir; pero tenía demasiado frío. Se me helaban las manos sobre el papel.

¡Qué efectos más curiosos produce el viento en este viejo edificio! Sube impetuoso por el callejón desierto con un rumor como de pies de una muchedumbre corriendo que se detiene de repente en la puerta. Es talmente como si hubiese fuera

un montón de curiosos mirando por mis ventanas. Luego dan media vuelta y echan a correr otra vez, susurrando y riendo, callejón abajo, para volver, no obstante, con la siguiente ráfaga de viento y repetir su impertinencia. En el otro extremo de la habitación, una única ventana cuadrada se asoma a una especie de hueco, o pozo, a unos seis pies de la pared trasera del otro edificio. El viento se encañona por esa chimenea, y jadea y aúlla. Jamás había oído esa clase de ruidos. Con estas dos diversiones, permanezco sentado ante el fuego, enfundado en mi abrigo, escuchando cómo resuena la chimenea. Es como si me encontrase en un barco en alta mar, y casi temo a cada momento que empiece a levantarse el piso en forma de oleaje, y a agitarse de aquí para allá.

12 de oct.— Me gustaría no estar tan solo... y tan sin dinero. De todos modos, me gusta mi soledad y mi pobreza. Lo primero me permite apreciar la compañía del viento y la lluvia, mientras que lo segundo preserva mi hígado y evita que malgaste mi tiempo llevando mujeres a bailar. El pobre y el mal vestido no constituyen «compañías» aceptables.

Mis padres han muerto, y mi única hermana está... No, no está muerta exactamente; pero se ha casado con un rico. Casi siempre andan de viaje, él por su salud, y ella para perderse. Por pura dejadez de ella, hace tiempo que ha salido de mi vida. La puerta se cerró definitivamente cuando, tras cinco años de absoluto silencio, me mandó un cheque de 50 libras por Navidad. ¡Venía firmado por su marido! Se lo devolví en mil pedacitos, y en un sobre sin sello. Así, al menos, tuve la satisfacción de saber que le costaría algo. En respuesta, me escribió una carta escrita con pluma de trazo ancho que cubría una página entera con tres renglones: «Veo que eres el mismo perturbado de siempre; y un grosero desagradecido». Siempre he tenido especial terror a que la locura que aquejó a la familia de mi padre durante generaciones rebrotara en mí. Es una idea que me obsesiona, y ella lo sabe. Así que, tras este breve intercambio de cortesías, se cerró la puerta de golpe, y no se ha vuelto a abrir. Oí el portazo y, con él, el derrumbamiento de las paredes de mi corazón, junto con muchas piezas de porcelana de un valor especial; algunas de una calidad excepcional, que sólo necesitaban que les limpiasen el polvo. En cuanto a las paredes, tenían espejos donde yo solía ver reflejado el brumoso campo de césped de mi niñez, las trenzas de margaritas, las flores que el viento arrancaba y la lluvia cálida esparcía en el huerto, la cueva de ladrones que formaba la larga avenida, y la secreta provisión de manzanas escondidas en el henil. En aquel entonces, ella era mi compañera inseparable... Pero cuando dio el portazo, los espejos se rajaron de arriba abajo, y las imágenes que reflejaban se desvanecieron para siempre. Ahora me encuentro completamente solo. A los cuarenta años, no puedo empezar otra vez a cultivar amistades especiales, y las otras carecen relativamente de valor.

14 de oct.— Mi dormitorio mide 10 por 10. Está más bajo que el piso del cuarto

de estar, y hay que bajar un escalón para entrar en él. Las dos habitaciones son silenciosas cuando la noche es serena, ya que no hay tráfico en este callejón retirado. A pesar de los ocasionales alborotos del viento, es de lo más protegido. En la parte de arriba, a un nivel más bajo que mis ventanas, se congregan todos los gatos de la vecindad en cuanto anochece. Se pasan las horas tumbados en el ancho alféizar de una ventana ciega del edificio de enfrente, sin que nadie los moleste; porque después de pasar el cartero a las nueve y media, ningún rumor de pasos osa perturbar su cónclave siniestro; ninguno, salvo el de los míos. O, a veces, el de las pisadas inseguras del hijo que es «algo de autobús».

15 de oct.— He cenado en A. B. C.: huevos escalfados y café; luego he ido a dar una vuelta por los alrededores de Regent's Park. Eran las diez cuando llegué a casa. He contado lo menos trece gatos, todos de color oscuro, acurrucados en la parte protegida del callejón. La noche es fría, y las estrellas brillan como puntitos de hielo en un cielo azul negro. Los gatos han vuelto la cabeza y me han mirado en silencio al pasar. Y ante el fulgor imperturbable de tantos pares de ojos, me he sentido extrañamente cohibido. Al ponerme a manipular con la llave en la cerradura, han saltado en silencio y se han apiñado entre mis piernas, como deseosos de entrar. Pero les he cerrado la puerta en las narices y he subido corriendo la escalera. El cuarto de estar, al entrar a tientas en busca de las cerillas, estaba frío como una cripta de piedra; y el aire tenía una humedad inusitada.

17 de oct.— Llevo varios días trabajando en un artículo sesudo, sin la menor concesión a la fantasía. Mi imaginación necesita el freno de la sensatez: tengo miedo de dejarla ir, porque a veces me lleva a lugares espantosos más allá de las estrellas, y al mundo inferior. Nadie se da cuenta del peligro más que yo. Pero es una tontería lo que digo, ¡puesto que no hay nadie aquí que lo perciba, que pueda darse cuenta! Últimamente, se me ocurren ideas peregrinas, ideas que jamás me habían pasado por la cabeza, sobre medicinas y fármacos y tratamientos de enfermedades extrañas. No concibo cuál puede ser su origen. Jamás en mi vida me había parado a pensar en cosas como las que ahora me dan vueltas sin cesar. No he hecho ejercicio últimamente porque ha estado haciendo un tiempo horroroso, y me he pasado las tardes en la sala de lectura del Museo Británico, ya que tengo carnet de lector.

He descubierto algo desagradable: hay ratas en la casa. Por la noche, desde la cama, las he oído corretear por los montes y valles de la habitación, lo que me ha turbado el sueño una barbaridad.

19 de oct.— He descubierto que la patrona tiene un niño pequeño a su cuidado. Probablemente es de su hijo. Cuando hace buen tiempo, sale a jugar al callejón, y arrastra un carrito de madera por los adoquines. Le falta una rueda, con lo cual hace un ruido fastidioso por demás. Después de aguantar lo que he podido, he acabado con los nervios de punta, y he tenido que dejar de escribir. Así que he tocado la

campanilla. Ha acudido Emily.

—Emily, ¿quiere decirle al niño ese que no haga tanto ruido? Es imposible trabajar.

La muchacha ha bajado, y al poco rato han llamado al niño desde la puerta de la cocina. Me he sentido un bruto por estropearle el juego. Unos minutos después, no obstante, ha vuelto a empezar el ruido, y he pensado que el bruto era él. Ha estado arrastrando con una cuerda ese juguete roto por las piedras, hasta que su repiqueteo me ha puesto todos los nervios de punta. Era insoportable; he tocado la campanilla por segunda vez.

—¡Ese ruido *tiene* que acabar! —he dicho a la muchacha con decisión.

—Sí, señor —dice ella con una sonrisa—; lo sé. Pero es que le falta una de las ruedas. Los hombres de la cuadra le han propuesto arreglárselo, pero él no quiere. Dice que le gusta como está.

—Me tiene sin cuidado cómo le guste. El ruido tiene que terminar. No puedo escribir.

—Sí, señor; se lo diré a la señora Monson.

A partir de ese momento, no ha habido más ruido en todo el día.

23 de oct.— La semana pasada estuvo repiqueteando el carrito en las piedras día tras día, hasta que llegué a imaginarlo como un furgón de cuatro ruedas tirado por dos caballos; y cada mañana me veía en la obligación de tocar la campanilla para mandar que lo callasen. La última vez acudió la propia señora Monson para decir que sentía mucho mis molestias; que no volvería a repetirse. Con locuacidad excepcional, siguió preguntándome si estaba cómodo y si me gustaban las habitaciones. Le contesté con cautela. Le hablé de las ratas. Dijo que eran ratones. Le hablé de las corrientes de aire. Y dijo: «Sí, es una casa con muchas corrientes». Aludí a los gatos, y dijo que los había habido siempre, que ella recordase. A modo de conclusión, me informó de que la casa tenía más de doscientos años, y de que el último señor que había ocupado mis habitaciones fue un pintor que «tenía auténticos Jimmy Buey y Raffles colgados por todas partes». Tardé bastante en comprender que se refería a Cimabue y a Rafael.

24 de oct.— Anoche vino el hijo que es «algo de autobús». Se notaba que había bebido, porque oí voces irritadas en la cocina mucho después de haberme acostado. Una de las veces, además, me llegó a través del piso una frase singular: «La única manera de arreglar esta casa es quemándola». Di unos golpes en el suelo, y la discusión cesó de repente; aunque después volví a oír voces en sueños.

Son muy tranquilas estas habitaciones; casi demasiado, a veces. Las noches serenas son silenciosas como una tumba, y la casa podría estar a millas de la civilización. El ruido del tráfico de Londres me llega sólo en forma de lejanas, apagadas vibraciones. A veces con una nota inquietante, como la de un ejército que se avecina; o como el tronar de un inmenso maremoto, muy lejano, en plena noche.

27 de oct.— Aunque admirablemente callada, la señora Monson es tonta y atolondrada. Hace cosas estúpidas: cuando limpia el polvo de mi habitación, me lo cambia todo de sitio. Los ceniceros, que deben estar en la mesa, los pone en fila sobre la repisa de la chimenea. La bandejita de las plumas, que debe estar junto al tintero, la esconde ladinamente entre los libros de la estantería. Los guantes me los coloca diariamente en idiota formación sobre un estante casi lleno, y me toca volverlos a poner en la mesita junto a la puerta. Me sitúa la butaca en un ángulo imposible entre el fuego y la luz; en cuanto al mantel —el de las manchas del Trinity Hall—, lo coloca sobre la mesa de forma tal que cuando lo miro me da la impresión de que llevo la corbata y toda la ropa torcidas. Me exaspera. Su mismo silencio y mansedumbre me irritan. A veces me dan ganas de arrojarle el tintero, sólo para que asome alguna expresión a sus ojos aguanosos y salga algún grito de sus labios descoloridos. ¡Dios! ¡Qué expresiones más violentas estoy empleando! ¡Soy un asno! De todos modos, casi es como si no fuesen mías, como si me las dictasen al oído... Quiero decir, que nunca me sale de manera espontánea esta forma de hablar.

30 de oct.— Hace un mes que vivo aquí. Creo que la casa no me sienta bien. Cada vez son más frecuentes e intensos mis dolores de cabeza, y mis nervios son fuente de perpetuo malestar y mal humor.

Le he cogido una gran antipatía a la señora Monson; sentimiento que estoy convencido de que es recíproco. No sé por qué, tengo a menudo la impresión de que en esta casa ocurren cosas de las que no me entero, y que ella tiene buen cuidado en ocultarme.

Anoche se quedó su hijo a dormir, y esta mañana, estando yo en la ventana, le vi marcharse. Miró hacia arriba y se dio cuenta. Era una figura zafia de rostro especialmente repulsivo la que vi, y me hizo el honor de dirigirme una mirada de soslayo de lo más antipática. Al menos, me lo pareció a mí.

La verdad es que me estoy volviendo ridículamente susceptible para cosas que son fruslerías; creo que se trata de mis nervios: los tengo a flor de piel. Esta tarde, en el Museo Británico, noté que varias personas sentadas alrededor de la mesa de lectura no paraban de mirarme y de observar cuanto hacía. Cada vez que levantaba la vista del libro, descubría sus ojos fijos en mí. Me pareció impertinente y desagradable, así que me marché antes de mi hora acostumbrada. Al llegar a la puerta, eché una mirada hacia atrás, y sorprendí todas las cabezas de la mesa vueltas hacia mí. Me ha molestado bastante; aunque comprendo que es una tontería anotar este tipo de cosas. Cuando me siento bien, me resbalan. Debo hacer ejercicio con más regularidad. Últimamente no he hecho casi nada.

2 de nov.— La absoluta quietud de esta casa está empezando a resultarme opresiva. Me gustaría que hubiese alguien viviendo arriba. Jamás se oye un mal ruido de pasos en el piso de encima, ni cruza nadie por delante de mi puerta, escaleras

arriba. Empiezo a sentir curiosidad por ver cómo son las habitaciones superiores. Me encuentro solo aquí, aislado, arrinconado en un agujero del mundo, olvidado... Una de las veces me he sorprendido a mí mismo mirando absorto mis largos, rajados espejos, tratando de ver danzar las manchas de sol bajo los árboles del huerto. Pero parece que ahora sólo hay sombras en ellos; así que he desistido.

Ha habido mucha oscuridad todo el día, pero no se ha notado el menor soplo de aire. Las nieblas han comenzado. He tenido la lámpara de lectura encendida toda la mañana. Hoy no se ha oído el dichoso carrito. Hasta lo he echado de menos. Dada la oscuridad y el silencio, creo que habría sido un alivio. Al fin y al cabo, el ruido es algo muy humano; aunque esta casa vacía, en el fondo del callejón, tiene otros que no son tan tranquilizadores.

No he visto ni una sola vez un policía en esta calle, y el cartero sale siempre de ella con muy pocas muestras de querer demorarse.

10 de la noche.—Mientras escribo esto, no oigo otra cosa que el zumbido lejano del tráfico y el suspiro apagado del viento. Los dos rumores se mezclan en uno solo. De vez en cuando, un gato eleva su maullido, grito misterioso en la oscuridad. Siempre están ahí esos gatos, debajo de mi ventana, cuando llega la noche. El viento se precipita por la chimenea con un ruido semejante al súbito golpeteo de unas alas inmensas y lejanas. Ésta es una noche lúgubre. Me siento perdido y olvidado.

3 de nov.— Desde las ventanas puedo ver a todo el que viene. Cuando hay alguien en la puerta, puedo verle el sombrero y los hombros, y la mano en la campanilla. Sólo han venido a visitarme dos compañeros desde que me instalé aquí, hace dos meses. A los dos los vi desde la ventana antes de que entrasen, y oí sus voces preguntando por mí. Ninguno de los dos ha vuelto.

He terminado el artículo sesudo. Al leerlo, sin embargo, me he sentido bastante descontento de cómo quedaba, y he tenido que meter el lápiz en casi todas sus páginas. Contenía ideas y expresiones extrañas que no lograba explicarme, y que me han llenado de perplejidad, por no decir de alarma. No me parecían *mías*, y ni siquiera recordaba haberlas escrito. ¿Acaso empieza a resentirse mi memoria?

Nunca encuentro las plumas. Esa vieja estúpida las pone cada día en un sitio diferente. Tendré que darle un premio por encontrar tantos escondites nuevos; es maravilloso su ingenio. Se lo he repetido más de una vez; pero siempre replica: «Se lo diré a Emily, señor». Y Emily dice siempre: «Se lo diré a la señora Monson, señor». Me enfurece la estupidez de las dos, y disipa todos mis pensamientos. Me encantaría emplumarlas con las plumas que me han perdido y echarlas con los ojos vendados a esos mil gatos famélicos para que se ensañen con ellas. ¡Vaya! ¡Qué idea más horripilante! ¿Cómo diablos se me habrá ocurrido? Es tan ajena a mí como la del policía. Sin embargo, he sentido la *necesidad* de escribirla. Es como si una voz dictase dentro de mi cerebro; y la pluma no se ha detenido hasta terminar la frase. ¡Qué ridiculez! Tengo que dominarme por encima de todo. Debo hacer ejercicio con

más regularidad; los nervios y el hígado me atormentan de manera espantosa.

4 de nov.— He asistido a una curiosa conferencia sobre «La muerte» en el barrio francés; pero hacía tanto calor en la sala y estaba tan cansado que me he dormido. La única parte que oí, sin embargo, afectó vívidamente a mi imaginación. Al hablar de los suicidios, el conferenciante dijo que quitarse la vida no equivale a escapar de las miserias del presente, sino que es sólo preámbulo de mayores aflicciones futuras. El suicida, declaró, no se libra fácilmente de su responsabilidad. Tiene que volver para retomar la vida donde tan violentamente la dejó, pero con el dolor y el castigo adicionales de su debilidad. Muchos de estos suicidas consiguen *revestirse* con el cuerpo de otro... normalmente de un lunático o de una persona de espíritu débil que no es capaz de resistir la espantosa obsesión. Ése es su único medio de escapar. ¡Horrible y espectral teoría, sin duda! ¡Ojalá hubiese seguido durmiendo todo el rato para no oírlo! Bastante morbosa tengo ya la mente sin esas horribles fantasías. La policía debería impedir la difusión de esas perniciosas supercherías. Escribiré al *Times* sugiriéndolo. ¡Buena idea!

Regresé a casa por Greek Street, Soho, e imaginé que el lugar había retrocedido cien años, y que De Quincey andaba aún por allí, encantando la noche con invocaciones a su «justa, sutil y poderosa» droga. Sus vastos sueños parecían flotar no muy lejos. Una vez en marcha las imágenes en mi cerebro, se negaron a abandonarlo; y le vi durmiendo en esa mansión fría y deshabitada, con ese extraño niño abandonado que tenía miedo de sus fantasmas, juntos los dos en la oscuridad, bajo una misma capa de caballista; o vagando en compañía de la espectral Anne; o, más tarde, camino de la eterna cita al pie de Great Titchfield Street, cita a la que ella jamás pudo acudir. Qué indecible melancolía, qué incalculable sufrimiento y dolor me invade al intentar comprender, siquiera remotamente, lo que agobiaba el corazón solitario de ese hombre, un muchacho entonces.

Cuando subía por el callejón he visto luz en la ventana de arriba, y la cabeza y los hombros de una sombra recortados en la persiana. No sé qué puede haber estado haciendo el hijo ahí, a esas horas.

5 de nov.— Esta mañana, mientras trabajaba, subió alguien por la crujiente escalera y llamó cautelosamente a la puerta. Pensando que era la patrona, dije: «¡Pase!» Se repitieron los golpes; y volví a gritar, alzando más la voz: «¡Pase, pase!» Pero nadie hizo girar el picaporte, y seguí trabajando tras mascullar un malhumorado: «¡Bueno, pues quédese ahí, entonces!» ¿Seguí trabajando? Desde luego, lo intenté; pero se había secado la fuente de mi discurso. No fui capaz de escribir una palabra más. La mañana era oscura, con una niebla amarillenta, y encontraba escasa inspiración en el aire; pero esa estúpida esperando al otro lado de la puerta a que volviese a repetirle que entrara me irritó de tal modo que me bloqueó el cerebro, impidiéndome pensar en nada más. Por último, me levanté de un salto y fui a abrir.

—¿Qué quiere, y por qué demonios no entra usted? —exclamé. Pero las palabras sonaron en el aire vacío. No había nadie. La niebla subía en densas, amarillentas volutas por el hueco de la escalera; pero no vi rastro de ser humano alguno.

Cerré con un portazo, maldiciendo la casa y sus ruidos, y volví a mi trabajo. Unos minutos después entró Emily con una carta.

—¿Ha subido usted o la señora Monson hace unos minutos a llamar a la puerta?

—No, señor.

—¿Está segura?

—La señora Monson ha salido a la compra, y aparte del niño y yo, no hay nadie más en la casa; y yo he estado una hora fregando los platos, señor.

Me pareció que se le ponía algo pálida la cara, a la muchacha. Tras mirar por encima del hombro, se dirigió nerviosa a la puerta.

—Espere, Emily —dije; y a continuación le conté lo que había oído. Se me quedó mirando con expresión estúpida, aunque sus ojos se desviaban de vez en cuando hacia los objetos de la habitación.

—¿Quién era? —le pregunté al terminar.

—La señora Monson dice que son ratones nada más —dijo, como repitiendo una lección aprendida.

—¿Ratones? —exclamé—; ni hablar. Alguien ha andado ahí, delante de la puerta. ¿Quién era? ¿Es el hijo de la casa?

Su actitud entera cambió de repente, mostrándose seria en vez de evasiva. Pareció deseosa de contar la verdad.

—¡Oh, no señor!; no hay absolutamente nadie en la casa aparte de usted, el niño y yo, y no podía haber nadie delante de su puerta. En cuanto a esas llamadas... —calló de repente, como si hubiese dicho ya demasiado.

—Y bien, ¿en cuanto a esas llamadas? —dije, con más suavidad.

—Desde luego —tartamudeó—, las llamadas no pueden ser de los ratones, ni el ruido de pasos; pero entonces... —se interrumpió otra vez.

—¿Le ocurre algo a la casa?

—¡Dios mío, no, señor; los desagües son estupendos!

—No me refiero a los desagües, muchacha. Quiero decir, si ha ocurrido algo... algo anormal, aquí.

Se ruborizó hasta la raíz del cabello, y luego palideció otra vez. Estaba visiblemente azorada, y había algo que estaba deseosa, y temerosa, de contar: algo que le habían prohibido revelar.

—Me da igual lo que sea; sólo que me gustaría saberlo —dije en tono alentador.

Alzando sus ojos asustados hacia mí, empezó a balbucear algo sobre «lo que le pasó una vez a un señor que vivía arriba», cuando sonó abajo una voz chillona que la llamaba.

—¡Emily! ¡Emily! —era la patrona que había vuelto; y la muchacha bajó a trompicones como si hubiesen tirado de ella con una cuerda, dejándome hecho un

mar de conjeturas sobre qué diablos le habría ocurrido a un señor *arriba* que pudiera afectar de tan extraña manera a mis oídos *abajo*.

10 de nov.— He hecho algo excepcional: terminar el artículo sesudo; me lo han aceptado en la *Review*, y me han encargado otro. Me siento animado y en forma, hago ejercicio con regularidad y duermo bien; ¡no me duele la cabeza, ni el hígado, ni me siento nervioso! Las píldoras que me ha recomendado el farmacéutico son mano de santo. Puedo observar al niño jugando con su carrito sin sentir la menor irritación; a veces, casi me dan ganas de bajar a jugar con él. Incluso la cara grisácea de la patrona me inspira compasión; me da pena: tan cansada, tan acabada, tan extrañamente contraída; es igual que el edificio. Parece como si hubiese recibido un susto mortal hace tiempo, y temiese recibir otro en cualquier momento. Cuando le he dicho hoy, amablemente, que no me ponga las plumas en el cenicero y los guantes en el estante de los libros, ha levantado sus ojos descoloridos hacia mí por primera vez, y ha dicho con una sonrisa espectral: «Procuraré recordarlo, señor». Me han dado ganas de darle una palmadita en la espalda y decirle: «Vamos, ánimo y viva contenta. No es tan mala la vida, después de todo». ¡Ah!, estoy mucho mejor. No hay nada como el aire libre, tener éxito, y dormir bien. Regenera como por arte de magia las partes del corazón corroídas por la desesperanza y los anhelos insatisfechos. Incluso veo amistosos a los gatos. Cuando llegué a casa, a las once de la noche, me siguieron en tropel hasta la puerta, y me incliné a acariciar al que tenía más cerca. ¡Bah! El animal se erizó, soltó un bufido, y me lanzó un zarpazo. Me alcanzó la mano, dejándome un fino hilillo de sangre. Los otros retrocedieron hacia la oscuridad, maullando como si les hubiese hecho algún daño. Creo que esos gatos me odian. Quizá sólo esperan recibir refuerzos. Entonces me atacarán. ¡Ja, ja! A pesar de mi enfado momentáneo, esa idea peregrina hizo que subiese riendo a mi cuarto.

El fuego estaba apagado, y la habitación parecía singularmente fría. Fui a tientas hasta la repisa de la chimenea para coger las cerillas y de repente advertí que había otra persona de pie junto a mí, en la oscuridad. No se veía nada, por supuesto; pero mis dedos, al recorrer la repisa, tropezaron con algo que se retiró en seguida. Era húmedo y frío. Habría jurado que era la mano de alguien. Se me puso la carne de gallina.

—¿Quién está ahí? —exclamé en voz alta.

Mi voz cayó en el silencio como un guijarro en un pozo profundo. No hubo respuesta; pero en ese momento oí que alguien se alejaba de mi lado y cruzaba la habitación en dirección a la puerta. Fue un ruido apagado de pasos, y un roce de ropas en los muebles al pasar. En ese mismo instante tropezó mi mano con la caja de cerillas, y encendí la luz. Esperaba sorprender a la señora Monson, o a Emily; o quizá al hijo que es «algo de autobús». Pero la llamarada de gas iluminó una habitación desierta: no había el menor rastro de persona alguna por ninguna parte. Noté que se me erizaba el cabello, y pegué instintivamente la espalda a la pared, no fuera que se

me acercase alguien por detrás. Estaba realmente alarmado. Pero me recobré al minuto siguiente. La puerta que da al descansillo estaba abierta; crucé el piso, no sin cierto recelo, y salí. La luz de la habitación se proyectaba en la escalera; pero tampoco vi a nadie, ni oí un solo crujido de escalones que delatase a la persona que se escabullía.

Estaba a punto de dar media vuelta y entrar otra vez, cuando me llegó un ruido de arriba. Fue muy tenue, no muy distinto del suspiro del viento; sin embargo, no podía ser el viento, ya que la noche era silenciosa como una tumba. Aunque no se repitió, decidí subir a ver a qué se debía. Dos de mis sentidos habían percibido algo —el tacto y el oído—, y no creía que me hubiesen engañado. Así que, con una vela encendida, emprendí sigiloso mi excursión a las regiones superiores de esta casa antigua y extraña.

En el primer rellano hay sólo una puerta, y estaba cerrada con llave. En el segundo hay también una puerta nada más; pero al hacer girar el picaporte, se abrió. Me recibió una bocanada de aire frío y mohoso, característico de las habitaciones que están mucho tiempo sin ocupar. Con él me llegó un olor indescriptible. Utilizo este adjetivo deliberadamente. Aunque muy tenue, diluido por así decir, fue sin embargo un olor que me revolvió el estómago. Nunca había percibido un olor así, y no me es posible describirlo.

Es una habitación pequeña y cuadrada, bajo el tejado, con el techo inclinado y dos pequeños ventanucos. Es fría como una tumba, sin una alfombra o un mal mueble. El aire gélido y el olor desagradable hicieron que me resultara abominable; y, tras detenerme un momento a comprobar que no tenía alacenas ni rincones en donde pudiera haberse escondido alguien, me apresuré a cerrar la puerta y bajar otra vez a acostarme. Evidentemente, el ruido me había engañado.

Por la noche tuve un sueño estúpido, aunque muy vivido. Soñé que la patrona y otra persona, oscura y no del todo visible, entraban a cuatro patas en mi habitación, seguidas por una horda de gatos enormes. Me atacaban en la cama, me mataban, y luego arrastraban mi cuerpo escaleras arriba y lo dejaban en el piso de esa fría habitación bajo el tejado.

11 de nov.— Desde nuestra conversación —la conversación interrumpida—, apenas he vuelto a ver a Emily. La señora Monson atiende ahora a todas mis necesidades. Como de costumbre, lo hace todo exactamente al revés de como yo quiero. Son cosas demasiado triviales para consignarlas, pero sumamente irritantes. Al igual que el consumo repetido de pequeñas dosis de morfina, al final producen un efecto acumulado.

12 de nov.— Esta mañana me desperté temprano, y fui al cuarto de estar a coger un libro para leer en la cama hasta la hora de levantarme. Emily estaba preparando la chimenea.

—Buenos días —dije alegremente—. Procure encender un buen fuego. Hace mucho frío.

La muchacha se volvió y me mostró un rostro sobresaltado. ¡No era Emily!

—¿Dónde está Emily? —exclamé.

—¿Se refiere a la muchacha que estaba antes?

—¿Es que se ha ido Emily?

—Yo entré el día 6 —replicó con hosquedad—; ella se marchó entonces.

Cogí el libro y volví a la cama. Emily había sido despedida casi inmediatamente después de nuestra breve charla. Esta reflexión se estuvo interponiendo todo el rato entre mi cerebro y la página impresa. Me alegré cuando sonó la hora de levantarme. Esa repentina energía, esa decisión inhumana, parecían significar algo importante... para alguien.

13 de nov.— Se me ha hinchado el araño del gato; me duele un poco. Noto punzadas, y me pica. Me temo que mi sangre no es muy buena; si no, ya habría sanado. Me lo he sajado con un cortaplumas que he esterilizado con una solución antiséptica, y me lo he limpiado a conciencia. He oído contar cosas desagradables sobre las consecuencias de los araños de los gatos.

14 de nov.— A pesar del extraño efecto que esta casa tiene sobre mis nervios, me gusta. Es una casa solitaria y deshabitada en el corazón mismo de Londres; pero precisamente por eso se puede trabajar en ella con tranquilidad. Me extraña que tenga un alquiler tan bajo. Hay quien recelaría; yo ni siquiera he preguntado por qué. Es preferible no preguntar, a que te digan una mentira. Ojalá pudiese hacer desaparecer los gatos de ahí fuera y las ratas de aquí dentro. Estoy convencido de que me iré acostumbrando cada vez más a sus peculiaridades, y que moriré aquí. ¡Ah!, suena rara esa frase, y produce una impresión engañosa: he querido decir que *viviré y moriré* aquí. Renovaré el contrato año tras año, hasta que caiga uno de los dos. A juzgar por los síntomas, caerá primero la casa.

16 de nov.— Es odiosa la manera que tienen mis nervios de levantarme y hundirme, y bastante desalentadora. Esta mañana, al despertar, he encontrado mis ropas esparcidas por toda la habitación, y una silla de mimbre volcada junto a la cama. Parecía como si alguien se hubiese estado probando mi chaqueta y mi chaleco durante la noche. He tenido, además, un sueño terriblemente vivido, en el que alguien se acercaba a mí cubriéndose la cara con las manos y llorando como de dolor: «¿Cuándo encontraré una envoltura? ¡Ah!, ¿quién me vestirá?» Sonaba ridículo; sin embargo, me asusté un poco. Era tremendamente real. Ha pasado un año ya desde la última vez que me levanté sonámbulo y me despertó el frío del pavimento de Earl's Court Road, donde vivía. Creía que me había curado de eso; pero evidentemente no es así. Este descubrimiento ha tenido un efecto inquietante en mí. Esta noche recurriré al viejo sistema de atarme el dedo gordo del pie al poste de la cama.

17 de nov.— Anoche me volvió a turbar un sueño de lo más opresivo. Alguien parecía andar de un lado para otro, a oscuras, en mi habitación, pasando a veces al cuarto de estar, y volviendo luego para quedarse de pie junto a la cama, observándome con atención. Dicha persona me estuvo vigilando toda la noche. No llegué a despertarme en realidad, aunque estuve a punto varias veces. Supongo que fue una pesadilla debida a una mala digestión, porque me he pasado la mañana soportando uno de mis espantosos dolores de cabeza. Sin embargo, al despertar, he encontrado todas mis ropas esparcidas por el suelo, donde habían sido arrojadas (¿las había tirado yo de esa manera?) durante la noche, y el pantalón arrastrado, peldaño arriba, hasta el cuarto de estar.

Y algo peor: me ha parecido notar en la habitación, esta mañana, ese olor extraño y hediondo. Aunque muy débil, su mero atisbo es nauseabundo y repugnante. Me pregunto a qué demonios se deberá... En adelante cerraré la puerta con llave.

26 de nov.— Me cundió bastante el trabajo la semana pasada, y conseguí hacer ejercicio físico con regularidad. Me siento bien y en un estado de ánimo sereno. Sólo ha habido dos cosas que han turbado mi tranquilidad. La primera es una insignificancia en sí misma, fácilmente explicable. La ventana en la que, la noche del 4 de noviembre, vi luz y la sombra de una cabeza grande y unos hombros proyectada en la persiana corresponde a la habitación cuadrada de debajo del tejado. ¡Pero en realidad *no tiene persiana*!

La otra es ésta: anoche regresaba, a eso de las once, protegiéndome de la nieve que caía con el paraguas inclinado. En mitad del callejón, donde la nieve estaba sin una pisada, vi las piernas de un hombre delante de mí. El paraguas me ocultaba el resto de su figura; pero al levantarlo, vi que era alto y ancho, y que se dirigía a la puerta de mi casa. Caminaba a no más de cuatro pies de mí. Al entrar en el callejón me había parecido que estaba desierto; pero pude equivocarme fácilmente, como es natural.

Una súbita ráfaga de viento me obligó a bajar el paraguas; y al volverlo a levantar, medio minuto después, ya no vi a nadie. Unos pasos más adelante, llegué a la puerta. Estaba cerrada como de costumbre. Y a continuación observé con estupor que la superficie de la nieve recién caída estaba *intacta*. Las únicas huellas que se veían eran las de mis pies; y aunque desanduve un trecho hasta donde había visto al hombre, no logré descubrir la más ligera impresión de otro calzado que no fuera el mío. Subí con el pelo erizado y me alegré de meterme en la cama.

28 de nov.— La medida de cerrar con llave la puerta de mi dormitorio ha acabado con todos los trastornos. Estoy convencido de que antes me levantaba en sueños. Probablemente, me desataba el dedo del pie y después me lo volvía a atar. La seguridad de tener la puerta cerrada con llave ha bastado para devolver el sueño a mi espíritu agitado, y permitirme descansar en paz.

Anoche, de todos modos, se renovaron de repente las molestias de manera distinta y más agresiva. Me desperté a oscuras con la impresión de que había alguien al otro lado de la puerta de mi dormitorio, *escuchando*. Al despabilarme, la impresión se convirtió en certidumbre. Aunque no percibía ruido alguno de movimiento o respiración, estaba tan convencido de que había alguien escuchando que salí de la cama sigilosamente y fui a la puerta. Al acercarme, me llegó débilmente, de la habitación contigua, un rumor inequívoco de alguien que cruzaba el piso y se retiraba furtivo. Sin embargo, no eran pisadas de persona ni pasos regulares, sino más bien, me pareció, una especie de confuso arrastrarse, casi como de alguien intentando andar a gatas.

Abrí la puerta en menos de un segundo, entré en el cuarto de estar, ¡y percibí, como una sutilísima vibración de mis nervios, que el sitio donde me había detenido acababa de ser desocupado en ese instante! El que escuchaba se había ido; ahora estaba en el pasillo, detrás de la puerta de fuera. Sin embargo, esa puerta estaba cerrada también. Crucé rápidamente la habitación con el mayor sigilo, e hice girar el picaporte. Recibí una bocanada de aire frío de fuera, lo que me produjo un estremecimiento que me recorrió la espalda de arriba abajo. No había nadie en la puerta, ni en el pequeño descansillo, ni bajando la escalera. Sin embargo, me había movido tan rápido esta noche que no podía tenerle muy lejos; por otra parte, comprendí que si perseveraba acabaría encarándome con él. El valor que tan oportunamente me ayudó a vencer mi nerviosismo y mi horror pareció emanar de la desagradable convicción de que era necesario para mi seguridad y mi equilibrio mental encontrar al intruso y arrancarle su secreto a la fuerza. Porque ¿no era la intensa acción de su mente sobre la mía, en concentrada escucha, lo que me había despertado con el vivido convencimiento de su presencia?

Crucé el estrecho descansillo, y me asomé al pozo oscuro de la casa. No se veía nada; nadie se movía en las tinieblas. ¡Qué frío estaba el linóleo bajo mis pies descalzos!

No sé qué fue lo que me hizo volver los ojos súbitamente hacia arriba. Sólo sé que, sin motivo aparente, miré, y vi una persona a mitad del siguiente tramo de escalera, inclinada sobre la barandilla, y mirándome directamente a la cara. Era un hombre. Parecía sujetarse al pasamano, más que estar de pie en los escalones. La oscuridad no me permitía distinguir más que su silueta; pero la cabeza y los hombros eran aparentemente desproporcionados, y se recortaban con toda nitidez contra la vaga claridad del techo que tenía inmediatamente detrás. De repente, me vino la idea de que tenía ante mí el rostro de un ser monstruoso. Su enorme cráneo, su cabello melenudo, sus hombros cargados, sugerían, de una forma que no me detuve a analizar, que apenas era humano; y durante unos segundos, fascinado por el horror, me quedé con los ojos clavados en el oscuro, inescrutable semblante de arriba, sin saber con exactitud dónde me encontraba ni qué hacía.

Entonces comprendí de manera totalmente distinta que estaba ante el misterioso

personaje que escuchaba a media noche, y me preparé lo mejor posible para lo que pudiera venir.

Para mí, será siempre un misterio indescifrable el origen de la osadía irreflexiva que me dominó en ese terrible momento. Aunque temblando de miedo, y con la frente empapada de abundante sudor, decidí subir. A los labios me acudieron una veintena de preguntas: ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué me escucha y me espía? ¿Por qué ha entrado en mi habitación? Pero no logré articular ninguna.

Empecé a subir la escalera, y al primer gesto mío de avanzar, se retrajo él hacia las sombras. Retrocedía con la misma rapidez con que yo avanzaba. Oía el ruido de su marcha a gatas a unos pasos de mí, manteniendo siempre la misma distancia. Cuando yo llegué al descansillo, estaba él en mitad del siguiente tramo, y al llegar yo a ese punto le vi en el último rellano. Le oí abrir la puerta de la pequeña habitación cuadrada bajo el tejado, y entrar en ella. En ese instante, aunque no cerró la puerta tras de sí, cesó el ruido por completo.

Entonces eché de menos una luz, un bastón o un arma cualquiera; pero no tenía a mano ninguna de esas cosas, y era imposible regresar. Así que seguí subiendo el resto de los escalones, y menos de un minuto después me encontré, a oscuras, ante la puerta que acababa de trasponer ese ser.

Vacilé unos momentos. Estaba medio abierta, y el que escuchaba se hallaba, evidentemente, detrás de ella en su actitud predilecta: escuchando. No cabía pensar en buscarle en esa habitación en tinieblas; entrar en el mismo agujero donde estaba él me parecía horrible. La sola idea me llenó de repugnancia, y casi decidí regresar.

Es extraño cómo en esas ocasiones las cosas más triviales pueden tener un impacto tan grande en la conciencia como las más importantes. Algo —quizá una cucaracha, o un ratón— se escabulló por el entarimado desnudo, detrás de mí. La puerta giró un cuarto de pulgada como si fuera a cerrarse. De repente me volvió mi resolución, por así decir, y alargando el pie, di una patada a la puerta abriéndola de par en par, lo que me permitió avanzar despacio hacia la profunda oscuridad del interior. ¡Qué ruido más extraño y suave hacían mis pies descalzos en el entarimado! ¡Cómo me latía y me zumbaba la sangre en la cabeza!

Estaba dentro. La oscuridad se cerró a mi alrededor, borrando incluso las ventanas. Comencé a avanzar a tientas junto a las paredes, explorando minuciosamente; pero, a fin de evitar que el otro escapase, *cerré la puerta* primero.

Allí estábamos los dos, encerrados entre cuatro paredes, a unos pies el uno del otro. Pero ¿con qué, con quién estaba yo encerrado? Una nueva luz me iluminó de repente, con instantánea y cegadora claridad, la situación... y comprendí que había sido un estúpido, ¡un completo estúpido! Por fin había despertado del todo, y se disipaba el horror. Habían sido mis condenados nervios otra vez: un sueño, una pesadilla; y ahora se repetía de nuevo el mismo resultado: sonambulismo. La figura era producto de un sueño. Ya me había ocurrido otras veces ver ante mí a los personajes de mis sueños unos instantes después de despertar... Llevaba casualmente

una cerilla en el bolsillo del pijama; la encendí en la pared. La habitación estaba totalmente vacía. No había una sombra siquiera. Miré rápidamente debajo de la cama, maldiciendo mis nervios y mis sueños insensatos y vividos. Pero tan pronto como me volví a dormir, se presentó la misma figura de hombre junto a mi cama, acercó su inmensa cabeza a mi oído, y susurró repetidamente, en mis sueños: «Necesito tu cuerpo; necesito tu envoltura; la estoy esperando, y escuchando siempre». Palabras poco menos absurdas que el mismo sueño.

Pero me pregunto a qué se debía ese extraño olor de la habitación cuadrada. Lo volví a notar, más fuerte que antes; y me ha parecido notarlo también en mi dormitorio al despertarme esta mañana.

29 de nov.— Lentamente, mientras los rayos de luna surgen por encima de un mar brumoso de junio, se va afirmando en mi mente la idea de que mis nervios y mis sueños sonámbulos no explican del todo el influjo que ejerce esta casa sobre mí. Me tiene atrapado como en una red invisible y sutil. No podría escapar aunque quisiera. Tira de mí, y no quiere soltarme.

30 de nov.— Esta mañana el cartero me ha traído una carta de Adén, remitida desde mi anterior domicilio en Earl's Court. Era de Chapter, mi antiguo compañero del Trinity, que vuelve de Oriente y está de paso. Me pide mi dirección. Se la he enviado al hotel que me indica, «donde esperará su llegada».

Como he dicho ya, mi ventana domina una vista del callejón, y puedo ver al que viene sin dificultad. Esta mañana, mientras trabajaba, oí un ruido de pasos en el callejón que me llenó de una vaga alarma que no podía explicarme. Fui a la ventana, y vi abajo en la puerta a un hombre esperando a que le abriesen. Tenía los hombros anchos, un sombrero de copa reluciente, y la capa ajustada con elegancia alrededor del cuello. Logré ver eso, pero nada más. A continuación se abrió la puerta, y el sobresalto que me llevé fue mayúsculo al oír la voz del hombre que preguntaba: «¿Vive todavía aquí el señor...?», y dio mi nombre. No llegué a captar la respuesta; pero sólo pudo ser afirmativa, porque el hombre entró y la puerta se cerró tras él. Pero esperé en vano oír el ruido de pasos en la escalera. No ocurrió nada en absoluto. Me pareció tan extraño que abrí la puerta y me asomé. No vi a nadie.

Crucé el estrecho descansillo, y miré por la ventana que domina todo el callejón. No había el menor rastro de ser humano alguno, ni yendo ni viniendo. La calle estaba desierta. Así que bajé deliberadamente a la cocina, y pregunté a la grisácea patrona si había venido un señor hacía un minuto preguntando por mí.

Su respuesta, con una especie de extraña y cansada sonrisa, fue: «¡No!»

1 de dic.— Me siento verdaderamente inquieto y alarmado por mi estado de nervios. Los sueños no son más que sueños; pero jamás había soñado en pleno día.

Espero con ansiedad la llegada de Chapter. Es un compañero excelente: sano, fuerte, con muy pocos nervios, y menos imaginación aún. Y además, cuenta con

2.000 libras anuales. Periódicamente me hace propuestas: la última fue un viaje alrededor del mundo en calidad de secretario suyo, lo que era una manera delicada de pagarme los gastos y facilitarme dinero de bolsillo... Propuestas que yo rechazo invariablemente. Prefiero conservar su amistad. No se interpondrían entre nosotros las mujeres, pero el dinero quizá sí; así que prefiero no favorecer esa ocasión. Chapter se ríe siempre de lo que él llama «fantasías» mías, precisamente porque posee esa frialdad de imaginación que va siempre asociada al hombre prosaico. Sin embargo, si es verdad que se le puede achacar esta carencia, sus enfados, en cambio, son borrascosos. Su psicología es la del materialista cerrado: artículo siempre chocante. Con todo, será para mí un verdadero alivio oír el frío juicio que emita su mente sobre la historia de esta casa, porque se la tengo que contar.

2 de dic.— No he consignado en este breve diario lo más extraño de todo. A decir verdad, tenía miedo de exponerlo claramente. Quería dejarlo en el trasfondo de mis pensamientos para evitar en lo posible que adquiriese forma. A pesar de mis esfuerzos, no obstante, ha seguido cobrando vigor.

Ahora que he hecho frente a esta cuestión, encuentro más difícil exponerla de lo que imaginaba. Como una melodía medio recordada que nos viene a la memoria pero se desvanece en el instante en que intentamos tararearla, se agrupan esos pensamientos en el fondo de mi mente, *detrás* de mi mente, por así decir, y se resisten a salir a la superficie. Permanecen agazapados, prestos a saltar; pero jamás llegan a dar el salto.

En estas habitaciones, salvo cuando estoy muy concentrado en el trabajo, ¡me descubro de repente dándole vueltas a ideas y pensamientos que no son míos! A mi conciencia afloran continuamente nuevas, extrañas ideas, ajenas por completo a mi carácter. Lo de menos es qué significan con exactitud. Lo importante es que están lejos del cauce por el que hasta ahora solía discurrir mi modo de pensar. Sobre todo, me vienen cuando mi cabeza descansa ociosa; cuando divago junto a la chimenea, o estoy sentado con un libro que no logra acaparar mi atención. Entonces afloran a la vida estos pensamientos ajenos a mí, y hacen que me sienta sumamente desasosegado. A veces son tan fuertes que casi tengo la impresión de que hay alguien en la habitación, a mi lado, pensando en voz alta.

Desde luego, tengo los nervios y el hígado tremendamente destrozados. Debo trabajar más y hacer más ejercicio. Jamás me vienen pensamientos horribles cuando tengo la cabeza ocupada. Pero están siempre ahí: al acecho, y como si estuviesen vivos.

Lo que he tratado de describir más arriba me vino de manera gradual cuando ya llevaba viviendo unos días en la casa; luego fue cobrando más fuerza cada vez. La otra cosa extraña me ha ocurrido un par de veces tan sólo en todas estas semanas. *Me horroriza*. Es la sensación de proximidad de alguna enfermedad repugnante y mortal. Me invade como una oleada de calor febril; luego se me pasa, dejándome frío y

tembloroso. Durante esos segundos, el aire parece corrompido. Tan penetrante y convincente es la idea de ese mal, que las dos veces se me quedó el cerebro momentáneamente ofuscado, y me acudieron a la mente, como blancas llamas de calor, los nombres siniestros de todas las enfermedades peligrosas que conozco. Intentar explicar este fenómeno es para mí como intentar volar; sin embargo, sé que no son ningún sueño esa piel húmeda y ese corazón palpitante que me deja siempre en testimonio de su breve visita.

La impresión más intensa de esa proximidad la tuve la noche del 28, cuando subí en persecución del individuo que escuchaba. Una vez que nos quedamos encerrados los dos en esa habitación cuadrada, comprendí que me hallaba cara a cara con la quintaesencia de esa enfermedad invisible y maligna. Jamás me había llegado tan a lo hondo una impresión así, y pido a Dios que no vuelva a ocurrir.

¡Vaya! Al fin lo he dicho. Al menos, he expresado sentimientos que hasta ahora tenía miedo de ver escritos con mi propia letra. Porque —puesto que no puedo seguir engañándome— la experiencia de esa noche (la del 28) no fue ningún sueño, como no lo es mi desayuno por las mañanas: y la frívola anotación en este diario con que traté de despachar un suceso que me ha causado un horror indecible obedece únicamente a mi deseo de no expresar con palabras lo que realmente sentí y tomé por cierto. De haberlo hecho, mi horror habría llegado a extremos que no habría podido resistir.

3 de dic.— Me gustaría que viniese Chapter. Tengo ya todos los datos en orden, y veo sus fríos ojos grises incrédulamente clavados en mi cara mientras se los voy exponiendo: las llamadas a la puerta de mi habitación, el visitante bien vestido, la luz en la ventana de arriba y la sombra sobre la persiana, el hombre que caminó delante de mí en la nieve, mis ropas esparcidas por la noche, la interrumpida confesión de Emily, la sospechosa reserva de la patrona, el escuchador nocturno en la escalera, y esas espantosas palabras que oí después en sueños. Y sobre todo, y lo más duro de contar: la presencia de la abominable enfermedad, y ese flujo de ideas y pensamientos que no son míos.

Imagino la cara de Chapter, y casi oigo sus cautas palabras: «Me parece que te dedicas al té otra vez, dejando de comer, como en otro tiempo. Lo mejor será que te vea mi médico de los nervios, y te vengas conmigo después al sur de Francia». Porque este compañero, que ignora lo que es un trastorno de hígado o una tensión nerviosa, va regularmente a un gran especialista de los nervios, convencido cada vez de que su sistema nervioso está empezando a resentirse.

5 de dic.— Desde el incidente del Escuchador, dejó siempre una luz encendida toda la noche en mi dormitorio, y duermo de un tirón. Anoche, sin embargo, sufrí una molestia mucho peor. Me desperté de repente y vi a un individuo delante del tocador, mirándose en el espejo. La puerta estaba cerrada con llave, como de costumbre. En

seguida comprendí que era el Escuchador, y se me heló la sangre en las venas. Me subió por el cuerpo tal oleada de horror que creo que me quedé petrificado en la cama, incapaz de moverme o de hablar. Noté, sin embargo, que el hedor que tanto me repugnaba era intenso en la habitación.

El hombre parecía alto y corpulento. Estaba inclinado hacia el espejo. Me daba la espalda, pero en el espejo vi reflejadas una cabeza y una cara enormes, iluminadas caprichosamente por la luz parpadeante que yo mantenía encendida. La claridad grisácea, espectral, de la madrugada se filtraba por los bordes de las cortinas, prestando más horror al cuadro, ya que iluminaba su cabello espeso y rojizo, desparramado como una melena alrededor de una cara cuyas facciones hinchadas y rugosas le daban la —una vez vista— inolvidable expresión leonina de... No me atrevo a escribir la espantosa palabra. Pero, a manera de corroboración, distinguí en sus mejillas, a la débil combinación de ambas luces, diversas manchas bronceadas que el hombre se examinaba con gran atención. Tenía los labios pálidos, y muy gruesos y anchos. Una mano no se la pude ver, pero la otra descansaba en el mango marfileño de mi cepillo del pelo. Los músculos de esa mano estaban extrañamente contraídos; sus dedos eran sólo huesos, y tenía el dorso cubierto de arrugas. Era como una enorme araña gris a punto de saltar, o la garra de un ave de presa.

La clara conciencia de que me encontraba a solas en la habitación con este ser desconocido, casi al alcance de su brazo, me dominó a tal extremo que, cuando se volvió de pronto y me miró con sus ojillos redondos —increíblemente pequeños para la enormidad del rostro que los enmarcaba—, me incorporé como catapultado por un resorte en la cama, proferí un grito, y volví a caer presa de un desmayo de terror.

5 de dic.—... Al volver en mí, esta mañana, lo primero que observé fue que mis ropas estaban todas esparcidas por el suelo... Me cuesta trabajo coordinar mis pensamientos, y tengo súbitos accesos de violento temblor. Decidí ir en seguida al hotel de Chapter a preguntar para cuándo se esperaba su llegada. No puedo referir lo ocurrido durante la noche: es demasiado espantoso, y debo mantener mis pensamientos rigurosamente apartados de eso. Me siento mareado, con malestar; no he podido probar el desayuno, y he vomitado sangre dos veces. Mientras me vestía para salir, oí el sonoro repiqueteo de un coche *hansom* en el empedrado; un minuto después se abrió la puerta, y para mi inmensa alegría apareció el mismísimo objeto de mis pensamientos.

La visión de su rostro vigoroso y sus ojos serenos tuvieron un efecto inmediato en mí, y me tranquilicé otra vez. Su mero apretón de mano fue una especie de tónico. Pero, mientras escuchaba ansioso el tono profundo de su voz tranquilizadora, y palidecían mis visiones nocturnas, empecé a comprender lo mucho que me iba a costar contarle mi absurda e inasible historia. Hay hombres que irradian una energía animal que destruye el delicado tejido de cualquier visión e impide su reconstrucción. Chapter es uno de éstos.

Hablamos de los incidentes acaecidos desde la última vez que nos vimos, y me contó algo de sus viajes. Él hablaba, y yo escuchaba. Pero tan absorto estaba en la horrorosa historia que tenía que contarle, que no me enteraba de lo que decía. Sólo esperaba la ocasión para tomar la palabra y soltarlo todo de golpe.

Al poco rato, no obstante, me di cuenta de que él también hablaba meramente para hacer tiempo. Tenía algo importante en la cabeza, algo demasiado pesado que soltar cuando se presentara la ocasión. Así que durante la primera media hora estuvimos esperando el momento psicológico en que dejar caer nuestras respectivas bombas, y la tensión de nuestras mentes creaba una oposición de fuerzas que bastaba por sí sola para contenernos... nada más. En cuanto me di cuenta de esto, decidí rendirme. Renuncié de momento a contar mi historia, y tuve la satisfacción de comprobar que su mente, libre del freno que le imponía la mía, empezaba a preparar el terreno para librarse de su carga. La conversación se fue haciendo menos tensa; decayó el interés; las descripciones de sus viajes se volvieron apagadas. Hacía pausas entre una frase y la siguiente. Luego empezó a repetirse. Las palabras dejaron de tener contenido. Se alargaron las pausas. Después el interés decayó al mínimo, y se apagó como una vela ante una ráfaga de viento. Calló, y me miró directamente a la cara con ojos graves e inquietos.

¡Al fin había llegado el momento psicológico!

—Dime una cosa... —empezó, y a continuación se calló de repente.

Hice un gesto maquinal de que siguiera, pero no dijo nada. Sentí un miedo tremendo ante la inminente revelación. Una oscura sombra parecía precederla.

—Dime una cosa —dijo de pronto, por fin—; ¿por qué demonios te has mudado a este lugar... a esta casa, quiero decir?

—En primer lugar, porque es barata —empecé—; es céntrica, y...

—Demasiado barata —interrumpió—. ¿No preguntaste por qué es tan barata?

—No se me ocurrió en el momento.

Hubo una pausa en la que evitó mi mirada.

—¡Por el amor de Dios, continúa, dímelo de una vez! —exclamé; porque la incertidumbre se me estaba haciendo insoportable, en mi estado de nervios.

—Aquí es donde vivió Blount tanto tiempo —dijo con voz apagada—, y donde... murió. En aquel tiempo venía yo a menudo a verle, a hacer lo que podía por aliviar su... —enmudeció otra vez.

—¿Y bien? —dijo con gran esfuerzo—. *Por favor*, continúa; más deprisa.

—Pero al final —prosiguió Chapter, volviendo la cara hacia la ventana con un visible estremecimiento—, su estado era tan espantoso que, sinceramente, no pude soportarlo más; aunque siempre me consideré capaz de soportar cualquier cosa. Se apoderó de mis nervios de tal manera que me producía pesadillas y me obsesionaba día y noche.

Le miré sin decir nada. Jamás había oído hablar de Blount, y no sabía de qué hablaba. Sin embargo, estaba temblando, y la boca se me había quedado

extrañamente seca.

—Ésta es la primera vez que vengo aquí desde entonces —dijo casi en un susurro —; y palabra que me pone la carne de gallina. Te juro que no es lugar saludable para un hombre. Jamás te he visto con peor aspecto, muchacho.

—Llevo un año viviendo aquí —exclamé de repente, con una risa forzada—: he firmado el contrato y demás. Me pareció una ganga.

Chapter se estremeció, y se abrochó el abrigo hasta el cuello. A continuación habló en voz baja, mirando de vez en cuando hacia atrás como si pensase que había alguien en la habitación escuchándonos.

—Él mismo se quitó la vida, y nadie le censuró por ello; sus sufrimientos eran espantosos. Durante los dos últimos años, solía ponerse un velo para salir, y aun entonces lo hacía siempre en coche cerrado. Incluso el criado que le había alimentado durante tanto tiempo se vio obligado a dejarle finalmente. Había perdido la parte inferior de ambas piernas: se le habían desprendido, y andaba a cuatro patas con una especie de movimiento reptante. El hedor, además, era...

Aquí me vi obligado a interrumpirle. No podía seguir escuchando detalles de esa clase. Me notaba la piel húmeda, y sentía calor y frío alternativamente; porque al fin empezaba a comprender.

—¡Pobre hombre! —prosiguió Chapter—; yo mantenía los ojos cerrados lo más posible. Siempre me suplicaba que le dejase quitarse el velo, y me preguntaba si me importaba mucho. Yo me quedaba de pie junto a la ventana. Pero jamás me tocó. Había alquilado la casa entera. Nada le convenció para que la dejase.

—¿Ocupó... estas mismas habitaciones?

—No. Tenía una pequeña habitación arriba del todo, un cuartito cuadrado que hay justo debajo del tejado. Lo prefería porque era oscuro. Estas habitaciones estaban demasiado cerca de la calle, y temía que la gente le viese a través de las ventanas. Sé que una vez le siguió una multitud hasta la misma puerta, y luego se quedaron todos al pie de la ventana, esperando poder verle la cara.

—Pero había sanatorios.

—No quería ni acercarse a ellos; y no quisieron obligarle. Dicen que *no* es contagioso, así que nada le impedía vivir aquí, si era ése su deseo. Pasaba el tiempo leyendo libros sobre medicina, medicamentos y demás. Su cabeza y su cara eran algo espantoso; parecía un león.

Levanté una mano para impedirle que prosiguiese su descripción.

—Era una carga para el mundo, y él lo sabía. Una noche, supongo que lo comprendió demasiado bien para querer seguir viviendo. Disponía de las drogas que quería... Y por la mañana lo encontraron muerto en el suelo. De eso hace dos años; dijeron entonces que aún habría podido vivir varios más.

—¡Entonces, en nombre de Dios —grité, incapaz de soportar más la incertidumbre—, dime qué tenía, y sé breve!

—¡Creía que lo sabías! —exclamó, con sincera sorpresa—. ¡Creía que lo sabías!

Se inclinó hacia adelante y me miró a los ojos. En un susurro apenas audible, capté las palabras que sus labios casi parecían temer pronunciar:

—¡Tenía lepra!

CULTO SECRETO^[10]

HARRIS, comerciante en sedas, se encontraba en el sur de Alemania, de regreso de un viaje de negocios, cuando de repente se le ocurrió la idea de coger el tren de la montaña que salía de Estrasburgo, y volver a visitar su antiguo colegio tras un intervalo de algo más de treinta años. Y gracias a este impulso casual del socio más joven de Harris Brothers de St. Paul's Churchyard, conoció John Silence uno de los casos más singulares de toda su experiencia; puesto que precisamente entonces andaba él pateando estas mismas montañas con su mochila, y desde puntos cardinales distintos, los dos hombres iban a converger en la misma posada.

Porque dicho colegio había dejado la huella de su peculiar influencia en lo más hondo de este corazón que durante treinta años se había preocupado sobre todo de comprar y vender sedas en condiciones lucrativas, y —quizá sin saberlo el propio Harris— había teñido fuertemente toda su existencia posterior. El colegio pertenecía a una pequeña comunidad protestante (que no hace falta especificar) de vida profundamente religiosa, y el padre de Harris le había enviado allí a la edad de quince años, en parte porque así aprendería el alemán necesario para dirigir el negocio de las sedas, y en parte porque la disciplina era estricta, y disciplina era lo que su cuerpo y su alma necesitaban en aquel entonces, más que ninguna otra cosa.

La vida, en efecto, resultó ser en extremo severa, y el joven Harris sacó el consiguiente beneficio, pues aunque no se conocía allí el castigo corporal, había métodos de corrección mental y espiritual que, en cierto modo, inclinaban al alma a recibirla orgullosamente firme, al tiempo que atacaban la misma raíz de la falta y hacían ver al niño que con ello se limpiaba y fortalecía su carácter, y que no estaba siendo torturado por una especie de venganza personal.

Eso fue treinta años atrás, siendo él un chico impresionable y soñador de quince años; y ahora, mientras el tren subía despacio por los desfiladeros sinuosos de las montañas, su pensamiento retrocedió con cierta nostalgia a ese período, y otra vez, ante él, surgieron de las sombras, vívidamente, detalles olvidados. Le parecía que la vida había sido maravillosa aquí, en este remoto pueblo de montaña protegido del tumulto del mundo por el amor y el culto de la devota comunidad que atendía a las necesidades de un centenar de chicos de todos los países de Europa. Le volvían las escenas con gran nitidez. Nuevamente percibía el olor de los largos corredores de piedra, las habitaciones de madera de pino donde pasó sofocantes horas de estudio en el verano, con las ventanas abiertas, mientras las abejas bordoneaban al sol, y los caracteres alemanes luchaban en su cerebro con las ensoñaciones que le venían de los prados ingleses... y, de súbito, la voz tremenda del profesor, en alemán.

—¡Harris, despierta! ¡Estás dormido!

Y recordó el espantoso castigo de estar de pie sin moverse durante una hora, con

un libro en cada mano, mientras sentía las rodillas como si fuesen de cera, y que la cabeza le pesaba como una bala de cañón.

Hasta el olor de la cocina le llegó: el *Sauerkraut* diario, el chocolate aguado de los domingos, el sabor de la carne correosa que servían dos veces por semana en la *Mittagessen*; y sonrió al pensar otra vez en las medias raciones como castigo por hablar en inglés. Incluso volvió a percibir el olor del tazón de leche, el aroma dulce que emanaba de las sopas de pan de pueblo, en el desayuno de las seis, y a ver la inmensa *Speisesaal* con los cien chicos, con el uniforme del colegio, medio dormidos, desayunando en silencio, engullendo el tosco pan y escaldándose con la leche, amedrentados por la campana que iba a sonar de un momento a otro para interrumpirles... y, en el otro extremo, donde se sentaban los profesores, vio las ventanas estrechas y altas que dominaban una vista atractiva del campo, con el bosque más allá.

Y esto le hizo pensar, a su vez, en la gran estancia con aspecto de cobertizo de la última planta, donde dormían todos juntos en catres de madera; y en su memoria oyó el clamor de la campana cruel que les despertaba a las cinco, en las madrugadas de invierno, llamándoles al *Waschkammer* donde chicos y profesores, tras lavarse con agua escasa y fría, se vestían en completo silencio.

De aquí su mente pasó veloz, con vividas imágenes, a otras cosas, y recordó con un breve estremecimiento cómo le había corroído la soledad de no estar nunca solo, y cómo había tenido que hacerlo todo —el estudio, las comidas, el sueño, los paseos, el ocio— integrado en una «división» de veinte chicos, y bajo la mirada de al menos dos profesores. La única posibilidad de estar solo era pedir media hora de práctica en las austeras aulas de música, y Harris sonrió para sí al recordar el celo que ponía en sus estudios de violín.

Después, mientras el tren resoplaba penosamente por el inmenso bosque de pinos que cubría estas montañas como un tapiz de terciopelo, descubrió que las capas más agradables de la memoria exhumaban sus muertos, y recordó con admiración la amabilidad de sus profesores, a quienes ellos llamaban Hermanos, y de nuevo le maravilló su abnegación, al enterrarse durante años en ese lugar, sólo para sustituirlo, en la mayoría de los casos, por una vida más dura aún como misioneros en regiones salvajes del mundo.

Nuevamente pensó en la atmósfera apacible, religiosa, que envolvía a la pequeña comunidad del bosque como un velo, dejando fuera al mundo desventurado; en las pintorescas ceremonias de Pascua, Navidad y Año Nuevo; en las numerosas fiestas y las pequeñas celebraciones religiosas. Recordó la *Beschehr-Fest* en particular —fiesta de los regalos de Navidad—, en que la comunidad entera se distribuía por parejas y se ofrecían regalos, muchos de los cuales habían tardado semanas en confeccionar, o cuya adquisición representaba días y días de ahorro. A continuación recordó la ceremonia de medianoche en la iglesia, el día de Año Nuevo, el rostro resplandeciente del *Prediger* en el púlpito: el predicador de la colonia que, en el

oficio de Nochevieja, veía en la galería desierta, más allá del órgano, los rostros de los que iban a morir a lo largo de los siguientes doce meses, hasta que finalmente descubrió el suyo entre ellos y, a mitad del sermón, cayó en un estado de extático arrobamiento y prorrumpió en un torrente de alabanzas.

Los recuerdos se le agolpaban en la mente. Vio surgir el cuadro de la colonia soñando su vida desinteresada entre las montañas, limpia, sana, sencilla, recurriendo a su Dios, y formando a centenares de chicos en un elevado estilo de vida, con toda la fuerza de una obsesión. Otra vez sintió el antiguo entusiasmo místico, más profundo que el mar y más maravilloso que las estrellas; oyó suspirar los vientos, tras cruzar leguas y leguas de selva, sobre los tejados rojos a la luz de la luna; oyó las voces de los Hermanos hablando de cosas del más allá como si efectivamente las hubiesen experimentado físicamente. Y sentado en el tren traqueteante, una sombra de inefable nostalgia cruzó sobre él, dejándole el alma abrasada y exhausta, y agitando en las profundidades de su ser un mar de emociones que había permanecido congelado hasta ahora.

Y el contraste —soñador idealista entonces, hombre de negocios hoy— le produjo dolor, dado que un espíritu de paz y belleza extramundanas, conocido sólo por el alma absorta en meditación, posó su dedo plumoso sobre su corazón, removiendo extrañamente la superficie de las aguas.

Harris se estremeció ligeramente y miró hacia la ventanilla del vagón vacío en el que viajaba. Hacía rato que el tren había pasado por Hornberg; y muy abajo, los torrentes se precipitaban formando blanca espuma sobre las rocas calizas. Frente a él se alzaban las cumbres boscosas, unas sobre otras, contra el cielo. Era octubre, y el aire era frío y penetrante; en él, el humo de leña y el olor a musgo húmedo se mezclaban exquisitamente con la fragancia sutil de los pinos. Arriba, entre las puntas de los abetos más altos, vio asomar las primeras estrellas; y el cielo era de un limpio color amatista pálido, que parecía el matiz exacto del que estaban revestidos todos estos recuerdos en su mente.

Se arrellanó en su rincón, y suspiró. Era hombre serio, y hacía años que no sabía lo que era un sentimiento; era corpulento, y costaba trabajo moverle, y conmoverle; era un hombre en el que —como le ocurre a la mayoría— los sueños sobre Dios que inquietan al alma joven, aunque cubiertos por ese limo fermentado que genera la lucha por el dinero, no habían muerto del todo.

Volvió a concentrarse en esa descuidada bolsita de años donde había guardado tantas pepitas de oro, y donde permanecían intactas, con todas sus temblorosas emociones semiespirituales; y al ver acercarse las cimas de las montañas, y oler las olvidadas fragancias de su adolescencia, se derritió alguna parte de la superficie de su alma, dejándole sensible hasta un grado que no conocía desde entonces, desde hacía treinta años, en que vivió aquí con sus sueños, sus conflictos, y sus sufrimientos juveniles.

Le recorrió un estremecimiento al detenerse el tren con una sacudida en la

minúscula estación y ver el nombre con grandes letras negras sobre el edificio de piedra gris, y debajo, el número de metros a que estaba sobre el nivel del mar.

—¡El punto más alto de la línea! —exclamó—. Cómo me acuerdo: Sommerau, Prado Estival. ¡La próxima estación es la mía!

Cuando el tren bajaba frenando y con el vapor cerrado, se asomó a la ventanilla y, uno tras otro, vio desfilan los viejos accidentes familiares del paisaje en el atardecer. Ellos le miraron a su vez como rostros muertos en un sueño. En su corazón se agitaron extraños, intensos sentimientos agridulces.

«Ahí está el camino viejo y blanco que recorriamos a veces, siempre con dos *Brüder* pegados a nuestros talones —pensó—; ¡vaya, y ahí viene la curva donde se interna en el bosque hasta “*Die Galgen*”, la horca de piedra donde colgaban a las brujas en los tiempos antiguos!»

Sonrió ligeramente al dejarla atrás el tren.

«Y allá está el bosquecillo donde los lirios salpican el suelo en primavera; ¡y que me aspen —sacó la cabeza, movido por un súbito impulso—, si no es ése el mismísimo claro donde Calame, el chico francés, y yo atrapamos aquella bellísima mariposa, y el *Bruder Pagel* nos castigó a media ración por salimos de la fila sin su permiso, y por gritar en nuestras lenguas maternas!» Y rió otra vez, mientras le volvían los recuerdos atropelladamente, llenándole el cerebro de vividos detalles.

Paró el tren, y Harris descendió a la grava gris del andén como un sonámbulo. Parecía que había pasado medio siglo desde la última vez que estuvo aquí esperando, con las cajas atadas con cuerdas, y embarcó en el tren que le llevaría a Estrasburgo y a casa, tras dos años de exilio. Se despojó del tiempo como de una vieja indumentaria, y se sintió adolescente otra vez. Sólo que las cosas parecían mucho más pequeñas que el recuerdo que tenía de ellas; era como si hubiesen encogido, como si se hubiesen reducido; y las distancias parecían a una escala curiosamente reducida.

Cruzó el camino y se dirigió a una pequeña *Gasthaus*; y mientras caminaba, veía surgir del bosque oscuro los rostros y figuras de sus condiscípulos —alemanes, suizos, italianos, franceses, rusos—, y acompañarle en silencio. Pululaban a su alrededor, alzando sus ojos interrogantes y tristes hacia él. Pero había olvidado sus nombres. Con ellos iban también algunos de los Hermanos, cuyos nombres recordaba en su mayoría: *Bruder Róst*, *Bruder Pagel*, *Bruder Schliemann*, así como el rostro barbado del viejo predicador que se había visto a sí mismo, en la galería encantada, junto a los que iban a morir, *Bruder Gysin*. La floresta le rodeaba como un mar a punto de precipitarse con aterciopeladas olas sobre la escena y barrer todos los rostros. El aire era frío y maravillosamente fragante; pero con cada soplo perfumado le llegaba también un pálido recuerdo...

Sin, embargo, pese a la tristeza inseparable de esta clase de experiencias, todo era muy interesante, y producía un placer muy especial; de manera que Harris tomó su habitación y pidió la cena, perfectamente satisfecho, y decidió dar un paseo hasta el

antiguo colegio esa misma tarde. El edificio se alzaba en el centro de la colonia que había formado la comunidad, a unas cuatro millas, en el bosque; y ahora recordó por primera vez que esta pequeña colonia protestante vivía aislada en una región católica. El claro estaba rodeado de crucifijos y capillas que eran como centinelas de un ejército que ha puesto cerco. Una vez al otro lado de la plaza del pueblo, con sus pocos acres de campo y de huerta, el bosque se cerraba en apretadas falanges, y más allá del frente de árboles empezaba el campo gobernado por un sacerdote de otra fe. Recordó vagamente, también, que los católicos habían mostrado a veces cierta hostilidad hacia el pequeño oasis protestante que florecía plácida y benignamente en medio de ellos. Había olvidado este detalle por completo. Qué bobadas parecían todas estas cosas ahora, a la luz de su amplia experiencia de la vida, de su conocimiento de otros países y del ancho mundo exterior. Era como volver atrás, no treinta, sino trescientos años.

Sólo había otros dos clientes cenando además de él. Uno de ellos, un hombre con barba, de edad madura y vestido de *tweed*, estaba sentado solo en el fondo, y Harris no quiso ponerse a su lado porque era inglés. Temía que estuviera en viaje de negocios; de negocios de sedas, quizá, y se pusiese a hablar de este tema. El otro viajero, en cambio, era un sacerdote católico. Era bajo de estatura y estaba comiendo ensalada con el cuchillo, aunque tan despacio que casi era inofensivo; y fue el ver sus «ropas» lo que le recordó el viejo antagonismo. Harris, para trabar conversación, hizo alusión al objeto de su viaje sentimental; el sacerdote le miró bruscamente, con las cejas levantadas y una expresión de sorpresa y recelo que en cierto modo le molestó. Lo atribuyó a su diferencia de credo.

—Sí —prosiguió el comerciante en sedas, encantado de hablar de lo que le acaparaba la mente—; y fue una curiosa experiencia para un chico inglés, venir a parar a un colegio que albergaba a cien extranjeros. Recuerdo muy bien su soledad y su insoportable *Heimweb*, al principio —su alemán era muy fluido.

El sacerdote, enfrente, alzó los ojos de su ensalada de patatas y ternera fría, y sonrió. Tenía una cara simpática. Explicó con voz sosegada que no era de aquí, sino que estaba haciendo un recorrido por las parroquias de Württemberg y Baden.

—Era una vida muy severa —añadió Harris—. Los que éramos ingleses, recuerdo, solíamos llamarla *Gefängnisleben*: ¡vida carcelaria!

El rostro del otro, por alguna inexplicable razón, se ensombreció. Tras una breve pausa, y más por cortesía que porque deseara hablar de este punto, dijo con sosiego:

—Era un colegio floreciente en aquellos tiempos, desde luego. Después, he oído decir... —encogió ligeramente los hombros, y volvió a asomar a sus ojos una extraña expresión (casi pareció de alarma). Dejó la frase sin terminar.

El tono de este hombre sonó impertinente a su interlocutor; raro en cierto sentido, de reproche. Harris se picó a pesar de sí mismo.

—¿Ha cambiado? —preguntó—. No puedo creerlo...

—Entonces, ¿no se ha enterado? —dijo el sacerdote con suavidad, haciendo

ademán de santiguarse, aunque sin llegar a terminar—. ¿No sabe lo que ocurrió allí, antes de que lo abandonaran...?

Fue pueril, desde luego; o quizá estaba demasiado cansado y excitado; pero le parecieron tan inofensivas —tan desproporcionadamente inofensivas— las palabras y la actitud del pequeño sacerdote, que apenas reparó en la frase final. Recordó el viejo encono y el viejo antagonismo y, por un momento, casi se impacientó.

—Tonterías —le interrumpió, con una sonrisa forzada—, *¡Unsinn!* Perdone que le contradiga, señor. Pero yo fui alumno de ese centro. Estudié en él. No había otro lugar como ése. Me resisto a creer que haya podido ocurrir algo tan grave como para... que pierda su reputación. Sería difícil igualar en ninguna parte del mundo la devoción de los Hermanos...

Se interrumpió de repente al darse cuenta de que había levantado demasiado la voz, y de que quizá el hombre del otro extremo de la mesa entendía el alemán; y alzó los ojos al mismo tiempo y vio que los de aquel individuo le miraban fijamente a la cara. Eran excepcionalmente brillantes. Eran, además, unos ojos sorprendentes; y la forma en que se cruzaron con los de Harris sirvió —de una manera que Harris no logró comprender— para transmitirle a la vez un reproche y una advertencia. A decir verdad, todo el rostro del desconocido produjo una viva impresión en él; porque era un rostro, ahora se dio cuenta por primera vez, en cuya presencia uno era incapaz de decir o hacer nada deliberadamente indigno. Harris no se explicaba cómo no se había percatado antes de esta peculiaridad.

Pero le dieron ganas de morderse la lengua por haberse olvidado de él. El pequeño sacerdote se había quedado callado. Sólo dijo una vez, alzando los ojos y hablando con una voz baja que no pretendía ser oída, pero que evidentemente *fue* oída: «Lo encontrará distinto». Luego se levantó y abandonó la mesa tras un cortés saludo con la cabeza que incluyó a él y al otro.

A continuación se levantó también, en el otro extremo, la figura con traje de *tweed*, y Harris se quedó solo.

Siguió sentado un rato más en el comedor cada vez más oscuro, tomando su café a pequeños sorbos y fumando un cigarro de quince *pfennigen*, hasta que entró la camarera a encender las lámparas de aceite. Se sentía irritado consigo mismo por su falta de modales, aunque no se lo explicaba. Probablemente, pensó, se había molestado porque el sacerdote había cambiado sin querer el carácter placentero de su ensueño al introducir una nota discordante. Más tarde buscaría una ocasión para repararlo. Ahora estaba demasiado impaciente por visitar el colegio; así que cogió su bastón y su sombrero, y salió al aire libre.

Y al cruzar por delante de la *Gasthaus*, observó que el sacerdote y el hombre del traje *tweed* estaban ya enfrascados en tan absorbente conversación que apenas repararon en él cuando pasó y se quitó el sombrero.

Echó a andar deprisa: recordaba bien el camino y calculó llegar a la colonia a tiempo de poder charlar un poco con los *Brüder*. Quizá le invitasen, incluso, a una

taza de café. Estaba seguro de que sería bien recibido, y otra vez volvieron a él los viejos recuerdos. No le preocupaba en absoluto la hora del regreso.

Acababan de dar las siete, y el atardecer de octubre traía aires fríos de los lugares apartados del bosque. El camino se internaba directamente en sus profundidades desde el claro de la estación; muy pocos minutos después le sepultaron los árboles, y el ruido de sus botas sonó opaco, sin ecos, entre los troncos apretados de un millón de abetos. Estaba muy oscuro; apenas podía distinguirse un tronco de otro. Caminaba con paso rápido, balanceando su bastón de acebo. Una o dos veces se cruzó con un campesino de regreso a su casa, y el gutural «*Grüss Got*» que tantos años hacía que no oía acentuó el paso del tiempo, a la vez que lo suprimió. Una nueva serie de escenas se agolparon en su imaginación. Otra vez surgieron del bosque las figuras de sus antiguos condiscípulos y echaron a andar a su lado, hablándole en voz baja de cosas acaecidas hacía mucho tiempo. Veía desfilas sus recuerdos atropellándose los unos a los otros. Se sabía de memoria cada vuelta del camino, cada claro del bosque; y cada una de estas cosas despertaba a su vez olvidadas asociaciones. Iba disfrutando al máximo.

Caminaba sin detenerse. Un polvillo de oro cubría el cielo, hasta que surgió la luna; entonces, silenciosamente, se extendió un débil velo plateado entre la tierra y las estrellas. Vio centellear las puntas de los abetos, y oyó susurrar las ramas cuando la brisa volvió sus agujas hacia la luz. El aire de la montaña era indeciblemente fragante. El camino brillaba como la espuma de un río en la oscuridad. Aquí y allá, a su paso, revoloteaban mariposas blancas como mudos pensamientos, y le saludaba un centenar de olores de las cavernas del bosque, a través de los años.

Entonces, cuando menos se lo esperaba, se retiraron los árboles súbitamente a ambos lados, y se encontró en la linde del claro donde se hallaba la colonia.

Aceleró el paso. Allí estaban las siluetas familiares de las casas, bañadas en plata; allí estaban los árboles, en la placita central con la fuente y los pequeños cuadros de césped; y allí destacaba la iglesia, junto al *Gasthof der Brudergemeinde*; y justo al otro lado, elevándose vagamente en el cielo, vio con súbita emoción la mole del enorme edificio del colegio recortada como un castillo, con densas sombras a la luz de la luna, que se alzaba rectangular y formidable para enfrentarse a él tras un silencio de más de un cuarto de siglo.

Cruzó rápidamente la calle desierta, y se detuvo a la sombra del edificio para contemplar los muros que en otro tiempo le tuvieron prisionero dos años: dos años ininterrumpidos de disciplina y de nostalgia. A su cerebro afloraron recuerdos y emociones: en este lugar se habían concentrado las más intensas impresiones de su juventud, y era aquí donde había comenzado a vivir, a aprender a valorar. Ni una sola pisada turbaba el silencio, aunque brillaban luces aquí y allá, en las ventanas de las casas; y cuando miró hacia los altos muros del colegio, envuelto ahora en sombras, no le fue difícil imaginar rostros conocidos asomados a las ventanas para saludarle..., ventanas que estaban cerradas y sólo reflejaban la luna y el resplandor de las estrellas.

Éste era, pues, el viejo edificio del colegio, sólidamente erguido ante el mundo, con sus ventanas cerradas y sus pararrayos enhiestos en las esquinas como negras garras. Lo contempló largamente. Luego, al cabo de un rato, volvió en sí y, para su alegría, se dio cuenta de que aún había luz en las ventanas de la *Bruderstube*.

Dejó atrás la calzada y cruzó la verja; luego subió los doce peldaños de piedra y se detuvo ante la puerta de oscura madera y gruesa reja de hierro, puerta que en otro tiempo había aborrecido y temido con todo el odio y la pasión de un alma encarcelada, y que ahora miraba tiernamente con una especie de deleite juvenil.

Tiró de la cuerda casi con timidez y, tembloroso de excitación, oyó el tintineo de la campanilla en las profundidades del edificio. Y el sonido largamente olvidado hizo surgir el pasado ante él con tan vivida sensación de realidad que se estremeció violentamente. Fue como la campanilla mágica del cuento de hadas que descorre la cortina del Tiempo y hace venir a los muertos del mundo de las sombras. Jamás en su vida se había sentido tan sentimental. Era como si volviese a ser joven otra vez. Y al mismo tiempo, empezó a llenarse de cierta falsa importancia a sus propios ojos. Era un hombre fuerte y corpulento que pertenecía al mundo de la lucha y de la acción. ¿No iba a mantener su altura, quizá, en este pueblecito de sueños apacibles?

«Llamaré otra vez», pensó tras una larga pausa, cogiendo la cuerda de la campanilla; e iba a tirar de ella, cuando sonaron pasos dentro, en el corredor de piedra, y se abrió lentamente la enorme puerta.

Un hombre alto, de expresión severa, se encaró con él en silencio.

—Le ruego que me disculpe... sé que es algo tarde —empezó, algo pomposamente—; pero soy un antiguo alumno. Acabo de llegar, y no he podido reprimir el deseo de hacer una visita —su alemán parecía menos fluido que de costumbre—. Tengo mucho interés. Estuve aquí en los años setenta.

El otro abrió más la puerta, y le acogió inmediatamente con una inclinación de cabeza y una sonrisa de sincera bienvenida.

—Soy el *Bruder* Kalkmann —dijo suavemente, con voz profunda—. Yo mismo fui profesor en esa época. Es una gran satisfacción recibir a un antiguo alumno —le miró con suma atención unos segundos, y luego añadió—: creo, también, que es magnífico que haya venido... realmente magnífico.

—Es para mí un gran placer —replicó Harris, encantado de esta acogida.

El mal iluminado corredor con su enlosado de piedra gris, y el acento familiar de una voz alemana resonando en él (con la entonación peculiar que los Hermanos utilizaban siempre al hablar), se combinaron para elevarle físicamente, por así decir, a la atmósfera onírica de unos tiempos largamente olvidados. Entró de buen grado en el edificio, y la puerta se cerró con un trueno familiar que completó la reconstrucción del pasado. Casi experimentó la antigua sensación de encarcelamiento, de dolorosa nostalgia, de haber perdido la libertad.

Harris suspiró y se volvió involuntariamente hacia su anfitrión, el cual le devolvió débilmente la sonrisa, y luego le condujo por el corredor.

—Los chicos se han retirado —explicó—; como recordará, aquí se madruga. Pero al menos, se unirá a nosotros dentro de un momento en la *Bruderstube*, y tomará una taza de café —era precisamente lo que el comerciante en sedas había esperado, y aceptó con una prontitud que pretendió atemperar con la gracia—. Y mañana —prosiguió el *Bruder*— tiene que venir a pasar el día entero con nosotros. Puede que incluso encuentre a algún conocido, ya que varios alumnos de sus tiempos han vuelto aquí como profesores.

Por los ojos de este hombre cruzó fugazmente una expresión que sobresaltó al visitante. Pero desapareció con la misma celeridad con que había asomado. Fue imposible precisarla. Harris tuvo el convencimiento de que fue el efecto de una sombra proyectada por la lámpara de la pared, junto a la que acababan de pasar. La apartó de su mente.

—Es usted muy amable —dijo con cortesía—. No puede imaginar la alegría que supone para mí visitar de nuevo el colegio. ¡Ah! —se detuvo de repente ante una puerta cuya mitad superior era de cristal, y miró al interior—, ésta era una de las aulas de música donde yo solía practicar el violín. ¡Cómo me vuelve el recuerdo, después de tantos años!

El *Bruder* Kalkmann se detuvo indulgente, sonriendo, a fin de permitir que su invitado mirase unos momentos.

—¿Tienen aún la orquesta de chicos? Recuerdo que yo tocaba en ella el *zweite Geige*. La dirigía el *Bruder* Schliemann al piano. ¡Dios mío, todavía puedo verle con su cabello largo y blanco y... y...! —calló de repente. Otra vez cruzó esa expresión oscura y enigmática por el rostro grave de su compañero. Por un instante, le pareció extrañamente familiar.

—Aún seguimos teniendo la orquesta de alumnos —dijo—; pero lamento decir que el *Bruder* Schliemann... —vaciló un instante, y luego añadió—: que el *Bruder* Schliemann falleció.

—Vaya por Dios —se apresuró a decir Harris—, lo siento de veras.

Le invadió una ligera zozobra, aunque no fue capaz de determinar si se debía a la noticia del fallecimiento de su antiguo profesor de música, o... a alguna otra cosa. Miró hacia el corredor que se perdía en las sombras. En la calle y el pueblo, todo le había parecido mucho más pequeño de como él lo recordaba; en cambio aquí, en el interior del edificio, todo parecía mucho más grande. El corredor era más alto y más largo, más amplio y enorme, que la representación mental que él conservaba. Sus pensamientos vagaron un instante en una atmósfera de ensueño.

Alzó los ojos y vio el rostro del *Bruder* observándole con una sonrisa de paciente indulgencia.

—Le dominan los recuerdos —comentó afable, y su expresión severa dio paso a otra casi compasiva.

—Tiene razón —replicó el hombre de las sedas—. En cierto modo, fue el período más maravilloso de mi vida. En aquel entonces, lo odiaba... —vaciló; no quería herir

los sentimientos del Hermano.

—Según las ideas inglesas, parecía riguroso, desde luego —dijo el otro, convincente; de manera que Harris prosiguió:

—... Sí, en parte eso; y en parte, la perpetua nostalgia, y la soledad que suponía no poder estar nunca solo. En los colegios ingleses, los chicos gozan de una especial libertad.

Vio que el *Bruder Kalkmann* le escuchaba con atención.

—Pero dio un resultado que jamás se me ha borrado del todo —continuó con timidez—, y por el que estoy agradecido.

—*Ah! Wie so, denn?*

—El constante sufrimiento interior me arrojó en brazos de su vida religiosa, de manera que toda la fuerza de mi ser se proyectó en la búsqueda de una satisfacción más profunda... de un lugar de descanso para el alma. Durante mis dos años aquí, anhelé a Dios a mi manera juvenil como quizá no haya anhelado nada desde entonces. Es más: nunca he perdido por completo esa sensación de paz y gozo interior que acompañó a esa búsqueda. Jamás he olvidado este colegio y las cosas profundas que me enseñaron en él.

Calló tras este largo discurso, y un breve silencio descendió entre los dos. Temía haber hablado demasiado, o haberse expresado con torpeza en la lengua extranjera; y cuando el *Bruder Kalkmann* posó su mano en su hombro, experimentó un involuntario sobresalto.

—Quizá los recuerdos me dominan con fuerza —añadió, disculpándose—; y este largo corredor, estas aulas, esa oscura puerta con cerrojos de la entrada, todas estas cosas, tocan fibras que... que... —le falló su alemán, y dirigió una mirada a su compañero con una sonrisa y un gesto explicativos. Pero el Hermano había retirado la mano de su hombro y estaba inmóvil de espaldas a él, mirando hacia el corredor.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a decir, sin volverse—. *Es ist doch selbstverständlich*. Todos lo comprenderemos.

A continuación se volvió de repente, y Harris vio que su rostro se había vuelto casi desagradablemente siniestro. Quizá no eran más que sombras, otra vez, jugando con las mortecinas lámparas de aceite de la pared, ya que se disipó instantáneamente su tenebrosa expresión al reanudar ambos su marcha por el corredor; pero el inglés tuvo la impresión, en cierto modo, de que había dicho algo inconveniente, algo que no era del agrado del otro. Se detuvieron ante la puerta de la *Bruderstube*. Harris comprendió que era tarde, y que quizá se había entretenido demasiado tiempo hablando. Manifestó intención de irse, pero su compañero no lo consintió.

—Tiene que tomar una taza de café con nosotros —dijo con firmeza, como aparentando seriedad—; a mis colegas les encantará saludarle. Algunos de ellos se acordarán sin duda de usted.

A través de la puerta llegaba un grato rumor de voces, voces de hombres hablando a la vez. El *Bruder Kalkmann* hizo girar el picaporte y entraron en la sala

completamente iluminada y llena de gente.

—Ah, ¿cómo se llama? —susurró el Hermano, inclinando la cabeza para captar la respuesta—; aún no me ha dicho su nombre.

—Harris —dijo el inglés con presteza mientras entraban. Se sintió nervioso al cruzar el umbral; pero atribuyó esta momentánea inquietud al hecho de que estaba quebrantando la regla más estricta de la institución, que prohibía a un chico, bajo los castigos más severos, acercarse a este sanctasanctórum donde los profesores gozaban de su breve descanso.

—Ah, sí, por supuesto: Harris —repitió el otro como para memorizarlo—. Pase, Herr Harris, por favor. Su visita será inmensamente apreciada. Es un detalle magnífico por su parte haber venido de esta manera.

Se cerró la puerta tras ellos, y con la súbita luz, que le deslumbró unos momentos, no se percató de lo exagerado de estas expresiones. Oyó la voz del *Bruder Kalkmann* presentándole. La verdad era que hablaba muy alto; innecesaria, absurdamente alto, pensó Harris:

—Hermanos —anunció—, es para mí un honor y un placer presentaros a Harris, de Inglaterra. Acaba de llegar para hacernos una pequeña visita, y ya le he expresado, en nombre de todos nosotros, la satisfacción que nos produce su presencia aquí. Fue, como recordaréis, alumno en los años setenta.

Fue una presentación muy protocolaria, muy alemana, aunque a Harris le gustó. Le hizo sentirse importante, y apreció el tacto con que hizo que pareciese casi como si le hubiesen estado esperando.

Se levantaron las negras figuras y saludaron con una inclinación de cabeza. Harris saludó a su vez; y lo mismo Kalkmann. Todo el mundo se mostró muy educado y cortés. La sala rebosaba de figuras movientes; la luz le cegaba, después de la lóbreguez del corredor; había un humo espeso de cigarros en el ambiente. Cogió la silla que le ofrecían dos de los Hermanos y se sentó, con la impresión de que su capacidad perceptiva no era tan aguda y clara como de costumbre. Se sentía un poco ofuscado, quizá; y el sortilegio del pasado le invadió con tal fuerza que le hacía confundir el presente inmediato, reduciéndolo todo, extrañamente, a las dimensiones de antaño. Le pareció que le embargaba un estado de ánimo que era reproducción combinada de todos los estados de ánimo de su niñez olvidada.

Hizo entonces un gran esfuerzo por serenarse, y participó en la conversación, cuyo murmullo comenzaba otra vez a su alrededor. Más aún, intervino en ella con sumo placer, ya que los Hermanos —había quizá una docena en la pequeña habitación— le trataban con una gracia especial que en seguida hizo que se sintiera uno más. Esto le producía, por otra parte, una sutil satisfacción. Se daba cuenta de que había escapado del vulgar y codicioso mundo de las sedas y los mercados y las ganancias, de que había entrado en un ambiente puro donde prevalecían los ideales espirituales y la vida era sencilla y devota. Todo le cautivaba infinitamente, de manera que comprendía —sí, en cierto sentido— la degradación que suponía haber

vivido inmerso en los negocios durante veinte años. Esta atmósfera penetrante bajo las estrellas, donde los hombres pensaban sólo en sus almas y en las almas de los demás, era demasiado sutil para el mundo con el que ahora se relacionaba. Se descubrió a sí mismo haciendo comparaciones en las que salía perdiendo — comparaciones entre el pequeño y místico soñador que hacía treinta años abandonara la paz severa de esta devota comunidad, y el hombre de mundo en que se había convertido desde entonces—, y el contraste le produjo un vivo pesar, y algo así como desprecio de sí mismo.

Observó las otras caras que flotaban alrededor de él en el humo del tabaco —ese humo acre de cigarros que recordaba tan bien—: qué profundas las veía, qué firmes y plácidas, y dotadas de la nobleza de los grandes objetivos y los fines desinteresados. Se fijó en una o dos en particular. No sabía por qué. Le fascinaban. Había en ellas severidad, inflexibilidad; y algo, también, singularmente, sutilmente familiar que se le escapaba. Pero cada vez que los ojos de esas caras se encontraban con los suyos le transmitían un innegable mensaje de bienvenida; otras contenían algo más: una especie de perpleja admiración, pensó; algo que estaba entre la estima y la deferencia. Esta nota de respeto en todos los rostros halagaba enormemente su vanidad.

Al poco rato sirvieron el café, hecho por un Hermano de cabello negro que estaba sentado en un rincón, junto al piano, y tenía un notable parecido con el *Bruder Schliemann*, el director de música de hacía treinta años. Harris intercambió saludos con él cuando tomó la taza de sus manos blancas; manos como de mujer, observó. Encendió el cigarro que le ofreció un vecino con el que departía agradablemente, el cual, a la llamarada de la cerilla, le recordó bastante, por un momento, al *Bruder Pagel*, su antiguo jefe de dormitorio.

—*Es ist wirklich merkwürdig* —dijo—; cuántos parecidos veo, o me parece ver. ¡Es realmente curioso!

—Sí —replicó el otro, mirándole por encima de su taza de café—. Es asombrosa la magia del lugar. Comprendo que surjan viejas caras a los ojos de su imaginación... y que casi se borren las nuestras.

Se echaron a reír los dos de buen humor. Era un alivio comprobar que comprendían y apreciaban su estado de ánimo. Y pasaron a hablar de la colonia de la montaña, de su soledad, de lo aislada que estaba del mundo, de lo idónea que era para la meditación y el culto, y para el desarrollo espiritual... de cierta índole.

—Su llegada de esta manera, *Herr Harris*, nos ha producido a todos una inmensa alegría —terció el *Bruder* que tenía a su izquierda—. Eso le hace merecedor de nuestra más alta estima. Le rendimos homenaje por ello.

Harris hizo un gesto de súplica.

—Me temo que se trata sólo de una satisfacción egoísta, por mi parte —dijo un tanto untuosamente.

—No todos habrían tenido ese valor —añadió el que se parecía al *Bruder Pagel*.

—¿Se refiere —dijo Harris, un poco desconcertado— a los recuerdos

turbadores...?

El *Bruder* Pagel le miró fijamente, con inequívoca admiración y respeto.

—Me refiero a que la mayoría de los hombres se aferran a la vida con todas sus fuerzas, y renuncian a muy poco por sus creencias —dijo gravemente.

El inglés se sintió ligeramente desasosegado. Desde luego, estos hombres respetables daban demasiada importancia a su excursión sentimental. Además, se le estaba escapando el hilo de la conversación. Apenas podía seguirla.

—Aún tiene la vida mundana *ciertos* encantos para mí —replicó sonriendo, como para indicar que todavía no estaba la santidad al alcance de su mano.

—Con mayor motivo debemos rendirle homenaje, entonces, por venir espontáneamente —dijo el Hermano de su izquierda—; ¡de manera tan incondicional!

Siguió una pausa, y el comerciante en sedas sintió alivio cuando la conversación tomó un giro más general, aunque notaba que nunca se alejaba demasiado del tema de su visita, y de las maravillosas condiciones de la colonia solitaria para quienes desearan desarrollar sus potencias espirituales y practicar los ritos de un culto elevado. Se sumaron otros a la conversación, y alabaron su conocimiento de la lengua, haciendo que se sintiera totalmente a gusto, aunque al mismo tiempo un poco incómodo, debido a lo excesivo de tanta admiración. Al fin y al cabo, suponía muy poco sacrificio esta pequeña excursión.

El tiempo pasaba deprisa; el café era excelente, dos cigarros suaves y con un aroma a nuez que le encantaba. Por último, temiendo haber estado más de lo conveniente, se levantó con desgana para despedirse. Pero los demás no quisieron ni oír hablar de ello. No era frecuente que un antiguo alumno volviese a visitarles de esta manera tan sencilla y espontánea. La noche acababa de empezar. Si era preciso, incluso podían encontrarle un rincón arriba en el gran *Schlafzimmer*. Le convencieron fácilmente para que se quedase un poco más. En cierto modo, se había convertido en centro de la reunión. Se sentía complacido, halagado, agasajado.

—Quizá el *Bruder* Schliemann pueda tocarnos algo... ahora.

Era Kalkmann el que hablaba, y Harris se sobresaltó visiblemente al oír ese nombre y ver volverse sonriente al hombre del cabello negro que estaba ante el piano. Porque así era como se llamaba su antiguo profesor de música, que había fallecido. ¿Sería éste hijo suyo? Eran exactamente iguales.

—Si el *Bruder* Meyer no ha acostado a sus *Amati*, le acompañaré —dijo el músico, insinuante, mirando desde el otro extremo a un hombre en el que Harris aún no había reparado y que, ahora se daba cuenta, era la viva imagen de un antiguo profesor llamado así.

Se levantó Meyer y se excusó con una ligera inclinación de cabeza; y el inglés observó en seguida un gesto peculiar en él, como si su cuello tuviese una articulación defectuosa con el tronco, justo debajo del cuello de la camisa, y temiese que se le fuera a romper. Meyer tenía de antiguo ese movimiento característico. Harris recordó

cómo solían remedarlo los chicos.

Miró con atención los rostros, uno tras otro; le parecía como si un proceso invisible y silencioso estuviese transformando las cosas a su alrededor. Todas las caras le parecían asombrosamente familiares. Pagel, el Hermano con el que había estado hablando, era desde luego la viva imagen de Pagel, su antiguo jefe de dormitorio; y Kalkmann, ahora se daba cuenta, era fiel reflejo de otro profesor cuyo nombre había olvidado por completo, pero que le había caído sumamente antipático en los viejos tiempos. Y a través del humo, mirándole desde los rincones de la habitación, vio que todos los hermanos tenían rostros que él había conocido, y con los que había convivido hacía mucho tiempo: Róst, Fluheim, Meinert, Rigel, Gysin.

Se fijó con más atención. De repente, aumentó su inquietud: en todas partes veía, o imaginaba ver, extraños parecidos, semejanzas espectrales... más aún: rostros idénticos a los de hacía años. Había algo singular en todo ello, algo no completamente normal que le llenaba de desasosiego. Se estremeció mental y físicamente; apartó el humo de sus ojos exhalando una larga bocanada de aire; y al hacerlo, notó para alarma suya que todos le miraban fijamente. Le estaban vigilando.

Esto le devolvió el dominio de sus sentidos. Como inglés, y extranjero, no quería ser descortés, ni hacer nada que le pusiese en evidencia y estropeara la armonía de la velada. Era un invitado; un invitado privilegiado, además. Por otra parte, había empezado ya la música. Los largos y blancos dedos del *Bruder Schliemann* acariciaban las teclas con algún propósito.

Se arrellanó en su silla, y siguió fumando con los ojos semicerrados, aunque observándolo todo.

Pero los escalofríos se habían apoderado de su ser y, quisiera o no, se repetían continuamente. Del mismo modo que una ciudad del interior junto al curso alto de un río siente el influjo lejano del mar, así percibía él que de algún punto de esta pequeña habitación repleta de humo que no alcanzaba a determinar se estaban levantando fuerzas poderosas contra su alma. Empezaba a sentirse alarmado por demás.

Y mientras el aire se llenaba de música, su cerebro empezó a aclararse. Como un velo: así se levantó algo que hasta ahora le había oscurecido la visión. Por su mente cruzaron de forma espontánea las palabras del sacerdote, en la posada de la estación: «Lo encontrará distinto». Y también —aunque no sabía por qué— vio mentalmente los ojos asombrosos, firmes, de aquel otro comensal, el hombre que había oído sus palabras, y después había trabado grave conversación con el sacerdote. Sacó el reloj y le echó una ojeada. Habían transcurrido dos horas. Eran ya las once.

Schliemann, entretanto, absorto en su música, atacaba unos compases solemnes. El piano sonaba maravillosamente. La fuerza de una gran convicción, la sencillez del gran arte, el mensaje vital, espiritual, de un alma que se ha encontrado a sí misma... todo esto, y mucho más, contenían sus acordes; y no obstante, de algún modo, era una música que sólo podía describirse como impura: atroz y diabólicamente impura. La misma pieza, aunque Harris no la conocía, era sin duda música de una Misa:

elevada, majestuosa... ¿oscura? Se abrió paso a través del humo de la habitación con una fuerza lenta; era como el avance de algo poderoso aunque profundamente íntimo; y difundiéndose, hacía aflorar a todos y cada uno de los rostros que rodeaban a Harris el sello de esas fuerzas tremendas de las que era símbolo audible. Los semblantes de su alrededor se volvían siniestros; pero no vacía y negativamente siniestros, sino llenos de tenebrosos designios. Recordó, de pronto, el rostro del *Bruder Kalkmann* en el corredor, unas horas antes. De los ojos, las bocas, las frentes de todos ellos emergían los secretos motivos de sus almas y quedaban flotando allí, a la vista, como negros estandartes de una legión de seres infortunados y caídos. Demonios: ésa es la espantosa palabra que surgió en su cerebro como una cortina de fuego.

Al irrumpir en él este súbito descubrimiento, perdió por un momento su sangre fría. Y sin pararse a pensar o sopesar su extraordinaria impresión, hizo algo estúpido aunque muy natural. Impulsado irresistiblemente por la inesperada tensión a hacer algo, se levantó de un salto... y gritó. Ante su propio asombro, ¡se levantó y profirió un grito!

Pero nadie se movió. Nadie, al parecer, hizo el menor caso de su absurdo y extravagante comportamiento. Fue casi como si nadie más que él hubiese oído el grito; como si lo hubiera ahogado y se lo hubiera tragado la música; como si no hubiese gritado, quizá, tan fuerte como había imaginado, o como si no hubiese gritado en absoluto.

Luego, al mirar los rostros inmóviles y sombríos que tenía ante sí, algo frío le inundó el ser y le llegó al alma... Le heló de repente toda emoción, dejándole como una marea al retirarse. Se volvió a sentar, avergonzado, mortificado, irritado consigo mismo por haberse conducido como un estúpido y un crío. Y la música, entretanto, seguía brotando de los dedos pálidos, largos como reptiles, del *Bruder Schliemann*, como podría brotar vino envenenado de la boca misteriosa de una antigua redoma.

Y al igual que los demás, Harris bebía de ese vino.

Forzándose a creer que había sido víctima de alguna especie de ilusión, reprimió sus sentimientos. Luego, al poco rato, cesó la música, y todos aplaudieron y comenzaron a hablar a la vez, riendo, cambiando de asiento, felicitando al ejecutante, y mostrándose con naturalidad y soltura como si no hubiese sucedido nada fuera de lo normal. Otra vez volvieron los rostros a parecer normales. Los Hermanos se apiñaron en torno al visitante, y éste se unió a la conversación; incluso se oyó a sí mismo dar las gracias al excelente músico.

Pero, al mismo tiempo, se descubrió a sí mismo desplazándose disimuladamente hacia la puerta, cambiando de silla cuando tenía ocasión, y sumándose a los grupos que estaban en su trayectoria de huida.

—Quiero darles las gracias a todos *tausendmal* por esta pequeña recepción y el gran placer... el gran honor que me han dispensado —empezó con voz decidida, por fin—. Pero me temo que he abusado ya demasiado de su hospitalidad. Además, tengo que recorrer aún un largo trecho hasta la posada donde me hospedo.

Un coro de voces respondió a sus palabras. No estaban dispuestos a consentir que se fuera... al menos, sin haber tomado antes algún refrigerio. Sacaron *Pumpernickel* —pan de centeno— de una alacena, y salchichas de otra, y se pusieron todos a hablar y a comer a la vez. Hicieron más café, encendieron nuevos cigarros, y el *Bruder Meyer* sacó su violín y se puso a tocar una suave tonada.

—Siempre habrá una cama arriba, si *Herr Harris* quiere aceptarla —dijo uno.

—Y es difícil encontrar la salida ahora, porque están todas las puertas cerradas —rió otro sonoramente.

—Aceptemos nuestros placeres sencillos como vienen —exclamó un tercero—. El *Bruder Harris* comprende sin duda cuánto apreciamos el honor de esta última visita suya.

Le brindaron una docena de excusas. Todos reían como si la cortesía de sus palabras no fuese sino una formalidad, y ocultaran débilmente —más débilmente cada vez— un significado muy distinto.

—Y está próxima la medianoche —añadió *Bruder Kalkmann* con encantadora sonrisa, pero con una voz que al inglés le sonó como el chirrido de unos goznes de hierro.

A Harris le daba la impresión de que el alemán que hablaban era cada vez menos inteligible. Observó que le llamaban «*Bruder*» también, catalogándolo como uno de ellos.

Y entonces, de repente, tuvo un destello de clarividencia, y comprendió, al tiempo que se le erizaba la piel, que había estado tergiversándolo todo... interpretando erróneamente todo cuanto decían. Habían hablado de la belleza del lugar, de su aislamiento y lejanía del mundo, de su especial idoneidad para ciertas clases de culto y desarrollo espiritual... aunque no —ahora se daba cuenta— en el sentido en que él había entendido estas palabras. Habían querido decir algo muy distinto. Sus poderes espirituales, su deseo de soledad, su pasión por el culto, no eran los poderes, la soledad y el culto que *él* pensaba y entendía. Se vio a sí mismo desempeñando un papel en una horrible mascarada; se hallaba entre hombres que cubrían sus vidas con la religión para poder dedicarse a sus verdaderos fines, lejos de la mirada de los hombres.

¿Qué significaba todo esto? ¿Cómo se había metido en tan equívoca situación? Pero ¿se había metido él, en realidad? ¿No había sido conducido a ella deliberadamente? Los pensamientos se le confundían, y empezaba a perder la confianza en sí mismo. ¿Y por qué les había impresionado tanto, pensó de repente otra vez, que hubiera vuelto a visitar su antiguo colegio? ¿Qué había de admirable y asombroso en esta acción tan sencilla? ¿Por qué consideraban tan meritorio que hubiese tenido el valor de venir, de «darse espontáneamente», «incondicionalmente», como había dicho uno de ellos con burlona exageración?

El corazón se le encogió de miedo, aunque no encontró respuesta a ninguna de sus interrogantes. Sólo una cosa comprendía ahora con claridad: el propósito de todos

era retenerle aquí; no querían que se fuera. Y desde este momento se dio cuenta de que eran siniestros, temibles y, de alguna manera que aún tenía que descubrir, hostiles a él, enemigos de su vida. Y la frase que uno de ellos había empleado hacía un momento: «Esta *última* visita suya», se alzó ante sus ojos con letras de fuego.

Harris no era hombre de acción, y jamás, a lo largo de su carrera, había sabido lo que era estar en una situación de verdadero peligro. No era exactamente un cobarde; aunque sí, quizá, un hombre de nervios inexpertos. Al fin había comprendido con claridad que estaba en un mal paso, y que tenía que enfrentarse a individuos que iban en serio. Sospechaba muy vagamente cuáles eran sus intenciones. Su cerebro, desde luego, estaba demasiado confuso para discurrir con claridad, y sólo era capaz de seguir a ciegas los instintos más fuertes que se agitaban en él. Ni por un momento se le ocurrió que estuviesen locos los Hermanos, o que él mismo hubiese perdido temporalmente el juicio y estuviese sufriendo alguna terrible alucinación. En realidad, no se le ocurría nada, ni comprendía nada... salvo que quería huir, y cuanto antes mejor. Un tremendo torbellino de sentimientos se desató en su interior, y le dominó.

Así que, sin más protestas de momento, se comió su porción de pan de centeno, se bebió su café, y siguió hablando con toda la naturalidad y buen humor de que era capaz; y transcurrido un discreto intervalo, se puso en pie y anunció otra vez que ahora debía marcharse. Habló con serenidad, aunque con determinación. Ninguno de los que le oyeron podía tener duda de que se disponía a hacer lo que decía. A todo esto estaba muy cerca de la puerta.

—Siento —dijo, utilizando su mejor alemán, y hablando a una habitación acallada— que nuestra grata velada tenga que terminar, pero es hora ya de desearles a todos buenas noches —y a continuación, como nadie dijo nada, añadió, aunque algo menos seguro—: y de agradecerles sinceramente su hospitalidad.

—Al contrario —replicó Kalkmann al instante, levantándose de su silla e ignorando la mano que el inglés le tendía—, somos nosotros quienes tenemos que darle las gracias; y lo hacemos con franqueza y de todo corazón.

Y al mismo tiempo, lo menos media docena de Hermanos tomaron posiciones entre él y la puerta.

—Muy amable por su parte —replicó Harris con toda la firmeza que pudo, al tiempo que observaba este movimiento por el rabillo del ojo—; pero no imaginaba que... esta pequeña visita casual les reportase tanta alegría —dio otro paso hacia la puerta, pero el *Bruder* Schliemann cruzó rápidamente la habitación y se plantó delante de él. Su actitud era tajante. Una expresión sombría y terrible había asomado a su semblante.

—No ha sido casual su llegada, *Bruder* Harris —dijo, de manera que todos los reunidos pudieran oírle—. Sin duda no hemos interpretado mal su presencia aquí, ¿verdad? —alzó sus cejas negras.

—No, no —se apresuró a replicar el inglés—. Para mí, ha sido... es un placer

estar aquí. Repito que me he sentido encantado de encontrarme entre ustedes. No me malinterprete, por favor —su voz vaciló un poco; le costaba encontrar las palabras. Cada vez tenía más dificultad, también, en comprenderles a ellos.

—Por supuesto —intervino el *Bruder* Kalkmann con su baja voz de hierro— que no le hemos malinterpretado. Usted ha regresado movido por una sincera y generosa devoción. Usted se ofrece voluntariamente, y todos nosotros apreciamos su gesto. Su buena disposición y su nobleza han conquistado por completo nuestra veneración y respeto —un débil murmullo de aprobación recorrió la sala—. Lo que nos encanta a todos, lo que agradará de manera especial a nuestro gran Maestro, es el valor de su espontánea y voluntaria...

Empleó un término que Harris no entendió. Dijo «*Opfer*». El confundido inglés buscó en su cerebro su traducción, aunque en vano. Por ninguna de las maneras podía recordar su significado. Sin embargo, pese a su incapacidad para traducirla, la palabra le heló el alma. Se sintió como un ser desvalido, perdido; y a partir de este instante le abandonó toda fuerza para luchar.

—Es magnífico, ser voluntariamente... —añadió Schliemann, avanzando despacio hacia él, con una expresión maliciosa y terrible en su rostro. Utilizó el mismo término: «*Opfer*».

¡Dios mío! ¿Qué significaba todo esto? «¡ofrecerse a sí mismo!». «¡Verdadero espíritu de devoción», «espontáneo», «generoso», «magnífico»! ¡*Opfer, Opfer, Opfer!* ¿Qué quería decir, en nombre de Dios, esa palabra extraña y misteriosa que le encogía el corazón?

Hizo un valeroso esfuerzo por mantener la presencia de ánimo y conservar los nervios. Al volverse, vio el rostro mortalmente pálido de Kalkmann. ¡Kalkmann! Eso lo comprendía perfectamente. *Kalkmann* significaba «Hombre de Cal»; eso lo sabía. Pero ¿qué quería decir «*Opfer*»? Ésta era la verdadera clave de la situación. Las palabras desfilaban en un flujo interminable por su mente confusa (palabras desusadas y raras que había oído quizá una vez en su vida) mientras que «*Opfer*», un término corriente, se le escapaba por completo. ¡Qué burla más extraordinaria era todo esto!

Entonces Kalkmann, pálido como la muerte, pero con el rostro duro como el hierro, dijo algo en voz baja que Harris no captó, y los Hermanos que estaban de pie junto a la pared bajaron inmediatamente la luz de las lámparas, de manera que la habitación quedó en la penumbra. En esta media luz, Harris apenas distinguió sus caras y sus movimientos.

—Es la hora —oyó que proseguía la voz implacable de Kalkmann, detrás de él—. Casi son las doce. Preparémonos. ¡Ya viene! ¡Ya viene el *Bruder* Asmodelius! —su voz se elevó a manera de cántico.

Y este nombre, por alguna extraordinaria razón, fue terrible... absolutamente terrible; al punto que Harris se estremeció de pies a cabeza al oírlo. Su sonido llenó el aire como un trueno suave, e impuso silencio en toda la habitación. En torno a Harris

surgieron fuerzas que convirtieron lo normal en pavoroso, y un miedo enervante invadió todo su ser, llevándole al borde del colapso.

¡*Asmodelius!* ¡*Asmodelius!* El nombre era sobrecogedor. Porque al fin comprendió a quién aludía y el sentido que encerraban esas grandes sílabas. En este mismo instante, también, comprendió el significado de la palabra que no recordaba: la equivalencia de “*Opfer*” se iluminó en su alma como un mensaje de muerte.

Pensó hacer un esfuerzo desesperado por llegar a la puerta, pero la debilidad de sus rodillas temblorosas y la fila de figuras negras que se interponían le hicieron desistir. Habría gritado pidiendo socorro, pero recordó lo vacío y solitario que estaba el inmenso edificio, y comprendió que ninguna ayuda podía llegarle por ahí; así que mantuvo la boca cerrada. Se quedó de pie donde estaba, sin hacer nada. Pero ahora sabía lo que iba a ocurrir.

Dos de los Hermanos se acercaron a él y le cogieron suavemente de los brazos.

—El *Bruder Asmodelius* te acepta —susurraron—. ¿Estás preparado?

Ahora recobró el habla, y trató de decir algo.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con ese *Bruder Asm...* *Asmo...*? —tartamudeó, al agolpársele en vano un sinfín de palabras en su lengua vacilante.

El nombre se negó a salir de sus labios. No pudo pronunciarlo como ellos. No pudo pronunciarlo en absoluto. Su sensación de desamparo se hizo intensa; porque esta imposibilidad de decir el nombre le sumió en una nueva y horrible confusión mental, y aumentó su agitación de manera extraordinaria.

—He venido a hacer una visita amistosa, intentó decir con gran esfuerzo; pero para su consternación, oyó que su voz decía algo muy distinto, y que incluso empleaba la misma palabra que todos habían utilizado:

—He venido aquí voluntariamente como *Opfer* —oyó que decía su propia voz—; *estoy totalmente preparado*.

¡Estaba irremisiblemente perdido! No sólo su cabeza, sino los músculos de su cuerpo habían escapado a su control. Se daba cuenta de que bordeaba los confines de un mundo fantasmal o demoníaco..., un mundo en el que el nombre pronunciado designaba a su Señor, y era palabra de supremo poder.

Lo que siguió, lo oyó y lo vio inmerso en una pesadilla.

—A la media luz que vela toda verdad, dispongámonos a rendir culto y adoración —salmodió Schliemann, que le había precedido hasta el fondo de la habitación.

—En las brumas que protegen nuestros rostros ante el Trono Negro, preparemos a la víctima voluntaria —repitió Kalkmann con su voz de sochantre.

Alzaron sus rostros, escucharon expectantes, mientras un ruido rugiente, como el vuelo de poderosos proyectiles, llenaba el aire a lo lejos, muy lejos, prodigioso y tremendo. Temblaron las paredes de la habitación.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene! —salmodiaron los Hermanos a coro.

Se desvaneció el rugiente ruido, y una atmósfera de frío y de quietud se asentó en toda la habitación. Entonces Kalkmann, sombrío, indeciblemente severo, salió a la

luz confusa y se volvió hacia el resto.

—Asmodelius, nuestro *Hauptbruder*, está con nosotros —exclamó en un tono que, aunque tembloroso, era sin embargo de hierro—. Asmodelius está con nosotros. Preparaos.

Siguió una pausa en la que nadie se movió ni dijo nada. Un Hermano de gran estatura se acercó al inglés; pero Kalkmann contuvo su mano.

—Que sus ojos permanezcan descubiertos —dijo—, en honor a haberse ofrecido voluntariamente.

Y para su horror, Harris se dio cuenta por primera vez de que tenía ya las manos atadas a los costados.

El Hermano se retiró otra vez en silencio; y en la pausa que siguió, todas las figuras de su alrededor se pusieron de rodillas, dejándole de pie solo; y al arrodillarse, entre susurros en los que la devoción se mezclaba con el miedo, invocaban suave, odiosa, sobrecogidamente, el nombre del Ser que esperaban ver aparecer.

Entonces, en el fondo de la habitación —de donde parecían haber desaparecido las ventanas, de forma que se veían las estrellas— surgió contra el cielo nocturno, enorme y terrible, la silueta de un hombre. La envolvía una especie de halo gris que le daba semejanza de una estatua revestida de acero, inmensa, imponente, horrible en su lejano esplendor, en tanto el rostro se revelaba tan espiritualmente poderoso, y a la vez tan orgullosa y austeramente triste, que a Harris le pareció al mirarlo que era más de lo que sus ojos podían soportar, y que de un momento a otro iba a fallarle la vista, y se iba a hundir en la inconsciencia.

Tan remota e inaccesible se alzaba esta figura que no había modo de calcular sus dimensiones; aunque, al mismo tiempo, estaba tan extrañamente cerca que cuando se inclinó sobre su alma el resplandor grisáceo de su rostro abatido, augusto, lúgubre, latiendo como una estrella oscura con los poderes del mal espiritual, le pareció casi como si contemplase un rostro no más alejado de él que el de cualquiera de los Hermanos que estaban a su lado.

Y a continuación, la sala se pobló de voces que Harris identificó claramente como los gritos angustiados de otros que le habían precedido durante una larga serie de años. Primero le llegó el intenso, agudo alarido de un hombre en su agonía, ahogado por su aliento, y pronunciando no obstante, con su último suspiro, el nombre del Culto... del Ser que se complacía en oírlo. Los gritos de los estrangulados; el seco jadear de los asfixiados, el gorgoteo de las gargantas atenazadas, todas estas cosas, y más, resonaban de uno a otro lado entre las paredes, las mismas que ahora le tenían prisionero como víctima sacrificial. Y los gemidos, también, no sólo de los cuerpos quebrantados, sino —mucho peor— de las almas vencidas y rotas. Y mientras este coro espantoso se elevaba y descendía, surgieron los rostros de los seres desventurados a los que pertenecían; y sobre el telón de luz pálida y grisácea vio desfilar ante él, flotando en el aire, una serie de semblantes humanos, blancos, patéticos, que parecían hacerle señas y balbucearle como si ya le considerasen uno de

ellos.

Y lentamente, mientras se elevaban estas voces, y desfilaba la pálida multitud, descendió del cielo la figura gigantesca y se acercó a la habitación donde estaban su prisionero y los adoradores. Alzaron y bajaron éstos las manos a su alrededor, en la oscuridad, y Harris notó que le ponían una ropa distinta de la suya; un cerco de hielo pareció rodearle la cabeza, mientras le apretaban una correa alrededor de la cintura, ciñéndole los brazos. Finalmente, sintió alrededor del cuello un roce suave y sedoso, y comprendió —mejor que si hubiese estado a plena luz y ante un espejo—, comprendió, que era el cordón del sacrificio... y de la muerte.

En ese instante los Hermanos, todavía postrados en el suelo, comenzaron de nuevo su lúgubre aunque apasionada salmodia; y al hacerlo, sucedió algo extraño. Porque sin mover ni cambiar aparentemente de postura, la enorme figura, de repente, pareció estar dentro de la habitación, casi junto a él, y llenar el espacio a su alrededor excluyendo todo lo demás.

Harris había sobrepasado todas las gradaciones ordinarias del miedo; sólo un sentimiento opaco, como de muerte —de muerte del alma—, se agitaba en su corazón. Ni siquiera le vinieron ya pensamientos de escapar. El fin estaba cerca, y lo sabía.

A su alrededor se elevó como una oleada el horrible cántico de voces: «¡Te adoramos! ¡Te rendimos culto! ¡Te ofrendamos!» Los cánticos le llenaban los oídos y, casi incoherentes, le martilleaban el cerebro.

Entonces el rostro majestuoso y gris se inclinó lentamente sobre él, y Harris notó que le abandonaba el alma y era absorbida por el mar de esos ojos angustiados. Al mismo tiempo, una docena de manos le obligaron a arrodillarse; y vio levantado en el aire, ante sí, el brazo de Kalkmann, y sintió que aumentaba la presión alrededor de su cuello.

Y en este momento espantoso en que había perdido toda esperanza, y parecía imposible cualquier ayuda de los dioses o los hombres, ocurrió algo extraño. Porque ante su mirada borrosa y aterrada surgió, como en un sueño de luz —aunque sin causa ni motivo—, incomprensiblemente, el rostro de aquel otro hombre que había estado cenando en la posada de la estación. Y el ver, siquiera mentalmente, aquella cara inglesa, firme, sana, vigorosa, le infundió de repente un nuevo valor.

Fue sólo una visión fugaz, antes de hundirse en una muerte oscura y terrible; aunque, de alguna manera inexplicable, la visión de ese rostro hizo nacer en él una esperanza invencible, y la certeza de la liberación. Era un rostro dotado de poder; un rostro, ahora se daba cuenta, bondadoso y sencillo, como el que vieron, quizá, los hombres de la antigüedad en las playas de Galilea: un rostro, en verdad, capaz de doblegar a los demonios de los espacios exteriores.

Y, en su desesperación y desamparo, apeló a él, y lo invocó con palabras nada vacilantes. Encontró voz, en ese trance de agonía, para decir algo; aunque jamás ha podido recordar qué palabras fueron en realidad, ni si las dijo en inglés o en alemán.

Su efecto, no obstante, fue instantáneo. Los Hermanos comprendieron, y comprendió la maligna Figura gris.

Durante un segundo, la confusión fue terrible. Se produjo un estallido. Se estremeció la misma tierra. Todo lo que Harris recordaba después es que en torno suyo se alzó un clamor de alarma.

—¡Un hombre de Dios! ¡Un hombre de poder está con nosotros!

Repetía el vasto tumulto de voces, cruzando el espacio como enormes proyectiles... y Harris se desplomó en el suelo de la sala, inconsciente. La escena entera se desvaneció; se desvaneció como el humo sobre el tejado de una casa cuando sopla el viento.

Y, a su lado, se hallaba sentada una figura muy poco alemana: la figura del desconocido de la posada, el hombre de los «ojos asombrosos».

Cuando Harris volvió en sí, sintió frío. Estaba tendido bajo el cielo, y el viento del campo y del bosque le azotaba la cara. Se incorporó y miró a su alrededor. Aún tenía en la mente la horrible escena última, aunque no quedaba el menor vestigio de ella: no había paredes ni techo a su alrededor; no se hallaba en ninguna habitación. No había lámparas con la luz bajada, ni humo de cigarros, ni figuras negras de siniestros adoradores, ni ninguna silueta inmensa y gris de pie al otro lado de las ventanas.

Estaba al aire libre, sobre un montón de ladrillos y cascotes, con las ropas empapadas de rocío, y las amables estrellas brillando radiantes en lo alto. Yacía en el suelo, magullado y tembloroso, entre los restos de un edificio en ruinas.

Se levantó y miró en torno suyo. Allá, en la oscuridad lejana, se extendía el bosque por todo alrededor; y aquí, cerca de él, se alzaban las siluetas de las casas de la colonia. Pero bajo sus pies, evidentemente, no había sino un montón de escombros y piedras pertenecientes a un edificio reducido a polvo hacía mucho tiempo. A continuación se dio cuenta de que las piedras estaban ennegrecidas, y que las grandes vigas de madera, medio quemadas, medio podridas, cruzaban como rayas entre la derruida mampostería. Así, pues, estaba en medio de un edificio quemado y destruido, y la hierba y las ortigas demostraban de manera concluyente que hacía años que se encontraba en ese estado.

La luna se había ocultado ya tras el bosque que le rodeaba, pero las estrellas que salpicaban el cielo emitían luz suficiente como para permitirle cerciorarse de lo que veía. Harris, el comerciante en sedas, contempló las piedras quemadas, y se estremeció.

Luego, de repente, vio emerger de la oscuridad una figura, y detenerse junto a él. Al mirarla con atención, creyó reconocer el rostro del desconocido de la posada de la estación.

—¿Es usted real? —preguntó con una voz que apenas reconoció como suya.

—Más que real... soy aliado —replicó el desconocido—; le he seguido desde la

posada, hasta aquí.

Harris calló, y se le quedó mirando durante unos minutos sin añadir nada. Le castañeteaban los dientes. El más leve ruido le sobresaltaba; pero esas simples palabras en su propia lengua, y el tono en que fueron pronunciadas, le aliviaron inmensamente.

—Es usted inglés también, gracias a Dios —dijo, incoherente—. Estos alemanes del demonio... —se interrumpió, y se llevó una mano a los ojos—. Pero ¿qué ha sido de todos ellos... y de la habitación, y... y...? —se llevó la mano a la garganta, y se palpó el cuello con nerviosismo. Aspiró larga, profundamente con alivio—. ¿Lo he soñado todo... todo? —preguntó, perplejo.

Miró ofuscado a su alrededor, y el desconocido se acercó y le cogió del brazo.

—Vayámonos —dijo en tono tranquilizador, aunque con cierto acento autoritario en la voz—; vayámonos de aquí. El camino, incluso el bosque, serán más agradables para usted; porque ahora estamos en uno de los lugares del mundo más terriblemente frecuentados por espectros.

Guió los pasos inseguros de su compañero por la desmoronada albañilería hasta que llegaron al sendero, con las ortigas picándoles las manos, y Harris caminando a tientas como un sonámbulo. Cruzaron la verja de barrotes retorcidos y salieron; de aquí se dirigieron al camino, blanco en medio de la oscuridad. Una vez fuera de las ruinas, Harris recobró el dominio de sí, y se volvió a mirar hacia atrás.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó con la voz aún temblorosa—. ¿Cómo es posible? Cuando entré aquí vi el edificio a la luz de la luna. Me abrieron la puerta. Vi las figuras y oí sus voces, y toqué, sí, toqué, sus mismas manos; y vi sus condenadas caras negras, las vi mucho más claramente de lo que le veo a usted ahora —estaba completamente confuso. La fascinación aún le deslumbraba los ojos con un grado de realismo más fuerte que la misma realidad normal—. ¿Tan absoluto ha sido mi engaño?

Entonces, de repente, le llegaron a la conciencia las palabras del desconocido que había oído o entendido sólo a medias.

—¿Por espectros? —preguntó, mirándole con atención—, ¿frecuentado por espectros, ha dicho? —se detuvo en medio del camino y miró hacia la oscuridad, donde le había parecido ver, al principio, el edificio del viejo colegio. Pero el desconocido le instó a seguir.

—Después hablaremos con más tranquilidad —dijo—. Le seguí desde la posada al comprender a dónde venía. Cuando le encontré eran las once...

—Las once —dijo Harris, recordando con un escalofrío.

—Le vi caer. Le he atendido hasta que ha recobrado la conciencia; y ahora... ahora estoy aquí para llevarle sin peligro a la posada. He roto el encanto... el hechizo...

—Estoy en deuda con usted, señor —le interrumpió otra vez Harris, que empezaba a comprender la amabilidad del desconocido—; pero no lo entiendo. Estoy

aturdido y confuso —aún le castañeteaban los dientes, y le sacudían de pies a cabeza violentos estremecimientos. Se dio cuenta de que apretaba con fuerza el brazo del otro. Así cruzaron la colonia desierta y derruida, y llegaron a la carretera que conducía a la posada, a través del bosque.

—Hace mucho que el edificio del colegio está así —dijo poco después el hombre que caminaba a su lado—; fue destruido por orden de los Superiores de la orden hace lo menos diez años. La colonia está deshabitada desde entonces. Pero aún se siguen repitiendo los simulacros de ciertos sucesos horribles que tuvieron lugar bajo su techo, en el pasado. Y aún actúan las «cáscaras» de los principales participantes en aquellos hechos espantosos que acarrearón su destrucción final, y el abandono de la colonia entera. ¡Eran adoradores del demonio!

Harris escuchaba con la frente cubierta de un sudor que no era consecuencia de su sosegada marcha en la noche fresca. Aunque sólo había visto a este hombre una vez en su vida, y nunca había intercambiado una palabra con él, experimentaba una gran confianza y una sutil sensación de seguridad y alivio a su lado que eran las más saludables influencias que podía haber deseado tras la experiencia que acababa de sufrir. Con todo, aún se notaba como si caminase en sueños; y aunque escuchaba cada palabra que brotaba de los labios de su compañero, sólo al día siguiente se le hizo totalmente claro el significado de lo que decía. La presencia de este hombre tranquilo, de este desconocido de ojos asombrosos, sentía ahora, más que veía, derramaba un bálsamo reparador sobre su espíritu quebrantado que le iba sanando rápidamente. Y este influjo saludable que difundía la oscura figura que marchaba a su lado aplacó su más imperiosa necesidad, al punto que casi le pasó inadvertido el hecho extraño y oportuno de que estuviese aquí.

Por alguna razón, no se le ocurrió preguntarle el nombre, ni le causó extrañeza que un turista de paso se tomase tantas molestias por otra persona. Caminaba a su lado, escuchando sus palabras sosegadas, y permitiéndose disfrutar de la maravillosa experiencia —tras la reciente prueba— de que le ayudasen, le confortasen, le diesen ánimos. Sólo una vez, al recordar vagamente algo que había leído hacía años, se volvió al hombre que iba junto a él, tras unas palabras que dijo más sorprendentes de lo normal, y se oyó a sí mismo preguntar, casi involuntariamente: «¿Es usted rosacruz por casualidad, señor?» Pero el desconocido ignoró la pregunta; o no la oyó, quizá, porque siguió hablando como si no hubiese notado la interrupción, y Harris advirtió que otra escena inusitada había tomado posesión de su mente, mientras marchaban el uno junto al otro por los fríos parajes del bosque, y descubrió su imaginación súbitamente absorta en el recuerdo infantil de Jacob luchando con el ángel: luchando toda la noche con un ser de naturaleza superior, cuya fuerza pasó finalmente a ser suya.

—Fue su interrumpida conversación con el sacerdote, durante la cena, lo que me puso sobre la pista de este caso extraordinario —oyó que decía la voz plácida del hombre, a su lado, en la oscuridad—; él me contó, después de marcharse usted, la

historia del culto al diablo que se instauró secretamente en el seno de esa comunidad sencilla y devota.

—¿Culto al diablo? ¿Aquí...? —tartamudeó Harris, horrorizado.

—Sí, aquí; dirigido secretamente por un grupo de Hermanos, hasta que una serie de desapariciones inexplicables en la vecindad condujo a su descubrimiento. Porque, ¿dónde podían haber encontrado un lugar más seguro en todo el ancho mundo para su horrendo tráfico y sus poderes pervertidos que aquí, en su mismo recinto... amparados por la sombra de la santidad y de la vida religiosa?

—¡Es espantoso! ¡Espantoso! —susurró el comerciante en sedas—; pues si le digo las palabras que me dirigieron...

—Las sé —dijo el desconocido con tranquilidad—. Lo he visto y oído todo. Mi plan era, en primer lugar, esperar hasta el final, y luego procurar destruirles; pero en interés de su seguridad personal... —hablaba con gran seriedad y convicción—, en interés de la seguridad de su alma, hice notar mi presencia en el momento oportuno, antes de que concluyesen...

—¡Mi seguridad! El peligro, entonces, ha sido real. Estaban vivos y... —le fallaron las palabras. Se detuvo en medio del camino y se volvió hacia su compañero, del que no distinguió más que el brillo de sus ojos en la negrura.

—Eran un montón de caparazones de hombres violentos; de hombres malvados pero espiritualmente desarrollados que perseguían la muerte (la muerte física) para prolongar sus viles y antinaturales existencias. Y de haber logrado su propósito, habría quedado usted en su poder, tras su muerte física, y habría contribuido a aumentar sus fines horribles.

Harris no contestó. Intentó concentrar su mente en las cosas amables y corrientes de la vida. Incluso se puso a pensar en sedas, en St. Paul's Churchyard y en los rostros de sus colegas.

—Porque usted ha venido dispuesto a dejarse coger —oyó la voz del otro como si le hablase desde muy lejos—: su estado de ánimo, profundamente introspectivo, había reconstruido ya el pasado de manera tan vivida, tan intensa, que se puso inmediatamente *en rapport* con las fuerzas de aquel tiempo que aún perduran. Y le arrastraron de forma irresistible.

Harris, al oírlo, apretó el brazo del desconocido, que tenía agarrado. En este momento sólo le cabía una emoción. No le resultaba sorprendente que el desconocido tuviese un conocimiento tan íntimo de su mente.

—¡Ah!, son las emociones malignas las que pueden dejar su fotografía en los escenarios y objetos de alrededor —añadió el otro—; ¿quién ha oído hablar de lugares encantados por haber sucedido en ellos una acción noble, o de espectros hermosos y amables que vuelven para visitar los reflejos de la luna? Es una lástima. Pero sólo las malas pasiones del corazón humano parecen ser lo bastante fuertes como para dejar una huella persistente; las buenas son siempre demasiado tibias.

El desconocido suspiró. Harris, agotado y nervioso hasta la médula como estaba,

iba a su lado escuchando sólo a medias. Andaba como en sueños aún. Le parecía asombroso este camino de regreso bajo las estrellas en las primeras horas de la madrugada de octubre, con el bosque tranquilo alrededor de ellos, la neblina elevándose aquí y allá en los pequeños claros, y el ruido del agua de un centenar de arroyos invisibles llenando las pausas de la conversación. Después, en el transcurso de su vida, lo recordó siempre como algo mágico e imposible; como algo que parecía demasiado hermoso, demasiado singularmente hermoso, para ser del todo cierto. Y aunque en esos momentos oía y comprendía una cuarta parte de lo que decía el desconocido, le llegó más tarde a la conciencia, y se le quedó grabado hasta el fin de sus días, siempre con una curiosa, mágica sensación de irrealidad, como si hubiese tenido un sueño maravilloso del que sólo pudiese recordar débiles y exquisitos retazos.

Pero se le disipó por completo el horror de la experiencia anterior; y cuando llegaron a la posada de la estación, hacia las tres de la madrugada, Harris estrechó la mano del desconocido con gratitud, efusivamente, afrontando la mirada de sus ojos asombrosos con el corazón henchido, y subió a su habitación pensando de manera brumosa, soñadora, en las palabras con que el desconocido había terminado su conversación, al dejar atrás el lindero del bosque.

—Si el pensamiento y la emoción pueden subsistir de ese modo después de reducido a polvo el cerebro que los proyectó, cuán importante ha de ser controlar su nacimiento en el corazón, y sujetarlos con el más fuerte de los frenos.

Pero Harris, el comerciante en sedas, durmió mejor de lo que podía haber esperado, y tan profundamente que se despertó a mediodía. Y cuando bajó y se enteró de que el desconocido se había marchado ya, cayó en la cuenta, con pesar, de que no se había acordado de preguntarle su nombre.

—Sí, firmó en el registro de viajeros —dijo la joven, contestando a su pregunta.

Pasó las páginas emborronadas, y encontró allí la última anotación, en una letra delicada y muy personal: «*John Silence, Londres*».

TRANSFERENCIA^[11]

EL niño comenzó a llorar a primeras horas de la tarde: hacia las tres, para ser exacta. Recuerdo la hora porque estuve escuchando con secreto alivio cómo se alejaba el ruido del carruaje. Esas ruedas perdiéndose en el camino de grava con la señora Frene y su hija Gladys, de la que era yo institutriz, significaban para mí unas horas de grato descanso; y el día, un día de junio, era opresivamente caluroso. Además, estaba aquella excitación de la reducida casa solariega, que se nos había contagiado a todos; en especial a mí. Esta agitación, que acompañó delicadamente a todos los acontecimientos de la mañana, se debía a cierto misterio; misterio que, por supuesto, ocultaban a la institutriz. Y yo estaba cansada de hacer conjeturas y de andar al acecho. Porque me dominaba una profunda e inexplicable ansiedad; al extremo de que no paraba de pensar en la afirmación de mi hermana de que en realidad soy demasiado sensible para ser una buena institutriz, y que habría cumplido muchísimo mejor como clarividente profesional.

Se esperaba la visita excepcional del señor Frene mayor, «tío Frank», que llegaría de la ciudad hacia la hora del té. Eso lo sabía. También sabía que su visita tenía que ver con el porvenir del pequeño Jamie, de siete años, hermanito de Gladys. No sabía nada más, en realidad, y esa falta de información hace mi historia un poco incoherente: queda por encajar una importante pieza en este extraño rompecabezas. Yo sólo había podido inferir que tío Frank había condescendido a efectuar esta visita, que a Jamie se le había dicho que debía portarse mejor que nunca a fin de causarle buena impresión, y que Jamie, que no había visto nunca a su tío, le había cogido miedo ya de antemano. Y ahora, mientras escuchaba el crujir cada vez más débil de las ruedas del carruaje, esta tarde sofocante, oí el extraño lamento del niño, lo que tuvo el efecto inexplicable de accionar cada uno de mis nervios y disparar los resortes de mi cuerpo, haciendo que me levantara con una sacudida de inequívoca alarma. Se me anegaron literalmente los ojos. Me acordé de su angustia, de cómo había palidecido, esa mañana, cuando le dije que tío Frank iba a venir en coche a tomar el té, y que debía ser «muy, muy amable» con él. Me había traspasado como un cuchillo. La verdad es que todo el día transcurrió en esa especie de angustiosa atmósfera de quimera y de terror.

—¿El hombre de la «cara “norme”»? —había preguntado el niño con vocecita atemorizada; y luego había salido en silencio de la habitación, con lágrimas que ningún consuelo podía aplacar. Eso es todo lo que vi; en cuanto a lo que había querido decir con lo de «la cara “norme”», sólo tuve un vago presentimiento. Pero me llegó, en cierto modo, como una especie de anticlímax: como una súbita revelación del misterio y la excitación que latían bajo la quietud del sofocante día veraniego. Temí por él. Porque de todos los miembros de esa familia vulgar, a quien más quería

yo era a Jamie, aunque profesionalmente no tenía nada que ver con él. Era un chico nervioso, hipersensible, y me parecía que no le comprendía nadie; sus honrados y bondadosos padres los que menos. De manera que su voccecita lloriqueante me hizo correr de la cama a la ventana como si se tratase de una llamada de auxilio.

La neblina de junio se extendía como un manto por aquel jardín inmenso; las flores espléndidas, que eran la delicia del señor Frene, colgaban inmóviles; un césped suave y espeso acolchaba todos los ruidos, y sólo en los tilos y en los grandes macizos de rosas se oía el zumbido de las abejas. La voz desconsolada del niño me llegó, débilmente, a través de este aire sordo de calor y de calima... desde cierta distancia. A decir verdad, ahora me parece extraño haberle oído; porque a continuación le vi abajo en el jardín, con su trajecito blanco de marinero, a unas doscientas yardas. Estaba en un feo trozo de terreno donde no había nada: en el «Rincón Prohibido». Entonces me vino de repente una flojedad, un desmayo como de muerte, al verle precisamente *allí*, donde nunca se le permitía ir, y adonde, además, solía darle miedo ir. Verle allí de pie, solo, y sobre todo oírle llorar, me dejó momentáneamente sin fuerzas. A continuación, antes de que pudiese serenarme lo bastante para gritarle que volviese, apareció el señor Frene con los perros por una esquina de la granja de abajo y, al ver a su hijo, cumplió ese cometido por mí. Le llamó con su voz potente, afable y cordial, y Jamie dio media vuelta y echó a correr como si se hubiese roto justo a tiempo un sortilegio: fue directamente a los brazos de su afectuoso pero incomprensivo padre, el cual le entró en casa subido a su espalda mientras le preguntaba «a qué venía ese alboroto» y los desrabados perros pastores, pegados a sus talones, ladraban escandalosamente y ejecutaban lo que Jamie llamaba su «Baile de la grava», porque revolvían con sus patas la grava allanada y húmeda.

Me retiré rápidamente de la ventana para que no me viesen. De haber presenciado cómo salvaban al niño del fuego o de morir ahogado, mi alivio no habría sido mucho mayor. Aunque estaba segura de que el señor Frene no diría ni haría lo adecuado en estos casos. Protegería al chico de sus vanas fantasías, pero no con explicaciones que podrían curarle de verdad. Desaparecieron tras los rosales, en dirección a la casa. No volví a verles hasta más tarde, cuando llegó el señor Frene mayor.

Calificar de «singular» aquel feo trozo de terreno tiene difícil justificación, quizá; sin embargo, ésa es la palabra que la familia entera pensaba, aunque nunca —jamás de los jamases— la utilizó. Para Jamie y para mí misma, aunque tampoco la utilizamos, aquel lugar sin árboles ni flores era más que singular. Se hallaba al final de la magnífica rosaleda y era un trozo pelado, deprimente, donde en invierno asomaba una tierra negra, casi como una ciénaga peligrosa, que en verano se cocía y se resquebrajaba formando grietas en las que los verdes lagartos escupían fuego al pasar. En contraste con la rica exuberancia de todo el asombroso jardín, era como un vislumbre de muerte en medio de la vida, un foco infectado que pedía a gritos que lo sanasen, no fuera a extenderse. Pero jamás se extendió. Detrás empezaba el espeso

bosque de abedules plateados, y, centelleando más allá, estaba el prado donde retozaban las ovejas.

Los jardineros tenían una explicación simple para esta esterilidad: que iba a parar allí toda el agua debido a la configuración de las laderas inmediatas, con lo que no retenía nada que diese vida a su suelo. No sé. Era Jamie, Jamie, quien sentía su hechizo y lo frecuentaba, quien se pasaba horas y horas allí, aunque asustado, y por quien se puso finalmente el cartel de «prohibida la entrada» porque estimulaba su ya inquieta imaginación, no discretamente, sino de una forma demasiado oscura. Era Jamie quien enterraba ogros en él, lo oía rugir con voz terrosa, juraba que se estremecía su superficie mientras lo miraba, a veces, y lo alimentaba en secreto echándole pájaros o ratones o conejos que encontraba muertos en su vagabundeos. Y era Jamie quien, de manera asombrosa, expresó con palabras la *impresión* que este horrible lugar me produjo siempre, desde el instante en que lo vi.

—Es malo, señorita Gould —me dijo.

—Pero Jamie, nada en la naturaleza es malo... en realidad; sólo distinto del resto, a veces.

—Entonces vacío, señorita Gould, si lo prefiere. No lo alimentan. Se está muriendo porque no recibe el alimento que necesita.

Y al mirar su carita pálida, en la que brillaban unos ojos oscuros y asombrosos, mientras buscaba mentalmente algo adecuado que decirle, añadió con un énfasis y una convicción que me hicieron sentir frío súbitamente:

—Señorita Gould —siempre decía así mi nombre en todas sus frases—, tiene hambre, ¿no se da cuenta? Pero *yo sé lo que le vendría bien*.

Sólo la convicción de un niño serio pudo hacer quizá que prestase oídos, siquiera un segundo, a tan extravagante idea; sin embargo, a mí, que considero importantes las cosas que cree un niño imaginativo, me llegó con el impacto inquietante y tremendo de una realidad. Jamie, a su manera exagerada, había captado la superficie de un hecho aterrador: un atisbo de verdad oscura, no descubierta, se había insinuado en su tierna imaginación. No sé por qué había horror en sus palabras, pero creo que unas fuerzas tenebrosas se agolpaban en la sugerencia de esa frase final: «Yo sé qué le vendría bien». Recuerdo que me dio miedo pedirle que me lo explicase. Otras breves frases, afortunadamente veladas por su silencio, dieron vida a una inexpresable posibilidad que hasta ahora había permanecido en el trasfondo de mi conciencia. La manera en que emergió a la vida prueba, creo, que mi mente la contenía ya. Se me heló la sangre en el corazón al oírla. Recuerdo que me temblaron las rodillas. La idea de Jamie era —había sido siempre— mía también.

Y ahora, tumbada en la cama, comprendí por qué la llegada de su tío iba a ser una experiencia que implicaba un fondo de terror. Con una sensación de pesadillesca certidumbre que me dejó demasiado débil para resistir la absurda idea, incluso demasiado sobresaltada para rebatirla o ponerla en duda, dicha certidumbre me vino de repente con su negro impacto de convicción; y la única forma de traducirla en

palabras, puesto que no es posible describir un horror pesadillesco, creo que es diciendo *que faltaba* algo en aquel trozo moribundo de jardín; algo que el mismo trozo buscaba perpetuamente; algo que, una vez encontrado y poseído, lo volvería rico y vivo como el resto; más aún: que *había* una persona que podía hacer esto por él. Y esta persona era, en una palabra, el señor Frene mayor, «tío Frank»; puesto que con su vida pictórica podía llenar esa carencia... sin querer.

Porque la idea de una conexión entre el trozo de jardín vacío y moribundo y este hombre vigoroso y rico y próspero había arraigado en mi subconsciente antes de que yo me diese cuenta. Evidentemente, debí de tenerla ahí, soterrada, todo el tiempo. Las palabras de Jamie, su súbita palidez, su tensa y medrosa expectación, revelaron la placa; pero fue su llanto, allí solo, en el «Rincón Prohibido», lo que la había impresionado. Y la fotografía resplandeció ahora ante mí, en el aire. Me tapé los ojos. Pero, por la rojez que me descubrí en ellos —toda la gracia de mi cara se viene abajo cuando no tengo los ojos despejados—, puede que llorara. Esa mañana me volvieron a la memoria, como un ariete, las palabras de Jamie sobre «la cara “norme”».

El señor Frene mayor había sido tan a menudo tema de conversación en la familia desde mi llegada, había oído hablar tantas veces de él, y había leído en los periódicos tantas cosas acerca de él —sobre su energía, su filantropía, su éxito en todo lo que emprendía— que en mi interior se había ido dibujando un retrato bastante completo de él. Le conocía tal como era... interiormente; o, como habría dicho mi hermana: por clarividencia. Y la única vez que le vi (cuando llevé a Gladys a una asamblea en la que él estaba de presidente; y después, mientras hablaba protectoramente con ella un momento, *sentí* su atmósfera y su presencia), justificó la imagen que me había formado de él. Lo demás, se me dirá, no eran sino fantasías de mujer; pero creo más bien que se trataba de esa clase de certera intuición que las mujeres compartimos con los niños. Si las almas pudiesen hacerse visibles, apostarí a la vida a que el retrato que yo me había forjado de él era exacto y fiel.

Porque este señor Frene era un hombre que languidecía cuando estaba solo, pero cobraba fuerza en medio de una multitud... ya que utilizaba la vitalidad de los demás. Era, inconscientemente, un artista consumado en la ciencia de recoger el fruto, el trabajo y la vida de otros... para su propio beneficio. Vampirizaba, desde luego sin saberlo, a todo aquél con quien entraba en contacto; lo dejaba exhausto, agotado, exánime. Se nutría de los demás; de manera que resplandecía en un salón repleto de gente, mientras que cuando estaba solo y no tenía cerca ninguna vida de la que echar mano, languidecía y decaía. En la inmediata vecindad de este hombre, notabas que su presencia te secaba: te chupaba las ideas, las fuerzas, tus mismas palabras; y más tarde las usaba para su propio provecho y engrandecimiento. No malvadamente, por supuesto, el señor era bastante bueno, pero notabas que era peligroso por la facilidad con que su ser absorbía toda la vitalidad de su alrededor. Sus ojos y su voz y su presencia te despojaban de toda energía. Parecía que la vida, no suficientemente organizada para resistir, se retraía ante su proximidad y se ocultaba por temor a ser

succionada; o sea por temor a la muerte, por así decir.

Sin saberlo, Jamie le había dado el último toque al retrato que yo me había hecho de manera inconsciente. El hombre tenía una manera callada, irresistible de extraerte todas tus reservas... y zampárselas a continuación. Al principio notabas una fuerte tensión; ésta se iba convirtiendo en cansancio; se te enervaba la voluntad; y entonces, te marchabas o te rendías... aceptando cuanto decía él, con una sensación de debilidad cada vez más cercana al colapso. Frente a un adversario masculino, la cosa podía ser distinta; pero incluso entonces la resistencia generaba una fuerza que era absorbida por *él*, no por el otro. Jamás se agotaba —un instinto le enseñaba a protegerse de eso—; jamás se agotaba frente a seres humanos, quiero decir. Esta vez, el caso fue muy distinto. Tenía tantas posibilidades como una mosca ante las ruedas enormes de —lo que Jamie solía llamar— una máquina de «atracciones».

Así es como le veía yo: como una gran esponja humana empapada de vida, o de productos vitales, absorbidos de otros... robados a otros. Respondía cabalmente a mi idea del vampiro humano. Medraba acumulando vidas de otros. En este sentido, su «vida» no era en realidad suya propia. Y por esa misma razón, creo, no la controlaba tan completamente como él imaginaba.

Y dentro de una hora iba a presentarse aquí este hombre. Fui a la ventana. Recorrí con la mirada el trozo de terreno pelado, negro, mortecino en medio de la rica exuberancia del jardín de flores. Me pareció un vacío repugnante abriendo sus fauces para que lo llenasen y alimentasen. La idea de Jamie jugando en su borde pelado me resultaba de lo más desagradable. Observé, arriba, los grandes nubarrones de verano. El bochorno era opresivo en el silencio del jardín. Nunca había visto un día tan sofocante, tan quieto. Parecía expectante. La familia estaba expectante también: esperaba la llegada del señor Frene de Londres en su gran automóvil.

Y nunca olvidaré la angustia y sobrecogimiento con que oí las ruedas del automóvil. Había llegado. El té estaba ya dispuesto en el césped, bajo los tilos, y la señora Frene y Gladys, que habían vuelto de su paseo, estaban sentadas en sillones de mimbre. El señor Frene joven se hallaba en el vestíbulo para recibir a su hermano; pero Jamie, según me enteré después, se había mostrado tan histérico, y había ofrecido tan tenaz resistencia, que se juzgó más prudente encerrarle en su habitación. Quizá, después de todo, no fuera necesaria su presencia. La visita tenía que ver en realidad con la parte más prosaica de la vida: el dinero, las asignaciones o lo que fuera; no llegué a saberlo exactamente; sólo sé que sus padres estaban preocupados, y que había que ganarse a tío Frank. Lo mismo da. Esto no hace al caso. Lo que sí hace al caso —de lo contrario no estaría yo contando esta historia—, es que la señora Frene envió recado de que bajase «con mi precioso vestido blanco, si no me importaba», y me sentí aterrada, aunque también halagada, porque eso quería decir que una cara bonita se consideraba un grato complemento en el entorno del visitante. Y lo más extraordinario de todo, noté que mi asistencia era indispensable; que, de

alguna manera, querían que presenciase lo que tuviese que presenciar. Y cuando llegué al césped —vacilo en ponerlo: suena ridículo, extravagante—, habría podido jurar que, al mirarle a los ojos, vi asomar una súbita negrura que arrebatava el esplendor estival a cuanto le rodeaba, y que lo hacía mediante tropeles de pequeños caballos negros que surgían de su persona y corrían a nuestro alrededor... dispuestos a atacar.

Tras una primera mirada de aprobación, no volvió a fijarse en mí. El té y la conversación discurrieron agradablemente; yo ayudé a pasar los platos y las tazas, llenando las pausas con breves comentarios en voz baja con Gladys. No se nombró a Jamie ni una sola vez. En apariencia todo iba bien, pero por dentro era horrible, bordeando cosas que no se podían decir, y tan cargadas de peligro que no podía evitar que me temblase la voz al hablar.

Yo no cesaba de mirar su rostro duro y frío, de observar su delgadez, y el brillo aceitoso y singular de sus ojos fijos. No centelleaban, sino que te atraían con una especie de lustre cremoso, apagado, como de ojos orientales. Y todo lo que decía o hacía denotaba lo que yo llamaría la *succión* de su presencia. Su naturaleza realizaba esa actividad automáticamente. Nos dominaba a todos; aunque de manera tan suave que una no se daba cuenta hasta que había terminado.

Antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos, sin embargo, me di cuenta de una cosa tan sólo. Mi mente se concentró en ello con tal intensidad que me asombraba que los demás no gritasen, o echasen a correr, o hiciesen algo por evitarlo. Y era que, a unas doce yardas de distancia tan sólo, este hombre, que vibraba con una vitalidad extraída a otros, se hallaba bastante cerca del trozo de terreno pelado, vacío, expectante y ansioso de ser llenado. La tierra olfateaba a su presa.

Los dos «focos» activos se hallaban a la distancia de combate: él, flaco, duro, astuto, aunque expandiéndose a sus anchas con el confiado «entorno» vital de los otros, del que tan experta y triunfalmente se había apropiado; el otro, paciente, profundo, con la enorme fuerza de atracción de la tierra entera detrás, y —¡uf!—, completamente consciente de que al fin había llegado su gran ocasión.

Lo vi tan claro como si tuviese delante dos grandes animales preparándose para luchar, ambos sin saberlo; sin embargo, de alguna inexplicable manera, lo veía naturalmente dentro de mí, no fuera. El combate sería espantosamente desigual. Cada bando había enviado ya a sus emisarios, no sé con cuánta antelación; porque la primera muestra que dio *él* de que le pasaba algo fue cuando su voz se volvió confusa de repente, le fallaron las palabras, y sus labios temblaron un instante y se le quedaron flácidos. Un segundo más tarde su rostro delató ese cambio horrendo y singular, se le aflojó en los pómulos, y se le alargó, de manera que me vino al pensamiento la triste frase de Jamie. En ese mismísimo instante, comprendí, acababan de encontrarse los emisarios de los dos reinos, el humano y el vegetal. Por primera vez en su larga carrera de demoler a los demás, el señor Frene tenía enfrente un reino mucho más grande de lo que él había calculado; y al darse cuenta, se le

estremeció dentro ese pequeño trocito que era su yo concreto y real. Intuyó el tremendo desastre que se le avecinaba.

—Pues sí, John —estaba diciendo con su voz morosa, autocomplaciente—; sir George me ha dado ese automóvil: un regalo. ¿No es un de...? —y de repente se interrumpió, tartamudeó, aspiró, se levantó, y miró con inquietud a su alrededor. Durante un segundo reinó un silencio tremendo. Fue como el clic con que se pone en movimiento una enorme maquinaria... como esa pausa brevísima en el instante mismo de arrancar. Luego, lo demás ocurrió con la rapidez de la máquina que gira sin control. Me hizo pensar en una gigantesca dinamo funcionando invisible y silenciosa.

—¿Qué es eso? —exclamó, con una voz baja cargada de alarma—. ¿Qué es ese horrible lugar? Alguien está llorando ahí... ¿Quién es?

Señaló el terreno vacío. Luego, antes de que nadie pudiese contestarle, se dirigió hacia allí, caminando cada vez más deprisa. Antes de que ninguno de nosotros tuviese tiempo de moverse siquiera, estaba él en el borde. Se inclinó... escrutando su interior.

Pareció que pasaban horas, aunque eran segundos en realidad; porque el tiempo se mide por la calidad de las sensaciones que contiene y no por la cantidad de ellas. Todo lo presencié impasible, con fotográfico detalle, fuertemente destacado en medio de la confusión general. Cada bando se reveló intensamente activo, pero sólo uno de ellos, el humano, empleó *toda* su fuerza... para resistir. El otro se limitó a alargar un tentáculo, por así decir, de su inmensa fuerza potencial; no le hizo falta más. Fue una victoria fácil y cómoda. ¡Oh, y dio muchísima pena! No hubo estrépitos ni grandes forcejeos, al menos por parte de uno de los bandos. Lo vi todo de cerca, porque fui la única persona que se levantó y le siguió. Nadie más se había movido, aunque la señora Frene hizo que sonaran las tazas al hacer un gesto impulsivo con las manos; y Gladys, recuerdo, exclamó —sonó como un pequeño alarido—: «¡Oh, mamá!, es el calor, ¿verdad?» Su padre, el señor Frene, estaba mudo, ceniciento.

Pero una vez junto a él, descubrí qué me había atraído instintivamente. Al otro lado, entre los abedules plateados, se hallaba el pequeño Jamie. Estaba mirando. Experimenté —por él— uno de esos momentos que encogen el corazón: un terror líquido me recorrió de arriba abajo, tanto más intenso cuanto que era incomprensible. Sin embargo, comprendí que si llegaba a saberlo todo, y descubriría lo que había efectivamente detrás, mi miedo quedaría más que justificado; que la realidad *era* tremenda, pavorosa.

Y entonces sucedió: fue una escena verdaderamente terrible; como contemplar un universo en acción, pero contenido en el reducido espacio de un pie cuadrado. Creo que comprendió vagamente que sólo si alguien ocupaba su lugar podría salvarse; y ésa fue la razón por la que, al darse cuenta instintivamente de quién estaba más cerca para sustituirle, le dijo al niño que cruzase el terreno vacío y fuese junto a él: «¡James, muchacho, ven aquí!»

Su voz sonó como una débil detonación, aunque, de algún modo, apagada y sin vida; como cuando falla un rifle: seca pero débil; le faltó «estampido». En realidad,

era una voz de súplica. Y, para mi asombro, oí vibrar la mía propia, fuerte y autoritaria; aunque no tuve conciencia de decir nada: «¡Jamie, no te muevas! ¡Quédate donde estás!» Pero Jamie, el niño, no nos obedeció a ninguno de los dos. Se acercó al borde, y se quedó allí, ¡riendo! Oí su risa; aunque habría podido jurar que no provenía de él. Era el terreno vacío, abierto, el que emitía ese sonido.

El señor Frene se volvió de costado, al tiempo que alzaba los brazos. Vi cómo su rostro duro, descolorido, se dilataba en el aire, hacia abajo. Algo parecido, observé, le estaba ocurriendo a todo su cuerpo, porque se estiró hacia arriba en un movimiento fluido. Su cara me recordó por un instante esos juguetes de caucho verde que los niños tironean. Se hizo enorme. Pero eso fue sólo una impresión exterior. Lo que sucedió realmente, comprendí, fue que toda esa vitalidad y esa vida que él había ido transfiriendo durante años de los demás a su propio ser estaba siendo transferida... a otra parte.

Se tambaleó horriblemente unos momentos; luego, con ese extraño movimiento de costado, rápido aunque torpe, avanzó hacia el centro del terreno vacío y cayó pesadamente de bruces. Sus ojos, al caer, se apagaron horrorosamente, y su semblante reflejó lo que sólo puedo describir como una expresión consumida. Parecía completamente destruido. Oí un sonido —¿de Jamie?—, aunque esta vez no se trataba de una risa. Fue como una deglución: profunda, oculta, apagada. Otra vez pensé en un tropel de pequeños caballos negros alejándose al galope por algún paso subterráneo bajo mis pies, adentrándose en el abismo, perdiéndose el ruido de sus cascos en la sepultada lejanía. Me llegó al olfato un fuerte olor a tierra.

Y a continuación... se disipó todo. Volví en mí. El señor Frene joven estaba levantando la cabeza a su hermano, que se había desplomado en el césped, junto a la mesa del té, debido al calor. En realidad, no se había movido de allí. Y Jamie, me enteré después, había permanecido todo el tiempo arriba, durmiendo en su cama, harto de llorar y de alarmarse sin fundamento. Gladys acudió presurosa con agua fría, una esponja, toalla, coñac... de todo. «Madre, ha *sido* el calor, ¿verdad?», oí que susurraba; pero no oí la respuesta de la señora Frene. Por su cara, me pareció que estaba al borde del colapso ella también. Luego acudió el mayordomo, lo levantaron y lo trasladaron a la casa. Se recobró antes de que llegara el doctor.

Pero lo extraño para mí es que estaba convencida de que los demás habían visto lo mismo que había visto yo; sólo que nadie decía una palabra sobre el particular. Y hasta hoy, nadie *ha* dicho nada. Y eso es lo más horrible de todo.

Desde ese día, hasta hoy, apenas he oído hablar del señor Frene mayor. Es como si hubiese desaparecido repentinamente de este mundo. Los periódicos no han vuelto a hablar de él. Ha cesado su actividad, por así decir. Su vida posterior se ha vuelto especialmente ineficaz. Desde luego, no ha hecho nada que merezca mencionarse públicamente. Pero quizá se deba sólo a que, como he dejado el empleo en casa de la señora Frene, no tengo ocasión de saber de él.

Sin embargo, la vida de ese trozo de terreno vacío, a partir de entonces, fue totalmente distinta. Que yo sepa, los jardineros no hicieron nada en él: ni lo desecaron, ni trajeron tierra nueva; sin embargo, antes de irme yo, al verano siguiente, había cambiado. Seguía sin tocar, invadido de enormes, lujuriantes enredaderas y matas, fuertes, vigorosas, rebosantes de vida.

Sandhills.

EL HECHIZO DE LA NIEVE^[12]

HIBBERT, que siempre tuvo conciencia de dos mundos, en este pueblo de montaña tenía conciencia de tres. Se hallaba situado en las laderas de los Alpes de Valais, e Hibbert había alquilado una habitación en el pequeño edificio de correos, donde podía tener tranquilidad para escribir su libro, y disfrutar al mismo tiempo de los deportes de invierno o buscar compañía en los hoteles cuando la echara de menos.

Eran muy evidentes para su temperamento imaginativo los tres mundos que aquí confluían y se mezclaban, pero es dudoso que una mente menos intuitiva que la suya los pudiese percibir con tanta nitidez. Estaba el mundo de los turistas ingleses, civilizado y cuasiculto, al que, en todo caso, pertenecía él de nacimiento; estaba el mundo de los campesinos, hacia el que se sentía atraído por simpatía, porque amaba y admiraba su sencilla vida de trabajo; y estaba este otro que sólo podía clasificar como el mundo de la Naturaleza. Y notaba que, por su imaginación vehemente y poética, y un instinto tumultuoso y pagano que alimentaba su propia sangre, casi todo su ser pertenecía a éste último. Los otros dos se vestían con prendas de éste, por así decir, cuando lo requería la ocasión. Aquí, en el alma de la Naturaleza, se ocultaba su vida central.

Había pugna entre los tres: una pugna potencial. Cada domingo, en la pista de patinaje, los turistas miraban a los naturales como intrusos; en la iglesia, los campesinos preguntaban abiertamente: «¿Por qué vienen? Estamos aquí para honrar a Dios; ¡ustedes sólo entran a fisgar y a cuchichear!» Porque ninguno de estos dos mundos aceptaba al otro. Y tampoco el de la Naturaleza aceptaba a los turistas, porque aprovechaba sus más pequeños errores; y a decir verdad, incluso del mundo de los campesinos «aceptaba» sólo a los que eran lo bastante fuertes y osados como para invadir sus dominios salvajes y librarse con habilidad de las diversas formas de muerte.

Ahora bien, Hibbert se daba perfecta cuenta de este potencial conflicto y falta de armonía; se sentía fuera, aunque atrapado por él, «desgarrado» en las tres direcciones, porque formaba parte de cada uno de esos mundos, si bien estaba del todo en uno solo. En su interior se iba definiendo un esfuerzo —o deseo, al menos— constante, sutil, por unificarlos y decidir claramente a cuál pertenecer, en cuál vivir. Este intento, por supuesto, era en gran medida inconsciente. Era el instinto propio de una naturaleza imaginativa que buscaba el punto de equilibrio, de manera que el espíritu pudiese sentirse en paz y el cerebro libre para realizar un buen trabajo.

No había entre los visitantes ninguno que le llamase especialmente la atención. Los hombres eran amables pero anodinos: profesores de atletismo, médicos disfrutando de unas vacaciones extemporáneas, buenos chicos todos; las mujeres eran igualmente multivarias: estaba la lista, la «lanzada», la de «atrévete-a-aburrirte», la

mujer «que comprendía», y el habitual ganado de coristas y chicas «independientes». Hibbert, con sus cuarenta y pico años de profusa experiencia a sus espaldas, se llevaba bien con todos; a todos seguía la corriente: respondían a prototipos concretos y predigeridos que se repetían en todas partes por igual, y en todas partes tropezaba con ellos desde hacía tiempo.

Pero no pertenecía a ninguno. Su naturaleza era demasiado «múltiple» para ajustarse a los caracteres de cualquiera de ellos. Y, puesto que caía bien a todos y todos pensaban que, en cierto modo, estaba fuera del grupo —a modo de espectador, de mirón—, trataban de integrarle.

En un sentido, por tanto, los tres mundos luchaban por él: el de los autóctonos, el de los turistas y el de la Naturaleza.

Así es como empezó el singular conflicto para el alma de Hibbert. Sin embargo, se desarrolló *en* su alma. Ni los campesinos ni los turistas tuvieron conciencia de luchar por nada. En cuanto a la Naturaleza, dicen que es ciega y maquinal.

Podemos pasar por alto los asaltos que sufrió por parte de los campesinos, ya que evidentemente no tenían posibilidad alguna de éxito. El mundo de los turistas, en cambio, hizo denodados esfuerzos por someterlo. Pero las noches en el hotel, cuando no había algún baile programado, eran... inglesas. Se entronizaba y se adoraba intensamente la imaginación provinciana con el incienso de los convencionalismos más estúpidos que cabe imaginar. Hibbert solía volver temprano a su habitación de la oficina de correos, a trabajar.

«Es un error por mi parte haberme dado cuenta de que existe un conflicto —pensó mientras regresaba a media noche, haciendo crujir la nieve bajo sus pies, después de uno de esos bailes—. Habría sido mejor haber permanecido al margen de todo esto, y haberme concentrado en mi trabajo. Mejor —añadió, volviéndose a contemplar la calle silenciosa, hasta el campanario de la iglesia—, y más seguro.»

El adjetivo le vino a la mente antes de que se diera cuenta. Se volvió con un estremecimiento involuntario, y miró a su alrededor. Sabía perfectamente qué implicaba esta idea que acababa de brotar de la región instintiva de su cerebro. Comprendía, sin ser capaz de expresarlo explícitamente, el significado que revelaba la elección del adjetivo. Porque de haber ignorado la existencia del tal conflicto, se habría mantenido fuera de la palestra. Mientras que así había entrado en liza. Ahora bien, esta batalla por su alma debía tener una conclusión. Y sabía que el hechizo de la Naturaleza era, para él, más grande que todos los hechizos juntos del mundo: más grande que el amor, que las orgías, que el placer; más grande incluso que el estudio. Siempre le había dado miedo dejarse llevar. Su alma pagana temía los terribles poderes de la Naturaleza, aun cuando la adoraba.

El pueblecito dormía ya. El mundo se hallaba cubierto por la nieve. Los tejados de los chalets brillaban blancos bajo la luna, y las sombras se acumulaban negras contra los muros de la iglesia. Los ojos de Hibbert se posaron un momento en el campanario de cuadrados sillares, con su cruz helada apuntando al cielo; luego su

mirada se desplazó, describiendo un arco de miles de pies, hasta las montañas enormes que rozaban las brillantes estrellas. Como un bosque se alzaban los picos inmensos, por encima del pueblo dormido, midiendo la noche y el cielo. Le hacían señas. Y algo nacido de la nevada desolación, de la oscuridad y la muda grandiosidad, de las cavidades inmensas y expectantes de la noche, algo que se hallaba entre el terror y el asombro, descendió de los fríos y vastos espacios, hasta su corazón... y le llamó. Muy suavemente, sin una palabra o pensamiento que su cerebro pudiese entender, derramó su encanto sobre él. Los dedos de la nieve rozaron la piel de su corazón. Y le sobrecogieron el poder y la callada majestuosidad de la noche invernal...

Hurgó un momento con la voluminosa llave, entró, y subió a acostarse. Dos pensamientos se le ocurrieron, normales y corrientes en apariencia.

«¡Qué bobos son estos campesinos, encerrarse a dormir en una noche como ésta!»; y el otro: «Estos bailes me cansan. No vuelvo a ir más. Luego mi trabajo se resiente por la mañana». Y así, el derecho que campesinos y turistas reivindicaban sobre él pareció debilitarse de golpe.

El estruendo de la lucha turbó la mitad de sus sueños. La Naturaleza le había enviado su Belleza de la Noche, y había ganado el primer asalto. Los otros dos contendientes, desbaratados y vencidos, emprendieron la huida.

—No se vaya a esa deprimente oficina de correos. Véngase a cenar a mi alojamiento... a tomar algo caliente. Vamos, únase a nosotros. ¡Deprisa!

Se había celebrado un carnaval sobre hielo, y le llamaban los del último grupo mientras subían en fila, por la cuesta nevada, hacia el hotel. Los farolillos humeaban y chisporroteaban en los alambres; la luna asomó sólo un momento entre altas, errantes nubes. Desde el cobertizo donde la gente se cambiaba los patines por las botas de nieve le gritaron algo sobre que «le tocaba»; pero no les llegó ninguna respuesta: las sombras movientes de los que le habían llamado se habían fundido ya, arriba, en la oscuridad el pueblo. Las voces se perdieron a lo lejos. Las puertas se cerraron de golpe. Hibbert se encontró solo en la pista desierta.

Y fue entonces cuando, de súbito, le vino el impulso de quedarse a patinar. Le deprimía pensar en el hotel atestado y en aquellas gentes bulliciosas con sus risas y sus chistes fáciles. Sintió un tremendo deseo de estar a solas con la noche, experimentar su maravilla él solo, aquí, bajo las estrellas, deslizándose sobre el hielo. Aún no eran las doce y podía patinar media hora más. El grupo que subía a cenar, si notaba su ausencia, pensaría que había cambiado de idea y se había ido a acostar.

Fue un impulso, sí; y nada extravagante. Sin embargo, incluso en ese momento tuvo la impresión de que detrás se ocultaba algo más. Más que una invitación —aunque desde luego menos que una orden—, era un sentimiento vago, extraño, singular, de que se quedaba porque debía quedarse, casi como si hubiese algo que había olvidado, que se le había pasado por alto, que había dejado sin hacer. Los

temperamentos imaginativos se comportan así a menudo; y el impulso es siempre debilidad. Porque con ese apresurado abrir de puertas a una acción precipitada puede dejar, al mismo tiempo, libre acceso a una invasión de otras fuerzas... ¡fuerzas que están esperando esa ocasión, quizá!

Captó la fugaz advertencia, a la vez que la desechó por absurda, y al minuto siguiente se hallaba girando sobre la tersa superficie de hielo, describiendo curvas y eses deliciosas bajo la luna. No había cuidado de tropezar. Podía escoger la velocidad y el espacio a su antojo. Las sombras de las altas montañas caían sobre la pista de patinaje, y un viento helado llegaba del bosque, donde la nieve tenía diez pies de espesor. Parpadearon y se apagaron las luces del hotel. El pueblo dormía. La alta alambrada no impedía el paso al prodigio de la noche invernal que crecía alrededor de él como una presencia. Siguió patinando y patinando, con un placer estimulante que le producía hormigueo en las venas, olvidado de todo cansancio.

Y entonces, en mitad de una carrera deliciosa, vio moverse una figura detrás de la alambrada, observándole. Con un sobresalto que casi le hizo perder el equilibrio — por lo repentino de esta inesperada visita—, se detuvo a mirar. Aunque la luz era escasa, se dio cuenta de que se trataba de una mujer, y que recorría a tientas la alambrada intentando entrar. Hibbert la vio recortada sobre el fondo blanco del campo nevado: cómo hacía callados esfuerzos al avanzar con paso silencioso sobre la nieve acumulada. Era alta, delgada, esbelta; podía verlo incluso en la oscuridad. Y entonces, por supuesto, comprendió. Era una intrépida esquiadora como él que había abandonado subrepticamente el hotel o el chalet, y quería entrar. Inmediatamente, tras hacerle una seña con la mano, dio la vuelta y se dirigió patinando hacia la pequeña entrada, al otro lado.

Pero antes de llegar, oyó ruido en el hielo, detrás; se volvió y, con una exclamación de asombro que no pudo reprimir, la vio cruzar la pista describiendo una curva, hacia donde estaba él. Había encontrado alguna otra entrada.

Hibbert era formalista por lo general, sobre todo en estos sitios tan exentos de prejuicios. Sólo por propia protección, no quería establecer relaciones de ningún género con nadie, a menos que algún tipo de presentación allanase el camino. Pero era ridículo patinar juntos en la semioscuridad sin dirigirse la palabra, casi rozándose con el hombro necesariamente. Así que se quitó el gorro y le dirigió la palabra. Parece que Hibbert no es capaz de recordar qué dijo con exactitud, ni qué contestó la joven, salvo que le respondió, con acento inglés, algo sobre hacer figuras a media noche en la pista vacía. Era lógico y natural. La joven llevaba ropa gris, aunque no los guantes largos y jersey de costumbre; porque lo cierto era que llevaba las manos al descubierto; y luego, cuando patinó con ella, le asombró comprobar lo secas y heladas que las tenía.

Era un placer patinar con ella: flexible, segura y ligera, veloz como un hombre pero con la soltura de un niño, sinuosa y firme al mismo tiempo. Su flexibilidad tenía asombrado a Hibbert, y cuando le preguntó dónde había aprendido, murmuró —

Hibbert notó su aliento en la oreja, y más tarde recordó que era singularmente frío—que no sabía decir, ya que estaba acostumbrada al hielo desde que tenía memoria.

Pero no logró verle la cara. Una bufanda de piel blanca le ocultaba el cuello hasta las orejas, y llevaba el gorro encasquetado hasta los ojos. Sólo vio que era joven. Tampoco logró averiguar en qué hotel o chalet residía, ya que al preguntárselo señaló vagamente hacia arriba, hacia las laderas. «Allá...», dijo cogiéndose rápidamente de su mano otra vez. Hibbert no insistió; sin duda quería ocultar esta escapada. Y el contacto de su mano le emocionó más que nada de cuanto podía recordar; incluso a través del grueso guante que llevaba, sintió la suavidad de aquella mano fría y delicada.

Las nubes se iban espesando sobre las montañas. Se hizo más oscuro. Hablaban muy poco, y no patinaban siempre juntos. Se separaban a menudo, desviándose hacia los rincones cada uno por su lado, pero volvían a juntarse otra vez en el centro de la pista; y cuando ella se alejaba de este modo, a Hibbert le daba la impresión de que... sí, de que iba a perderla. Sentía una extraña satisfacción, casi una fascinación, patinando a su lado. Era totalmente una aventura: ¡dos desconocidos, en medio del hielo y la nieve y la noche!

Hacía rato ya que habían sonado las doce en el campanario de la iglesia cuando se separaron. Lo sugirió ella, y Hibbert se dirigió rápidamente al cobertizo con la idea de buscarle asiento y ayudarla a quitarse los patines. Pero cuando se volvió... se había ido. Vio alejarse su esbelta figura por la nieve... Cruzó veloz, por última vez, la pista de patinaje, y buscó en vano la salida que por dos veces había utilizado ella de tan singular manera.

«¡Qué extraño! —pensó, mirando la alambrada—. ¡Sin duda la ha levantado y ha pasado por debajo...!»

Preguntándose cómo diablos lo habría conseguido, cómo diablos se había apoderado de él para pensar tanto en ella, y quién diablos sería, subió la empinada cuesta hasta la oficina de correos, y se acostó, con la promesa de ella de volver otra noche sonándole aún en el oído. Y fueron curiosos los pensamientos e impresiones que le acompañaron. Sobre todo, quizá, el atisbo como de un brumoso recuerdo de que había conocido a esta joven en algún lugar; más aún: de que ella le conocía. Porque su voz —una vocecita tenue y suave, tierna y dulce pese a su total frialdad— contenía un vestigio débil de otras dos que había conocido hacía mucho tiempo: la de la mujer que había amado, y... la de su madre.

Pero esta vez no oyó en sueños ningún fragor de batalla. Tuvo conciencia, más bien, de algo frío y pegajoso que le hizo pensar en los copos de nieve formando lentamente, con enmarañado tacto, una capa cada vez más alta alrededor de sus pies. La nieve, cayendo sin ruido —cada copo tan leve y minúsculo que era imposible determinar el sitio donde se posaba, aunque todos juntos eran capaces de sepultar pueblos enteros—, se abría paso a través del tejido mismo de su mente: con el desconcertante, amortiguado y frío esfuerzo de su red pegajosa de diez millones de

toques algodonosos.

Por la mañana, Hibbert comprendió que quizá había cometido una torpeza. El sol radiante que inundaba el valle le hizo ver claro; y la visión de su mesa de trabajo con la máquina de escribir, los libros, los papeles y demás, le proporcionó la prueba adicional. Haber patinado con una joven a solas a medianoche, por muy inocente que fuese, había sido una temeridad... una imprudencia; sobre todo para ella. El chismorreó en estas pequeñas estaciones de invierno era peor que en una ciudad de provincia. Esperaba que no les hubiese visto nadie. Por suerte, la noche había sido oscura. Lo más probable es que nadie hubiera oído el ruido de patines.

Tras decidir ser más precavido en adelante, se sumergió en el trabajo, y procuró apartar el asunto de su mente.

Pero en sus ratos de ocio le volvía el recuerdo con insistencia. Cuando esquiaba, montaba en trineo o bailaba por las noches, y sobre todo cuando patinaba en la pequeña pista, se daba cuenta de que los ojos de su mente buscaban sin cesar a la desconocida compañera de esa noche. Cien veces le pareció verla; pero siempre le engañaba la vista. No conocía su rostro, pero no podría dejar de reconocer su figura. Pero en ninguna parte veía el menor rastro de la joven criatura con la que había patinado a solas bajo las nubladas estrellas. Buscó en vano. Tampoco dieron resultado sus indagaciones sobre los ocupantes de los chalets particulares. La había perdido. Pero lo extraño era que tenía la impresión de que estaba cerca; *sabía* que no se había ido. Aunque llegaba y se iba gente a diario, no se le ocurrió pensar ni una sola vez que ella se hubiese ido. Al contrario, estaba convencido de que la volvería a ver.

Pero no aceptaba del todo esta idea. Quizá era sólo fruto de su deseo. Y aunque la encontrase, se preguntaba cómo hablaría con ella y pretendería conocerla, o si *ella* admitiría conocerle a él. Quizá fuera una torpeza. Casi empezó a temer encontrarla; aunque «temer» era un término demasiado fuerte para describir una emoción que era mitad placer, mitad perpleja expectación.

Entretanto, la temporada estaba en pleno apogeo. Hibbert se sentía en perfecta salud, trabajaba, esquiaba, patinaba, montaba en trineo y bailaba con frecuencia... a pesar de su decisión. Estos bailes eran, sin embargo, un acto de claudicación subconsciente; significaban que en realidad esperaba descubrirla entre las parejas que evolucionaban. La buscaba sin confesárselo claramente a sí mismo; y el mundo del hotel, creyendo que le había ganado, le importunaba y le irritaba. Él ponía excusas del mismo estilo; pero vigilaba, buscaba y... esperaba.

Durante varios días, el cielo se mantuvo despejado, radiante e intensamente frío; todo estaba helado y centelleaba al sol; pero no había rastro de nieve reciente, y los esquiadores empezaban a quejarse. Las montañas tenían una corteza de hielo que hacía «correr» de manera peligrosa; necesitaban nieve seca y en polvo, que es la que permite coger velocidad y hace más felices las maniobras y menos graves las caídas. Pero hacía diez días que el viento penetrante del este no daba muestras de ir a

cambiar. Luego, de pronto, vino un soplo de aire más suave, y los pronosticadores del tiempo comenzaron a profetizar.

Hibbert, sumamente sensible al menor cambio en la tierra y en el cielo, fue quizá el primero en notarlo. Aunque no profetizó. Advirtió, a través de cada nervio de su cuerpo, que la humedad había aumentado solapadamente en el aire, que se estaba acumulando, y que después sobrevendría una precipitación. Porque Hibbert respondía a los cambios de humor de la Naturaleza como un barómetro.

Y el saberlo le produjo esta vez una pequeña y extraña emoción para la que no encontró justificación, un sentimiento de inexplicable desasosiego y de inquieto gozo. Porque detrás de él, o más bien entrañado en él, discurría un débil alborozo que se relacionaba lejanamente con aquel atisbo de deliciosa alarma, aquel pequeñísimo «temor» anticipado que le asaltaba cuando pensaba en su próximo encuentro con la compañera de patinaje de aquella noche. Esta singular relación entre los dos sobrepasaba todas las palabras, toda explicación, pero en su pensamiento, de alguna manera, la joven y la nieve marchaban a la par.

Quizá en los escritores imaginativos, más que en otros profesionales, el más pequeño cambio de humor se manifiesta de manera inmediata. En todo caso, su trabajo acusó este leve cambio de valores emocionales en su alma. No es que su prosa se resintiese, sino que se alteró sutilmente, imperceptiblemente, como esos cambios que sobrevienen al cielo o al mar o al paisaje. Una excitación subconsciente pugnaba por aflorar, por encontrar expresión... y, comprendiendo el efecto desigual que tales cambios de humor producían en su trabajo, dejó la pluma y se dedicó a la lectura que tenía entre manos.

Entretanto, desapareció el esplendor del sol, y se fue nublando el cielo poco a poco; hacia el anochecer, las cimas de las montañas parecían más cercanas y recortadas, el valle lejano se alzaba en una perspectiva absurdamente próxima. Aumentó la humedad, acercándose rápidamente al punto de saturación, en que debe precipitarse en forma de nieve. Hibbert observaba y esperaba.

Y por la mañana, el mundo amaneció sofocado bajo su nuevo tapiz blanco. Siguió nevando hasta mediodía, espesa, incesante, asfixiantemente, un pie o más; luego el cielo se despejó, salió el sol en todo su esplendor, roló el viento al este, y el frío bajó de las montañas con sus dientes más afilados y penetrantes. El descenso de la temperatura fue tremendo, pero los esquiadores estaban eufóricos. Al día siguiente la pista sería rápida y perfecta. La nieve se estaba asentando ya, y se formaban en la superficie esos cristales musgosos, sueltos como el polvo, que hacían que corriesen los esquís casi por sí solos, con ese débil siseo como de alas de pájaro en el aire.

Esa noche había gran excitación en el pequeño mundo de los hoteles; en primer lugar porque se celebraba un *bal costumé*, pero sobre todo porque tenían nieve reciente. Y Hibbert fue... se sintió empujado a ir; no acudió disfrazado: sólo quería charlar con los demás sobre las pendientes, el esquí, y al mismo tiempo...

Ah, aquí estaba la verdad, la profunda necesidad que le llamaba. Porque otra vez se reveló la singular conexión entre la desconocida y la nieve, sin explicación alguna como antes, pero insistente y vital. Un oculto instinto de su alma pagana —sabe Dios cómo lo designaba él siquiera para sí mismo, si es que llegaba a designarlo— le susurró que, habiendo nieve, no andaría lejos la joven; que saldría de su escondite, e incluso le buscaría.

Era totalmente injustificado. Se rió ante el espejo mientras se atusaba el bigote, se enderezaba el lazo negro, y se estiraba el smoking para amoldarlo a sus hombros sin que le hiciese arrugas. Tenía unos ojos castaños muy brillantes. «Parezco más joven de lo que soy en realidad», pensó. Era algo inusitado, incluso significativo, en un hombre que carecía de vanidad en cuanto a su aspecto personal y que, por supuesto, no se preocupaba por la edad ni trataba de parecer más joven. Jamás le habían turbado los asuntos del corazón, salvo una tumultuosa excepción que no dejó combustible para nuevos y posteriores incendios. No tendían las fuerzas de su alma y su mente hacia el «trabajo» y los deberes evidentes; todas se orientaban hacia la Naturaleza. Los parajes desolados y agrestes, eso era lo que amaba; y la noche, y la belleza de las estrellas y la nieve. Y esta noche sentía que reclamaban poderosamente sus derechos sobre él. Una furia creciente se apoderaba de su sangre, aceleraba su pulso, y despertaba su anhelo y su pasión. Pero sobre todo, la nieve. La nieve aleteaba suave por sus pensamientos como sueños blancos y seductores... Porque había llegado la nieve; y Ella, al parecer, había llegado también... había entrado en su mente.

Y aquí estaba él, delante de este espejo deformante; y se tiraba del lazo y del smoking mirándose de reojo una docena de veces, como si importase. «¿Qué diablos me pasa?», pensó. Luego, con una breve risa, fue, antes de abandonar la habitación, a ordenar sus papales personales. Sacó del estante la carpeta de tafilete verde donde los guardaba y la dejó sobre la mesa. Prendida en la tapa tenía una tarjeta de visita con la dirección de su hermano en Londres, para «en caso de accidente». Camino del hotel, se preguntó por qué había hecho esto; porque, aunque imaginativo, no era de la clase de hombres que obran por presentimientos. Sus cambios de humor eran fuertes, pero los tenía siempre a raya.

«Es casi como un aviso», pensó, sonriendo. Se subió el grueso cuello del abrigo alrededor de la cara al sentir el viento cortante. «¡Como esos avisos que uno lee en las novelas, a veces...!»

Una dicha deliciosa le recorrió con la sangre. En el borde de los montes, al otro lado del valle, asomaba la luna. Vio cómo su brillo plateado cubría el mundo nevado. La nieve lo tapizaba todo. Sofocaba el ruido y la distancia. Sofocaba las casas, las calles, y a los seres humanos. Sofocaba... la vida.

Había luz y movimiento en el vestíbulo: estaba llegando ya la gente de los chalets y de los otros hoteles, con sus disfraces ocultos bajo diversas envolturas. Había

grupos de hombres en traje de etiqueta de pie, fumando y charlando sobre «la nieve» y el «esquí». Volvieron a sonar débilmente a su alrededor, como antes, las reivindicaciones del mundo de los hoteles sobre él. Los campesinos se detenían un momento a mirar por el cristal de los ventanales, al salir del *café*, de regreso a sus casas. Hibbert pensó, riendo, en el conflicto que solía imaginar. Se rió porque de repente le pareció irreal. Sentía que pertenecía tan absolutamente a la Naturaleza y a las montañas, y sobre todo a esas laderas desoladas ahora cubiertas por la nieve reciente y algodonosa, que no cabía la menor posibilidad de que se suscitara conflicto alguno. El poder de la nieve recién caída había tomado posesión de él sin esfuerzo. Allá, en aquellos parajes solitarios de laderas iluminadas por la luna, descansaba la nieve —masas y masas de nieve—: dispuesta, fría, suave, invitadora. Sintió deseos de ir a ella. Pensó en el placer embriagador de esquiar a la luz de la luna...

Así, como una visión intensa y repentina, le vino la nieve al pensamiento mientras fumaba con otros hombres, de pie, y hablaban todos del deporte del esquí.

Y, misteriosamente amalgamado con este poder de la nieve, le llegó a lo más hondo del alma el poder de la joven. No podía evitar que su mente insinuase la presencia de las dos juntas. Recordaba aquel raro impulso que había sentido, hacía diez días, de patinar: impulso que había permitido que ella entrase en él. Era muy extraño que un espíritu, incluso un espíritu imaginativo, se dejase dominar por una fantasía así; y Hibbert, aunque se daba perfecta cuenta de esa anomalía, encontraba un gozo especial rindiéndose a ella. Este centro insubordinado que le empujaba hacia antiguas creencias paganas había asumido el mando. Y él, con una especie de placer sensual, se dejaba conquistar.

Y la nieve parecía ser esta noche el centro de interés de todo el mundo. Las parejas que bailaban hablaban de ella; los propietarios de los hoteles se felicitaban mutuamente: significaba poder practicar el deporte, y esto complacía a sus huéspedes; todos planeaban salidas y expediciones, hablaban de descensos y virajes, de distancias, velocidad fulgurante, de aludes, de capas duras y de heladas. La vitalidad y el entusiasmo palpitaban en el ambiente mismo; todo eran ágiles, dinámicas, radiantes corrientes de vida creativa en el aire cargado del salón de baile. Y era la nieve lo que la había despertado, lo que la había traído; toda esta descarga de inquieta y chisporroteante energía se debía sobre todo a... la Nieve.

Pero en la mente de Hibbert, esta energía se había transmutado. Se había enrarecido, centelleaba en forma de blancas y cristalinas corrientes de apasionada expectación que él transfería —como por una especie de imaginación eléctrica— a la personalidad de la joven: a la Joven de la Nieve. Estaba esperándole en alguna parte, llamándole suavemente desde esas leguas de montaña bañada por la luna. Recordó el contacto de aquella mano fría y seca; el aliento suave y helado contra su mejilla; la quietud y dulzura de su presencia en la manera de llegar y de marcharse... como un remolino de nieve que el viento desplaza pendiente arriba. Ella, como él, pertenecía al mundo de fuera. Le pareció que oía su vocecita ventosa, que le llegaba apagada a

través de las ramas nevadas de los árboles, gritando su nombre... una vocecita encantada que penetraba hasta el centro de su vida; como en otro tiempo, hacía muchos años, solían llegarle otras dos...

Pero no descubrió su figura delgada entre las bailarinas disfrazadas. Hibbert bailó con todas, distraído, ausente y soso como pareja, como comprobaron todas las chicas, con la mirada siempre vuelta hacia la puerta y las ventanas, esperando descubrir el rostro seductor, la visión que no llegaba... y, finalmente, esperando contra toda esperanza. Porque el salón de baile se iba despoblando; los grupos desfilaban uno tras otro, regresando a sus hoteles o sus chalets; la orquesta estaba evidentemente cansada; la gente bebía refrescos alrededor de pequeñas mesitas, los hombres se enjugaban la frente; todo el mundo estaba deseando retirarse.

Eran cerca de las doce. Al cruzar el vestíbulo para recoger su abrigo y sus botas de nieve, Hibbert vio a unos cuantos hombres en el acceso a la «sala de deportes», engrasando sus esquís para salir temprano. Estaban encargando comidas para llevar, también, junto a las puertas batientes de la cocina. Tras encender un cigarrillo que le había ofrecido un amigo, contestó confusamente a alguna pregunta sobre si quería unirse al grupo por la mañana. Pareció no haberla oído en realidad. Cruzó el vestíbulo exterior entre las dos puertas de cristal, y salió a la noche.

El que le había hecho la pregunta le observó alejarse; a sus ojos asomó una momentánea expresión de inquietud.

—Creo que no te ha oído —dijo otro, riendo—. A Hibbert hay que gritarle; tiene la cabeza absorta en su trabajo.

—Trabaja demasiado —sugirió el primero—; está lleno de sueños e ideas extrañas.

Pero el silencio de Hibbert no era descortesía. No le había llegado la invitación, eso era todo. La llamada del mundo del hotel se había desvanecido. Ya no la oía. En sus oídos sonaba otra llamada más imperiosa.

Porque calle arriba había visto moverse una figura pequeña. Se deslizaba junto a las sombras de la panadería: blanca, esbelta, seductora.

Y de pronto, le llegó al cerebro la suavidad y el susurro contenido de la nieve... y con él, una penetrante, una intensa llamada de las montañas. Merced a algún instinto incalculablemente veloz, comprendió que no se reuniría con él en la calle del pueblo. No era allí, entre las casas apiñadas, donde ella le dirigiría la palabra. Y en efecto, había desaparecido ya, desvaneciéndose en la blanca perspectiva de la calzada que iluminaba la luna. Le esperaba allá, adivinó: donde el camino se estrechaba de repente, más allá de los chalets, y se convertía en un sendero de montaña.

No vaciló siquiera, aunque parecía una locura este súbito y ardiente deseo de encontrarse con ella en las cumbres —o al menos en los espacios abiertos donde había nieve espesa y reciente—, era demasiado imperioso para negarse. No recuerda haber subido a su habitación, haberse puesto un jersey encima de la ropa de etiqueta,

haberse enfundado los guantes de piel y el pasamontañas de lana. Por supuesto, tampoco tiene conciencia de haberse puesto los esquís; debió de hacerlo maquinalmente. Su normal capacidad de observación estaba en suspenso, por así decir. Tenía toda la atención concentrada más allá del pueblo... en las montañas nevadas y la luna.

Henry Défago le vio pasar cuando cerraba las contraventanas de su café; y se dijo, un poco extrañado: «*Un monsieur qui fait du ski à cette heure! Il est anglais, donc...!*» Se encogió de hombros, como pensando que un hombre tiene derecho a escoger su propia forma de morir. Y Marthe Perotti, la gibosa mujer del zapatero, al asomarse casualmente a la ventana, vio su figura que iba presurosa calle arriba. Sus pensamientos fueron distintos; porque conocía las viejas tradiciones sobre brujas y seres de la nieve que roban las almas de los hombres, y creía en ellas. Incluso decían que había oído una noche pasar por la calle, rugiendo, a la temible «sinagoga»; y ahora, como entonces, se tapó los ojos. «Le han llamado Ellos... y tiene que ir», murmuró, santiguándose.

Pero nadie intentó detenerle. Hibbert recuerda sólo un único detalle hasta el momento en que volvió en sí, cuando estaba más allá de las casas, y la buscaba por la linde del bosque, donde la luna formaba con la nieve un friso de sombras fantásticas. Este detalle consistía simplemente en que recordaba haber pasado por delante de la iglesia. Al ver la silueta de su campanario recortada sobre las estrellas, recuerda que le asaltó una vaga sensación de duda. Le invadió una fugaz inquietud: se agitó desagradablemente el flujo de sus sentimientos excitados, enfriándose su alegría. Percibió la momentánea disonancia, la desechó, y... siguió andando. La seducción de la nieve había sofocado esta señal antes de que él se diese cuenta de que le había rozado la advertencia.

Y entonces la vio. Esperaba allí, en un pequeño claro de nieve brillante, vestida toda de blanco, como formando parte de la luz lunar y el fondo reluciente; su figura era apenas discernible.

—Le esperaba; sabía que vendría —le llegó la vocecita argentina de ventosa belleza—: *tenía* que venir.

—Estoy dispuesto —contestó él—. Yo lo sabía también.

El mundo de la Naturaleza —el prodigio y esplendor de la noche y la nieve— le llegó al corazón con estas escasas palabras. La vida palpitaba con violencia en su interior. Creció exultante, gozosa, la pasión de su alma pagana; fluyó como un torrente hacia ella. Ni reflexionó ni se detuvo a pensar, sino que se dejó llevar como un colegial por el frenesí del primer amor.

—Déme la mano —exclamó Hibbert—. ¡Aquí estoy...!

—Después; más arriba —fue la deliciosa respuesta de ella—. Aquí estamos demasiado cerca del pueblo... y de la iglesia.

Estas palabras sonaron totalmente lógicas y naturales; ni se le ocurrió replicar; comprendía que, con este pequeño vestigio de civilización a la vista, era imposible la

familiaridad que él solicitaba. Una vez en plena montaña, en medio de las enormes laderas y los picos inmensos, con la luna y las estrellas como testigos, y la presencia de las nevadas soledades, podrían abandonarse a un contacto dichoso e inocente, libre de los secos convencionalismos que aprisionan a los espíritus prosaicos.

Apretó el paso. Pero no conseguía darle alcance: la joven iba siempre un poco delante de él, por mucho que se esforzara... Y no tardaron en dejar atrás los árboles, adentrándose en las inmensas laderas del mar de nieve que se elevaba con montañoso terror y belleza hasta las estrellas. Le embargó el prodigio de este mundo de blancura. Bajo la luz serena de la luna, era más que fascinante. Era una fuerza viva, blanca, desconcertante, que confundía deliciosamente los sentidos y transmitía un hechizo de enajenada perplejidad al corazón. Era una personalidad que se embozaba, y se revelaba, con esta blanca colcha de nieve. Se levantaba, caminaba con él, corría delante y le seguía detrás. Y muy tenuemente, iba posando sus brazos suaves, centelleantes, alrededor del cuello de él, atrayéndole...

Sin duda le había conquistado el alma alguna sutil persuasión, instándole a continuar, a seguir subiendo hacia las frías pendientes de arriba. El juicio y la cordura habían abandonado por completo su trono, al parecer, como en el delirio de la embriaguez. La joven, esbelta y seductora, caminaba siempre adelantada unos pasos, de manera que Hibbert no conseguía llegar a su lado. Veía el blanco encanto de su figura y su rostro, algo que flotaba alrededor de su cuello y se agitaba como una guirnalda de nieve al viento, y oía el acento seductor de su voz que le decía de vez en cuando: «Después; más arriba... ¡Entonces correremos a casa juntos!»

A veces veía extendida la mano de ella buscando la suya; pero cuando intentaba alcanzarla, seguía viéndola delante, y la mano y el brazo se distanciaban. Emprendieron el ascenso por una suave pendiente. El esfuerzo parecía ser mínimo. El cansancio se disipaba en esta atmósfera cristalina que era como de vino. El único ruido que rompía el silencio era el siseo de los esquís en la superficie de nieve en polvo; esto, junto con su respiración y el susurro de la falda de ella, era cuanto oía Hibbert. La fría luz lunar, la nieve y el silencio dominaban el mundo. El cielo era negro, y los picos se recortaban contra él como heladas cuñas de hierro y acero. Mucho más abajo dormían el valle y el pueblo, ocultos hacía rato de la vista. Hibbert tenía la impresión de que no iba a cansarse nunca... Los tañidos del reloj de la iglesia se elevaban de tiempo en tiempo en el aire, cada vez más débiles y distantes.

—Déme la mano. Es hora ya de regresar.

—Una pendiente más —rió ella—. Ese lomo de ahí arriba. Después, nos iremos a casa —y su voccita se mezclaba gratamente con el siseo de los esquís; la suya parecía áspera y fea comparada con la de ella.

—Nunca había subido tan arriba. ¡Es maravilloso! Este mundo de nieve, silencioso y lunar... Y *usted*. Es usted hija de la nieve, lo juro. Deje que llegue... más cerca... que le vea la cara... y toque su mano pequeña.

Le respondió su risa.

—¡Sigamos! Un poco más arriba. Aquí estamos a solas los dos.

—Es maravilloso —exclamó él—. Pero ¿por qué se ha ocultado tanto tiempo? La he buscado en vano desde que patinamos juntos... —iba a decir: «Hace diez días», pero había perdido la noción exacta del tiempo; no estaba seguro de si eran días, años o minutos. Se le dispersaban y confundían sus pensamientos terrenales.

—Me ha buscado mal —la oyó susurrar, un poco más adelante—. Ha ido a sitios donde yo no voy nunca. Los hoteles y los edificios me matan. Por eso los evito —rió, con su risa pequeña, delicada, aguda, ventosa—. Y además, los detesto.

Se detuvo. La joven se había acercado de repente. Un soplo de aire gélido recorrió el alma de Hibbert: ella le había tocado.

—¡Pero hace un frío espantoso! —exclamó él, bruscamente—, ¡un frío que me traspasa! Se está levantando viento; un viento helado. ¡Deprisa, demos la vuelta...!

Pero al ir a cogerla, o a mirarla al menos, la joven se apartó otra vez. Y esta manera de mantenerse apartada unos pasos, y de mirarle fijamente a los ojos, en silencio, le produjo un escalofrío. La luna estaba detrás de ella; pero por alguna extraña razón, pese a tenerla cerca, no conseguía centrar la mirada en su rostro. Percibía el brillo de sus ojos, pero el resto parecía blanco y nevado como si mirase, a través de ella, el espacio de atrás...

Del valle, ahora muy abajo, llegaron débilmente los tañidos de la campana de la iglesia; los contó: cinco. Una súbita debilidad se apoderó de él mientras escuchaba. La sintió muy dentro, mortal y, no obstante, dulce y casi irresistible. Le dieron ganas de dejarse caer en la nieve y quedarse tendido... Llevaban cinco horas ascendiendo... Era, naturalmente, anuncio del total agotamiento.

Hizo un esfuerzo por sobreponerse, y lo consiguió. Se le pasó tan de repente como le había venido.

—Debemos volver —dijo Hibbert con una decisión que estaba muy lejos de sentir—. Amanecerá antes de que lleguemos al pueblo otra vez. Vamos. Es hora de regresar a casa.

Se le había disipado por completo la sensación de euforia. Una emoción muy semejante al temor recorrió su ser; pero la respuesta que ella susurró la convirtió en pánico: un pánico que le atenazó de forma terrible, dejándole débil, sin fuerzas para resistir.

—¡Nuestra casa está... *aquí!* —una carcajada frenética, sonora, acompañó a estas palabras. Fue como un viento siseante. Se *había* levantado viento, y las nubes ocultaban la luna—. Subamos un poco más... a donde no se oigan esas malditas campanas —exclamó; y por primera vez, deliberadamente, le cogió de la mano. Dio un paso, y se acercó de repente a su cara. Le tocó otra vez.

Hibbert trató de dar media vuelta y escapar. Y entonces descubrió que el poder de la nieve —ese otro poder que no produce euforia, sino que anula todo esfuerzo— le tenía atenazado; le dominaba esa sofocante debilidad que comunica a los hombres agotados, atrayéndoles con su abrazo dulce y tenaz hacia el sueño de la muerte,

adormeciendo su voluntad y anulando todo deseo de vivir. Notaba los pies pesados y trabados. No podía volverse ni hacer movimiento alguno.

La joven estaba de pie, muy cerca de él; su frío aliento le rozaba las mejillas y sus cabellos le cegaban los ojos, ya que el viento frío venía de detrás de ella. Hibbert se quedó mirando su blancura; nuevamente le pareció que su mirada la traspasaba y se perdía en el espacio como si no tuviese rostro. Ella le había rodeado el cuello con sus brazos. Le inclinó suavemente, obligándole a arrodillarse, y él se dejó caer: se rindió por completo, obediente. Sintió el peso de ella sobre su cuerpo, agobiante, delicioso. Notó que la nieve le llegaba a la cintura..., que ella le besaba los labios, los ojos, toda la cara. Y a continuación pronunció su nombre con la voz del amor y el prodigio, con aquella voz que tenía el acento de otras dos —arrebataadas hacía mucho tiempo por la Muerte—: la de su madre, y la de la mujer que había amado.

Hizo otro débil esfuerzo por resistir. Después, comprendiendo mientras luchaba que este blando peso sobre su corazón era más dulce que todo cuanto la vida le podía dar, relajó los músculos, y se tendió con abandono en la mullida colcha de nieve. Los fríos besos de ella le hundieron en el sueño.

Dicen que quienes se duermen de cansancio en la nieve no despiertan a este lado de la muerte... Pasaron las horas, y la luna se ocultó tras el borde blanco del mundo. Y entonces, de repente, se produjo un pequeño crujido en el pecho y el cuello de Hibbert... y despertó.

Volvió lentamente sus ojos pesados hacia las montañas desoladas; miró aturdido a su alrededor; trató de levantarse. Al principio, sus músculos se negaron a obedecer: un doloroso entumecimiento se había apoderado de él. Profirió un grito débil, prolongado, pidiendo socorro, y oyó cómo el viento se lo tragaba. Y a continuación comprendió vagamente por qué seguía con calor... y no había muerto. Este mismo viento que arrastró su grito había formado un montículo protector de nieve contra su cuerpo mientras dormía. Un montículo que se curvaba como una ola sobre él. Fue la rotura del borde superior lo que había producido el crujido; y el frío de ese fragmento en el cuello le había despertado.

El amanecer asomaba por el cielo de oriente; cada pico despedía pálidos destellos dorados con esplendor; pero el viento era helado, y levantaba nieve fría, seca como el polvo, de la superficie de las laderas. Vio que las puntas de sus esquís emergían justo debajo de él. Y... y entonces recordó. Al parecer, tuvo conciencia suficiente para comprender que, si lograba levantarse y tenerse de pie, podría volar con terrible impulso, cuesta abajo, hacia el bosque y el pueblo. Los esquís le llevarían. ¡Pero si flaqueaba y caía...!

No sabe cómo lo consiguió; su miedo a morir le hizo apelar a todas las reservas que le quedaban. Se levantó lentamente, vaciló un momento; luego, adoptando el ángulo de un inmenso zigzag, se lanzó por la prodigiosa pendiente como sale una saeta del arco. Y, de manera maquinal, le guiaron y salvaron sus espléndidos

músculos de esquiador y atleta avezado; porque apenas tenía conciencia de controlar la velocidad ni la dirección. La nieve se le pegaba a la cara y los ojos como minúsculas perdigonadas de acero; pasaba volando una ondulación tras otra; las cumbres se desplazaban veloces por el cielo; el valle subía a saltos a su encuentro. Apenas notaba el suelo bajo los pies, al tiempo que la distancia y las pendientes se disipaban ante la fulgurante velocidad de este descenso de la muerte a la vida.

Fue bajando en zigzag a trechos de cuatro millas, y los cambios de dirección estuvieron a punto de acabar con él; porque el esfuerzo para recobrar el equilibrio amenazaba con agotar el escaso aliento que le quedaba.

En esquí pueden bajarse en media hora escasa pendientes que cuesta horas subir. Pero Hibbert había perdido toda noción de tiempo. Muy distintos pensamientos y sentimientos le embargaban en ese frenético descenso, que era como un vuelo de pájaro en el aire. Porque, con el polvo de nieve, venían formas y voces pisándole los talones. Oía a su espalda aquella voccecita argentina de muerte y de risa. Le llegaba su acento agudo y salvaje mezclado con el silbido del viento; pero ahora sonaba irritada, no dulce y persuasiva. Y traía compañía; no le seguía ella sola. Al parecer le perseguía una hueste frenética de estas formas voladoras de la nieve. Le azotaban furiosas el cuello y las mejillas, le agarraban las manos, intentaban trabarle los pies y los esquís con ráfagas de viento y de nieve. Le cegaban los ojos y le impedían respirar.

El terror a las alturas, a la nieve y a la desolación invernal le instaba a seguir en la más loca carrera con la muerte que un ser humano había conocido; y tan tremenda era la velocidad que antes de que el oro y el carmesí descendiesen de las cumbres para teñir los labios de los glaciares vio venir de abajo el bosque, y darle la bienvenida.

Y fue entonces cuando divisó una luz que se desplazaba despacio a lo largo del lindero. La llevaba un hombre. Una larga procesión de seres humanos avanzaba trabajosamente formando una línea oscura en la nieve. Y... oyó un cántico.

Instintivamente, sin vacilar un segundo, cambió de dirección. Ya no voló en ángulo como antes: orientó las puntas de los esquís directamente montaña abajo. No le asustaba la tremenda pendiente. Sabía muy bien que corría el riesgo de precipitarse al fondo; pero sabía también que correría al doble de velocidad... con la salvación al final. Porque, aunque no tenía ninguna idea clara en el pensamiento, se daba cuenta de que era el *curé* del pueblo quien llevaba aquella pequeña linterna brillante en el amanecer, y que traía la comunión a algún chalet de las laderas de abajo... a algún campesino *in extremis*. Recordó la aversión que ella había mostrado hacia la iglesia y las campanas. Tenía miedo de los símbolos sagrados.

Percibió un último grito desesperado al dirigirse hacia allá, un alarido del viento en la cara, y una rociada de nieve punzante contra sus párpados cerrados... Y a continuación cayó al vacío. La velocidad le privó de la visión. Le pareció que se elevaba de la superficie del mundo.

Recuerda confusamente el murmullo de voces de hombres, el contacto de unos brazos robustos que le levantaban, y el agudo dolor cuando le desataron el esquí del tobillo torcido... Porque cuando abrió los ojos otra vez a la vida normal, descubrió que se encontraba tendido en su cama de la oficina de correos, y que el médico estaba a su lado. Pero durante los años siguientes se contó una y otra vez, en este pueblo de la montaña, la historia del descenso del «loco de Hibbert» en plena noche. Por lo visto subió una pendiente tras otra, hasta donde ningún hombre en sus cabales había intentado llegar jamás con esquís. Los turistas anduvieron merodeando por allí el resto de la temporada, picados de curiosidad; el mismo día, incluso, dos de los más osados subieron a fotografiar las laderas. Hibbert vio las fotografías más tarde. Y observó en ellas un detalle curioso, aunque no se lo dijo a nadie.

Sólo se veía el rastro de un par de esquís.

Champéry.

LUCES ANTIGUAS^[13]

DESDE Southwater, donde se apeó del tren, el camino iba derecho hacia poniente. Eso lo sabía; por lo demás, confiaba en la suerte, ya que era uno de esos andariegos impenitentes a los que no les gusta preguntar. Tenía ese instinto, y generalmente le funcionaba bastante bien. «Una milla o así en dirección oeste por el camino arenoso, hasta llegar a un paso de cerca a la derecha; desde ahí cruza a campo traviesa. Verá el edificio rojo justo delante de usted.» Echó una mirada, otra vez, a las instrucciones de la postal, y otra vez trató de descifrar la frase borrada..., en vano. Había sido tachada con tanto cuidado que no quedaba una sola palabra legible. Las frases tachadas en una carta son siempre fascinantes. Se preguntó qué sería lo que había tenido que borrar con tanto cuidado.

La tarde era tormentosa, con un ventarrón que venía aullando del mar y barría los bosques de Sussex. Unas nubes pesadas, de bordes redondos y apelmazados, entrechocaban en los espacios abiertos del cielo azul. A lo lejos, la línea de lomas recorría el horizonte como una ola inminente. Chanctonbury Ring parecía surcar su cresta como un barco veloz con el casco inclinado por el viento de popa. Se quitó el sombrero y avivó el paso, aspirando con placer y satisfacción grandes bocanadas de aire. El camino estaba desierto: no se veían bicicletas, automóviles, o caballos; ni siquiera un carro de mercancías o un simple viandante. De todos modos, no habría preguntado el camino. Con la mirada atenta a la aparición del paso de cerca, caminaba pesadamente, mientras el viento le sacudía la capa contra la cara y rizaba los charcos azules del camino amarillento. Los árboles mostraban el blanco envés de sus hojas. Los helechos, la yerba nueva y alta, se inclinaban en una única dirección. El día estaba lleno de vida, y había animación y movimiento en todas partes. Y para un agrimensor de Croydon recién llegado de su oficina, esto era como unas vacaciones en el mar.

Era un día de aventuras, y su corazón se elevaba para unirse al talante de la Naturaleza. Su paraguas con aro de plata debía haber sido una espada; y sus zapatos marrones, botas altas con espuelas en los talones. ¿Dónde se ocultaba el Castillo encantado y la Princesa de cabellos dorados como el sol? Su caballo...

De repente apareció a la vista el paso de cerca, y se frustró la aventura en embrión. Otra vez volvió a aprisionarle su ropa de diario. Era agrimensor, de edad madura, con un sueldo de tres libras a la semana, y venía de Croydon a estudiar los cambios que un cliente pensaba hacer en un bosque..., algo que proporcionase una mejor vista desde la ventana de su comedor. Al otro lado del campo, a una milla de distancia quizá, vio centellear al sol el rojo edificio, y mientras descansaba un instante en el paso de cerca para recobrar aliento, se puso a observar un bosquecillo de robles y abedules que quedaba a su derecha. «¡Ajá! —se dijo—; así que ésta debe

de ser la arboleda que quiere talar para mejorar la perspectiva, ¿eh? Vamos a echarle una ojeada.» Había una valla, desde luego; pero tenía también un sendero tentador. «No soy un intruso —se dijo—: esto forma parte de mi trabajo.» Saltó dificultosamente por encima de la portilla y se internó entre los árboles. Una pequeña vuelta le llevaría al campo otra vez.

Pero en el instante en que cruzó los primeros árboles dejó de aullar el viento y una quietud se apoderó del mundo. Tan espesa era la vegetación que el sol penetraba sólo en forma de manchas aisladas. El aire era pesado. Se enjugó la frente y se puso su sombrero de fieltro verde; pero una rama baja se lo volvió a quitar en seguida de un golpe; y al inclinarse, se enderezó una cimbreada ramita que había doblado y le dio en la cara. Había flores a ambos bordes del pequeño sendero; de vez en cuando se abría un claro a uno u otro lado; los helechos se curvaban en los rincones húmedos, y era dulce y rico el olor a tierra y a follaje. Hacía más fresco aquí. «Qué bosquecillo más encantador», pensó, bajando hacia un pequeño calvero donde el sol aleteaba como una multitud de mariposas plateadas. ¡Cómo danzaba y palpitaba y revoloteaba! Se puso una flor azul oscuro en el ojal. Nuevamente, al incorporarse, le quitó el sombrero de un golpe una rama de roble, derribándose por delante de los ojos. Esta vez no se lo volvió a poner. Balanceando el paraguas, prosiguió su camino con la cabeza descubierta, silbando sonoramente. Pero el espesor de los árboles animaba poco a silbar; y parecieron enfriarse algo su alegría y su ánimo. De repente, se dio cuenta de que caminaba con cautela. La quietud del bosque era de lo más singular.

Hubo un susurro entre los helechos y las hojas; algo saltó de repente al sendero, a unas diez yardas de él, se detuvo un instante, irguiendo la cabeza ladeada para mirar, y luego se zambulló otra vez en la maleza a la velocidad de una sombra. Se sobresaltó como un niño miedoso, y un segundo después se rió de que un mero faisán le hubiese asustado. Oyó un traqueteo de ruedas a lo lejos, en el camino; y, sin saber por qué, le resultó grato ese ruido. «El carro del viejo carnicero», se dijo... Entonces se dio cuenta de que iba en dirección equivocada y que, no sabía cómo, había dado media vuelta. Porque el camino debía quedar detrás de él, no delante.

Conque se metió apresuradamente por otro estrecho claro que se perdía en el verdor que tenía a su derecha. «Ésta es la dirección, por supuesto —se dijo—; me han debido de despistar los árboles...» y de repente descubrió que estaba junto a la portilla que había saltado para entrar. Había estado andando en círculo. La sorpresa, aquí, se convirtió casi en desconcierto: vio a un hombre vestido de verde pardo como los guardabosques, apoyado en la valla, dándose pequeños azotes en la pierna con una fusta. «Voy a casa del señor Lumley —explicó el caminante—. Éste es *su* bosque, creo...», calló de repente; porque allí no había hombre alguno, sino que era un mero efecto de luz y sombra en el follaje. Retrocedió para reconstruir la singular ilusión, pero el viento agitaba demasiado las ramas aquí, en la linde del bosque, y el follaje se negó a repetir la imagen. Las hojas susurraron de un modo extraño. En ese

preciso momento se ocultó el sol tras una nube, haciendo que el bosque adquiriese un aspecto diferente. Y entonces se puso de manifiesto con cuánta facilidad puede sufrir engaño la mente humana; porque casi le pareció que el hombre le contestaba, le hablaba —¿o fue el rumor de las ramas al restregar unas con otras?—; y que señalaba con la fusta un letrero clavado en el árbol más cercano. Aún le sonaban en el cerebro sus palabras; aunque, por supuesto, todo eran figuraciones suyas: «No, este bosque no es suyo. Es nuestro». Y además, algún gracioso del pueblo había cambiado el texto de la deteriorada tabla; porque ahora ponía con toda claridad: «Prohibido el paso».

Y mientras el asombrado agrimensor leía el letrero, y dejaba escapar una risita, se dijo, pensando en la historia que iba a contar más tarde a su mujer y sus hijos: «Este condenado bosquecillo ha intentado echarme. Pero voy a entrar otra vez. En realidad, ocupa un acre como máximo. No tengo más remedio que salir a campo abierto por el lado opuesto si sigo en línea recta». Recordó su posición en la oficina. Tenía cierta dignidad que conservar.

La nube se apartó de delante del sol, y la luz salpicó de repente toda clase de lugares insospechados. Él, entretanto, seguía caminando en línea recta. Sentía una especie de rara turbación: esta forma en que los árboles cambiaban las luces en sombras le confundía evidentemente la vista. Para su alivio, surgió al fin un nuevo claro entre los árboles, revelándole el campo, y divisó el edificio rojo a lo lejos, al otro extremo. Pero tenía que saltar primero una pequeña portilla que había en el camino; y al trepar trabajosamente a ella —dado que no quiso abrirse—, tuvo la asombrosa sensación de que, debido a su peso, se desplazaba lateralmente en dirección al bosque. Al igual que las escaleras mecánicas de Harrod's y Earl's Court, empezó a deslizarse con él. Era horrible. Hizo un esfuerzo ímprobo para saltar, antes de que le internase en los árboles; pero se le enredó el pie entre los barrotes y el paraguas, con tal fortuna que cayó al otro lado con los brazos abiertos, en medio de la maleza y las ortigas, y los zapatos trabados entre los dos primeros palos. Se quedó un momento en la postura de un crucificado boca abajo, y mientras forcejeaba para desembarazarse —los pies, los barrotes y el paraguas formaban una verdadera maraña—, vio pasar por el bosque, a toda prisa, al hombrecillo de verde pardo. Iba riendo. Cruzó el claro, a unas cincuenta yardas de él; esta vez no estaba solo. A su lado iba un compañero igual que él. El agrimensor, nuevamente de pie, les vio desaparecer en la penumbra verdosa. «Son vagabundos, no guardabosques», se dijo, medio mortificado, medio furioso. Pero el corazón le latía terriblemente, y no se atrevió a expresar todo lo que pensaba.

Examinó la portilla, convencido de que tenía algún truco; a continuación volvió a encaramarse a ella a toda prisa, sumamente desasosegado al ver que el claro ya no se abría hacia el campo, sino que torcía a la derecha. ¿Qué demonios le ocurría? No andaba tan mal de la vista. De nuevo asomó el sol de repente con todo su esplendor, y sembró el suelo del bosque de charcos plateados; y en ese mismo instante cruzó

aullando una furiosa ráfaga de viento. Empezaron a caer gotas en todas partes, sobre las hojas, produciendo un golpeteo como de multitud de pisadas. El bosquecillo entero se estremeció y comenzó a agitarse.

«¡Válgame Dios, ahora se pone a llover!», pensó el agrimensor; y al ir a echar mano del paraguas, descubrió que lo había perdido. Volvió a la portilla y vio que se le había caído al otro lado. Para su asombro, descubrió el campo al otro extremo del claro, y también la casa roja, iluminada por el sol del atardecer. Se echó a reír, entonces; porque, naturalmente, en su forcejeo con los barrotes se había dado la vuelta, había caído hacia atrás y no hacia adelante. Saltó la portilla, con toda facilidad esta vez, y desanduvo sus pasos. Descubrió que el paraguas había perdido su aro de plata. Seguramente se le había enganchado en un pie, un clavo o lo que fuera, y lo había arrancado. El agrimensor echó a correr: estaba tremendamente nervioso.

Pero mientras corría, el bosque entero corría con él, en torno a él, de un lado para otro, desplazándose los árboles como si fuesen semovientes, plegando y desplegando las hojas, agitando sus troncos adelante y atrás, descubriendo espacios vacíos sus ramas enormes, y volviéndolos a ocultar antes de que él pudiese verlos con claridad. Había ruido de pisadas por todas partes, y risas, y voces que gritaban, y una multitud de figuras congregadas a su espalda, al extremo de que el claro hervía de movimiento y de vida. Naturalmente, era el viento, que producía en sus oídos el efecto de voces y risas, en tanto el sol y las nubes, al sumir el bosque alternativamente en sombras y en cegadora luz, generaban figuras. Pero no le gustaba todo esto, y echó a correr todo lo deprisa que sus vigorosas piernas le podían llevar. Ahora estaba asustado. Ya no le parecía un percance apropiado para contarlo a su mujer y sus hijos. Corría como el viento. Sin embargo, sus pies no hacían ruido en la yerba blanda y musgosa.

Entonces, para su horror, vio que el claro se iba estrechando, que lo invadían la maleza y las ortigas, reduciéndolo a un sendero minúsculo, y que terminaba unas veinte yardas más allá, y desaparecía entre los árboles. Lo que no había logrado la portilla, lo había conseguido con facilidad este complicado claro: meterle materialmente en la espesa muchedumbre de árboles.

Sólo cabía hacer una cosa: dar media vuelta y regresar de nuevo, correr con todas sus fuerzas hacia la vida que venía a su espalda, que le seguía tan de cerca que casi le tocaba y le empujaba. Y eso fue lo que hizo con atropellada valentía. Parecía una temeridad. Se volvió con una especie de salto violento, la cabeza baja, los hombros sacados y las manos extendidas delante de la cara. Se lanzó: embistió como un ser acosado en dirección opuesta, por lo que ahora el viento le dio de cara.

¡Dios mío! El claro que había dejado atrás se había cerrado también: no había sendero ninguno. Se dio la vuelta otra vez como un animal acorralado, buscó con los ojos una salida, un modo de escapar; buscó frenético, jadeante, aterrado hasta el tuétano. Pero el follaje le envolvía, las ramas le obstruían el paso; los árboles estaban ahora inmóviles y juntos: no los agitaba el más leve soplo de aire; y el sol, en ese instante, se ocultó tras una gran nube negra. El bosque entero se volvió oscuro y

silencioso. Le observó.

Quizá fue este efecto final de súbita negrura lo que le impulsó a actuar de manera insensata, como si hubiese perdido el juicio. El caso es que, sin pararse a pensar, se lanzó otra vez hacia los árboles. Tuvo la impresión de que le rodeaban y le sujetaban de manera asfixiante, y pensó que *debía* escapar a toda costa... escapar, huir a la libertad del campo y el aire libre. Fue una reacción instintiva; y al parecer, embistió contra un roble que se había situado deliberadamente en el centro del sendero para detenerlo. Lo había visto desplazarse lo menos una yarda; siendo como era un profesional de la medición, acostumbrado al uso del teodolito y la cadena, tenía experiencia para saberlo. Cayó, vio las estrellas, y sintió que mil dedos minúsculos tiraban de sus manos y sus tobillos y su cuello. Sin duda se debía al picor de las ortigas. Es lo que pensó más tarde. En ese momento le pareció diabólicamente intencionado.

Pero hubo otra ilusión extraordinaria para la que no encontró tan fácil explicación. Porque un instante después, al parecer, el bosque entero desfilaba ante él con un profundo susurro de hojas y risas, de miles de pies y de pequeñas, inquietas figuras; dos hombres vestidos de verde pardo le sacudieron enérgicamente..., y abrió los ojos para descubrir que yacía en el prado junto al paso de cerca donde había comenzado su increíble aventura. El bosque estaba en su sitio de siempre, y le contemplaba al sol. Encima de él sonreía burlón el deteriorado letrero: «Prohibido el paso».

Con la mente y el cuerpo trastornados, y bastante alterada su alma de empleado, el agrimensor echó a andar despacio a campo traviesa. Mientras caminaba, volvió a consultar las instrucciones de la tarjeta postal, y descubrió con estupor que podía leer la frase borrada pese a las tachaduras trazadas sobre ella: «*Hay* un atajo que cruza el bosquecillo (el que quiero talar), si lo prefiere». Aunque las tachaduras sobre «si lo prefiere» hacían que pareciese otra cosa: parecía decir, extrañamente, «si se atreve».

—Ése es el bosquecillo que impide la vista de las lomas —explicó después su cliente, señalándolo desde el otro extremo del campo, y consultando el plano que tenía junto a él—. Quiero talarlo, y que se haga un camino así y así —indicó la dirección en el plano, con el dedo—. El Bosque Encantado lo llaman aún; es muchísimo más antiguo que esta casa. Vamos, señor Tilomas; si está usted dispuesto, podemos ir a echarle una mirada...

EL CUENTO DE FANTASMAS DE LA MUJER^[14]

—SÍ —dijo la mujer desde su butaca, situada en el rincón oscuro—, les contaré una experiencia, si quieren atender. Y lo que es más, lo haré escuetamente; o sea sin adornos, sin detalles superfluos: algo que no hacen los que se dedican a contar historias —se echó a reír—: se pierden en toda clase de detalles innecesarios, y dejan que sus oyentes se encarguen de eliminarlos; en cambio yo iré al grano, y ustedes podrán pensar lo que les parezca. Pero con una condición: que no me hagan preguntas al terminar, porque ni puedo ni quiero dar explicaciones.

Todos nos mostramos de acuerdo. Estábamos serios. Después de oír una docena de historias farragosas, contadas por personas que no querían más que «hablar», pero que no tenían nada que decir, queríamos algo «escueto».

—En aquel entonces —empezó, comprendiendo por la calidad de nuestro silencio que estábamos conformes—, en aquel entonces andaba yo interesada en la parapsicología, y había decidido pasar una noche en vela, sola, en una casa encantada del centro de Londres. Era una pensión sórdida, barata y desamueblada de una calle miserable. Ya había ido a hacerle una inspección preliminar esa tarde, a la luz del día, y tenía en mi bolsillo las llaves del portero, que vivía en el portal vecino. La historia era buena..., al menos yo estaba convencida de que valía la pena investigarla; pero no quiero cansarles con las circunstancias del asesinato de la mujer, y todas las aburridas explicaciones sobre *por qué* dicho lugar estaba vivo. Baste decir que lo estaba.

»El caso es que cuando llegué, a las once de la noche, me sentí muy contrariada al ver a un hombre, al que tomé por el portero, un viejo charlatán, esperándome en la escalera de la calle; porque ya le había explicado sobradamente que quería pasar la noche sola.

»—Quería enseñarle la habitación —murmuró él entre dientes; y como es natural, no pude negarme, puesto que le había dado una propina por prestarme una mesa y un sillón.

»—Entremos, pues, y veámosla rápidamente —dije.

»Entramos; cruzamos el recibimiento a oscuras, él detrás de mí arrastrando los pies; subimos al primer piso, donde había tenido lugar el crimen, y me dispuse a oír su inevitable relación antes de despedirle con la media corona que su persistencia se había ganado. Tras encender la luz de gas, me senté en el sillón que él me había traído (un sillón de descolorida felpa marrón), y me volví hacia él por primera vez a mirarle, dispuesta a esperar a que acabase cuanto antes la función. Y entonces fue cuando me llevé el primer sobresalto. Aquel hombre *no* era el portero. No era Carey, el viejo estúpido con el que había hablado ese mismo día, y al cual había explicado mis planes. El corazón me dio un vuelco horrible.

»—Oiga, ¿quién es usted? —dije—. Usted no es Carey, el hombre con el que

hablé esta tarde. ¿Quién es?

»Me sentí inquieta, como pueden imaginar. Era “investigadora de fenómenos metapsíquicos”, joven seguidora de las nuevas tendencias, y estaba orgullosa de mi libertad; pero no me hacía ninguna gracia encontrarme a solas con un desconocido en una casa vacía. Perdí un poco la seguridad en mí misma. Como saben, en las mujeres, la seguridad en una misma es en cierto modo ficticia. O quizá no lo sepan, puesto que la mayoría de ustedes son hombres. El caso es que se me fue el valor, y tuve miedo.

»—¿Quién es usted? —repetí vivamente, nerviosa. El individuo iba bien vestido, era joven y guapo; pero su rostro reflejaba una gran tristeza. Yo tenía treinta años escasos. Les estoy contando lo fundamental; si no, ni lo mencionaría. Esta historia deriva de cosas completamente normales. Y creo que tiene por eso valor.

»—No —dijo—. Yo soy el que recibió un susto de muerte.

»Su voz y sus palabras me traspasaron como un cuchillo, y me sentí al borde del desmayo. En mi bolsillo tenía el cuaderno que había comprado para tomar notas. Percibí el lápiz metido en su hueco. Y también la ropa que me había puesto de más para pasar la noche, puesto que no disponía de una cama o un sofá... Me pasaron un sinfín de cosas por la cabeza, insensatamente, sin coherencia ni sentido, como suele sucederle a quien está asustado de veras. Se me ocurrieron un montón de detalles absurdos, y pensé en lo que dirían los periódicos si se llegaba a saber, y en lo que pensaría mi “ingenioso” cuñado si dijese que llevaba cigarrillos en el bolsillo y que era librepensadora.

»—¡El que recibió un susto de muerte! —repetí horrorizada.

»—Ése soy —dijo él, estúpidamente.

»Le miré como le habrían mirado ustedes (cualquiera de los que me escuchan ahora), y sentí dentro de mí el fluir y refluir de la vida como una especie de líquido caliente. ¡Sí, no se rían! Así es como lo sentí. Hay cosas sin importancia que se imprimen con fuerza en el cerebro cuando se tiene terror..., *verdadero terror*. Aunque por las ideas que se me ocurrieron, lo mismo podía haber estado tomando el té en una reunión de gentes de clase media..., ¡de puro mediocres que eran!

»—¡Pero yo creía que era usted el portero al que di una propina esta tarde para que me deje pasar la noche aquí! ¿Le ha... le ha dicho Carey que me espere?

»—No —replicó, con una voz que me llegó a lo más hondo—. Soy el que recibió un susto de muerte. ¡Y lo que es más, aún sigo asustado *ahora*!

»—Yo también —conseguí decir, hablando instintivamente—. Estoy lo que se dice aterrada.

»—Sí —replicó él, con la misma voz extraña, que parecía sonar dentro de mí—. Pero usted aún es de carne y hueso... ¡y yo no!

»Comprendí que debía mostrarme agresiva. Me hallaba en aquella habitación vacía, desamueblada, clavándome las uñas en las palmas de las manos y apretando los dientes. Estaba decidida a afirmar mi personalidad y mi valor como mujer nueva y espíritu libre que era.

»—¿Pretende decirme que no es de carne y hueso? —pregunté con dificultad—. Pero ¿de qué diablos está hablando?

»El silencio de la noche se tragó mi voz. Por primera vez me di cuenta de que había caído la noche sobre la ciudad; de que había polvo en la escalera; de que el piso de arriba estaba desocupado y el de abajo vacío. Yo, una mujer, me encontraba sola en esta casa desierta y encantada. Sentí frío. Oí el viento alrededor de la casa, y supe que las estrellas estaban ocultas. Pensé atropelladamente en la policía y los autobuses y en todo cuanto era útil y tranquilizador. De repente comprendí lo estúpida que había sido al querer visitar sola semejante casa. Estaba aterrada. Pensé que había sonado mi última hora. Era una tonta por meterme en investigaciones metapsíquicas sin tener el necesario temple de nervios.

»—¡Dios mío! —exclamé—. Si no es usted Carey, la persona con quien hablé esta tarde, ¿quién es, entonces?

»El terror me tenía realmente paralizada. El hombre cruzó lentamente la habitación vacía y se acercó a mí. Extendí el brazo para detenerle, al tiempo que me levantaba del sillón, y se paró frente a mí, con una sonrisa en su rostro triste y consumido.

»—Ya le he dicho quién soy —repitió quedamente, con un suspiro, mirándome con los ojos más tristes que he visto en mi vida—, y *aún* sigo asustado.

»A todo esto había llegado yo al convencimiento de que estaba tratando con un bribón o un loco, y maldije la estupidez que había cometido al dejarle entrar sin mirarle la cara. Tomé rápidamente una decisión: sabía qué hacer. El viento barre a los espectros y fenómenos metapsíquicos. Si enojaba a este ser podía pagarlo con mi vida. Debía seguirle la corriente hasta llegar a la puerta y, una vez allí, salir corriendo a la calle. Me planté delante de él. Éramos casi de la misma estatura, yo era fuerte, atlética, y estaba acostumbrada a jugar al hockey en invierno y a practicar el montañismo en verano. La mano me hormigueaba de ganas de apretar un bastón, pero no tenía ninguno.

»—Ahora lo recuerdo, claro —dije con una especie de rígida sonrisa que me costó trabajo esbozar—. Ahora recuerdo su caso, y de qué manera maravillosa se portó...

»El hombre me miró estúpidamente, volviendo la cabeza para observarme, mientras yo retrocedía cada vez más deprisa hacia la puerta. Pero cuando su rostro esbozó una sonrisa no fui capaz de dominarme. Eché a correr hacia la puerta, y salí disparada al rellano. Como una estúpida, me equivoqué de dirección, y topé con los peldaños que subían al otro piso. Pero era demasiado tarde para rectificar. El hombre venía detrás de mí, estaba segura, aunque no oía ruido de pasos; así que subí corriendo el tramo de escalera, desgarrándome la falda y golpeándome las costillas en la oscuridad, y me metí de cabeza en la primera habitación que encontré. Afortunadamente estaba entornada y, para mayor suerte, tenía la llave puesta en la cerradura. En un segundo cerré de golpe, apliqué todo mi peso contra ella, y di una

vuelta a la llave.

»Estaba a salvo, aunque el corazón me latía como un tambor. Un segundo después sentí que se me paralizaba, al descubrir que había alguien en la habitación, además de mí. Vi una figura de hombre, de pie, entre la ventana y yo, en la que las farolas de la calle proyectaban una luz que recortaba su silueta sobre el cristal. La verdad es que soy una mujer valerosa; porque ni aun entonces perdí las esperanzas; pero puedo decirles que jamás me he sentido tan horriblemente asustada en todos los días de mi vida. ¡Yo misma me había encerrado con él!

»El hombre, apoyado en la ventana, me observó en el suelo, donde me había derrumbado como un fardo. Así que había dos hombres en la casa conmigo, pensé. ¡Tal vez las demás habitaciones estaban ocupadas también! ¿Qué podía significar todo esto? Pero mientras miraba, algo cambió en la habitación, o en mí (no sabría precisar), y me di cuenta de mi error, de forma que mi miedo, que hasta ahora había sido físico, cambió instantáneamente de naturaleza, y se volvió *psíquico*. Sentí asustada mi alma, en vez de mi corazón, al reconocer en el acto a este hombre.

»—¿Cómo diablos ha llegado aquí? —tartamudeé desde el otro extremo de la habitación vacía, al tiempo que el asombro aliviaba momentáneamente mi miedo.

»—Bueno, permítame que le explique —comenzó con aquella voz lejana, que me bajaba por la espina dorsal como un cuchillo—. En primer lugar, estoy en un espacio distinto, de modo que me encontrará en cualquier habitación en la que entre; porque, según su modo de medir, *estoy en toda la casa*. El espacio es una propiedad corporal; pero yo estoy fuera del cuerpo, así que el espacio no me afecta. Es mi situación la que me retiene aquí. Necesito que algo cambie mi situación; entonces me podré ir. Necesito comprensión. O mejor dicho, algo más que comprensión: necesito afecto..., ¡necesito *amor*!

»Mientras hablaba, conseguí ponerme de pie. Me daban ganas de gritar y llorar y reír al mismo tiempo; pero sólo conseguí suspirar, porque las emociones me habían agotado, y el embotamiento se estaba apoderando de mí. Busqué las cerillas en mi bolsillo y di unos pasos hacia la luz de gas.

»—Me sentiría mucho más a gusto si no encendiese la luz —dijo en seguida—; las vibraciones de esa clase me molestan bastante. No tema, no le voy a hacer ningún daño. En primer lugar, no puedo tocar su cuerpo, porque nos separa un abismo; en realidad, esta penumbra es la más cómoda para mí. Permítame que continúe lo que estaba tratando de decirle. Es mucha la gente que ha venido a esta casa a verme, y la mayoría lo ha conseguido; y todos se han asustado. ¡Ay! ¡Ojalá viniese alguien que no se asustara, y fuese amable y me amara! Entonces podría cambiar yo de estado, y marcharme.

»Era tan triste su voz que las lágrimas asomaron al fondo de mis ojos, pero el miedo me impedía cualquier otra cosa, y le escuchaba temblando y transida de frío.

»—¿Quién es usted, entonces? Desde luego no le ha enviado Carey, ahora estoy segura —conseguí tartamudear. Se me dispersaban los pensamientos, y no encontraba

qué decir. Temía sufrir un ataque.

»—No sé nada de Carey, ni le conozco —prosiguió el hombre quedamente—; incluso he olvidado cómo se llamaba mi cuerpo, gracias a Dios. Pero soy el que recibió un susto de muerte en esta casa, hace diez años, y sigo asustado desde entonces: por la serie de gentes curiosas y crueles que vienen a ver el fantasma, manteniendo así viva la atmósfera de terror, que sólo sirve para empeorar mi situación. Ojalá viniera alguien que fuese amable conmigo: que *riese*, me hablase con dulzura y comprensión, o llorase si quisiese; que me consolase, me compadeciese..., lo que fuera, en vez de venir a curiosear y temblar como hace usted ahora en ese rincón. Vamos, señora, ¿no me va a compadecer? —su voz se elevó casi hasta convertirse en un grito—; ¿no va a avanzar hasta el centro de la habitación, y a quererme un poquito?

»Una risa horrible me subió a la garganta al oírle; pero el sentido de la compasión fue más fuerte que la risa, y me descubrí a mí misma abandonando el apoyo de la pared y avanzando hacia el centro de la habitación.

»¡Dios mío! —exclamó él, al tiempo que se enderezaba junto a la ventana—, ha hecho un gesto amable. Es la primera muestra de compasión que se me hace desde que morí, y ya me siento mejor. En vida fui un misántropo. Todo me salía mal; y llegué a odiar tanto a los demás que no podía soportar verles siquiera. Naturalmente, lo semejante engendra lo semejante; así que el odio era recíproco. Al final sufría horribles alucinaciones, y mi habitación se pobló de demonios que gesticulaban y reían; una noche tropecé con un enjambre de ellos cerca de la cama..., y el miedo me paralizó el corazón, y me mató. Es el odio y el remordimiento, tanto como el terror, lo que me entorpece y me ata aquí. Si lograse inspirar a alguien compasión y simpatía, y quizá un poquito de amor, podría liberarme y ser feliz. Cuando vino usted esta tarde a inspeccionar la casa, la observé y, por primera vez, sentí nacer en mí un poco de esperanza. Me di cuenta de que tenía valor, originalidad, ingenio..., *amor*. Si yo pudiese llegar a su corazón sin asustarla, sé que haría brotar ese amor que guarda en el fondo de su ser, ¡y conseguiría así las alas que necesito para escapar!

»Debo confesar que ahora empezaba a condolerme; porque había perdido el miedo, y sus palabras hundían en mí su mensaje de aflicción. Sin embargo, todo esto era tan increíble, y de carácter tan impío, y la historia del asesinato de una mujer que yo había ido a investigar tenía tan poca relación con ello, que me parecía que estaba inmersa en una especie de sueño insensato, a punto de interrumpirse en cualquier momento, y que me iba a despertar en la cama tras esta pesadilla.

»Además, sus palabras me dominaron a tal extremo que me era imposible pensar en nada, ni discurrir con claridad un medio de actuar o de huir.

»Me acerqué un poco más a él a oscuras, horriblemente asustada como es natural, pero con atisbos de una extraña determinación en mi alma.

»—Ustedes, las mujeres —prosiguió con una clara emoción en la voz ante mi proximidad—, son maravillosas para aquel a quien la vida no brinda a menudo

ocasión de probar ese gran amor que atesoran; ¡ah, si supiesen cuántos de nosotros lo anhelamos! Sería la salvación de nuestras almas, si lo supiesen. A pocas se les presenta la ocasión que usted tiene ahora; pero si hiciese uso de su amor generosamente, sin un objeto concreto, dejándolo fluir sin trabas para que llegase a todo el que lo necesita, alcanzaría a cientos, a miles de almas como yo, ¡y nos liberaría! ¡Oh, señora!, le pido otra vez que tenga compasión de mí, que sea buena y amable... y, si puede, ¡que me ame un poquito!

»El corazón me dio un vuelco, dentro de mí, y esta vez se me saltaron las lágrimas, ya que no pude contenerlas. Pero me reí, también, por su manera de llamarme “señora”: sonaba raro aquí, a medianoche, en esta casa vacía de un callejón londinense; pero se me cortó la risa de pronto, fundiéndose en un torrente de llanto, al ver cómo le había afectado mi cambio de sentimientos. Había abandonado su sitio junto a la ventana y se estaba arrodillando en el suelo, a mis pies, con las manos extendidas hacia mí; y alrededor de su cabeza asomaron los primeros signos de una especie de halo.

»—¡Rodéeme con sus brazos y béseme, por el amor de Dios! —exclamó—. ¡Béseme, béseme, por favor, y seré libre! Ha hecho mucho ya..., ¡haga esto ahora!

»Yo estaba inmóvil, vacilando, temblando, a punto de actuar, aunque sin decidirme del todo. Pero casi me había desaparecido el terror.

»—Olvide que soy un hombre y que es usted mujer —prosiguió con el tono más suplicante que yo había oído en mi vida—. Olvide que soy un espectro, acérquese sin temor y abráceme y béseme con fuerza, y deje que su amor fluya dentro de mí. ¡Olvídese de sí misma unos momentos y haga algo valeroso! ¡Oh, ámeme, ámeme, ÁMEME! ¡Y así seré libre!

»Sus palabras, o la fuerza que liberaron en el centro de mi ser, me agitaron de manera profunda; una emoción infinitamente más grande que el miedo se apoderó de mí, arrastrándome consigo, y traspuse los límites de la acción. Sin vacilar, di dos pasos hacia él, que permanecía arrodillado, y le tendí los brazos. En ese instante tenía yo el corazón inundado de compasión y de amor; de sincera compasión, lo juro, y de sincero amor. Me olvidé de mí misma y de mis temblores, en un gran deseo de ayudar a otra alma.

»—¡Te amo, pobre ser sufriente y desventurado! ¡Te amo! —exclamé a través de mis lágrimas—; y no me siento asustada en absoluto.

»El hombre profirió un sonido singular, como de risa, aunque no fue risa, y volvió la cara hacia mí. Le dio la luz de la calle; pero había otra luz también a su alrededor que parecía provenir de sus ojos y su piel. Se levantó para venir a mi encuentro, y en ese segundo lo atraje a mi pecho y lo besé en los labios una y otra vez.»

Todas nuestras pipas se habían apagado; no se oyó un susurro de faldas siquiera, en aquel despacho, mientras la narradora callaba unos instantes para serenar su voz y se llevaba una mano a los ojos antes de proseguir.

—Bueno, ¿qué puedo decir, o cómo podría describirles, señores escépticos con

sus pipas en la boca, la asombrosa sensación que experimenté al abrazar a un ser intangible, impalpable, tan fuertemente contra mi corazón que tocó mi cuerpo a todo lo largo con igual presión, y luego se fundió, penetrando de algún modo en mi ser? Fue como sujetar una ráfaga de aire frío, sentir un contacto de ardiente fuego en el instante de recibir su golpe efímero y pasar. Por mí, a través de mí, cruzaron una serie de sensaciones asombrosas; un éxtasis fugaz de cálida dulzura y maravilla me bajó por todo el ser; el corazón me dio otro gran vuelco... y a continuación me encontré sola.

»La habitación estaba vacía. Abrí la llave del gas y encendí una cerilla para comprobarlo. Había perdido todo temor; algo cantaba en torno a mí en el aire y en mi corazón, como el gozo de una mañana primaveral en los jóvenes. Ni todos los demonios, sombras y apariciones del mundo habrían podido producirme el más leve estremecimiento.

»Abrí la puerta y recorrí la casa a oscuras; incluso visité la cocina, el sótano y el ático. Pero estaba vacía. Alguien la había abandonado. Me demoré una hora escasa, analizando, pensando, preguntándome —imaginen ustedes lo que quieran, porque no voy a entrar en detalles: les he prometido ir al grano, recuerden—; luego me fui a mi apartamento, a dormir el resto de la noche, cerrando tras de mí la puerta de una casa que ya no estaba encantada.

»Pero mi tío, sir Henry, propietario del edificio, me pidió que le informase sobre mi aventura; y naturalmente me sentí en la obligación de hacerle una relación fiel de lo ocurrido. Antes de empezar, sin embargo, alzó la mano para detenerme.

»—Antes —dijo— quiero confesar una pequeña añagaza que me he permitido tenderte. Es tanta la gente que ha ido a esa casa y dice haber visto el fantasma que he llegado a la conclusión de que la historia influyó en sus imaginaciones, y he querido hacer una prueba mejor. Así que inventé en nombre de ellos otra historia, pensando que, si veías algo, me convencería de que no se debe a un estado sobreexcitado de la imaginación.

»—Entonces ¿lo que me dijiste de que habían asesinado a una mujer y demás, no es la verdadera historia de la aparición?

»—No. La verdad es que un primo mío se volvió loco en la casa, y se quitó la vida en un acceso de terror, tras años de desdichada hipocondría. Es su figura la que ven los que vienen a investigar.

»—Entonces, eso explica... —balbuceé.

»—¿Qué explica?

»Pensé en aquella pobre alma atormentada, anhelando escapar durante todos esos años, y decidí guardarme para mí lo ocurrido.

»—Explica, quiero decir, por qué no vi el fantasma de la mujer asesinada —concluí.

»—Exacto —dijo sir Henry—; y por qué, si hubieses visto algo, habría tenido valor; tanto más cuanto que no habría sido efecto de la imaginación, puesto que la

tenías centrada en una historia que ya conocías.»

EL ENCUBRIDOR^[15]

EN la encrucijada del páramo, Martin estuvo examinando el poste de señales durante varios minutos con cierta perplejidad. No eran los nombres de las cuatro flechas los que él había esperado; no indicaban las distancias, y su mapa, concluyó de mal humor, estaba sin duda desesperantemente anticuado. Lo extendió sobre el poste, y se inclinó para estudiarlo con más detenimiento; el viento levantaba las esquinas agitándolas contra su cara. Los pequeños caracteres eran casi indescifrables a la luz desfalleciente. Parecía, sin embargo —a lo que él podía inferir—, que dos millas antes había tomado un desvío equivocado.

Recordaba ese desvío. El camino le había parecido tentador: vaciló un momento, y luego siguió por él, seducido por el señuelo, que suele atraer a los caminantes, de que «puede ser un atajo». La trampa del atajo es tan vieja como la naturaleza humana. Durante unos minutos estudió alternativamente el mapa y el poste de señales. Estaba oscureciendo, y le pesaba la mochila. Sin embargo, no podía hacer concordar sus dos fuentes de información, y una sensación de incertidumbre se estaba apoderando de su espíritu. Se sentía desconcertado, frustrado. Le costaba pensar. Se le hacía difícil tomar una decisión. «Estoy hecho un lío —se dijo—; debe de ser el cansancio», mientras escogía la dirección más probable. «Tarde o temprano toparé con alguna posada, aunque no sea la que quería.» Aceptó su suerte de caminante, y reanudó la marcha con paso vivo. La flecha indicaba: «A Litacy Hill» con preciosas letritas que bailaban y oscilaban cada vez que uno las miraba; pero no había habido manera de encontrar ese nombre en el mapa. No obstante, era tentador como el atajo. Un impulso parecido decidió su elección. Sólo que esta vez fue más insistente; casi apremiante.

Y entonces se dio cuenta de la absoluta soledad del paraje que le rodeaba. El camino seguía recto un centenar de yardas, luego torcía como un río blanco que desembocara en el espacio; los brezos de oscuro verdeazul marcaban las orillas, prolongándose hacia arriba en el crepúsculo; aquí y allá destacaba algún pino, pequeño, solitario: inexplicable. Tras ocurrírsele, el extraño adjetivo le obsesionó. Había muchas cosas esta tarde... igualmente inexplicables: el atajo, el enturbiamiento del mapa, los nombres del poste de señales, sus impulsos excéntricos, y la creciente confusión que iba invadiéndole el espíritu. El mismo paisaje requería una explicación; aunque quizá sería más exacto el término «interpretación». Esos arbolitos solitarios le habían hecho caer en la cuenta. ¿Por qué se había extraviado con tanta facilidad? ¿Por qué sufría vagas impresiones que influían en su dirección? ¿Por qué estaba aquí, precisamente *aquí*? ¿Y por qué iba ahora «a Litacy Hill»?

Y entonces, en el campo verde, que brillaba como un pensamiento soleado en mitad de un páramo tenebroso, vio una figura tumbada en la yerba. Era una mancha

en el paisaje, un mero bulto de harapos sucios y apelotonados, aunque dotado de cierto horrible pintoresquismo; y su cerebro encontró al punto los equivalentes en alemán —aunque su alemán era meramente escolar—, en vez de en inglés. Se le ocurrieron, extrañamente, los términos *Lump* y *Lumpen*. En este momento le parecieron adecuados y expresivos; casi onomatopéyicos, si es que era posible eso visualmente. Ni «harapos» ni «pícaro» habrían cuadrado a lo que veía. Como mejor se describía era en alemán.

Ésta fue una clave sugerida por la parte de su ser que no razonaba. Pero por lo visto se equivocó. Y un minuto después se incorporó el vagabundo, se quedó sentado, y preguntó la hora. La preguntó en alemán. Y Martin, contestando sin vacilar un segundo, le dijo, también en alemán: «*halb sieben*», las seis y media. Su cálculo a ojo fue exacto —lo comprobó poco más tarde, al echar una mirada a su reloj—. Oyó que el hombre decía, con la velada insolencia de los vagabundos: «Gracias; muy amable». Porque Martin no había enseñado el reloj... obedeciendo subconscientemente a otro impulso.

Avivó el paso por este camino solitario, al tiempo que le venían a la mente multitud de pensamientos y sentimientos confusos. De alguna manera, había adivinado que le iba a llegar la pregunta, y que sería en alemán. Sin embargo, le asustó y le puso nervioso. Otra cosa le había asustado y puesto nervioso también, y la había esperado igualmente, y resultó ser cierta. Pues cuando aquel montón de harapos pardos se levantó para hacer la pregunta, parte de él permaneció en el suelo: era otro ser pardo y sucio. Se trataba de dos vagabundos. Vio claramente las dos caras. Tras sus barbas desaliñadas, bajo sus viejos sombreros, descubrió la expresión de unos rostros astutos, desagradables, que le miraron con atención al pasar. Sus ojos le siguieron. Los miró él un segundo directamente, y no pudo por menos de penetrar en ellos. Y se dio cuenta, con horror, de que ambas caras eran demasiado lustrosas, refinadas y despiertas para pertenecer a dos vulgares vagabundos. En realidad, no tenían nada de vagabundos estos hombres. Estaban disfrazados.

«¡Con qué disimulo me han observado!», pensó, mientras se alejaba deprisa por el camino cada vez más oscuro, totalmente consciente ahora de la soledad y desolación del páramo que le rodeaba.

Inquieto y nervioso, aceleró la marcha. Y estaba pensando cuán innecesariamente hacían ruido sus botas claveteadas en el camino blanco y pedregoso, cuando se le unió de repente, tras una carrera, la compañía de estos seres que él había calificado de «inexplicables». Traían consigo un mensaje preciso: que el asunto no iba en absoluto con él, de ahí su misma confusión y perplejidad; que se había metido en terreno ajeno, y que estaba violando el mapa de la vida de otro. En algún equivocado desvío *interior*, había introducido su persona entre un conjunto de fuerzas externas que operaban en el pequeño mundo de otro. Sin darse cuenta había traspuesto el umbral en algún punto, y ahora estaba dentro: como un intruso, como un entrometido, como un Fisgón. Y escuchaba, fisgaba; se enteraba de cosas que no tenía derecho a saber,

puesto que iban dirigidas a otro. Como un barco en el mar, estaba interceptando mensajes que no era capaz de interpretar correctamente, porque su receptor no estaba sintonizado para recibirlos. Y aún más: ¡estos mensajes eran advertencias!

El miedo cayó entonces sobre él como la noche. Había quedado atrapado en una red de fuerzas profundas y delicadas que no podía manejar, ignorante de su origen y de su objetivo. Se había metido en una enorme trampa psíquica cuidadosamente proyectada y tendida, aunque calculada para otro. Algo le había atraído hacia ella; algún detalle del paisaje, de la hora del día, de su estado de ánimo. A causa de alguna debilidad que ignoraba tener, había sido atrapado fácilmente. Su miedo se mudó fácilmente en terror.

Lo que ocurrió a continuación ocurrió con tal rapidez y concentración que pareció fundirse en un simple segundo. Ocurrió de golpe y porrazo. Fue totalmente inevitable. Vio venir un hombre hacia él por el blanco camino, tambaleándose de un lado a otro, y dando muestras de una borrachera evidentemente fingida: era un vagabundo; y al apartarse Martin para dejarle pasar, su bandazo se convirtió al punto en ataque, y el individuo se abalanzó sobre él. El golpe fue repentino y terrible, aunque, incluso en el instante de recibirlo, se dio cuenta Martin de que tenía detrás un segundo hombre, el cual le agarró las piernas por abajo, y le derribó en el suelo con un golpe sordo. Entonces comenzaron a lloverle palos; vio centellear algo brillante; una náusea mortal le hundió en la más absoluta debilidad, imposibilitándole toda resistencia. Una especie de fuego le inundó la garganta, y se le llenó la boca de una cosa dulce y espesa que le ahogaba. El mundo se sumió en tinieblas... No obstante, en medio de todo este horror y confusión, le cruzaron por la mente dos pensamientos: que el primero de los vagabundos había corrido el doble por entre los matorrales a fin de salirle al encuentro, y que le arrancaban algo pesado que llevaba sujeto y pegado al cuerpo, bajo las ropas...

Y entonces, de súbito, se disipó la oscuridad, desapareció por completo. Se encontró con que estaba mirando el mapa sobre el poste de señales; el viento azotaba las esquinas contra su mejilla, y estaba estudiando los nombres, que ahora veía con absoluta claridad. Los brazos del poste anunciaban los que él había esperado encontrar, y el mapa los registraba con puntual fidelidad. Todo estaba correcto otra vez, y como era de prever. Leyó el nombre del pueblo al que se dirigía: se leía perfectamente a la luz del crepúsculo, y ponía la distancia de dos millas. Perplejo, nervioso, incapaz de pensar nada, se embutió el mapa sin doblar en el bolsillo, y reanudó la marcha a toda prisa, como el que acaba de despertar de un sueño espantoso que ha comprimido en un solo instante toda la angustia detallada de una larga, opresiva pesadilla.

Adoptó un trote regular que no tardó en convertirse en carrera; le corría el sudor, sentía las piernas flojas, y le costaba trabajo respirar. Sólo sabía que tenía unas ganas irresistibles de alejarse lo más deprisa posible del poste de esta encrucijada donde le había sobrevenido la espantosa visión. Porque Martin, contable de vacaciones, jamás

había soñado con un mundo de posibilidades metapsíquicas. Todo esto era una tortura. Era peor que si una conspiración de chupatintas y directores le hiciese culpable de un balance de libros «amañado». Corría como si el campo entero le pisase los talones, gritándole sin parar. Y corría con la increíble convicción de que nada de esto iba en absoluto con él. Había oído casualmente los secretos de otro. Había recogido un aviso dirigido a otro, alterando así su dirección. Con ello, había impedido que llegara a su destino. Todo esto le ahogaba lo indecible. Dislocaba la maquinaria de su ajustada y cuidada alma. El aviso había estado destinado a otro que ahora no podía —no quería— recibirlo.

El esfuerzo físico, sin embargo, le produjo finalmente una reacción más grata, y cierto sosiego. Con las luces a la vista, aminoró la carrera y entró en el pueblo a un paso moderado. Llegó a la posada, inspeccionó una habitación, la tomó, y pidió la cena, que le trajo el sólido consuelo de una buena perca con que satisfacer su hambre impía y completar el restablecimiento del equilibrio. Desaparecieron las impresiones inusitadas, y se disipó la extraña sensación de que había algo en su mundo simple y saludable que requería una explicación. Todavía con una vaga inquietud en el cuerpo, aunque le había desaparecido por completo el miedo, entró en el salón, después de cenar, a fumar una pipa y charlar con los naturales, como le gustaba hacer cuando estaba de vacaciones, y descubrió dos hombres apoyados en el mostrador, en el fondo, de espaldas a él. Vio sus caras reflejadas en el espejo, y a punto estuvo de caérsele la pipa de entre los dientes. Eran dos caras afeitadas, lustrosas, despiertas, y captó una o dos palabras que decían delante de sus vasos: palabras en alemán. Iban bien vestidos, los dos, sin nada que llamase especialmente la atención; podían ser turistas de vacaciones como él mismo, en traje de *tweed* y botas de caminar. Un momento después, pagaron sus consumiciones y se fueron. No llegó a verlos totalmente de frente; pero volvió a brotarle sudor de los poros, y una oleada de calor y frío a la vez le recorrió el cuerpo; había reconocido, sin la menor sombra de duda, a los dos vagabundos, esta vez sin disfrazar... sin disfrazar *todavía*.

Se quedó en su rincón sin moverse, chupando enérgicamente la pipa apagada, atenazado por el retorno de aquel primer terror. Comprendió con absoluta claridad y certeza que estos hombres no tenían nada que ver con él; más aún, que no tenía ningún derecho en el mundo a intervenir: no tenía en absoluto un *locus standi*; sería inmoral... aunque le surgiese la ocasión. Ocasión que se presentaría, adivinaba él. Había oído algo por casualidad, y había conocido una información de carácter secreto que no tenía derecho a utilizar, aun cuando fuese para hacer el bien... incluso para salvar una vida. Permaneció sentado en su rincón, a la espera de lo que fuera a ocurrir.

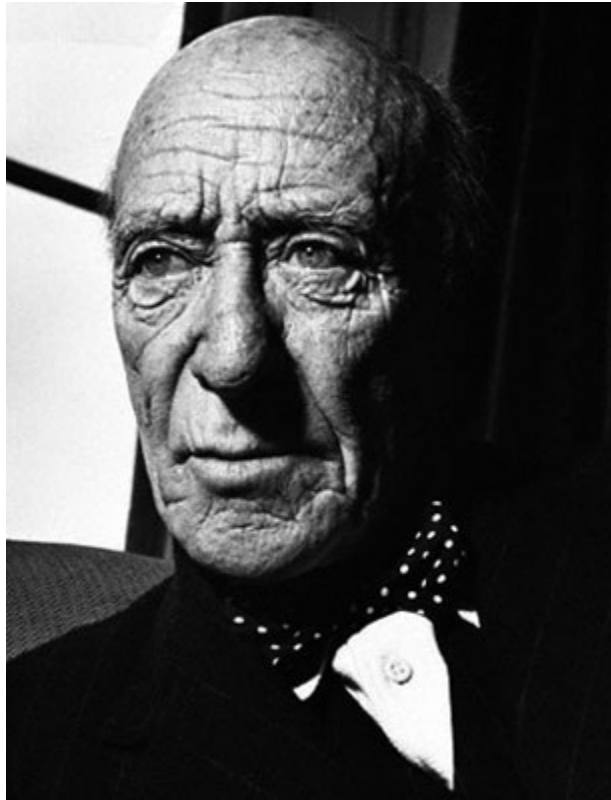
Pero llegó la noche sin que surgiese ninguna explicación. Nada sucedió. Durmió profundamente. No había ningún otro huésped en la posada, aparte de un señor mayor, turista como él al parecer. Llevaba gafas con montura de oro, y por la mañana Martin le oyó preguntar al posadero qué dirección debía tomar para ir a Litacy Hill.

Entonces empezaron a castañetearle los dientes, y una flojedad se apoderó de sus rodillas. «Al llegar a la encrucijada, tuerza a la izquierda —terció Martin, antes de que el posadero pudiese responder—; verá el poste de señales a unas dos millas de aquí; después habrá otras cuatro millas —¿cómo diablos lo sabía él?, se preguntó súbitamente—. Yo voy también en esa dirección —dijo después—; le acompañaré... ¡si no le molesta!» Las palabras le salieron de manera impulsiva, sin querer: le brotaron por sí solas. Porque su dirección era exactamente la contraria. *No quería que este hombre fuese solo.* El desconocido, sin embargo, eludió con facilidad el ofrecimiento de acompañarle. Le dio las gracias, comentando que pensaba salir más avanzado el día... Estaban de pie los tres, junto al abrevadero de caballos, delante de la posada, cuando en ese mismo momento, un vagabundo que venía cansinamente por el camino, alzó los ojos y preguntó la hora. Fue el hombre de los lentes de oro quien se la dijo.

—Gracias, muy amable —contestó el vagabundo, prosiguiendo su marcha con su paso lento, cansino, mientras el posadero, hombre charlatán, se ponía a comentar el número de alemanes que vivían en Inglaterra dispuestos a sumarse a la invasión teutónica que él, por su parte, consideraba inminente.

Pero Martin no le oyó. Antes de haber andado una milla se metió en el bosque a contender a solas con su conciencia. Su debilidad, su cobardía, eran sin duda criminales. Una auténtica angustia le torturaba. Una docena de veces tomó la decisión de volver sobre sus pasos, y una docena de veces se lo impidió la singular autoridad susurrándole que no tenía ningún derecho a interferir. ¿Cómo iba a actuar él valiéndose de una información obtenida a base de escuchar indiscretamente? ¿Cómo iba a interferir en la vida privada de otro, sólo porque había oído, como por teléfono, sus peligros secretos? Una confusión interior le impedía pensar correctamente. El desconocido le tomaría por loco. No tenía ninguna «prueba» que aportar... Reprimió un centenar de impulsos... y finalmente prosiguió su camino con el corazón inquieto y desasosegado.

Sus dos últimos días de vacaciones se los estropearon las dudas, las interrogantes y las alarmas... que vio justificadas más tarde, cuando se enteró del asesinato de un turista en Litacy Hill. Llevaba lentes con montura de oro, y gran cantidad de dinero en un cinturón. Lo habían degollado. La policía seguía la pista a dos misteriosos vagabundos que, según se decía, eran... alemanes.



ALGERNON BLACKWOOD (1869-1951) fue uno de los artífices fundamentales de la gran revolución que experimentó el cuento de miedo a comienzos de este siglo. De familia aristocrática y ultracalvinista, desde muy joven se rebeló contra las creencias de sus mayores interesándose por las religiones orientales y el ocultismo, por lo que su padre lo envió a Canadá, donde se vio obligado a desempeñar los más variados oficios para sobrevivir. Buscando mejorar su situación se trasladó a Nueva York, y a finales del siglo pasado regresó a Inglaterra donde empezó a publicar cuentos en revistas a partir del éxito de «A Haunted Island» (1899). Su obra es copiosa y variada: aparte de varias novelas fantásticas y un par de piezas teatrales, escribió a lo largo de más de 50 años alrededor de ciento cincuenta relatos —la mayoría inspirados en lances reales de su vida— agrupados en casi una veintena de volúmenes, entre los que destacan *The Empty House* (1906), *The Listener* (1907), *John Silence: Physician Extraordinary* (1908), *The Lost Valley* (1910), *Pan's Garden* (1912), *Ten Minute Stories* (1914), *Day and Night Stories* (1917), *The Wolves of God* (1921), *Tongues of Fire* (1924) y *The Dance of Death* (1927).

Notas

[1] Tomado de *The Tales of Algernon Blackwood*, Martin Secker, Londres, 1938. Algunos de los cuentos mencionados por Blackwood no están incluidos en este primer volumen dedicado a su obra. <<

[2] Título original: «Transition». <<

[3] Título original: «The Empty House». <<

[4] Título original: «Keeping his promise». <<

[5] Título original: «You *may* telephone from here». <<

[6] Título original: «The Tryst». <<

[7] Título original: «Running Wolf». <<

[8] Título original: «The Valley of the Beasts». <<

[9] Título original: «The Listener». <<

[10] Título original: «Secret Worship». <<

[11] Título original: «The Transfer». <<

[12] Título original: «The Glamour of the Snow». <<

[13] Título original: «Ancient Lights». <<

[14] Título original: «The Woman's Ghost Story». <<

[15] Título original: «Accesory Before the Fact». <<